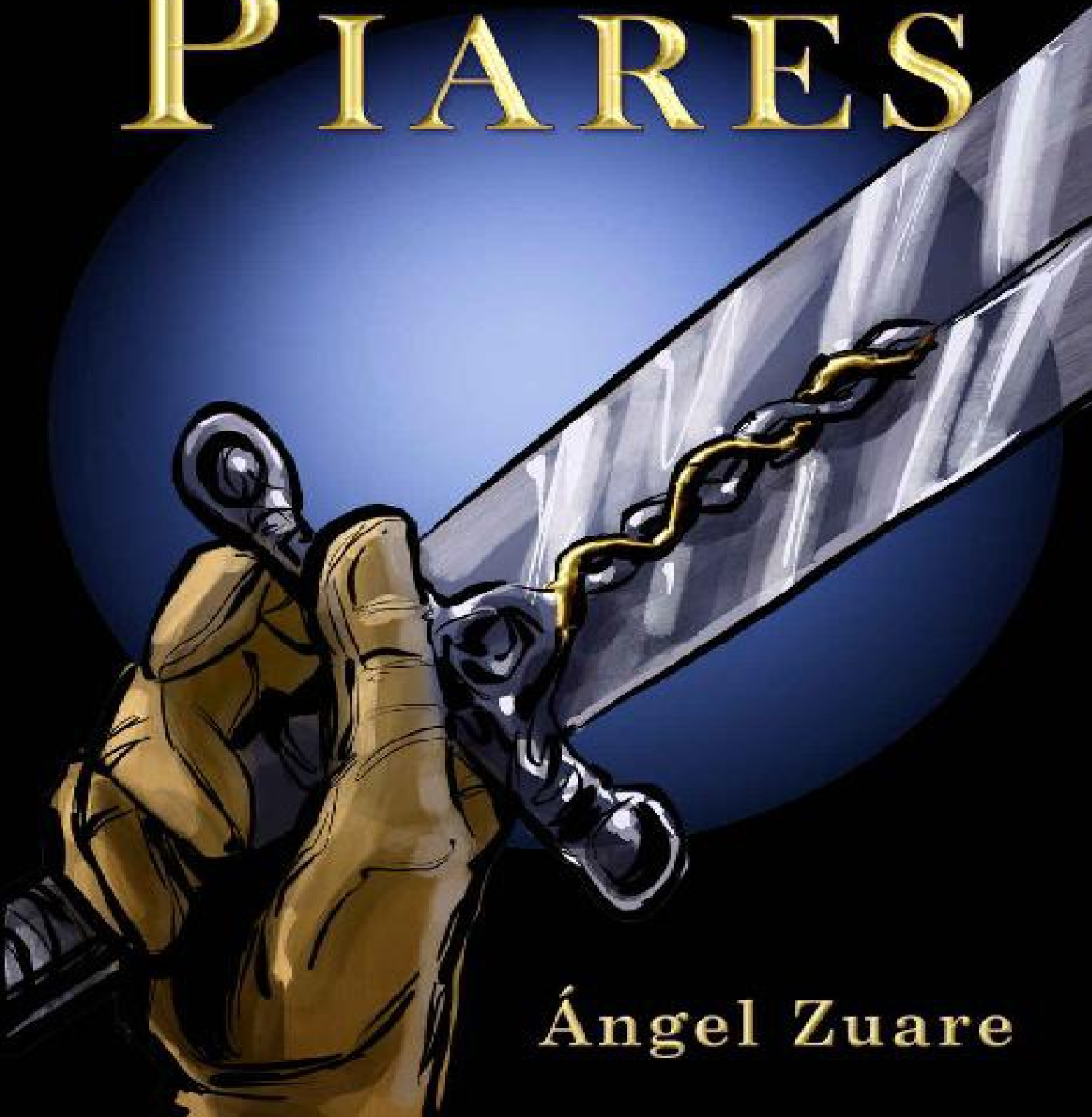


EL LEÓN DE PIARES



Ángel Zuare

T.L,

EL LEÓN DE PIARES

Ángel Zuare

Derechos de autor © 2020 Ángel Zuare

Primera edición: 2020

Corrección y edición: Alex Rezende

Diseño de portada: Marcos Muniz

Ilustración de portada e interiores: Ricardo Osnaya

© 2020 Ángel Zuare

Esta edición y sus características son propiedad de:

MIDDLE AGE FREAK PRESS

Río Becerra 135, 8 de Agosto, C.P. 03820, Ciudad de México

Hecho en México por Middle Age Freak Press y Kindle Direct Publishing / Made in México by Middle Age Freak Press and Kindle Direct Publishing.

*Para Alberto y Gombo, quienes partieron antes de tiempo, dejando semillas que se transformaron, con los años,
en historias como esta.
Los extraño, muchachos.*

Sigue...

Middle Age Freak

... a través de:



[Middle Age Freak](#)



mafreak.blogspot.mx



[Ángel Zuare \(Middle Age Freak\)](#)

Contenido

Prólogo: Handor

1ª Parte: Un Granjero de Piores.

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

Interludio: Amur y Vosait, Bajo la Noche de Gunthabar.

2ª Parte: El Cristal del Lago Vinsniger.

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

Epílogo: Cotidianidad.

Canción del Clan Houndmight para la Luna Plena y el Atardecer de Handor.

Sobre el Autor:

La isla continental de

Handor



Version extraida de los archivos
de la muestra C. Daru.

PRÓLOGO:

HANDOR

Handor. Isla continental rodeada por mares encrespados en su costa oeste y olas más cordiales y cálidas en sus litorales este y sur, junto con aguas heladas en sus glaciares del norte. Handor guarda leyendas, crónicas e historias que han cautivado la imaginación de quienes las han escuchado en las voces de los juglares o de los padres a sus hijos, antes de la hora de dormir; en las pláticas de sobremesa en tabernas o palacios, o que han leído en gruesos volúmenes y pergaminos, registrados por maestros escribanos: historias de intrigas en la ciudad de Thunderstone, capital de la Coalición de Naciones; crónicas de arriesgados viajes realizados por las caravanas que cruzan los desiertos de Narur o las tundras heladas de Nobi; historias de sus ciudades portuarias, como las defensas de la ciudad de Ozur ante los constantes ataques de piratas o sobre las tormentas que azotan cada año a las islas de las Tres Hermanas, tan brutales como si el mismo Humar, dios de los mares, desbordara su furia sobre estas tierras.

Existen leyendas, tradiciones y mitos en Handor, como en los bosques de Bramur donde todos sus habitantes se reúnen cada mil años para celebrar, durante un año completo, la Feria Milenaria de Bramur, evento que toma años en prepararse. Handor es tierra de encanto y magia, presente en sus lugares sagrados o místicos y manifestada a través de sus escolares u hombres de fe, ya sea para entretener a la nobleza y al pueblo o para entender y controlar las fuerzas de la realidad misma.

Handor ha visto correr sangre. Ha sostenido guerras y batallas como en las planicies de Gunthabar, donde se forjó originalmente la Coalición de Naciones para repeler a los ejércitos de goblins, orcos, elfos oscuros y otras criaturas abismales. O los conflictos constantes y, al parecer, irreconciliables entre los humanos y los dragones de Jörmun, que terminaron de manera inesperada cuando la reina Nial y Heren, gran monarca de los dragones, se vieron por primera vez una mañana a orillas del lago Vinsniger.

Precisamente en Vinsniger se daría, siglos más adelante, otro conflicto que cimbraría a Handor hasta lo más profundo de sus cimientos, y que forjaría la leyenda del *León de Piores*.



Al noroeste de Handor se encuentra el lago Vinsniger, en la región del mismo nombre. En esta próspera comarca, parte importante del reino de Vinska, sus habitantes viven sin mayores preocupaciones en las ciudades cercanas al lago gracias —a pesar de las tensas relaciones comerciales y políticas con el reino de Thunderstone— a las alianzas forjadas entre Vinska y las naciones en las tundras heladas de Nobi, al norte, y los bosques de Bramur, al oeste. Aun así, las negociaciones para lograr una relación diplomática estable entre Vinska y Thunderstone avanzaban lentamente, pero con firmeza.

Y entonces fue cuando el monolito de cristal negro apareció.

Justo a mitad del lago Vinsniger, elevándose un par de cuerdas sobre la superficie del agua, el gigantesco monolito apareció una mañana, ante la mirada atónita de las comunidades pesqueras establecidas alrededor del lago, especialmente la ciudad de Menicia, la más cercana al monolito. Nadie pudo precisar en qué momento o cómo fue que apareció, flotando misteriosamente y sin perturbar la superficie del lago. Inmediatamente rumores sobre esta aparición se dispersaron en todas las regiones alrededor del lago: algunos pescadores decían que el monolito era un grueso fragmento de una roca cristalina oscura; otros decían que no era tan amplio y algunos habitantes en otras regiones del lago comentaban que era tan delgado como una lanza de caballería. Los navegantes de las primeras embarcaciones que se atrevieron a acercarse aclararon la confusión: aquel gigantesco objeto, de una superficie tan oscura como reflejante, sólo poseía dos dimensiones. Visto por un costado el monolito adelgazaba hasta casi desaparecer. Era como si la superficie cristalina y reflejante de un auténtico espejo negro, de casi diez cuerdas de altura y sin ningún marco o soporte, se hubiera materializado sobre la superficie del lago.

Los pescadores más aventurados que intentaron acercarse lo suficiente para tocarlo vieron sus esfuerzos sin recompensa, pues el monolito flotaba a distancia suficiente para quedar fuera del alcance de cualquiera, aun desde el punto más alto de todo mástil o cola de cualquier embarcación que pudiera vadear el lago. Los más insensatos que le arrojaron arpones, rocas o flechas, las vieron chocar contra la superficie reflejante, sin hacerle siquiera un rasguño.

Mientras, la noticia de esta aparición llegó a todos los rincones de Handor: desde las provincias heladas de Nobi al norte hasta los poblados errantes del desierto de Narur al sur. Los preparativos para la feria milenaria de Bramur se suspendieron mientras esperaban más noticias de Vinska; los barcos transportaron los rumores y noticias a los puertos de Ozur y a las islas de Tres Hermanas. Y por supuesto también a Thunderstone, donde los altos sacerdotes de sus órdenes religiosas llegaron a una conclusión: el monolito era obra y designio de los dioses y, por lo tanto, responsabilidad, propiedad y derecho de la ciudad imperial de Thunderstone, capital de la Coalición de Naciones y sede de las órdenes religiosas consagradas a Amur —la Luz de la Virtud— y Toben —el Relámpago de la Furia—. A raíz de esto, el rey Korman, de Thunderstone, decretó que cualquier oposición al designio de los dioses sería considerado un acto de traición hacia la Coalición de Naciones y contra Handor mismo.

El rey Dante, conquistador guerrero del clan Regon y actual monarca de Vinska, se opuso.



El temor se propagó por todos los caminos de Handor, antes de que Thunderstone los cerrara con la fuerza de su ejército. Buscaron aferrarse a las tierras y aguas de los pescadores vinskianos, antes que estos se vieran obligados a abandonar sus casas, villas y ciudades cuando los primeros campamentos del ejército de Vinska se establecieron a orillas del lago, bajo las órdenes de repeler cualquier incursión o comitiva que portara el escudo de armas de Thunderstone. El miedo cerró las rutas comerciales, terrestres y marítimas, entre Vinska y Thunderstone, cuyos regentes también encerraron a los embajadores de cada reino en jaulas de oro para mantenerlos incomunicados y —en ocasiones— a salvo.

El temor se apoderaba de campesinos, caminantes, viajeros o militares —originarios de Vinska o Thunderstone— que pudieran ver, al menos en parte, el gigantesco monolito de cristal negro. Se esparció por las calles y mercados de Thunderstone, Vinska y Ozur, donde la gente rumoraba que dicha aparición significaba el desagrado de los dioses, la venganza de los dragones

de Jörmun y de las razas oscuras o una señal del fin de la Quinta Era, si se prestaba atención a las escrituras y servicios religiosos de las iglesias de Amur y Toben.

El miedo también se cernía sobre el capitán Liamder Tamer, quien no podía evitar sentirse inquieto, caminando de un lado a otro en su estudio, sintiendo sobre sus hombros no sólo el peso de su armadura y galones militares, sino también el de la decisión que había tomado hacia unas horas. La puerta se abrió y, por reflejo, el capitán llevó su mano a la empuñadura de la espada ceñida a su cintura, antes de reconocer al alférez a cargo de asistirlo y que llegaba para informarle que su caballo estaba listo, cargado con lo necesario y que los hombres de confianza que el mismo capitán Tamer había seleccionado le esperaban afuera de los portones de la entrada norte de Thunderstone. El capitán Tamer lo despidió, agradeciéndole su servicio y, mayormente, su discreción.

Quedándose sólo nuevamente, el capitán tomó la carta que había escrito en el transcurso de esa tarde, dirigida a la hija de Tamut Trimah, líder del gremio de comerciantes de la ciudad. Ya buscaría o comisionaría a alguien para que la entregara, a pesar de la gran pena que le provocaría no poder decirle personalmente a aquella dama lo que sentía. No había tiempo para hacerlo de otra forma, pero se detuvo cuando vio los legajos de papel y el tintero a un lado. Luego, a través de la ventana, vio los últimos destellos del atardecer y pensó que podía esperar un poco más para que la oscuridad nocturna funcionara más a su favor. Mientras tanto podría escribir una carta más. Se sentó tras el escritorio y tomó un legajo de papel. Humedeció la pluma en el tintero y comenzó a escribir.

Padre... Tengo miedo...

En medio de aquel último trazo la puerta se abrió nuevamente y el capitán Tamer, sin levantar la mirada, preguntó a su alférez que había olvidado mencionarle.

—Capitán Liamder Tamer, queda arrestado por alta traición al reino de Thunderstone.

La voz, totalmente desconocida e inesperada, le obligó a levantar la vista para ver a los hombres que entraban a su estudio: cuatro en total, todos portando sus armaduras. Uno al frente, luciendo la vistosa armadura de los soldados de la orden de Amur y tres de sus propios hombres de Thunderstone, inquietos y asustados por la situación que enfrentaban, encarando a su capitán con las espadas temblando entre sus manos.

A Liamder Tamer, capitán del ejército de Thunderstone, no le quedaba ninguna duda: el miedo estaba extendiéndose por todo Handor.

1ª PARTE:

UN GRANJERO DE PIARES

I

El día comienza cuando el sol se asoma por las cordilleras del este y los primeros rayos descienden sobre las laderas rocosas de las cordilleras de Toben, acariciándolas hasta llegar a los valles de Piores. Para entonces el granjero ya se ha levantado y refrescado el rostro con el agua fría de la palangana que ha dejado junto a su cama la noche anterior. Se despereza antes de vestirse y calzarse sus botas de trabajo. Luego sale de su cabaña, aspirando con fuerza el aire fresco de la madrugada y sintiendo los primeros rayos del sol sobre sus hombros y brazos desnudos.

Escucha los cacareos de las gallinas en el corral y emprende su primera responsabilidad del día: el desayuno. Las alimenta desde afuera del corral con la misma calma de todos los días, mientras las aves se amontonan a su alrededor. Ya viéndolas en silencio y satisfechas, regresa a la cabaña, tomando de la alacena una vasija metálica que todavía contiene leche fresca. Llena un cuenco para luego beberlo mientras come una pieza de pan tras untarla de mantequilla y lo último que resta de la conserva de mermelada de tomate. Anota en su mente que tendrá que preparar más mañana.

Antes de que el sol alcance a despuntar sobre las cordilleras ya está junto a la huerta, listo para arar la sección de tierra correspondiente a la cosecha de temporada. En otras secciones del terreno las legumbres y verduras muestran distintos niveles de maduración. Luego de arar y sembrar pasa el resto de la mañana escogiendo y cosechando, preparando canastas con los frutos y vegetales más frescos, dejando fuera sólo lo indispensable para su propio consumo. Toma los huevos que han puesto las gallinas y los acomoda en otra canasta. Finalmente deja todo junto a la entrada de la cabaña y entra nuevamente para sacar de la alacena una botella con un líquido rojizo. Sale para sentarse a esperar en un banquillo mientras el sol se acerca a su marca de media mañana.

Básil llega poco después, arriando al caballo que arrastraba una pequeña carreta, cargada con otras tantas verduras y productos de granja. —¿Ya listo, Liam, viejo amigo? —preguntó Básil, deteniéndose ante la calzada de piedra que conecta la vereda con la puerta de la humilde granja de Liam Tamer. —Nunca puedo ganarte.

Liam sonrió, no solo ante el hecho de siempre estar preparado antes de la llegada de Básil, sino también ante su expresión de *viejo amigo*, a través de la boca de aquel joven granjero. Ante los ojos de cualquier desconocido ambos podrían ser padre e hijo, exceptuando que el rostro regordete e infantil de Básil contrastaba con el aspecto tosco y desgarrado de Liam. —¿Ya listo? —volvió a preguntar Básil. Liam respondió con una sonrisa y un gesto, señalando con una mano las canastas a su lado y la otra levantando en el aire la botella de vino rojo. Básil se relamió los labios.



—Deben ser como veinte o treinta, todos reclutados de las reservas imperiales y en camino al

sur. Supongo que para reforzar las fronteras o las rutas marinas... ¡Por Amur, Liam, este vino está delicioso! Mi mujer me mataría si me viera ahora.

Liam sonrió en silencio mientras guiaba la carreta hacia el mercado de Piores, tal como acostumbraban cada semana. —En fin —prosiguió Bási. —... Laidier me dijo hace unos días que estas caravanas son cada vez más frecuentes. Al parecer Thunderstone está llamando a todas sus reservas. Incluso están movilizandoprovisiones de los campos.

Permanecieron en un profundo silencio unos minutos del camino y Bási sabía, pese a su propia renuencia a hacerlo, lo que debía preguntar antes de cruzar la última colina previa al mercado: —Liam, ¿has recibido carta de Liamder?

La expresión en el rostro del granjero se tornó seria, mientras bajaba la mirada a las riendas entre sus manos. —No —le respondió a su amigo. —Desde hace más de un año.

De inmediato Bási se arrepintió de su pregunta y continuaron en silencio. Agradeció que ante ellos apareciera la última colina antes del valle donde se montaba, cada semana, el mercado de Piores. Liam detuvo la carreta cuando alcanzaron la cúspide de la colina y ambos permanecieron un momento sorprendidos, viendo hacia el fondo del valle. La expresión de Bási resumió la impresión que él mismo Tamer sentía: —¡Por la gloria de Amur, deben ser como cincuenta!

El mercado de Piores, montado en un valle a las afueras del pueblo, apenas se daba abasto para la cantidad de personas que lo visitaban aquel día: Liam y Bási se perdieron un momento entre carretas, caballos, hombres y mujeres a pie, atendiendo o revisando puestos, comprando víveres, granos, legumbres y carne. Incluso Angle, el herrero de Piores, acariciaba la posibilidad de regresar a casa sin ninguna pieza de su inventario: espadas cortas, varias dagas, algunas hachas e incluso guanteletes y piezas de armadura —la mayoría realizadas más como afición que por un auténtico propósito de venta — prácticamente desaparecían de su mesa.

Por primera vez en mucho tiempo todos los comerciantes regulares de Piores y de las villas vecinas que aprovechaban los días de mercado, se vieron incapaces de reconocer a la mayoría de los visitantes; desconocidos de otras tierras, la mayoría del norte, como lo evidenciaban sus ropas, algunos portando en ellas el escudo de armas de la gloriosa ciudad de Thunderstone, con su emblemático martillo y relámpago, sujetos por un puño. La mayoría de los hombres con dicho símbolo iban armados y uniformados con chalecos de cuero tachonado, algunos mezclándose entre la gente del mercado y otros intentando convencer a los clientes de Angle —para desencanto del herrero —que era innecesario comprar armas aquí ya que en sus próximos puestos recibirían las necesarias.

Dada la situación y la multitud, Bási se estrujó las manos y preparó las cosas sobre la carreta; verduras, legumbres, frutas, huevos, carne fresca, hierbas y flores del jardín de su mujer, juntándola con la mercancía de Liam, todo bajo un precio que el joven granjero subía al doble cuando negociaba con algún fuereño. Liam lo miraba con un ligero gesto de reproche cuando eso ocurría, pero no se opuso. Se limitó a sentarse en un banquillo junto a la carreta para atender a los clientes en silencio, dando, recibiendo y contando monedas, discutiendo algún trueque y dedicando su atención en ocasiones a los hombres uniformados de Thunderstone, evidentes reclutadores del reino que si no estaban —como en esa ocasión— trasladando tropas de las reservas hacia nuevos puestos en los cuarteles del ejército imperial, entonces recorrían villas y pueblos hablando con los más jóvenes y convenciendo a sus padres de que sus hijos más fuertes debían enrolarse, prometiéndoles que si el muchacho resultaba ser un buen elemento para el ejército, el imperio de Thunderstone estaría dispuesto a pagarle una compensación a la familia.

No era que a él o a su hijo hubieran tenido que convencerles. Simplemente una mañana,

tras una plática bastante fría, Liamder ya lo esperaba sentado a la mesa, con sus pocas pertenencias empacadas dentro de su morral. *Al menos tuvo la decencia de decírmelo de frente,* pensaba Liam en algunas ocasiones. *En lugar de fugarse por la noche.*

La voz de Básil lo sacó de sus pensamientos: —Todavía no descende el sol y ya hemos terminado, amigo, ¡maravilloso! —Básil estaba emocionado, separando las monedas de cobre, plata y algunas de oro en dos montones distintos. —Y eso que fuimos de los últimos en llegar. La mayoría ya levantaron y se fueron, de seguro al Fúnez.

Básil le extendió uno de los montones de monedas a Liam, quien lo tomó con un gesto de agradecimiento y lo guardó en el bolsillo que colgaba de su cinturón mientras pensaba cuánto le costaría comprar un cofre nuevo con el carpintero que venía del este. Básil lo palmeó en el hombro. —Esto hay que celebrarlo en el bar, amigo. Y no empieces a dar excusas, no hay ninguna que valga.

—Deberíamos regresar temprano, Básil —objetó Liam, pero el bonachón granjero se negó efusivamente con un gesto mientras acomodaba (o más bien aventaba) las cosas a la carreta.

—No, no, no, no. Mi mujer no me espera de vuelta hasta dentro de un par de horas y seguro que no le molestara que me tome un par de tragos, especialmente si consigo que pases un tiempo con otras personas, viejo ermitaño. Así que a la taberna de Fúnez, ¡he dicho!

—A Fúnez, entonces —aceptó Liam, pasándole a Básil la bolsa con el resto de las ventas del día y que el joven granjero, descuidadamente, había dejado sobre la carreta. Un descuido que alguien vio con claridad desde el otro extremo del mercado, entre clientes, lugareños, soldados y comerciantes que ya levantaban sus puestos. Y entre la multitud esta figura, cubierta con una capucha negra, se desplazaba ágilmente y moviendo sus dedos con gracia para reunir, en silencio, monedas, adornos, anillos y otros bienes en su andar, sin que sus dueños se dieran cuenta.



—Definitivamente aquí sí son más de cincuenta —comentó Básil, abriéndose paso entre la multitud que abarrotaba el Fúnez. El jolgorio entre el choque de tarros habitual de la taberna se multiplicaban ahora con la presencia de los viajeros que visitaban desde otros pueblos el mercado de Píares y los miembros de las caravanas militares que iban de paso. Con todas las mesas ocupadas, la única opción para Básil y Liam fue sentarse en la barra.

—Ahora si no te das abasto, ¿verdad, McBride? —comentó Básil al pequeño cantinero que, más que correr, prácticamente volaba de un lado a otro de la barra, sirviendo bebidas y limpiando tarros, pero que sonrió al ver llegar a sus clientes.

—Hola Básil... ¡Liam, dichosos mis ojos que te ven, ¿cómo has estado?! ¡Pasen! Siéntense... ¡Ahí, ahí hay espacio! En un momento les atiendo, discúlpeme, pero... Bueno, ya se dan cuenta.

—Solo un par de cervezas y un poco de jarrete de cerdo —pidió Básil, tomando asiento. —Ya sabes, hay que llegar a cenar con la señora todavía.

—Dichoso tú, que puedes darte un tiempo libre de tu mujer. Yo, en cambio... ¡Mi cielo, ¿estás por ahí?! ¿Puedes venir?

Una voz se alzó desde el fondo de la taberna, sin poder precisar de donde venía entre la multitud. —¡Tú puedes venir aquí a que te reviente las criadillas, estoy ocupada!

—¿Lo ven?, en el trabajo y en la casa, todo un suplicio. Pero Liam, es un gusto volver a verte, ¿cómo has estado? ¿Todavía trabajando con este palurdo?

—Alguien tiene que cuidar de él, ya sabes cómo lo trata su mujer... —contestó Liam,

inusitadamente sarcástico. —Pero tú lo entiendes, ¿no, McBride? —el segundo de incertidumbre entre el cantinero y Básil de inmediato dio paso a gruesas carcajadas por parte de ambos, mezclándose con la alegría del resto de los comensales en el Fúnez.

Dos tragos se convirtieron en cinco y el atardecer dio paso a la noche. Ambas chimeneas del Fúnez se encendieron para ahuyentar el frío mientras las bravatas, anécdotas e historias comenzaban a resonar en el aire. Dado el tipo de visitantes de aquella noche —la mayoría amontonados en la mesa central, la más grande de la taberna— dichas historias eran de hazañas militares. La mayoría de los hombres sentados a la mesa portaban uniformes y bandas en el pecho que demostraban sus rangos, mientras a su alrededor se amontonaban los miembros recién reclutados, quienes insistían con preguntas sobre el tiempo restante del viaje, lo que pasaría al llegar a su destino y si esperaban mandarlos de inmediato a la guerra en Vinska.

—Al parecer se enfilan al sur —comentó McBride a sus clientes en la barra. —Creo que se dirigen a Ozur.

—¿Qué no iban como reservas a Thunderstone? —preguntó Angle, el herrero, quien ya empezaba con una de sus legendarias borracheras post-mercado.

—Thunderstone no se va a reforzar con campesinos —interrumpió Laidler, el escribano del pueblo. —Ellos irán a Ozur, a los campos de adiestramiento, pero a la mayoría de las fuerzas regulares ya las han movido a Thunderstone, en camino hacia Vinska. Ya se los dije, está guerra va muy en serio.

—Es sólo una discusión entre reyes para ver quien tiene la espada más grande —señaló Básil, finalizando con un eructo. —Ya saben de qué hablo.

—No, no, no, eso es lo que no alcanzan a ver, señores —comentó Laidler, cada vez más efusivo. —Vinska y Thunderstone han mantenido un continuo desacuerdo durante años, desde que Vinska se negó a firmar el acuerdo comercial que hubiera compartido con Thunderstone y Ozur. Desde entonces se han dado legislaciones e impuestos tendenciosos, nepotismo o puntos de aduana extra en las fronteras con Vinska. Básicamente, lo que ha hecho el rey Korman es darle manotazos a la entepierna del rey Dante, y miren que éste ha sido muy paciente.

—¿Esto qué tiene de diferente entonces? —pregunto Básil.

—Que ahora Thunderstone tiene una excusa para declarar una invasión sobre Vinska. Y es una de carácter religioso, a causa de ese maldito cristal.

—¿Qué cristal? —preguntó Liam.

—¡Por la sabiduría de Saphia, Liam! Sé que hace mucho tiempo no te vemos por aquí, pero no es una novedad, ¿verdad amig...? —cuando el escribano notó la perplejidad en el rostro de sus compañeros agitó la cabeza en un gesto de frustración. —No sé para qué me molesto en escribir las noticias y colgarlas en las puertas de la iglesia. Verán, hace más de tres meses un gigantesco cristal negro apareció flotando sobre el lago Vinsniger, al sur de Vinska. Nadie ha podido moverlo de ese lugar ni han conseguido estudiarlo porque Vinska no quiere que ningún militar, escolar o clérigo de Thunderstone se acerque. Dado que esto podría tratarse de un fenómeno divino, los clérigos de Amur y el consejo de Thunderstone quieren que Vinska ceda las tierras del lago a la ciudad, en aras de preservar la Coalición de Naciones entre Thunderstone, Vinska y Bramur —Laidler dio un profundo sorbo a su tarro antes de seguir. —¿Se dan cuenta? Korman le dio un ultimátum a Dante. ¡A un rey guerrero! Prácticamente le está pidiendo a gritos que haya guerra.

—Tengo que ir a la letrina —declaró Básil, levantándose de su asiento y saliendo tambaleante de la taberna.

—Pero eso es un pleito entre Vinska y Thunderstone, no nos afecta realmente —declaró

Angle. Por respuesta Laidier golpeó la barra con el fondo de su tarro, llamando la atención de otros parroquianos e incluso la de los hombres de Thunderstone.

—¿Todo lo que pase con Thunderstone afecta a todo Handor! ¿Quién crees que mantiene funcionando las minas de donde salen los metales para tu forja? ¿Quién tala los árboles para nuestros talladores y madereros? ¿Quién consume lo que cosechamos? ¿Quién abrió los caminos y los puertos? ¿Quién talla nuestras monedas? No, amigos míos, de todas nuestras naciones Thunderstone es la que hace girar a Handor, sin importar la autonomía que pretendan tener Vinska, Bramur o las tribus y ciudades de Narur. ¿Qué creen que pasará cuando Thunderstone invierta todos sus recursos en una guerra religiosa con una nación acostumbrada a la belicosidad? Una guerra en la que todos sus hombres se enfrascaran hasta las últimas consecuencias, por la *gloria de Thunderstone*.

—¿Por la gloria de Thunderstone, hermano piareno! —gritó jubiloso un soldado de la mesa central.

—¿No era un cumplido, necio! —respondió Laidier. —¿No hay gloria en una guerra donde ni siquiera se sabe por qué se pelea! ¿Qué tal si Thunderstone tiene que echar mano a sus reservas para reforzar sus ejércitos si la guerra se prolonga y empiezan a abundar los muertos? —la mano de Liam aferró con una fuerza inconsciente el asa de su tarro mientras su amigo seguía discutiendo: —¿A eso tendrá que recurrir Thunderstone? ¿A jóvenes que apenas saben sostener un azadón?

Las quejas contra Laidier se dejaron escuchar entre los reclutados, pero, con un gesto, el hombre que antes cantara por la gloria de Thunderstone los hizo callar. Luego se puso de pie, con algo de dificultad por efecto de la bebida, pero aún se le notaba imponente y al mando de la situación: —Mi estimado parroquiano, no tiene de qué preocuparse. Thunderstone tiene a los mejores hombres entre sus filas. Estos valientes reclutas —el hombre hizo una pausa hasta que acabó el vitoreo de los mencionados. —... están perfectamente a salvo pues esta guerra acabará muy pronto. Tiene mi promesa.

—¿Y esos mejores hombres de los que habla acaso brotaron de la tierra? ¿No fueron en su momento reclutas y les tomó años convertirse en los mejores?... ¿Liam, cuánto tiempo estuvo, tu hijo, Liamder, en el ejército de Thunderstone antes de empezar a subir de rango?! ¿Cinco, siete años?

Liam evadió en el fondo de su tarro las miradas que comenzaban a posarse en él. Apretó los labios para no decir en voz alta las maldiciones que pensaba sobre el escribano y se encogió sobre la barra.

—¿Liam? —preguntó el soldado, poniendo atención al viejo granjero antes de empezar a avanzar hacia él, trastabillando un poco. Todas las miradas y atenciones se centraban en ellos, ignorando la sombra encapuchada que se deslizaba entre las mesas, tomando discretamente todo lo valioso que estuviera suficientemente descuidado sobre estas o en los bolsillos de los parroquianos. —¿Acaso usted tiene un hijo que se llama Liamder? —preguntó de nuevo el militar. —¿Usted es el padre del teniente Liamder Tamer?

—Según recuerdo ya es capitán —respondió Liam, evitando mirar al hombre que ya le había alcanzado en la barra. —¿Y qué si lo soy?

El hombre esbozó una sonrisa indecisa entre un gesto de lástima y compasión, antes de posar sus brazos sobre los hombros del granjero. —Amigo... Realmente lo siento.

El corazón de Liam dio un vuelco dentro de su pecho.

II

La taberna guardó profundo silencio y los amigos de Liam en la barra; el tabernero, el herrero y el escribano, quedaron sin aliento. Liam Tamer sintió que el aire se congelaba en sus pulmones. Levantó la mirada y buscó los ojos del soldado, que le miraban fijamente con una expresión de compasión fingida. —Debe ser muy difícil ser el padre de semejante vergüenza para Thunderstone —aquel gesto se convirtió en una grotesca sonrisa antes de empezar a reír escandalosamente, seguido por la mayoría de los hombres en su mesa.

—¿De qué está hablando? —preguntó Liam, con una voz inquietantemente tranquila.

—Su hijo es un cobarde, incapaz de levantar su brazo contra los paganos de Vinska. Consejos, pláticas diplomáticas, reuniones, es lo único que escuchamos que apoya y promueve. Es increíble que un pusilánime así consiguiera ser capitán de nuestro noble ejército.

El hombre volvió a palmear el hombro de Liam y dio media vuelta, musitando algo mientras se alejaba: —No es que le quede mucho tiempo para hacerlo, de cualquier forma.

Liam saltó de su asiento y lo alcanzó para sujetarle del hombro y obligarle a voltear. —¿De qué está hablando?!

El soldado se sacudió el brazo de Liam y le sonrió despectivamente: —A hombres como su hijo se les manda a morir en la primera línea de combate, o se les juzga por traición si se niegan a pelear. De cualquier forma, terminan chillando como puercos.

Alguien en la mesa central empezó a imitar grotescamente el chillido de un cerdo, ganándose las risas y aplausos de sus compañeros. Entonces, antes de que alguien pudiera notarlo o prevenirlo, Liam se arrojó sobre el líder de la caravana de reclutamiento, empujándole contra la mesa más cercana y los hombres sentados en ella. Estos, a su vez, tiraron al suelo a la sombra encapuchada que estaba atrás de ellos, provocando un fuerte tintineo cuando decenas de monedas y otros objetos valiosos cayeron de sus manos y bolsillos, dispersándose en el piso.

Tomó menos de un segundo antes de que alguien reconociera el dinero, el anillo o el bolsillo de monedas que juraba traer consigo hace apenas un minuto, y un segundo más antes de que alguien gritara ¡ladrón!, provocando que toda la taberna se desquiciara en un instante.

Liam no prestaba atención a eso, seguía empujando al hombre tan fuerte como podía contra la superficie de la mesa —¿Dónde está?! —y aquel soldado, de lo mejor que Thunderstone podía ofrecer, ejemplo a seguir para sus jóvenes reclutas, tembló por un segundo ante la mirada profunda y furiosa de aquel campesino.

—Yo... ¡No lo sé!... Llevo fuera de Thunderstone más de dos semanas, ¿cómo demonios voy a saberlo?

—¡Atrápenlo, va por allá! —gritó alguien más, viendo a la sombra escabullirse bajo las mesas. —¡¡Atrápenlo!!

—¡¡¿DÓNDE ESTÁ MI HIJO?!!

—¡Debe seguir en Thunderstone, todavía abogando para que no haya guerra, supongo...

Liam lo soltó de repente y se alejó hacia la entrada de la taberna, ignorando los brazos de sus amigos que intentaban alcanzarlo y los gritos del resto de los parroquianos, quienes habían

logrado sujetar al ladrón encapuchado, que se debatía entre las manos que lo sujetaban mientras más monedas caían de su túnica. Algunas rodaron hasta los pies del soldado de Thunderstone, quien apenas podía sostenerse sobre la mesa, todavía impresionando por la mirada y la fuerza de aquel granjero.

Liam Tamer salió de la taberna al tiempo que un trueno anunciaba el inicio de una tormenta. Empezó a correr fuera de Píares y por el camino que conducía a su granja, a poco menos de una hora viajando en carreta. Cuando la lluvia empezó a caer, sus pasos salpicaron el lodo del camino, haciéndole trastabillar en varias ocasiones mientras la tormenta arreciaba.

¡Debe seguir en Thunderstone, todavía abogando para que no haya guerra!

Debe ser muy difícil ser el padre de semejante vergüenza para Thunderstone.

A hombres como su hijo se les manda a morir en la primera línea de combate, o se les juzga por traición si se niegan a pelear.

Las palabras del soldado resonaban en su cabeza, potenciadas por el sonido de los truenos y el ruido del agua golpeando la tierra. Resbaló y cayó sobre el lodo, el cual le cegó y entró por su boca y nariz, empezando a ahogarle. Resopló con trabajo mientras sus manos y pies buscaban donde afianzarse para ponerse de pie, sin conseguirlo.

De cualquier forma, terminan chillando como puercos.

Su respiración se convirtió en un profundo alarido mientras se aferraba con sus manos al suelo enlodado. Un repiqueteo se escuchó atrás de él y Liam volteó para encarar la luz de la linterna cubierta, montada a un costado de la carreta de BásiI, deteniéndose a pocos pasos de él.

—¡Por todos los dioses, Liam! —exclamó el granjero, bajando de la carreta con una gruesa manta entre sus manos y con la que cubrió los hombros de su amigo mientras le ponía de pie.



—Imagínate mi sorpresa: regreso a la taberna y el lugar es un completo desorden, gente gritando por todos lados *¡mi dinero, mi dinero, mugroso ladrón, mátenlo!* Algunos se golpeaban en un extremo, Angle encaraba por otro a los soldados de Thunderstone quienes, por alguna razón que nadie me dijo, querían alcanzar a Laidier mientras que tú, por ningún lado —dijo BásiI mientras colocaba un pocillo con agua al fuego de la estufa. En un extremo de la cocina Liam utilizaba un trapo y agua tibia para limpiarse el lodo del rostro y los brazos.

—La mujer de McBride tuvo que poner orden, imagínate eso. Cuando todo se calmó entendí lo que había pasado —prosiguió BásiI. —Un grupo tenía sujeto al ladronzuelo que, imagínate, resultó ser un elfo. ¿Puedes creerlo?! ¿Cómo pudo llegar un elfo hasta la taberna sin llamar la atención y robarle a muchos de los que estábamos ahí sin que nadie se diera cuenta. ¿Podrías creer que incluso tenía MI bolsa con las monedas que ganamos en el mercado? Por Toben, ni siquiera puedo recordar en que momento me las pudo haber quitado.

BásiI buscó en la alacena hasta encontrar las pocas hierbas de té e infusiones que Liam guardaba. Separó las que, a su gusto, despedían un aroma más relajante y las colocó en un cuenco, donde sirvió el agua caliente. —En fin, finalmente McBride me contó lo que sucedió con el soldado. ¡Maldito hijo de cerda! Y más vale que no tomes en serio lo que te dijo. Lo más probable es que sea un soldado de poca clase, celoso de tu muchacho. Liamder está bien, estoy seguro. No tienes de qué preocuparte... ¿Liam?

Liam ya estaba sentado en un extremo de la mesa, con la mirada perdida en la superficie rugosa de la madera y la taza que BásiI había colocado encima. En cambio, bajo la mesa, sus

manos estrujaban en continua tensión el trapo sucio con lodo. —Pensé que iba a decir que estaba muerto —susurró al fin. Básil, con el recipiente de agua caliente en una mano y un colador en la otra, se detuvo un momento mirando fijamente a su amigo antes de servirle té.

—Pero no lo dijo y es lo que importa. Liamder está bien, en Thunder...

—Por un momento —le interrumpió Liam —... por un segundo juré que iba a decir que Liamder estaba muerto. Por un segundo me hice a la idea de que mi único hijo estaba muerto, Básil.

—Pero no lo está, Liam. ¡Por mil demonios! Incluso si esa caravana de reclutamiento salió de Thunderstone hace semanas, lo que ellos puedan saber no puede ser más fiable que lo que tú mismo leíste en su última carta. ¿Hace cuándo la recibiste? Poco menos de un año, ¿cierto? Tómallo como una señal, amigo. Tú hijo está vivo, en Thunderstone, a salvo y lejos de cualquier conflicto.

A hombres como su hijo se les manda a morir en la primera línea de combate, o se les juzga por traición si se niegan a pelear, recordó Liam mientras estrujaba el trapo entre sus manos con más fuerza. Sin percatarse de eso, Básil siguió hablando:

—Incluso si tuviera algún problema... Bueno, Liam, por favor, tú hijo es el capitán Liamder Tamer, del ejército de Thunderstone. Nadie llega a ese cargo sin saber levantar una espada para defenderse. ¿No te platicaba en sus cartas sobre sus travesías, aventuras o las misiones que enfrentaba? Eran tantas que tuviste que pedirle a Laidar que te enseñara a leer para hacerlo tú mismo. Y esas eran las que se atrevía a contarte. Debe haber tantos otros peligros de los que nunca te escribió para no preocuparte. Y siempre ha salido triunfante y a salvo.

—¿Y si ahora es diferente? ¿Si lo que dice Laidar es cierto y esta guerra se sale de control? ¿Si lo condenan por no querer pelear o muere al hacerlo? ¿Qué tal si ahora realmente está en un peligro que no pueda manejar?

—Liam —Básil empujó la taza para acercarla al viejo granjero, hablándole con toda la calma y severidad que podía —Si tal fuera el caso... ¿Qué podríamos hacer cualquiera de nosotros? ¿Qué podrías hacer tú?

Liam miró a su amigo sin saber qué responder mientras el último relámpago y trueno de la noche se escuchaban a la distancia. Básil le sonrió con toda la compasión de la que era capaz y colocó sus manos en la espalda de su amigo, hasta que Liam tomó la taza humeante en sus manos, dejando caer el trapo enlodado entre sus piernas. —No conozco a tu hijo, Liam. ¡Por todos los dioses!, no supe que tenías un hijo hasta casi dos años después de haberme mudado a Piores con mi familia. Casi no hablas de él, pero si es la mitad de valiente y hábil de lo que me has dejado conocer, sé que estará bien. Recibirás otra carta de él, estoy seguro. Te contara lo ridículo que...

Liam escuchaba la voz de su amigo, pero lo único que pensaba en ese momento era en la última pregunta que este le había hecho: *¿Qué podrías hacer tú?* Dio un sorbo a su taza de té y dejó que el agua y el vapor le relajaran lo suficiente para que la voz de Básil volviera a sonar normal en su cabeza: —Bueno, ya debo irme, Liam. Mi mujer me matará, pero le explicaré. Trata de relajarte, duerme hasta tarde y no te preocupes, ¿de acuerdo? Nos vemos en tres días, para ir al mercado de Graimo, ¿de acuerdo?

—De hecho, Básil, ¿podrías venir mañana, temprano? Necesito algo de ayuda con el arado, creo que no podré tenerlo listo a tiempo.

—Claro, amigo, no hay problema —el granjero se dirigió a la puerta, asomándose a la noche tranquila luego de la tormenta. —Hasta mañana entonces, Liam. Descansa.

Liam asintió en silencio, sonriendo ligeramente para que Básil tuviera la suficiente confianza para salir de la cabaña y dejarle solo. Permaneció sentado a la mesa, sorbiendo

lentamente su té hasta que el sonido de la carreta de su amigo se perdió en la distancia. Se puso de pie y se dirigió a su habitación, donde abrió el armario y sacó del fondo un viejo cofre de madera. Lo colocó sobre la cama y buscó en su interior, sacando un par de gruesas botas de trabajo que, al parecer, nunca habían sido usadas; una pesada bolsa de cuero que tintineaba sonoramente por la cantidad de monedas que contenía; y finalmente, del fondo del cofre, extrajo un grueso fajo de papeles sujetos con un cordón, que desató para tomar un par de legajos de la parte superior del montón. Ambos tenían una caligrafía firme y elegante, propia de un militar instruido. Revisó la fecha en la parte superior de la primera hoja e inferior de la última, confirmando que aquella carta tenía poco menos de un año de haberse escrito:

Padre.

Mi corazón anhela que te encuentres bien. Sé que recibes mis cartas pues el correo militar tiene la instrucción de confirmar y notificarme si tú, en persona, las recibes. No es un reproche, padre, sólo el deseo de saber que mis palabras no quedan en el viento o a merced de algún extraño.

Tal vez ya lo sepas pues las noticias corren rápido en Handor, más aún si el noble Laidar sigue colgando sus noticias en la iglesia del pueblo: me han ascendido a capitán del ejército real de Thunderstone. Hubo una ceremonia, discreta y muy rápida en su organización, pero me hubiera gustado que estuvieras aquí. A un par de meses en el cargo me doy cuenta de que no es un trabajo fácil, pero sí muy satisfactorio. Especialmente por tener la oportunidad de resolver conflictos antes de que ocurran, lo que no sucede cuando eres teniente o sargento y las órdenes provienen de varios niveles arriba de ti.

No quiere decir que no deba responder ante nadie: generales, comandantes, algunos líderes de la órdenes clericales de Amur y Toben, o el mismo rey Korman en su rango de supremo comandante. Es difícil tratar con el rey. Es una persona de destacado linaje real, firme en sus propósitos, la burocracia y el protocolo, especialmente cuando se trata de sus relaciones con el rey Dante, de Vinska. He tenido el honor de conocerlo también. No es muy diferente al rey Korman, ambos son muy inflexibles, aunque, si Korman ha recibido su reino por derecho de sangre, Dante lo ha obtenido por la que ha derramado en batalla. Tenerlos juntos en la misma habitación, sean ellos, a sus embajadores o concejales (en especial los del rey Korman, tienen demasiada influencia en él a mi parecer), es garantía de riñas entre ambos. Siendo honesto, me cuesta trabajo creer que sus querellas tenga alguna solución pacífica.

Olvidemos eso por ahora. Dime, ¿te gustaron las botas? Fueron lo primero que compré con mi paga de capitán. Espero te sean útiles, son del mejor material, hechas para el trabajo en la granja o para andar por los caminos de Piores. Hazme saber si te gustaron. Ojalá puedas. Sé que no es tu costumbre responder a estas cartas. A veces quisiera saber qué haces con ellas, si las rompes o las tiras sin leerlas. A veces imagino que las lees en voz alta frente a la entrada de la casa, para que mamá pueda escucharlas de alguna forma. Por ahora me contento con saber que eres tú quien las recibe de mano de nuestro correo. Si yo me presentara en casa, este invierno, ¿me las mostrarías si las tuvieras guardadas? O mejor aún, nos tomaríamos una cerveza en la taberna. ¿McBride todavía pelea con su mujer? ¿Cómo está el viejo Angle? Espero que lo hayas perdonado por haberme dado esa espada el día que me fui. Su intención fue buena, no quería que anduviera desprotegido por los caminos. Me gustaría verlos a todos, al menos una última vez. Te extraño mucho, padre. Me gustaría mucho volver a casa. El próximo invierno, tal vez.

Siempre contigo, donde quiera que estés

Liamder

Guardó la carta junto a las demás, sentándose en la orilla de la cama y volviendo a sentir en su pecho la misma opresión que sintiera antes en la taberna. Lo que le había dicho a Básil antes era cierto: por un momento, sólo por un segundo, el viejo granjero se hizo a la idea de que su único hijo estaba muerto. Y por un instante su vida se hizo pedazos. Supo que no podría levantarse del asiento, que lo tendrían que llevar arrastrando a su casa y que, lentamente, se dejaría morir, fuera por hambre, frío o sed, por las tormentas de invierno o las aguas crecidas del río en verano, por la belladona en su té o por las rocas al fondo de los despeñaderos del este.

Sólo por un instante.

Tú hijo es el capitán Liamder Tamer, del ejército de Thunderstone, repitió la voz de Básil en su cabeza. Nadie llega a ese cargo sin saber levantar una espada para defenderse.

Cerró los ojos para acallar las voces, pero, en cambio, veía las finas líneas de la caligrafía de su hijo: *Me gustaría verlos a todos, al menos una última vez. Te extraño mucho, padre.*

Me gustaría mucho volver a casa.

El próximo invierno.

Tal vez.

Liamder no lo visitó ese invierno. Liam apretó sus labios hasta enrojecerlos mientras la voz de Básil volvía a su cabeza: *¿Qué podríamos hacer cualquiera de nosotros?*

¿Qué podrías hacer tú?

—Traerlo a casa —dijo con firmeza mientras se ponía de pie y regresaba al armario. Sacó del fondo un morral de cuero y la manta de dormir que usaba cuando los viajes con Básil a los mercados vecinos se prolongaban más de un día. Tomó la ropa que consideró necesaria y la guardó al fondo del morral, junto a la bolsa con las monedas ahorradas durante años de una vida frugal y varios meses de comercio ambulante junto a Básil. Colocó luego el fajo de las cartas de Liamder hasta arriba, envueltas en un paño limpio.

Se limpió lo mejor que pudo antes de cambiarse de ropa por el atuendo más cómodo y abrigador que tenía: una casaca que lo mantenía tibio en la noche y fresco durante el día, pantalones de lona y las botas que Liamder le mandara un par de semanas antes de enviar su última carta. Su hijo tenía razón: se sentían muy cómodas al caminar.

Llevó el morral a la cocina y tomó todos los víveres que pudo meter en él; carne seca, pan, galletas, algunos frutos secos e incluso el saco con las hierbas de té que Básil había dejado fuera de la alacena. Tomó utensilios básicos de cocina; un par de cuchillos, el pedernal para encender fuego y acomodó todo dentro del morral, cerrándolo con firmeza para después colocar encima la manta de dormir enrollada, sujetándola con correas de cuero. Buscó el cuchillo que usaba en sus ratos de ocio para tallar madera y lo sujetó a su cinturón.

Luego salió un par de minutos para dejar bastantes semillas en el comedero de las aves de corral. Regresó adentro y se sentó a la mesa, llevando con él un legajo de papel, una pluma y un pequeño tintero que Laidier le había regalado como estímulo, pues no sólo le había enseñado a leer. Pasó algunos minutos escribiendo mientras terminaba de beber lo último que restaba de un té ya frío en la taza.

La luna de cuna estaba en lo más alto del cielo cuando Liam Tamer, con su morral a la espalda, salía de su cabaña, depositando antes, sobre el banquillo, el legajo de papel doblado y sujeto con la taza de té para que el viento no lo volara, dejando ver en su superficie una sola palabra trazada con una caligrafía tosca: *Básil*.

III

Sabía que tendría que atravesar Piores en algún momento. La opción sería rodear el pueblo y salir por el camino que conducía al sur, pero Liam pensó que era innecesario. A pesar de cualquier alboroto que se hubiera armado en la taberna y que la fiesta hubiera continuado algunas horas más, la mayoría de los parroquianos ya se habrían retirado y el resto de los visitantes estarían dormidos, fuera por decisión propia o embrutecimiento del alcohol. Su única preocupación entonces sería pasar frente al taller de Angle, la casa de Laidler o el Fúnez y que a cualquiera de ellos se le ocurriera asomarse por la ventana en ese momento y le reconociera. No, eso no pasará si rodeo esos lugares, pensó Liam, alcanzando la cima de la colina antes de descender a Piores. Se detuvo al distinguir varias luces titilantes que recorrían las calles del pueblo, moviéndose de un lado al otro y que al final reconoció como antorchas. Y se paralizó por completo cuando llegó a sus oídos el eco de gritos, provenientes de los hombres que las portaban:

- ¡No está por acá!
- ¡Sigán buscando!
- ¡Qué alguien me ayude a revisar el almacén!
- ¡No está atrás de la iglesia!
- ¡Está por acá!
- ¡Sigán buscando!
- ¡No está en ningún lado!

Liam se mordió los labios y susurró una maldición mientras pensaba qué hacer. Atravesar el pueblo en medio de aquel alboroto sin duda llamaría la atención. Permaneció unos minutos viendo el andar de las antorchas y los campesinos que las llevaban. Incluso, a la distancia reconoció las figuras de algunos soldados reclutadores que estaban en la taberna esa noche, guiando a pequeños grupos de piarenos para buscar más organizadamente. Estaban registrando todo el pueblo.

¿Qué demonios pasó? se preguntó Liam, viendo cómo los grupos cubrían mayor terreno y se expandían progresivamente en círculos. No tenía mucho tiempo para decidir y, pensando que los granjeros extenderían sus zonas de protección hacia las granjas del este, decidió rodear el pueblo por el costado oeste, bordeando el río Palapan. Dio la vuelta más larga que pudo hasta que las antorchas fueran apenas un pequeño punto a la distancia y el sonido del río resultara más fuerte que los gritos de las personas.

Caminó siguiendo el borde y la corriente del Palapan durante unos minutos, atento a cualquier sonido que indicara la presencia de personas cerca. Pero Liam no era un cazador. Toda su vida había sido un granjero y no tenía ese instinto que caracterizaba a tramperos, guardabosques, cazadores, o incluso a amigos como Angle y McBride, siempre dispuestos a competir por la mejor pieza en sus viajes de cacería o pesca. Liam realmente no tenía ese talento.

Por eso fue una auténtica sorpresa cuando el lazo se ciñó alrededor de su garganta con un chasquido, cortando su respiración mientras un brusco movimiento lo tiraba de espaldas. Por instinto Liam llevó sus manos al cuello, intentando arrancar la delgada tira de piel que lo rodeaba

mientras intentaba levantarse. Entonces un cuerpo cayó sobre su pecho, dejándolo sin aire. Con su vista ya acostumbrada a la oscuridad Liam distinguió una figura delgada y encapuchada, con un rostro contrastantemente blanquecino y terso que se inclinó a pocos centímetros del suyo: —El río. ¿Cómo lo cruzo? —le preguntó con voz apresurada.

Liam trató de hablar, pero su propia voz brotó ahogada y gutural. La figura encapuchada sujetó su látigo y empezó a tensarlo sobre el cuello de Liam, quien trató de liberarse desesperadamente.

—¿Cómo cruzo el río, anciano?! ¡Apunta hacia un puente o paso, no necesitas hablar!

Liam entendió que no conseguiría nada tratando de liberar el látigo alrededor de su cuello, así que sujetó el extremo que su atacante sostenía y lo atrajo hacia él mientras le lanzaba un golpe al rostro. La figura retrocedió por reflejo, dejando caer el látigo. Liam giró hacia un lado, librándose del peso de su atacante y rodó hasta casi caer por la ribera del río. El látigo cedió y pudo volver a respirar. Se puso de pie rápidamente, llevando su mano al cuchillo de tallar madera que llevaba al cinturón, pero su atacante ya estaba de pie, encarándolo con una espada corta en su mano diestra y una sonrisa maliciosa en los labios. —¿En serio quieres hacer esto, anciano? Solo dime cómo cruzar el río y salvarás tu vida —le dijo con una voz ligeramente aguda.

Liam apretó con fuerza el mango del cuchillo mientras dejaba caer el látigo al suelo y se hacía mentalmente la misma pregunta, sopesando sus opciones: pelear con alguien mejor armado y, sin duda, más experimentado que él o indicarle la dirección hacia el puente que cruzaba el Palapan y dejar que escapara, esperando que este individuo no fuera lo bastante sanguinario para asesinarlo en ese lugar. En los linderos del pueblo. Sosteniendo como única arma un chuchillo para tallar madera.

¡Maldita sea! pensó. *Ni siquiera he salido de Piores y ya estoy peleando por mi vida, ¿cómo demonios voy a llegar a Thunderstone yo sólo?*

No podría. Estaba seguro de eso ahora. Aquella figura, su espada afilada y su páfida sonrisa se lo confirmaban.

—¿Y bien, anciano? ¿Por dónde cruzo el río?! —amenazó la figura, avanzado unos pasos y permitiendo que Liam se diera cuenta, no sin cierta vergüenza, que su atacante era de una estatura más baja que la suya. Sin embargo, por lo mismo, le fue un poco más fácil hablarle con firmeza:

—No te lo diré.

Liam alcanzó a ver los ojos de su atacante mirándole con sorpresa antes de lanzar una risa ahogada, sin dejar de amenazarle. —¿Es en serio? ¿Acaso quieres morir aquí, anciano?

—¿Acaso quieres tú? —respondió Liam. Y como si eso fuese una señal, el grito de los hombres de Piores se escuchó a la distancia. La figura encapuchada se distrajo un segundo, permitiendo que Liam se acercara unos pasos: —¿Eres el ladrón que están buscando? ¿El que estaba en la taberna esta tarde? Escuché que te habían atrapado.

—Eso creyeron —dijo la figura, tratando de no sonar nerviosa por la cercanía de las voces. —Sus nudos eran de niños y su cárcel es una burla.

—Debiste enfurecer a muchas personas para que todo el pueblo te esté buscando, incluyendo a los soldados de Thunderstone. Y ellos son mucho más organizados en sus búsquedas. No tardarán en llegar aquí.

—¿Qué pretendes con esto anciano?

Liam avanzó hasta que la punta de la espada del ladrón se apoyó ligeramente contra su pecho. —A que no tienes a donde ir. Sólo hay un paso para cruzar el río y alejarse de Piores. Yo lo conozco, pero no te lo diré gratis.

—¿Qué quieres a cambio? Te advierto que no me quedó mucho de lo que saqué en la taberna.

—Necesito un guía. Alguien capaz y con recursos.

—¿Guía? ¿A dónde?

—A Thunderstone.

El ladrón tuvo que cubrirse la boca para que su carcajada no resonara en el aire. Se calmó cuando vio la seriedad en el rostro de Liam. —¿Hasta Thunderstone? ¿Quieres ir a Thunderstone? ¿Acaso estás...?

Las voces de los perseguidores sonaron más cerca y Liam sonrió ligeramente, sin dejar de proyectar seriedad en su voz: —Tú decides — y, complacido, vio al ladrón apretar con furia el pomo de su espada antes de responder: —¡Está bien, maldición, a Thunderstone o reventar, como sea, solo alejémonos de aquí!

Liam sujetó el morral de nuevo sobre sus hombros y echó a andar hacia el sur, seguido por el ladrón, quien no dejaba de apresurarlo: —De prisa, anciano, por Amur, ¿acaso puedes ir más lento? ¡Apresúrate, que los escucho más cerca! —Liam sonrió ante ese comentario pues las voces hacia mucho que habían dejado de escucharse. El río fue adelgazando su cauce en una sección y Liam se detuvo en la parte más angosta. No había ningún puente o paso a la vista. —Si esto es una trampa, anciano... —empezó a decir el ladrón mientras Liam buscaba con la mirada hasta encontrar lo que esperaba ver en el lindero del río: dos piedras de forma y altura similar, con un espacio de aproximadamente dos metros entre ambas. —¿Qué se supone que...? —sin esperar a que el bandido terminara su pregunta, Liam saltó al río, en el espacio limitado entre las piedras. Sus pies se hundieron en el agua hasta los tobillos, dejando escapar el rechinado de madera húmeda. Liam volteó a ver al ladrón, quien le miraba sorprendido. —Hay un puente más grande, a más de una milla de aquí, siguiendo el camino que conecta con Piores. Sin duda irán a buscarte por esa ruta, pero este es un paso para caminantes y gente que vive en las granjas del oeste y no desean dar todo el rodeo. Sólo los lugareños lo conocemos.

—¿Y lo construyeron bajo el agua? ¡Qué ingenioso! —susurró sarcástico el ladrón. Liam sonrió, esperando no hacer evidentes sus intenciones.

—Llovió esta noche, el río está crecido y cubre el puente, pero es seguro. ¿Vienes?

La figura encapuchada lanzó un suspiro y saltó hacia el paso, junto a Liam, quien la dejó avanzar unos pasos delante de él. —Deberías guardar tu espada —le sugirió mientras empezaban a avanzar.

—Yo decido cuando guardar mi espada, anciano. Después de todo, no confío en... —fue cuando el suelo de madera desapareció bajo los pies del bandido y este se hundió completamente en el agua. La sorpresa le obligó a soltar su espada, cayendo a un costado del camino. Liam, esperando ese momento, se colocó de rodillas para tomar el arma y luego sujetar el capuchón del bandido, antes que la corriente lo arrastrara. Le atrajo con fuerza —era mucho más liviano de lo que esperaba— hasta la orilla del paso de madera, sacando su rostro del agua para que pudiera escucharle.

—¡Ahora confías en mí, infeliz?! ¡Puedo dejar que te ahogues como la rata que eres, pero aún necesito un guía a Thunderstone!

El bandido intentó sujetar a Liam o alcanzar el puente, pero el granjero le sumergió violentamente bajo el agua, viendo como sus manos se agitaban desesperadas antes de permitirle de nuevo tomar aire.

—¡Incluso estoy dispuesto a pagarte, ¿entiendes?! ¡Con dinero, además de perdonar tu asquerosa vida! Solo tienes que guiarme hasta Thunderstone. ¿De acuerdo? —Liam no espero

respuesta, volvió a hundir la cabeza del ladrón en el agua durante varios segundos, antes de dejarle respirar otra vez. —¿De acuerdo?!

—¡No puedo! —balbuceó el ladrón. —¡No puedo llevarte hasta allá!

—¿Por qué no?!

—¡Porque nadie puede entrar a Thunderstone! ¡Ni siquiera podríamos llegar a Ozur, todos los caminos están cerrados!

Liam resistió el impulso de volverle a sumergir. En cambio tiró del cuerpo para que pudiera sujetarse al puente y luego se puso de pie, sujetando firmemente la espada del ladrón mientras este se arrastraba sobre la madera y el agua, quedando finalmente de rodillas sobre el puente mientras recuperaba el aliento. Su ropa, ahora empapada, acentuaba su figura delgada y femenina. La capucha había caído, revelando una cabellera corta y de color oscuro, definiendo la forma de su cabeza y destacando sus orejas alargadas, propias de la raza élfica. Por un momento Liam no supo si era efecto del agua o si los ojos de la elfa realmente estaban llorando, además de que su voz todavía sonaba firme y segura, aunque sin el arrojito y petulancia de hace unos momentos: —Solo las caravanas de reclutamiento pueden acceder por el norte o sur, rodeando las cordilleras de Toben a través de las rutas comerciales. Incluso las marítimas también están cerradas. No hay forma en que un viajero solitario y sin ningún salvoconducto pueda cruzar los retenes del camino hasta Thunderstone.

—Atravesando las montañas —sugirió Liam. —Debe haber un paso a través de las montañas para llegar directamente...

—No hay pasos a través de las cordilleras. Quizá caminos subterráneos, trazados por los enanos, pero ninguno conocido por elfos o humanos. Tal vez ni siquiera existan. Además, ningún paso que existiera a través de las cordilleras nos llevaría más lejos de Ozur, de donde tampoco hay paso hacia Thunderstone.

Liam dio unos pasos sobre el puente, empezando a sentirse desesperado. —¿Qué tan lejos podríamos llegar?

La joven elfa, sentada y totalmente empapada sobre el puente, meditó su respuesta, desesperada también por no encontrar alguna solución que darle al granjero, que ahora blandía su espada. —No lo sé... A Narur del Este... A los pueblos alrededor del Lago de las Tres Cuencas... Pero sería un viaje de semanas y no tenemos suministros... A menos que volvamos al pueblo.

Liam ignoró el último comentario, principalmente porque su pensamiento se había detenido en una idea: —Lital.

—¿Lital?

—Es a donde se dirigen las caravanas, antes de dirigirse hacia Ozur y rodear las cordilleras de Toben.

—Ya le dije que no podemos pasar por Ozur.

—No Ozur. Lital. Es una ciudad de paso para viajeros. Mi amigo Laider me platicó de ella. De ahí parten caravanas hacia el sur y al norte, rodeando el desierto de Narur y llegando...

—A Narur del Este —se adelantó la elfa. —No tomaría más de dos semanas de viaje, en total.

—¿Puedes llevarme a Lital? —la elfa asintió y tomó la mano que Liam le extendió para ayudarla a levantarse. —¿Cómo te llamas?— le preguntó.

—Vania.

Liam asintió y le acercó el mango de la espada. —¿Tengo que preocuparme, Vania? —la elfa negó con un gesto y un sencillo *no*, antes de tomar la espada y guardarla en su funda, bajo su túnica empapada. —Creo que estoy más preocupada yo, por usted.

—Me llamo Liam. Y camina en diagonal —le dijo el granjero señalándole un punto al otro extremo del río, donde otras dos piedras se alineaban en forma diagonal con las anteriores. — Construyeron este puente así para que resistiera las corrientes crecidas.

—¡Mire, qué ingeniosos! Eso casi justifica que no pusieran un letrero o aviso... Piarenos idiotas —balbuceó Vania mientras caminaba en esa dirección, lentamente y chapoteando a cada paso. Liam hizo un esfuerzo para no reírse.

Cuando salieron del cauce del río, Liam se detuvo un momento para mirar hacia atrás. Hacia las formas familiares de las cordilleras del este de Handor, bajo cuya sombra había vivido toda su vida, experimentando ahora, por primera vez, la angustia ante la idea de que no las volvería a ver. Sujetó con fuerza las correas del morral sobre sus hombros y siguió avanzando.



Se detuvieron a descansar hasta que los ruidos y luces de persecución dejaron de verse y escucharse. Por indicaciones de Vania dejaron pasar un rato más antes de que Liam prendiera una fogata. —Si ven fuego a la distancia pueden animarse a seguir buscándonos y no querrá que lo encuentren conmigo, viejo —señaló la ladrona elfa, tiritando de frío en su ropa húmeda. Liam, en silencio y sintiéndose un poco culpable, esperó a que Vania finalmente indicara que era seguro. Minutos después, sentada frente al fuego, parecía más relajada y cómoda. —Te reconozco ahora, granjero. Estabas en la taberna —dijo mirando de reojo a Liam, quien buscaba algo dentro de su morral. —Por tu culpa me capturaron. Provocaste que me empujaran.

—No fue mi intención y no lograrás que me sienta culpable por eso.

—Lo sé. Estabas ocupado con ese soldado. Un verdadero imbécil, por cierto, no te sientas mal. ¿Es por eso que quieres ir a Thunderstone? ¿Fue por algo que dijo?

—No es de tu incumbencia.

—Oye, tranquilo viejo. Sólo quiero hacer conversación antes de dormir.

—No creo poder dormir. Además, amanecerá en pocas horas. Si quieres hablar mejor platicame qué hacías en Piare.

—Venía siguiendo a esa caravana desde los pueblos del norte. Son una buena oportunidad para gente de mi oficio. Llamen mucho la atención entre los lugareños, además de que los reclutas y oficiales están muy distraídos con historias y bravuconerías.

—¿Vienes de los bosques del norte?

—De una comunidad de elfos al noreste de aquí, pasando el lago de las Tres Cuencas.

—¿No estás muy lejos de casa? —comentó Liam, extrayendo un par de raciones de carne seca de su mochila y extendiéndole una a Vania, junto con su manta para dormir. —Como si no lo estuviera —respondió ella, tomando ambos. —No he regresado desde hace más de cincuenta años.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Liam, recordando la cuestión de la longevidad de los elfos.

—Ciento veinte.

Liam no pudo evitar lanzar un silbido de sorpresa, no sólo ante la idea de que aquella criatura de piel tersa y un cuerpo joven que, bajo impresiones humanas, no tendría más de veinte años, había vivido más tiempo que él, sino que también llevaba más de medio siglo sin regresar a su hogar. Pensó en Liamder y en los más de quince años que llevaba lejos, no sólo de Piare sino de su vida. A los ojos de Vania ese tiempo no sería más que un suspiro. No le significaría nada.

—¿No tienes familia? ¿No los extrañas? —preguntó. Vania se encogió de hombros

mientras se cubría con el cobertor. —No realmente... A veces... Entonces, ¿qué vas a hacer en Lital? —preguntó la elfa, en un evidente esfuerzo por cambiar el tema.

—Tomar una caravana o buscar cómo llegar a Narur del Este por la ruta comercial. Laidier, mi amigo, me contó una vez que esas rutas no están bajo el control de Thunderstone ni de ningún otro reino de la Coalición de Naciones, así que permanecerán abiertas.

—¿Y una vez ahí? Incluso si sigues la ruta comercial y atraviesas el Lago de las Tres Cuencas, no podrás llegar a Thunderstone sin antes pasar por un retén.

—Ya veré qué hago entonces.

—Que buen plan traes, viejo —comentó Vania sarcásticamente, masticando su pedazo de carne. —Supongo que también incluye cómo llegar a Lital —Liam la miró, intrigado: —¿A qué te refieres?

—Definitivamente nunca has salido de tu pueblo. Lital está a más de cien leguas de distancia, tomaría casi una semana llegar caminando. ¿Tienes suficiente carne seca para ese viaje?

Liam revisó de reojo las escasas viandas que llevaba en su morral, las cuales redujo mentalmente a la mitad considerando a su acompañante. —Ya veremos qué hacer entonces —respondió. Vania, agitando la cabeza de un lado a otro, dijo: —Si escucharas a la gente antes de meterla en agua helada, gracias, por cierto, podrías idear algo para hacer el viaje más rápido.

—¿Qué sugieres?

La elfa sonrió irónicamente. —¿Qué tan patético te puedes ver?



Cada mañana, con los primeros rayos del sol, muchos granjeros y comerciantes de las campiñas entre Piare y Lital comienzan sus viajes a través de la región, para abastecerse de suministros o vender sus cosechas y otros productos. Y si el tiempo lo permite, también para ayudar a algún viajero. Como a una joven y a su abuelo en peregrinación hacia el templo de Amur, en Lital.

—Y si supiera el tiempo que llevamos andando, señor —le decía Vania al conductor de la carreta que habían interceptado, asegurándose de cubrir con su capucha sus rasgos élficos más evidentes mientras que Liam, sentado en una piedra cercana, se limitaba a lucir cansado, encorvado e incapaz de dar un paso más. Tal como Vania le había indicado. —... dejaría que la virtud de Amur tocara su corazón y nos permitiera viajar en su carreta. Porque las bendiciones de Amur caen sobre aquellos que son compartidos con los menos afortunados. Pero si eso no es suficiente podemos pagar por el viaje, aunque eso afecte nuestro diezmo para la gloria de Amur.

El humilde granjero que se había detenido a escucharles rechazó la paga y se ofreció a llevarlos hasta donde le fuera posible. Vania se deshizo en alabanzas hacia la virtud del hombre y Liam le agradeció con un gesto silencioso mientras ambos se sentaban en la parte trasera de la carreta, tras unos sacos de grano. Asegurándose que el conductor no los viera, Liam recuperó su postura y le susurró a Vania, con severidad: —Esto es vergonzoso, no lo volveremos a hacer, ¿de acuerdo? —Vania, sonriendo, asintió en silencio mientras balanceaba sus pies por el borde de la carreta.

Lo hicieron una vez más antes de llegar a Lital, tras dos días de viaje.

IV

Lo primero que notó Liam fue el alboroto. El ruido que podía escucharse incluso antes de entrar a la ciudad, en las largas filas de carretas, monturas sobrecargadas y caminantes que esperaban en las puertas de Lital para entrar o salir, fueran viajeros, visitantes solitarios o parte de las caravanas comerciales que buscaban en la ciudad un punto de respiro, el inicio o el final de sus jornadas.

El clima fresco de las campiñas del este había cambiado por uno más áspero y donde el calor del medio día era más intenso. Liam aún se sentía cómodo con su casaca, pero Vania se vio obligada a quitarse su capucha, revelando su naturaleza élfica, lo cual no parecía ser relevante en medio de otras tantas razas mezclándose en la entrada de la ciudad: elfos parecidos a Vania en gracia, cuerpos delgados, miembros finos y pieles tersas, pero en diversos tonos que permitía identificarlos como elfos de las zonas boscosas del sur, del norte de Bramur o de las tundras heladas de Nobi. Vio robustos y barbados enanos, de las colinas y las montañas, avanzando firmemente con cada paso de sus gruesas piernas. Reconoció, al prestarles más atención, a los elfos mestizos, de facciones toscas propias de su herencia humana, pero con la complexión de la raza élfica; los enanos medios, fácilmente confundidos por humanos de baja estatura de no ser por la robusta complexión de sus miembros, sus manos gruesas y el abundante y desproporcionado vello facial; y los seniorcos, abriéndose paso entre la multitud gracias a sus robustas complexiones y la aterradora presencia que les brindaban sus pieles de color verde grisáceo y monstruosas facciones. En algunas ocasiones, en Piores, Básil le había comentado o él mismo había sido testigo de la presencia de algún viajero solitario o grupo de personas pertenecientes a alguna de estas razas, convirtiéndose de inmediato en noticia y comodilla entre la gente de Piores, pero nunca se había visto rodeado de tantas presencias al mismo tiempo, especialmente a la entrada a una ciudad que superaba por más de cien veces el tamaño de Piores. Incluso los humanos, aun siendo mayoría en comparación con otras razas, le resultaban muy diferentes a los que estaba acostumbrado a ver: había personas de rasgos delicados y finos que denotaban orígenes nobles y de alta cuna; o de apariencia bonachona y sonrisas que le recordaban a Básil; pero la mayoría eran individuos de rasgos toscos, piel curtida al sol y cabelleras oscuras, vistiendo ropas claras que cubrían gran parte de sus cuerpos, rasgo característico de los habitantes del oeste de Handor y del desierto de Narur, quienes convertían a Lital en un punto obligatorio en sus viajes a través de esta zona.

Cruzar los altos muros erigidos alrededor de la ciudad no supuso mayor problema fuera de la larga espera ante sus puertas. Adentro, el ruido, el tumulto y el movimiento aumentaron hasta el grado que Liam tuvo que detenerse un momento para recargarse en la pared de un edificio, viendo el deambular de elfos, enanos, mestizos y humanos por las calles de la ciudad, junto con el ocasional grupo de carretas o caballos.

—¿Demasiado para ti, viejo? —preguntó Vania, recargándose junto a él. Liam, sin responder, volteó a todos lados, buscando orientarse. —¿Dónde salen las caravanas? —preguntó finalmente. Vania, sabiendo leer el flujo de las multitudes, dijo: —Según recuerdo las rutas

comerciales convergen en esta ciudad por el sur y el norte. Viendo que quieres ir al norte, lo mejor es ir hacia esa salida.

Se encaminaron hacia allá, abriéndose paso entre la gente, a lo que Liam no estaba acostumbrado. Varias ocasiones Vania tuvo que regresar para alcanzarlo y hacerle ir a su paso, atravesando calles, mercados públicos y plazas.

—¿Cómo puede haber tanta gente aquí? —preguntó Liam.

—Lital es uno de los puntos de comercio más importantes de Handor. Tal vez el más importante que no está regido por ningún imperio o la Coalición de Naciones, y que además no es puerto marítimo. Aquí llegan y parten caravanas que transportan bienes al norte, a Narur del Este y al lago de las Tres Cuencas; o al sur, bordeando las cordilleras de Toben para luego enfilarse de nuevo hacia al norte, rumbo a Ozur y Thunderstone. También cruzan el desierto de manera segura para llegar a Narur y a otros puertos del oeste. Muchos viajeros y comerciantes hacen pausa en esta ciudad o encuentran aquí lo que necesitan. ¡Pero no te detengas, Liam, vamos!

Avanzaron hacia donde el flujo de gente empezaba a hacerse más pesado conforme se acercaban a la puerta norte, un enorme acceso que permitía pasar hasta cuatro carretas a la vez, alineadas una junto a la otra. Alrededor de esta entrada se amontonaban varios vehículos tirados por caballos; carretas, vagones techados o carromatos, agrupados en caravanas de hasta más de veinte elementos.

—Si preguntamos en estos grupos tal vez podamos encontrar alguna caravana que nos lleve.

—Vania...

—O tal vez sería mejor viajar con un grupo de jinetes que se desplacen sin vehículos. Sería más rápido.

—Vania.

La elfa volteó hacia el viejo granjero, quien permanecía junto a ella, extendiéndole su mano derecha en donde relucían siete monedas de oro. —Te lo agradezco.

—¿Qué? —dijo Vania, tomando por reflejo las monedas de la mano de Liam, sin dejar de mirarle. —¿A qué te refieres?

—Te pedí que me acompañaras hasta Lital. Puedo seguir sólo desde aquí.

—¿En serio? ¿Y cómo vas a buscar transporte? ¿Los vas a ahogar en un río también?

Liam empezó a avanzar hacia la multitud —Te lo agradezco, Vania. No te metas en problemas.

—¡Espera, Liam! ¡Al menos deja que...! ¡Liam! —a Vania le sorprendió como, sobrepuesto a su primera impresión de Lital y teniendo su objetivo enfrente, el viejo granjero pudo abrirse paso sin problemas y rápidamente entre la gente, dejando a la elfa atrás en un instante. Y gracias a una bandada de caballos que se atravesaron en su camino, Vania terminó por perderlo completamente de vista.

Liam logró abrirse paso hacia varios grupos de caravanas que esperaban pacientemente los permisos para salir de la ciudad, el abastecimiento de provisiones o la contratación de elementos para suplantar a los que finalizaban su viaje en Lital o se tomarían un periodo de descanso antes de enfrascarse en otra travesía. Liam se acercó a un grupo de carretas y conductores que llamaron su atención. —Disculpen, ¿habrá alguna caravana que parta pronto hacia Thunderstone? —preguntó

—Nadie viajará a Thunderstone en mucho tiempo, amigo —respondió uno de los conductores mientras jugaba con las riendas de la carreta entre sus manos.

—Tal vez a un punto más cercano —rectificó Liam. —Ozur, o Narur del Este.

—Nosotros no, anciano. No queremos aproximarnos a territorio de la Coalición. Una de nuestras caravanas fue confiscada por atreverse a ir más allá de las Tres Cuencas.

—Entonces a Narur del Este... ¿Nadie, en serio? —preguntó Liam empezando a mostrar su frustración. —¿No se supone que son conductores de caravanas?

Los hombres, resintiendo el tono de voz del granjero, empezaron a ponerse de pie, cuando una figura se acercó y posó sus manos en los hombros de Liam: —¡Amigo, amigo, no hay necesidad de ponerse así! Los caballeros no tienen necesidad ni interés de viajar a Narur del Este, pero habrá otros que sí. Permítame recomendarle a alguien.

Con suavidad y firmeza aquel hombre llevó a Liam lejos de los conductores. Dándose cuenta de lo imprudente que había sido, Liam se dejó guiar. —¿Está seguro que conoce a alguien que pueda llevarme?

—¡Por supuesto! —respondió aquel joven, que se movía con gran soltura entre la gente, esquivando el contacto con las personas y con su capa negra ondulando tras él con la misma gracia: —Verá, hay algunas caravanas que parten de aquí o van de paso hacia Ozur o Thunderstone por las vías del norte, pero el cierre de rutas ha traído complicaciones. Los viajes pueden prolongarse por semanas tan sólo en la zona de los retenes, esperando una autorización de paso o la verificación de un salvoconducto. Sin embargo otras emprenden viajes continuos a Narur del Este, que se encuentra al norte de esta ciudad. De ahí, atravesando el Lago de las Tres Cuencas, se puede tomar una caravana autorizada hacia Thunderstone. Como las de la familia Trimah, las únicas con autorización para moverse libremente en esas rutas. Y créame, usted quiere viajar en una de esas caravanas. Pero dígame, ¿está buscando trabajo? ¿Tiene experiencia con caravaneros? No lo tome a mal, pero a pesar de su edad se ve que usted es bastante fuerte. ¿A qué se dedica? Me atrevería a adivinar que tiene que ver con trabajar la madera o la tierra. ¿Tiene algún talento particular? Miré, ya llegamos. Es aquí.

Se habían detenido ante una caravana compuesta por diez carrmatos, los más grandes que Liam había visto en su vida, sostenidos por ruedas reforzadas con gruesos rayos de madera y bases de metal. Cada uno era arrastrado por cuatro caballos, robustos ejemplares de pelaje pardo que, en ese momento, lucían ligeramente inquietos.

—Están ansiosos por salir, ¿se da cuenta? No son animales que puedan estar quietos mucho tiempo. Y allá está el líder de la caravana, vamos a presentarle.

Se acercaron a un grupo de cinco personas. Una estaba de pie sobre un cajón de madera, vistiendo una gruesa túnica blanca que caía hasta sus tobillos. Estaba ocupado en ese momento haciéndoles preguntas a otros tres individuos frente a él, mientras que el último permanecía a su lado, muy atento en tomar notas sobre un pliego de papel con una delgada barra de grafito. El compañero de Liam se hizo escuchar mientras se acercaban a ellos.

—¡Don Benua, excelente mañana, ¿cómo se encuentra hoy? Le traigo una persona más para su viaje.

—No necesito más gente, Foullet, tengo a todos los que requiero —y dirigiéndose a dos de las personas que estaba entrevistando, añadió: —Eso los incluye a ustedes. Lo lamento, pero no los necesito en este viaje. Será en otra ocasión. Tú, el de las espadas, quédate, ¿cuál dijiste que era tu nombre?

—Feder Fechtbuch, señor —respondió el tercer hombre, un naruano de piel bronceada y compleción robusta y vigorosa. En su cintura destacaban las fundas de dos espadas y cargaba sobre sus anchos hombros un morral el doble de grande que el de Liam, sujetando las correas con sus manos, protegidas por gruesos guantes de piel. Los otros dos hombres se marcharon abatidos mientras don Benua seguía hablando: —Muy bien, Feder. Si sabes manejar esas espa...

—Perdón, perdón, perdón, peerdone que lo interrumpa, honorable Benua, sé que es una persona muy ocupada, pero no descartaría a este hombre tan rápidamente. Sus talentos podrían serle muy útiles en su viaje. ¿Tiene todos los cargadores o vigías necesarios?

—Tengo todo lo que necesito, Foullet, gracias.

—Déjeme pagar mi viaje —interrumpió Liam, acercándose al hombre que, evidentemente, era el líder de la caravana. —¿Cuánto costaría llevarme como pasajero?

—No realizamos este viaje para llevar pasajeros. Transportamos provisiones a Narur del Este. No tenemos ninguna clase de comodidad para viajeros.

—No quiero comodidad, sólo llegar a Narur del Este. ¿Ustedes parten hoy? ¿Son la única caravana que sale hacia allá?

—El día de hoy sí. Partimos en algunas horas.

—¿Cuánto quiere por llevarme?

—Le repito que...

—Diez piezas de oro —interrumpió Liam. El grueso jefe de la caravana enmudeció ante la seguridad con la que Liam había hecho su oferta. Diez piezas de oro, en su experiencia, pagaban una estancia cómoda en un pequeño carronato privado. —Señor, no deseo ser grosero pero...

—Veinte —el silencio se impuso en todos los presentes. Notando esa reacción Liam se despojó de su morral y metió su mano en él, revolviendo el interior hasta sentir la bolsa con monedas de oro que llevaba dentro. Sacó un puñado que de inmediato extendió al caravanero, sin molestarse en contarlas y ante la mirada de todos los presentes, incluyendo Foullet y transeúntes que pasaban. —Veinte piezas de oro. Es mi única oferta, no tengo tiempo para regatear. Si no es con usted, será de alguna otra forma, aunque tenga que comprar un caballo y seguirlos a la distancia, pero debo ir a Narur del Este.

Benua, consternado, pasó su gruesa mano atrás de su nuca y recorrió con la mirada las carretas que componían su caravana. —Supongo que puedo hacerle un espacio en el carronato de los guardias, si no le molesta viajar apretado.

—Está bien.

—... y si consigue su propia comida. La nuestra ya está cargada e inventariada.

—Sí, como diga. Se lo agradezco —comentó Liam, depositando las monedas en la mano del asistente de Benua, quien arqueó las cejas ante aquella situación antes de contar las monedas y regresarle un par que habían sobrado. —Bueno, partimos a las cinco en punto y sin esperar a nadie. Esté aquí para entonces. Puede entregar sus víveres o preguntarle cualquier duda que tenga a mi asistente, Sadiq. Eso también va para ti, muchacho... Feder, ¿cierto?

El naruano de las espadas asintió, con su atención dividida entre su nuevo empleador y el viejo de las monedas de oro, quien agradeció nuevamente al jefe caravanero antes de dar media vuelta y retirarse. Su acompañante rápidamente se acercó a Benua para felicitarlo por su decisión, extendiendo al mismo tiempo una mano hacia Sadiq, el asistente. Este, bajo el gesto aprobatorio de su jefe, le entregó una moneda a Foullet, quien de inmediato se apresuró para alcanzar al granjero.

—Señor, eso fue increíble, aunque un poco apresurado. Yo hubiera podido conseguir que lo llevara por menos dinero. ¿A qué se debe la prisa, si puede saberse?

—Debo llegar a Thunderstone tan pronto como pueda. ¿Dónde puedo comprar víveres...? Foullet, ¿cierto?

—En el mercado. Sígame... No puedo imaginarme a quien puede buscar con tanta desesperación, señor.

—Me llamo Liam. ¿Cómo sabe que estoy buscando a alguien en Thunderstone?

—Por la ansiedad que transmite es más que evidente. ¿Es acaso una mujer? ¿Alguien con quien tenga una deuda de dinero u honor? ¿Familia?

—Mi hijo —respondió Liam, tratando de ocultar un ligero estremecimiento que sintió en ese momento. —Vive en Thunderstone, es capitán del ejército. Tengo que ir a verlo.

—Oh, entiendo su angustia, señor. La situación entre Thunderstone y Vinska no va muy... —Liam se detuvo al darse cuenta que su acompañante ya no hablaba y se había quedado quieto a mitad de la calle, permaneciendo meditabundo unos momentos antes de mirar a Liam, con una curiosidad que hasta el momento resultaba inesperada en aquel joven. —¿Dice que su nombre es Liam? ¿Y que su hijo vive en Thunderstone y es parte del ejército de la ciudad?

Los ojos de Liam brillaron profundamente y se acercó al hombre. —¡Sí! Su nombre es Liamder, Liamder Tamer. Es capitán del ejército de Thunderstone. ¿Lo conoce?

—¿Que si lo conozco? —el joven Foullet empezó a reír con una carcajada grave y ligeramente macabra para su apariencia. Cuando se controló pasó una mano entre su cabello oscuro y revuelto antes de mirar a Liam con una pronunciada sonrisa: —Su hijo fue quien me arrestó, hace más de cinco años.



FOULLET

No es una historia larga o complicada. Si bien soy uno de tantos huérfanos de Thunderstone, pasé muchos años en Ozur, la ciudad portuaria más cercana a la capital del imperio. Ozur, aun con los convenios o tratados que tiene con Thunderstone, no pude esconder lo que es en realidad: una ciudad fuera de control. Ladrones, piratas, bandidos, oficiales y funcionarios corruptos, todos ponen su marca de suciedad y vicio en ese puerto, donde solo basta un par de monedas para que cualquier autoridad voltee hacia otro lado. Durante doce meses, Ozur es una tierra con leyes que sirven tanto como un telón en un teatro al aire libre.

Pero los otros seis meses son diferentes. Es la época del reclutamiento anual de Thunderstone. Las caravanas de reclutadores recorren todo Handor, llevando a jóvenes ansiosos hasta Ozur, donde se establecen campamentos de entrenamiento que, durante ese tiempo, deben ser supervisados por miembros del ejército para seleccionar a los reclutas más destacados. Así que, durante esos meses, la ciudad pone su mejor cara y sus peores elementos mantienen un perfil bajo. Yo en aquel entonces era poco más que un muchachillo pretencioso. Pensé que no necesitaba limitarme. Me equivoqué.

Su hijo me arrestó cuando intentaba robar comida en los mercados de Ozur. Debo reconocer que fue bastante ágil y fuerte para poder aguantarme el paso mientras me perseguía, aun con su armadura puesta. Además fue bastante ingenioso; dedujo mis movimientos, por donde correría, las pistas falsas que dejaba. En fin, fue la persecución más estimulante que había tenido hasta entonces.

Pero tuvo que terminar en un callejón donde no pude hallar un recoveco para ocultarme o huir. Además, ¿cómo iba a enfrentar a un soldado de Thunderstone, evidentemente más fuerte que yo? Dejé que me sujetara las manos y me condujera hacia el cuartel del ejército en la ciudad. Pero en el camino empezó a hablar conmigo, a preguntarme si yo era el ladrón del que otros hablaban, el que nunca lastimaba a sus víctimas. Como me negué a hablar con él nos desviamos por un callejón y ahí nos sentamos en extremos opuestos. Me dijo que podía cambiar mi camino, utilizar mis habilidades con otros propósitos e intenciones. Le dije que conmigo

estaba perdiendo su tiempo porque la gente no puede cambiar. Ciertamente, pueden pretender que lo hacen, pero solo realizan ajustes o modifican patrones. En el fondo no se obra ninguna clase de cambio.

Entonces su hijo me miró muy compasivamente y me dijo: —Mi padre es granjero. Uno muy bueno. Recuerdo que hace tiempo había una sección de tierra en nuestra granja donde no podía crecer nada. Todos le decían que era inútil intentarlo, pero él no se rindió; trabajó en ella día y noche, la nutrió con los mejores abonos que pudo conseguir. Fue un proceso que duró semanas y en el cual me obligó a participar. Llegué a odiar esa maldita parcela y a pensar que realmente nada podría cambiar en ella. Entonces fue cuando empezó a dar brotes. Recuerdo que yo estaba muy asombrado y quería gritárselo a todo mundo, pero mi padre no le dio importancia y siguió trabajando como siempre.

—¿Y todo eso a qué viene, honorable señor? —le pregunté entonces. Su hijo, por respuesta, empezó a desatar mis manos. —Yo creo que necesitas ver cómo se obra el cambio — me dijo antes de llevarme al mercado, donde me hizo pedirle disculpas a los comerciantes. Luego pagó por la comida robada y me la entregó antes de marcharse, pidiéndome de nuevo que enmendara mi camino.

—¿Qué le hace creer que lo haré? —le pregunté, un poco insolente. Recuerdo que me sonrió y dijo: —No espero que cambies de la noche a la mañana. Sólo espero que, en el proceso, no lastimes a nadie. Que veas las consecuencias de tus acciones y no dejes que te arresten de nuevo.

Decidí cumplir con el último punto inmediatamente: Abandoné Ozur al día siguiente. No volví a ver a su hijo desde entonces.



En la oscuridad de una taberna Liam dio un profundo trago a su tarro de cerveza, cortesía de Foullet, quien insistió en contarle su historia antes de que el granjero se marchara. Ambos permanecieron un momento en silencio antes de que Foullet volviera a hablar: —Una persona excepcional su muchacho, lo felicito. Debe sentirse orgulloso.

—Odiaba esa parcela tanto como él —confesó Liam, sonriendo. —Pero no quería rendirme y darle ese ejemplo, aunque lo único que quería demostrarle era que la tierra puede mejorarse.

—Bueno, él lo interpretó de otra forma. Estúpidamente por cierto.

—¿Por qué dice eso, Foullet? —preguntó Liam, ligeramente intrigado.

—Por lo mismo que le dije a su hijo entonces. La gente no cambia, Liam. A menos que sea para pervertirse más pues es el camino más fácil. Su hijo, por ejemplo. Creyó ser un duchado de virtud por haberme ayudado, pero realmente su acto fue de total irresponsabilidad.

—¿Cómo te atreves a decir eso?! —dijo Liam, sintiendo que la sangre se agolpaba en su cabeza. Foullet levantó la mano, pidiéndole paciencia. —Miré. Él me dejó en libertad cuando su deber era entregarme, aunque sólo fuera por haber robado comida. A partir de entonces, todo lo que yo he hecho, las cosas que robé, la gente a la que lastimé y las vidas que perturbé con mis acciones, son consecuencias de su irresponsabilidad. En pocas palabras su hijo fue en ese momento tan perverso como yo lo soy ahora. Con la diferencia de que él no fue consciente de su mala acción.

—¡Ya basta! —rugió Liam, golpeando la mesa con la base de su tarro mientras trataba de levantarse de su asiento. Un mareo repentino le obligó a sujetarse a la orilla de la mesa —

¡Maldito insolente! ¡Mi hijo no es...! No es... —entonces miró de reojo el fondo de su tarro, apenas distinguiendo el sedimento blanco que empezaba a formarse. Volteó a ver a Foullet, quien, en cambio, le miraba con una actitud bastante tranquila: —No debió dejarme ir solo por las cervezas a la barra, Liam. Tampoco debió sacar su dinero frente a tanta gente. No es seguro. Créame.

Liam retrocedió y sus piernas se doblaron, haciéndole caer sobre el asiento, con sus brazos colgando pesados a sus costados y su cabeza balanceándose en su cuello, sin lograr mantenerla erguida. Intentó levantarse de nuevo y Foullet le empujó delicadamente contra el respaldo de la silla, donde finalmente Liam ya no halló fuerzas para moverse o mantener sus ojos abiertos. —¡Maldito hijo de...! ¡No puedes... ¡ La caravana... Debo ir... Caravana...

Finalmente sus ojos se cerraron y su cabeza cayó sobre su pecho. Foullet, con una pierna, arrastró hacia sí el morral del granjero que descansaba en el piso y revisó su interior hasta encontrar la bolsa con las monedas de oro. Sonrió complacido. —Nadie cambia en el fondo, Liam. Pero la malicia nos ajusta. Nos permite sobrevivir, a veces a costa de otros. Es una pena por usted.

Foullet se levantó y empezó a alejarse. Pero a medio camino entre la mesa y la entrada de la taberna, se dio vuelta para ver al viejo granjero, con su morral abierto a sus pies. Hizo un gesto de resignación y regresó, tomando de la bolsa un puñado de monedas que dejó dentro del morral abierto de Liam.

—Bueno, si ya pagó por su viaje, no quiero que muera de hambre, viejo —susurró socarronamente antes de alejarse, arrojándole a su paso una moneda al tabernero: —Despiértalo en un par de horas. Tiene una caravana que tomar.

Después de todo no me conviene tenerlo por aquí, pensó mientras salía de la taberna, perdiéndose entre la multitud. La gente nunca cambia, anciano. Nunca cambia.

V

El golpe helado contra su rostro despertó a Liam súbitamente, haciéndole caer de la silla. Intentó levantarse del piso de la taberna y procesar lo que estaba sucediendo; Foullet. Su morral abierto en el suelo. El agua fría escurriendo por toda su cara. Finalmente consiguió apoyarse contra la pared, resoplando.

—¡Liam! Reacciona, viejo —Liam no sólo reconoció la voz, también la figura de la elfa frente a él, sosteniendo en sus manos una cubeta que escurría agua no muy limpia. —¿Estás bien?, no podíamos despertarte!

—¡Foullet, ¿dónde está ese infeliz?! —rugió Liam mientras se incorporaba.

—¿De quién hablas?

—¡El desgraciado me drogó para robarme! —exclamó el granjero tomando su morral y confirmando sus sospechas, distinguiendo al fondo las pocas monedas que Foullet había dejado. Repentinamente se detuvo, mirando hacia la nada antes de voltear rápidamente hacia el tabernero, junto a Vania. —¿Qué hora es?! —le preguntó.

—Casi las cinco.

Liam palideció un segundo antes de cargar el morral entre sus manos y echar a correr hacia la entrada. —¡Oye, Liam, espera! —gritó Vania, saliendo tras él y alcanzándolo en la calle, donde el granjero se colocaba la mochila a los hombros en media carrera rumbo a la puerta norte de la ciudad. —¡Con un demonio, espera! Me costó mucho trabajo localizarte, casi fue suerte que te encontrara en esa taberna. Lo bueno es que en el mercado alguien me dijo que te vio... ¡Oye, ¿por qué la prisa?!

—¡La caravana está por partir!

—¡Conseguiste una caravana, qué bien!

—¡Y la voy a perder si no llegamos a tiempo! ¡Corre!

Avanzaron atropelladamente entre la multitud, que aumentaba conforme se acercaban al acceso norte de la ciudad. Finalmente, sobre las cabezas de la gente, reconoció la superficie blanquecina de los carrmatos cubiertos de la caravana, empezando a moverse hacia el gigantesco portón de la ciudad.

—¡No! ¡Maldita sea, no! ¡Benua! ¡Esperen, maldición! ¡Esperen! —gritó Liam, abriéndose paso entre la gente, incluso recurriendo a empujones, seguido de cerca por Vania. Finalmente alcanzaron la calzada previa a la puerta, donde los carros empezaban a tomar velocidad —¿Son esos, Liam? —preguntó Vania, alcanzándole.

—¡Sí, son esos! —jadeó Liam. Vania, asintiendo, empezó a correr con más velocidad antes de dar un ágil salto para alcanzar el borde de la última carreta. Se sostuvo con una mano mientras le extendía la otra a Liam. —¡Vamos, viejo, corre más rápido! —le apuró.

Tomando un profundo aliento, Liam apresuró el paso, sintiendo que su pecho iba a reventar por el esfuerzo. Entonces, con un último empuje, saltó hacia la mano que Vania le extendía, calculando mal su impulso aunque con resultados afortunados. No sólo alcanzó la mano de Vania, sino que la empujó contra la puerta trasera del carrmato, abriéndola y cayendo ambos sobre

algunas cajas de víveres. Ambos permanecieron tumbados en el suelo un momento, resoplando y recuperando el aliento antes de empezar a reír escandalosamente, liberándose de la tensión acumulada.

Todo aquel ruido atrajo la atención del conductor; Sadiq, el asistente de Benua, quien se asomó al interior del carromato y sonrió ligeramente confundido al reconocer al granjero —Pensamos que ya no vendría, señor- le dijo. —Mi jefe le advirtió. Las caravanas no se detienen por nadie. ¿Quién es su amiga?

—Vania —susurró Liam entre resuellos. —Mi compañera de viaje.

—Me parece que el pago que le proporcionó a mi jefe sólo le cubría a usted.

Liam asintió y revisó su morral, extrayendo todas las monedas de oro que le restaban, antes de entregárselas al hombre. —Es todo lo que tengo... Y lo lamento, no pude traer provisiones, tuve algunos problemas. Señor, se lo ruego, por favor. Ayúdenos.

El hombre miró las monedas y lanzó una mirada inquisitiva a Liam. —¿Foulet? —preguntó.

—Foulet —respondió Liam, resignado.

—¿Alguien me puede decir quién demonios es Foulet? —demandó saber Vania.

El asistente imitó el gesto de resignación de Liam y tomó algunas monedas, dejando otras tantas en la mano del granjero. —Ya veremos qué hacer al respecto. Mientras tanto les doy la bienvenida a la caravana de Benua Bariya.



Dejaron atrás la ciudad de Lital en menos de una hora, siguiendo el camino que atravesaba el río Vadon antes de empezar a bordear los linderos del desierto de Narur. La caravana Benua Bariya fue la última en partir de Lital esa tarde. Ninguna otra se aventuraría a abandonar la ciudad cuando el sol ya empezaba su descenso sobre las dunas del oeste. Y había una razón al respecto:

—Verá, Liam —comentó a platicarle Sadiq, quien había invitado al granjero a acompañarlo junto al asiento del conductor. —Una caravana regular cubre la ruta que vamos a realizar en más de cinco días, mientras que nosotros lo hacemos en la mitad del tiempo. Tenemos los mejores caballos de Narur: briosos, resistentes y capaces de soportar largas jornadas de viaje sin descanso ni agua. Pero eso no es todo. ¿Puede ver fondo de la carreta que tenemos enfrente?

Liam puso atención a través de los caballos que galopaban frente a ellos, distinguiendo en el fondo de la carreta una sección encajonada en metal por los costados del vehículo. Dentro de ese espacio había una variedad de piezas metálicas: engranes, palancas, pernos y pistones conectados mediante ejes a las ruedas del carro, moviéndose y girando a alta velocidad para impulsarlos. Toda esa maquinaria dotaba al carromato de su inusual altura.

—Mecanismos directamente traídos de Thunderstone —comentó el asistente con orgullo. —La misma que emplean para sus propios vehículos y naves de guerra. Potencia la velocidad de los carros y aligera el esfuerzo para los caballos. La conjunción de estos esfuerzos nos vuelve la caravana más rápida de todo Narur. Tal vez de todo Handor.

Liam estaba maravillado ante esos elementos y lo que él mismo experimentaba durante el viaje. El carromato se movía a una velocidad insólita y los caballos prácticamente parecían trotar como si no arrastraran semejante peso sobre ellos. Vania, sentada en la parte superior del carromato, sentía la misma emoción y sonreía mientras el viento jugaba con su rostro y cabello.

La tarde dio paso a la noche fría del desierto. —Supongo que pararemos en cualquier momento, ¿verdad? —preguntó Liam, pero Sadiq negó con la cabeza y señaló a la distancia.

Asomándose por un costado, Liam pudo ver la fila de carromatos avanzar sin reducir su velocidad. Entonces potentes luces empezaron a surgir de la parte frontal de cada vehículo, iluminando a los corceles y el camino que seguían. Cuando tocó el turno del último carro, Sadiq empujó una palanca colocada a un costado de su asiento. De la parte frontal del carro se desplegó un panel oculto en la madera, revelando una esfera de cristal brillante y un cuenco de metal pulido colocado tras esta. La esfera empezó a emitir un resplandor que se reflejó en el cuenco y se proyectó hacia el frente, alumbrando el camino que toda la caravana siguió durante un par de horas más.

—¿Tecnología de Thunderstone? —preguntó Liam.

—Cristales lumínicos de las minas de Vinska. Y un diseño del propio señor Benua —respondió el asistente, sonriendo aún más orgulloso si acaso era posible.

Cuando la media luna estuvo en lo más alto del firmamento la caravana se detuvo, formando un círculo cercado con los carromatos. Conductores, cargadores y guardias se agruparon al centro, azuzados por Benua quien, viendo a su asistente acercarse acompañado del viejo granjero y la joven elfa, levantó las cejas suspicazmente y preguntó:

—¿Foullet?

Los tres asintieron en silencio al mismo tiempo.



Las fuertes carcajadas de Benua resonaron en el tibio aire nocturno mientras el fuego crepitaba entre todos los miembros de la caravana. Diecisiete elementos en total; cargadores, conductores, guardias, un viejo granjero de Piores y su acompañante élfica. —Ese Foullet. No es la primera vez que hace algo así. Lamento lo de su dinero, Liam.

—No tiene importancia —dijo el granjero.

—¡Claro que la tiene! —interrumpió Vania. —¿Cómo vas a llegar a Thunderstone ahora?

—Su amiga tiene razón. Es un largo camino todavía desde Narur del Este hasta Thunderstone. En otro tiempo hubiéramos podido llevarlos hasta allá, pero con las fronteras cerradas no habrá manera sencilla de cruzar los retenes si no es mediante un transporte oficial de Thunderstone. Eso no le saldrá barato, ni siquiera sobornando a algún oficial corrupto.

—Ya me preocuparé de eso, pero le agradezco su interés, Benua.

—Y a todo esto, ¿por qué tanta prisa por llegar a Thunderstone? —preguntó Sadiq.

Liam guardó silencio por un momento, mirando el fuego que crepitaba frente a él, rostizando un enorme pedazo de carne que colgaba encima y que uno de los hombres de Benua se encargaba de mover continuamente. —No es nada en particular. Tengo familia en Thunderstone que hace mucho no veo y siento que debo ofrecerles una visita. Usted sabe. Antes de morir.

—Que la sabiduría de Saphia y la fuerza de Handor nos guíen en el final —rezó uno de los cargadores y trazó un gesto religioso en su cuello. Vania no dejaba de mirar a Liam, de manera inquisitiva.

—Bueno —comentó Benua, dando indicaciones para que bajaran la carne del fuego y comenzaran a servirla. —Personas como ustedes, capaces de subirse a una caravana en pleno movimiento, no tendrán muchos problemas en llegar a Thunderstone. Pero le sugiero, si acaso quiere tomar el consejo de un viejo caravanero que viaja tanto como las noticias y los rumores, que deje la visita a sus parientes para otro momento. La situación entre Thunderstone y Vinska no está para realizar visitas sociales.

Liam asintió en silencio y aceptó con gentileza la ración de carne y papas que uno de los

guardias le entregaba. —Tendré en cuenta su consejo. Gracias.

La conversación giró sobre otros temas durante el resto de la cena, antes de que se organizaran las primeras guardias y el resto de los caravaneros se retiraran a descansar dentro de sus carromatos. Liam, a pesar de la insistencia de Benua de prepararle una hamaca dentro de algunos de estos, prefirió descansar a la intemperie colocando su manta al costado de uno de los carros, gozando así del clima fresco de los linderos del desierto naruano. El silencio y las luces de los carromatos se mitigaron y el único movimiento que Liam pudo ver, recostado en el piso, era el de los vigilantes sentados alrededor del fuego. Excepto uno, a quien Liam reconoció como el naruano que estaba junto a él cuando compró su pasaje en la caravana. No recordaba su nombre, pero sí su seriedad y actitud disciplinada, con la que ahora efectuaba una ronda de vigilancia alrededor de los carromatos.

—A mí sí me puedes decir, ¿verdad?

Liam se estremeció cuando escuchó la voz de Vania tan cerca de él. La elfa estaba recostada a su lado. En ningún momento la había sentido acercarse. —¡Por Toben, Vania! Casi me matas de un susto.

—Bueno, perdona, pero a mí sí me puedes decir a quién estás buscando en Thunderstone, ¿verdad?

—Lo dije antes. Estoy buscando familiares que hace mucho no veo.

—Puedo creerte eso, pero nadie emprende un viaje al otro lado del mundo a mitad de la noche para visitar tíos. Mucho menos enfrentándose a un ladrón, ahogándolo en el camino.

—Ya me disculpé por eso.

—Sí, pero nunca me has dicho qué te está llevando a Thunderstone con tanta prisa y que te tienen tan desesperado. Si hubieras visto tus ojos cuando pensaste que perderías la caravana...

Liam suspiró profundamente y se giró a un lado, dando la espalda a Vania y cubriéndose con su manta. La elfa lo miró ligeramente desconsolada y empezó a levantarse, cuando la voz del granjero la detuvo: —Mi hijo. Estoy buscando a mi hijo. Es capitán en el ejército de Thunderstone.

—¡Era él de quien estaba hablando ese soldado bocón! ¡Por eso te le lanzaste encima! —comentó Vania, emocionada por haber atado esos cabos. —Y... ¿qué esperas conseguir si lo encuentras?

—Llevarlo a casa.

—¿En serio? Digo, ¿qué edad tiene tu hijo ahora? Si es capitán en Thunderstone no creo que...

—Voy a llevar a mi hijo a casa, Vania. De una u otra forma —dijo Liam con un tono de voz tan severo que Vania enmudeció al instante. —Buenas noches —finalizó Liam de forma tan cortante que la elfa no quiso preguntar todas las dudas que tenía. Trepó a la cima de un carromato y se recostó en el techo, fijando su vista en el cielo estrellado sobre los linderos del desierto de Narur.



Al día siguiente y sin que nadie se lo solicitara, Liam empezó a colaborar en lo que pudiera en la caravana, cargando o moviendo cajas de un carromato a otro, especialmente cuando esta se detenía en puntos determinados, donde otros comerciantes o compradores esperaban para poder adquirir las mercancías que habían pagado anticipadamente. Era el momento donde Sadiq más trabajaba, revisando los pedidos de las personas y tomando los siguientes, reuniendo los pagos y

girando las instrucciones para subir, mover o bajar cargamentos. En ocasiones Vania se acomodaba a ayudarlo, revisando las cuentas, ajustando algunas piezas en los pedidos o inventarios, jugando con algunos números que le permitieran hacerse de una pequeña diferencia que no apareciera en los libros del ayudante, lo cual era muy difícil dada la habilidad de Sadiq para captar los intentos de estafa de la elfa. Finalmente ambos llegaron a un acuerdo tácito para dejar que Vania realizara su magia y dividir las ganancias entre ambos. Con mucha discreción.

Habiendo descubierto donde se almacenaban los alimentos, Liam se ofreció para preparar las comidas que pudiera. Así, los miembros de la caravana probaron por vez primera la comida de Píares; la plancha de huevos, el maíz ahogado y la mermelada de tomate sobre pan tostado. —Usted equivocó el camino, Liam —bromeaba Benua en más de una ocasión. —Usted no vino a este mundo para trabajar la tierra, sino para cocinar con ella —Liam aceptaba el cumplido en silencio.

En un punto del viaje la caravana se internó más en el desierto, pero no disminuyó el ritmo de su paso, prácticamente deslizándose sobre las dunas de Narur. En los tramos más seguros incluso Liam o Vania llegaban a tomar las riendas de un carromato, bajo la guía de alguno de los conductores. En esos momentos la risa de Vania viajaba junto a ellos por el camino.



La noche del tercer día, habiendo cubierto más de dos terceras partes del viaje, Liam y Vania se preparaban para descansar. En el tiempo que llevaban viajando juntos desde su salida de Píares habían formado la costumbre de irse a dormir casi siempre en silencio, y en estas ocasiones con Liam sobre el suelo del desierto, a un costado de algún carromato y Vania sobre el techo del mismo. Aun así, esa noche Liam pudo presentir cuando Vania se ponía de pie y permanecía inmóvil en su lugar durante unos minutos. En silencio y atenta al frío viento del desierto nocturno.

—¿Vania? —susurró Liam. Por respuesta Vania dio un salto para bajar del carromato y acercársele. Había desenfundado su espada.

El granjero se incorporó rápidamente, pero antes de que pudiera decir algo Vania le hizo un gesto para que guardara silencio. —¿Escuchas eso, Liam?... No, claro que no puedes.

Liam trató de agudizar su oído, buscando captar algún sonido que no formara parte de las noches a las que se había acostumbrado durante el viaje. —Vania, no escucho... —empezó a decir antes de darse cuenta que estaba hablándole al aire. La elfa se había movido hacia otros carromatos. Liam buscó en su cinturón el cuchillo para tallar madera. Luego se acercó a la fogata montada al centro de la caravana, donde dos de los guardias en turno se encontraban esperando su cambio de turno.

—¿Pasa algo señor Liam? —preguntó uno, viendo con un poco de inquietud el cuchillo en la mano del granjero. Liam dudó en darle validez a las palabras de Vania y finalmente negó con la cabeza mientras se sentaba en uno de los banquillos, sin dejar de permanecer atento a su alrededor mientras los guardias seguían concentrados en calentarse con el fuego.

—¿No había otro guardia con ustedes? —preguntó Liam

—Feder —respondió uno de ellos. —Está haciendo sus rondas. Ese sujeto realmente es un...

Fue entonces cuando Liam vio moverse el carromato. Ligeramente y sólo por uno de sus costados, elevándose un poco y bajando a su posición original en menos de un segundo. Liam se puso de pie atropelladamente, casi cayéndose con el banquillo.

—Liam, ¿se encuentra bien?

El sonido apareció entonces, claramente. Un sonido que le recordó el de una mano sumergiéndose en un costal de semillas. Iba creciendo en intensidad, acercándose a ellos y resonando por debajo de sus cabezas. Más abajo de sus piernas. Bajo tierra.

—¿Liam, todo...? —empezó a decir uno de los guardias cuando algo brotó del suelo tras de ellos, saltando con una fuerza inusitada, como una explosión de arena que cayó sobre los hombros del guardia y le empujó contra el suelo, mientras algo parecido a una cabeza se hundía en el cuello del hombre, provocando un horrible chasquido, seguido de un brote de sangre. Liam retrocedió con el cuchillo temblando en su mano mientras el segundo guardia desenvainaba su espada, gritando con fuerza ¡*Kathar!*, una y otra vez. Ante la palabra naruana acordada entre los guardias como señal de alarma, varios miembros de la caravana aparecieron y empezaron a activar las luces de los carrromatos, iluminando lo más posible tanto el interior como el exterior del círculo formado con los vehículos.

Liam pudo ver entonces las dunas de arena moverse como un oleaje violento, desplazándose alrededor del espacio entre la formación de los carros y la fogata. Algunas llegaban del exterior del círculo pasando por debajo de los carros, levantándoles ligeramente a su paso. Trató de contar las dunas en movimiento, pero su velocidad y formación dispersa alrededor de ellos se lo hizo imposible. Su atención fue atraída entonces por una duna que se acercaba rápidamente a ellos, en dirección al segundo guardia que en ese momento atacaba a la criatura que seguía sobre su compañero. Liam corrió hacia él y lo empujó fuera del paso de la segunda duna, sintiendo a su espalda el golpe de la arena y el paso de un bulto que aterrizó junto a ellos. Ambos se giraron para verlo.

Ante los ojos de Liam aquel animal era más grande que un lobo de los bosques de Piores y su pelaje dorado se mezclaba con el color de la arena del desierto, tanto que la primera impresión que tuvo fue que la criatura estaba derritiéndose, por la imagen que daba la arena cayendo de su pelaje. La complexión de su cuerpo era sumamente robusta en el frente, con gruesas patas delanteras, y se adelgazaba conforme llegaba a la parte de atrás, culminando en un rabo delgado y patas traseras esbeltas y firmes. Las garras en sus patas delanteras lucían gruesas, capaces de destrozarse fácilmente el metal o la roca más resistente que encontraran en su camino, arriba o bajo tierra. Su cuello parecía girar sobre sí mismo en todas direcciones y su profundo hocico mostraba una doble hilera de dientes afilados, que empezaron a salivar conforme avanzaba lentamente hacia ellos.

—Que Toben nos proteja —susurró el guardia mientras levantaba su espada para recibir el ataque inminente. La criatura saltó hacia ellos, lanzando un rugido que estremeció a ambos. Un chasquido resonó en el aire y la criatura cayó violentamente sobre la arena. Liam la vio intentando retroceder para liberarse de lo que le estaba sujetando del cuello. Distinguió entonces la forma del látigo de Vania y a ella, sujetando el otro extremo y tensando su agarre lo suficiente para obligar a la criatura a bajar la cabeza. —¿Les molestaría ayudarme?! —les gritó a ambos y, como si aquella petición fuera más un permiso, Liam y el guardia saltaron sobre la criatura. El segundo ensartó su espada en el costado de la bestia mientras Liam atacaba el cuello, hundiendo su cuchillo hasta donde la empuñadura se lo permitiera, retorciéndolo un segundo antes de sacarlo para volver a apuñalarle. La criatura se debatió violentamente ante aquel ataque mientras la sangre empezaba a manchar y apelmazar la arena bajo ellos. Siguió atacándola hasta que dejó de moverse. El guardia siguió embistiéndola furiosamente hasta que fue evidente, incluso para Liam, que ya estaba muerta. Con un movimiento y utilizando solamente una mano Vania liberó el látigo del cuello de la criatura y lo atrajo hacia ella, enrollándolo hábilmente alrededor de su brazo mientras el otro sostenía su espada corta. —Creo que son seis o siete —dijo mientras se

acercaba a Liam. —No estoy segura, están por todas partes.

Liam podía darse cuenta de eso dando un vistazo alrededor: la mayoría de las criaturas estaban fuera de la arena, atacando a quienes habían subido a los carrromatos para poner distancia entre ellos y las bestias, defendiéndose con sus propias armas —si las tenían o eran parte de la guardia— o con lo que tuvieran a la mano; maderos o herramientas. Distinguió junto al carrromato principal a Benua Bariya, defendiéndose con un sable curvo naruano que manejaba de forma un poco lenta, aunque no con menos fuerza. La criatura que le atacaba lucía bastante herida, pero se negaba a retroceder.

—¡Por todos los elfos de Bramur, ¿ya viste eso? —dijo Vania, señalando un punto al otro extremo del círculo interno que formaban los carruajes. Liam vio entonces al tercer guardia, Feder, enfrentando a tres criaturas que le rodeaban y atacaban alternadamente. Sin embargo el guardia naruano tenía la situación bajo control. No lucía desesperado ni atacaba ciegamente como los otros guardias de la caravana. Se movía con cuidado y paciencia, sin bajar la guardia que sostenía con sus dos espadas y atento a todo lo que le rodeaba. Cuando una criatura le atacaba, Feder giraba para esquivarla, levantando una de sus espadas para herirla al paso. Luego, con un movimiento aún más rápido, le atacaba con la segunda espada, regresando inmediatamente después a su posición defensiva.

—¿Qué está gritando? —pregunto Liam, viendo a la distancia como Feder parecía alzar la voz. Vania se encogió de hombros: —No lo sé... Dice... ¿Quién tomó primero...? ¡No, ¿quién atacó primero?! ¡Quiere saber cuál..!

Liam reaccionó rápidamente al escuchar el rugido de la primera criatura que los atacara antes, abalanzándose sobre ellos. Empujó a Vania a un costado justo a tiempo para recibir de frente el asalto de la bestia, derribándole sobre la arena. Pudo sujetarla de las garras antes de que estas se incrustaran en su pecho, pero su rostro quedó al descubierto ante el hocico de la bestia, quien se preparó para atacar.

¡No!, rugió Liam dentro de su cabeza. ¡Por favor! ¡No aquí, no de esta forma, por favor! ¡Tengo que encontrar a mi hijo! ¡Por favooooor!

El chasquido del látigo de Vania volvió a resonar en el aire mientras rodeaba el hocico de la bestia, antes de que lanzara su mordida sobre Liam. El granjero, dándose cuenta de lo fuerte que era la criatura, las dificultades que pasaba Vania para sujetarla y que su cuchillo había caído de su mano, sólo pudo hacer una cosa: —¡¡FEDER!! —gritó con toda la fuerza que le quedaba. — ¡¡Feder, es esta!! ¡¡Esta atacó primero!! ¡¡Feder!!

Por un momento pensó que el guardia no le había escuchado, pero Feder empezó a moverse hacia ellos, abriéndose paso entre las tres criaturas que le rodeaban lanzando dos golpes precisos a una, dejándola inerte sobre la arena. Empezó a correr hacia Liam y Vania, poniendo distancia rápidamente entre él y las bestias que le perseguían. A Liam le sorprendió la velocidad y agilidad de aquel robusto naruano. Feder, sin reducir su velocidad, se lanzó con un tajo preciso contra el cuello de la criatura, hundiendo su espada hasta la mitad de la garganta. Liam sintió la fuerza de la bestia reducirse significativamente y se aferró a sus garras para evitar que saltara contra el guerrero, mientras Vania seguía sujetándole del hocico. Feder, aprovechando el momento y sin separar su espada del cuello de la bestia, dio un paso al frente y levantó la empuñadura de su segunda arma a la altura de su propia cabeza. Luego, con un fuerte movimiento, la hundió hasta atravesar totalmente la garganta de la criatura, con la punta de la espada casi acariciando el pecho de Liam, quien sintió casi de inmediato caer sobre su cuerpo todo el peso de aquel animal.

De inmediato Feder giró para encarar a las otras bestias, sorprendiéndose al darse cuenta que estas no habían detenido su avance hacia ellos ni sus intenciones de atacar.

—¡Por Hala! ¿Qué está pasando? —susurró el guerrero.

—¿De qué hablas? —dijo Vania, recogiendo su látigo mientras se acercaba a Liam para ayudarlo.

—Matamos al líder de la manada, deberían haberse dispersado —explicó Feder, manteniéndose en guardia y moviéndose para cubrir a Vania y a Liam mientras las otras criaturas se acercaban. Pudo ver a la distancia como otros miembros de la caravana aún seguían bajo ataque. Feder lanzó un suspiro de aceptación, afianzó su postura sobre la arena y sujetó sus espadas, preparándose para recibir el primer ataque: —Isa, señor de Narur, atestigua mi obra —susurró.

Entonces se escuchó el sonido inconfundible de un trueno y un destello brotó desde un extremo del círculo formado por los carromatos, desplazándose sobre la arena y convirtiéndose en un fuego azul que serpenteó entre los miembros de la caravana, antes de dividirse y golpear a cada una de las criaturas atacantes, emitiendo un último destello sobre cada una mientras el fuego las envolvía, obligando a todos a desviar la mirada o cubrir sus ojos. Cuando volvieron a abrirlos vieron que cada una de las criaturas y la arena que pisaban en ese momento se había convertido en cristal. El silencio dominó el lugar mientras la gente de la caravana se acercaba a las figuras para revisarlas, tocándolas cuidadosamente y esperando que en cualquier momento volvieran a cobrar vida. Feder seguía atento a su entorno mientras ayudaba a Vania a liberar a Liam del peso del líder de aquella manada.

Fue cuando un estallido de cristal llamó la atención de todos hacia un extremo del campamento. Ahí, la característica figura de un enano, enfundando en una pesada armadura y armado con una gruesa maza de guerra, volvía a golpear a una de las estatuas, terminando de convertirla en fragmentos de vidrio sobre la arena. Luego dio unos pasos lentos y pesados para acercarse al centro del círculo, llamando la atención de todos los presentes. Finalmente aquel enano depositó un beso en el collar que colgaba de su cuello y lo levantó en alto para que todos vieran el inconfundible símbolo del relámpago y el martillo que los generaba.

—¡Que la gloria y el trueno de Toben estén con todos ustedes, hermanos del camino! —exclamó el enano con una gruesa voz, propia de su raza. —¡Porque mi dios nos ha sonreído esta noche! Mi nombre es Gyax Thunderstone, para servirles a ustedes y a la furia de Toben.

VI

El resto de la noche pasó en relativa calma y silencio mientras aquel enano, quien se presentó ante la caravana como un clérigo dedicado al dios Toben, señor del trueno y la furia, pasaba con todas las personas que habían resultado heridas durante el ataque. Posando sus gruesas manos sobre cada una y tras recitar una oración a su dios, un fulgor cálido brotaba de estas y sanaba las heridas con tal rapidez que de inmediato los heridos más graves volvían a levantarse.

—Pensaba que sólo los humanos podían hacer magia —susurró Vania mientras presenciaba aquellos actos de curación.

—Esto no es magia, elfa —comentó Gyax, concentrado en sanar una profunda herida en la pierna de Benua. —Es la gracia y voluntad de Toben, manifestándose a través de sus sacerdotes.

—Le agradezco su oportuna ayuda, hermano Thunderstone, y disculparé mi atrevimiento —comentó Benua, notando que el intenso dolor que sentía hace unos momentos había desaparecido completamente. —, ¿pero cree que algo pueda hacerse por Rowod? —y señaló hacia el costado de un carromato donde, cubierto bajo una manta, yacía el cuerpo del guardia que había sido atacado primero, resultado ser la única vida pérdida en aquel combate. —Por cuestión de dinero no se apure. Me comprometo a entregar toda la utilidad de este viaje a su iglesia, si puede hacer algo por él.

—La resurrección no es el camino de Toben. Sólo magia nigromante podría levantar a su guardia caído, pero usted no quiere eso para él. Resígnese con saber que Toben, en su infinita gloria, lo vio cumplir con su deber y ahora goza la gloria en sus salones de oro.

Ni siquiera pudo defenderse. Tal vez nunca supo lo que le ocurrió, pensó Liam, sin apartar su mirada del enano. Su robusta y compacta figura parecía aún más ancha gracias a la armadura que portaba, decorada con todo adorno y símbolo que pudiera grabarse en placas metálicas. El cabello que faltaba en la parte alta de su cabeza lo compensaba la gruesa barba que poblaba su rostro, y su baja estatura no reducía su presencia imponente y, al mismo tiempo, cordial, provocando que todos los viajeros quisieran estar cerca de él.

Benua dio algunas órdenes y sus hombres procedieron a preparar el cuerpo de Rowod para la ceremonia funeraria tradicional de los caravaneros. Mientras tanto Liam, Feder, Vania, el propio Benua y Gyax les observaban desde un extremo del campamento.

—Me hallaba en camino hacia Narur, atravesando el desierto desde más allá de Narur del Este. Entonces, durante mis oraciones diarias a Toben, su visión apareció ante mí y me indicó que debía seguir cabalgando aun después de haberse ocultado el sol, hasta ver un círculo de luz sobre las arenas del desierto. Y así lo hice, hasta que pude distinguir las luces de su caravana a la distancia. Conforme me acercaba pude escuchar también los rugidos de estas bestias. ¿Qué clase de criaturas eran, por cierto?

—Hiemols de las arenas —comentó Feder mientras limpiaba la sangre de sus espadas con un trapo. —Son depredadores de las zonas céntricas del desierto. No es común verlos tan cerca de los límites. Además atacan principalmente a viajeros solitarios o grupos pequeños. Nunca caravanas. Mucho menos una tan grande como esta. Y no son tan osados, siempre huyen cuando

muere el líder de la partida de caza. Siempre —la perturbación en la voz del guerrero no pasó desapercibida para muchos:

—He escuchado situaciones similares de otros líderes de caravanas —comentó Benua. — Incluso sus mismos caballos se han comportado erráticamente en algunas ocasiones, desobedeciendo a sus conductores o jinetes.

—En las tierras del norte también se han dado casos similares —comentó Gyax. — Muchos animales han comenzado a atacar sin motivo, incluso los domesticados. Y los salvajes se han comportado de maneras extrañas, perturbando mucho a cazadores y guardabosques.

—¿Y a qué se debe eso? —preguntó Vania, ocupada en enrollar su látigo.

—Muchas personas concuerdan en algo —comenzó a decir Gyax, dudando tan sólo un segundo en si debía seguir hablando. —Tiene que ver con el monolito de cristal que apareció sobre el lago Vinsniger. Es probable que se trate de un fragmento del espejo del Demiurgo.

La atención de todos los presentes recayó en el enano, quien, acostumbrado a ser el centro de atención, aclaró su garganta antes de continuar:

—¿Recuerdan las historias del origen de Handor? Al principio toda la existencia era oscuridad y silencio, habitada sólo por el Demiurgo, una entidad ajena a su propia existencia. Hasta que un espejo negro apareció frente a él. Liso e imperturbable. El Demiurgo se reconoció a sí mismo por primera vez en la oscura superficie del espejo y empezó a ser consciente de su existencia y poder, reflejados fielmente en aquella imagen. Durante un tiempo impreciso, fueran años, siglos o eras, el Demiurgo mantuvo su mirada fija en el reflejo oscuro, hasta que su poder terminó por destrozar el espejo completamente. Inmediatamente después de eso el Demiurgo partió para siempre.

—Bueno, otras órdenes religiosas creen que el Demiurgo desvió su mirada porque no pudo soportar ver su propia imagen en el espejo y terminó rompiéndolo con sus propias manos —intervino Vania, con ligero desdén. —Algunas creen que desapareció en los restos del espejo o que se destruyó a sí mismo al destrozarlo.

Los comentarios de Vania provocaron un bufido de molestia en el enano: —De cualquier forma, gentil elfa, los fragmentos más grandes del espejo del Demiurgo se convirtieron en los dioses mayores que veneramos en Handor: Amur, dios de la luz y la virtud; Toben, el martillo del relámpago y la furia; Vósait, dios de la sombra y la malicia; Fysy, regente de la naturaleza, y Saphia, diosa del silencio y la sabiduría. Ellos se convirtieron en los cinco dioses principales que permanecieron tras la partida del Demiurgo. Bajo ellos cayeron otros fragmentos que se convirtieron en la tierra, las montañas, el viento, los bosques, el mar y los ríos. En general le dieron forma a lo todo que hoy conocemos como Handor.

—Recuerdo las historias —comentó Benua. —Todo Handor supuestamente está conformado por fragmentos alterados de ese espejo negro. ¿El monolito que está flotando ahora sobre el lago Vinsniger será parte de dicho espejo?

—Así es, maestro caravanero. Probablemente ese fragmento sea una parte del espejo que nunca tomó forma. O, en el peor de los casos, podría significar el preámbulo del fin del Quinto Ciclo. ¿No recuerdan los Ciclos de Handor? Parece que su educación religiosa fue muy escueta, mis amigos:

»Luego que los dioses principales dieran forma al mundo, creando en el proceso a otros dioses menores como los del camino, del inframundo, la fertilidad, las montañas, la lluvia, el desierto, el mar, etc., Toben y Amur discutieron y se enfrentaron por el control de los cielos. La sangre que derramaron en su enfrentamiento creó a los legendarios dragones, que ahora viven en las tierras de Jörmun. Este incidente impulsó a otros dioses a crear su propia vida para poblar

este mundo y buscar su adoración. Sin embargo algunas de estas creaciones fueron caóticas, imperfectas y del desagrado de los otros dioses porque, más que creaciones de vida inteligente, se esparcían como plagas, envenenando la tierra. Entonces los cinco dioses mayores decidían reestructurar el mundo, eliminando las creaciones que les desagradaran y dejando sólo las que les complacieran.

»Estos fueron conocidos como los *Ciclos de Handor*. Del primero, devastado por temblores de tierra, sólo sobrevivieron los dragones, bajo la bendición de Amur. Del segundo, destrozado por las fuerzas del viento, sobrevivieron, junto con los dragones, los elfos, creación conjunta de los dioses de la naturaleza, bajo la bendición de Fysy. Del tercero, destruido por una lluvia de fuego, sobrevivieron además los enanos, creaciones de los dioses terrenales bajo la bendición de Toben. Del cuarto, devastado por inundaciones, sobrevivieron los orcos, goblins y otras creaciones informes y oscuras de los dioses de las tierras muertas y los pantanos, bajo la bendición de Vosait.

»En el quinto ciclo, el que vivimos ahora, los humanos ascendieron como la raza favorecida de los dioses, siendo una creación generada por el sacrificio de Handor, un dios menor que ofreció su existencia para que esta raza surgiera y este mundo tuviera finalmente un nombre, bajo la bendición de Saphia. Desde entonces Handor ha prosperado como nunca antes.

—¿Entonces qué pasa con el cristal del lago? —pregunto Feder, volviendo a enfundar sus armas.

—Una señal, tal vez. De que la misma fuerza de la creación está en contra de los humanos, la raza más próspera, conflictiva y demandante de Handor, que además está al borde de un conflicto provocado por la necedad de un rey salvaje del norte que se niega a aceptar la supremacía de Thunderstone en este asunto, negando el acceso al monolito como si este fuera de su propiedad. ¡Pero la fuerza de Toben y Thunderstone caerá sobre este regente infame! ¡Recuerden mis palabras, señores! ¡Dante de Vinska se arrodillara ante el trueno y el martillo de Toben y Thunderstone! ¡Incluso si yo mismo tengo que esgrimir mi maza sobre su..!

—¿Cómo es que usted de llama igual que la ciudad? —preguntó Vania, remarcando irónicamente la inocencia de su pregunta, lo cual, afortunadamente, bajó el tono enrojecido en el rostro del enano, permitiéndole tranquilizarse. —Bueno, gentil elfa, mis ancestros, fundadores del clan Thunderstone, fueron parte de los ingenieros que edificaron los primeros muros de esa ciudad, que ahora lleva nuestro nombre por cortesía que tuvieron los primeros humanos que la habitaron, hace más de dos mil años. El nombre Thunderstone para nosotros es tan noble y firme como esa ciudad. ¿La han visitado alguna vez? ¿Han conocido sus hermosas calles, sus edificios opulentos y fuertes como las mismas montañas? ¿Los detalles de su palacio imperial? Ah, Thunderstone es una delicia a la vista.

—De hecho, el señor Liam se dirige hacia Thunderstone, hermano Gyax —comentó Benua. —Está buscando a sus familiares en la ciudad.

—¡Que afortunados son! —puntualizó Gyax. —¿Cuál es el nombre de su casa, señor Liam? Thunderstone no es un pueblo pequeño, pero tal vez los caminos de Toben me han puesto en contacto con sus familiares en algún momento.

Liam resintió la mirada de todos los presente, particularmente de Vania. Su atención se desvió un momento hacia la fogata, que en ese momento los caravaneros estaban convirtiendo en una pira funeraria para el guardia caído. ¿Cómo habían dicho que se llamaba? No podía recordarlo.

—Tamer —susurró, con la mirada perdida en el fuego. —Liamder Tamer. Es mi hijo.

Cuando volvió a mirar a Gyax le sorprendió ver un gesto de asombro en la faz del enano,

quien observó fijamente al granjero durante unos segundos, antes de decir:

—¡Vaya con los caminos de Toben! Estoy ante el padre del *León de Piores*.



GYAX THUNDERSTONE

Débil. Esa fue la primera impresión que me provocó Liamder: un débil muchachillo, un granjero que apenas podía sostener una espada entre sus manos y quien, a mi parecer, nunca llegaría a ser un soldado de Thunderstone. Pero había viajado con las caravanas de reclutamiento de Lital hacia Ozur, donde aprobó el entrenamiento básico que le permitía viajar a Thunderstone para empezar su entrenamiento formal. Yo pensaba, viéndolo junto a otros reclutas de su grupo, ¿qué tan desesperado podría estar Thunderstone para aceptar en su ejército a mocosos como estos?

La orden de clérigos de Toben, así como la de los paladines de Amur, tienen entre sus obligaciones prestar apoyo al ejército de Thunderstone. A nosotros nos correspondía entrenar a sus reclutas y reservas. En esos años a mí me tocaba compartir con esos muchachos mis conocimientos en artes de combate y disfrutaba mucho hacerlo. Ellos, no tanto.

Algo debo decir a favor del joven Liamder: No me subestimaba. Ya se imaginará; un enano entra a un campo lleno de jóvenes briosos, más altos y ágiles que él, portando sólo una maza de madera de entrenamiento y les pide que lo ataquen con toda su fuerza. Y ellos lo hacen, confiados en poder derribarlo fácilmente. Nada más lejos de la verdad. Liamder, en cambio, tomaba sus precauciones. Trataba de defenderse y pensar en cómo atacarme, pero al final podía derribarlo y ponerle la maza sobre su frágil cabecita.

Y es que a todos les faltaba lo mismo: Furia. El coraje de Toben. Los ojos inyectados de sangre, inflamándoles las venas e hinchando sus músculos con la fuerza necesaria para acabar la pelea con un solo golpe. Porque en la guerra, en el campo de batalla, no peleas contra árboles usando espadas de madera y creyéndote un héroe. En la guerra luchas contra el miedo, la angustia, el ruido, la oscuridad o el caos, y el único elemento que puede ayudarte a enfocarte es la furia. Dejándote llevar por la furia es como se sobrevive en el combate.

Con el tiempo vi con beneplácito que el resto de los muchachos de su grupo empezaban a arrojar su furia en el entrenamiento. Sus gritos eran un deleite para mí, aunque en muchas ocasiones todavía acabarían derribados en el suelo. Pero Liamder parecía resistirse a dejar salir su furia, a pesar de que era el único al que veía entrenar hasta el cansancio, día y noche, bajo el sol, el frío o la lluvia. Esos momentos era cuando realmente se entregaba a su coraje, atacando los muñecos de madera hasta que las espadas de entrenamiento se rompían en sus manos, para luego usar sus puños. Yo me preguntaba entonces por qué no utilizaba esa furia en sus entrenamientos conmigo.

Entonces ocurrió. En una sesión de combate no muy diferente a las otras, mientras esgrimía sus débiles ataques y defensas. De repente se convirtió en alguien más, dominado por la furia de Toben y controlando al mismo tiempo la técnica de su entrenamiento constante. Resistió y devolvió todos mis embates, provocando que yo también me entregara a la furia. Cuando nuestras armas se quebraron en un ataque, nos enfrascamos en un combate mano a mano. La gente que nos rodeaba, de nuestro grupo de entrenamiento y de otros alrededor, dejaron lo que estaban haciendo para vernos pelear. Dicen que estuvimos combatiendo durante horas, hasta que el atardecer se pintó de rojo.

Entonces lo supe: no lo iba a derribar. Tendría que lastimarlo o matarle si quería ganar ese combate, porque él no iba a detenerse. Retrocedíamos para tomar aliento y de nuevo volvíamos a la pelea. No he recibido en mi vida golpes de nudillos más endurecidos. Todavía recuerdo la sensación.

Alguien debía detenerse. Y decidí hacerlo yo: —¿De dónde vienes, cachorro? —le pregunté en un respiro que tomamos.

—De Piores —me respondió, resoplando.

—¿A qué se dedica tu familia?

—Sólo tengo a mi padre. Es granjero, como yo.

—Tú no eres un granjero. Eres un soldado de Thunderstone —respondí mientras bajaba mis brazos, concediéndole el duelo. —Y tu padre es un maldito criador de leones. Por Toben, muchacho, ¿de dónde sacaste ese coraje?

—De un campo de maíz —me respondió antes de agradecer el entrenamiento con un gesto y alejarse lentamente. Nunca volvimos a entrenar así. De hecho nunca volvimos a cruzar armas. Alguien empezó a llamarle León de Piores y el nombre lo siguió durante toda su carrera en el ejército. Incluso quienes no lo conocían en persona si llegaban a referirse a Liamder Tamer como El León de Piores.



Gyax Thunderstone recitó las letanías funerarias por el alma de Rowod antes de su ceremonia de cremación. En las horas y días siguientes, todos los miembros de la caravana juntaron todo el dinero posible para entregárselo a su familia en Narur de Este, incluyendo la paga de su servicio como guardia. El propio Benua Bariya la entregaría a su mujer. Liam dio más de la mitad del dinero que le restaba y Vania, controlando sus impulsos, no hizo desaparecer ninguna moneda.

—¿Sabe, señor Liam? —preguntó Gyax Thunderstone al granjero en la madrugada del cuarto día de viaje, mientras el clérigo montaba su caballo antes de proseguir su viaje hacia Narur, cruzando el desierto. —Lo que me dijo su hijo, sobre el campo de maíz, es algo que siempre me ha intrigado. ¿Usted sabe a qué se refería?

Liam lanzó una risita nostálgica al recordar la historia: —Un año en particular, en la granja, tuvimos muy mal tiempo y perdimos gran parte de nuestras cosechas. Liamder estaba muy enojado. Pateaba las piedras y árboles, lanzaba golpes y maldiciones al aire. Le dije entonces que tenía todo el derecho a estar enojado. Yo mismo lo estaba, pero no podíamos dejar que la furia nos transformara. Le dije algo como; *nosotros usamos la furia, Liamder, no ella a nosotros*, más o menos. Volvimos a sembrar, aún muy enojados. Casi no nos hablamos durante ese tiempo. Descargamos toda nuestra furia en ese campo.

—¿Y funcionó? —preguntó el enano.

—La mejor cosecha que hemos tenido.



El cuarto y último día de viaje fue bastante tranquilo. Incluso Liam tuvo tiempo para releer las cartas de su hijo, encontrando aquellas donde le contaba de las personas que, hasta ahora, se habían cruzado en su camino:

El entrenamiento ha sido muy difícil, padre. Mi instructor de combate es un enano infeliz que parece disfrutar golpeándonos.

Nunca imaginó que por *enano* se refiriera a la raza.

No sé si hice bien en dejar ir a ese bandido. No me pareció que fuera una mala persona. Sentí que era lo correcto. Espero no haberme equivocado.

Ese bandido drogó y le robó a tu padre, Liamder, pensó Liam, sonriendo ante lo irónico de la situación.

Pensaba viajar a Piores en las próximas semanas, pero las reuniones diplomáticas entre delegados de Vinska y Thunderstone se han retrasado por sugerencia del nuevo concejal del rey Korman. Pero iré pronto a verte, padre. Lo prometo. Quiero visitar a mamá también.

Leía esta frase en una de las cartas más recientes cuando su atención fue absorbida por la visión, a la distancia, de las gigantescas cúpulas de Narur del Este.



Narur del Este no se distinguía mucho de Lital, con sus grandes estructuras ligeramente dispersas en su edificación. La principal diferencia eran sus cúpulas de madera y concreto cubriendo las plazas y algunas calles del intenso sol de la región. Otra diferencia, ante los ojos de Liam, eran los adornos de arcilla en las almenas de los edificios y el mayor orden y organización que dejaban ver sus calles, definiéndose claramente los distritos de vivienda, los comerciales y las zonas para la salida y entrada de las caravanas de viajeros o comerciales. La caravana Benua ingresó en una de estas zonas, el triple de amplia que la de Lital e igualmente saturada de carromatos, jinetes y cargadores subiendo o bajando cajas y costales. Un grupo se acercó a la caravana de Benua apenas esta se detuvo y, tras recibir indicaciones del líder caravanero, los carromatos empezaron a ser descargados con presteza.

—Los viajes traen consigo saludos y despedidas —comentó Benua cuando Liam y Vania se acercaron con intención de despedirse.

—¿Qué harán ahora? —preguntó Vania.

—Entregaremos nuestra carga y realizaremos un viaje de regreso a Lital —respondió Benua. —Por cierto, Liam, ¿puede acompañarme un momento?

Liam, un poco intrigado por la petición, se alejó de Vania siguiendo al naruano. —Mi estimado amigo, deseo que se lleve de este viaje algo más que el recuerdo y su aprecio hacia nosotros.

Con un movimiento suave, del interior de su túnica Benua extrajo una funda de piel que albergaba una espada larga. —Al principio pensé en regresarle parte de su dinero, pero pienso que esto le será mucho más útil.

—No tiene que hacerlo, don Benua —comentó Liam, negándose a tomar la espada. —En serio, sólo haberme permitido hacer el viaje ha sido más que...

Benua lo interrumpió colocando el arma contra el pecho de Liam y obligándole a sujetarla con las manos. —Honestamente preferiría llevarlo de vuelta a Lital, pero sé que no podré convencerlo. Cualquier motivo que lo lleve hacia su hijo, es algo mucho más fuerte que cualquier argumento que pudiera darle. Así que prefiero otorgarle una herramienta para su camino. No aceptaré su negativa.

Liam, visiblemente agradecido, sujetó y desenfundó la espada. El arma se sentía diferente a la de Vania o incluso de las piezas que Angle forjaba en Piores. Esta se sentía un poco más ligera y balanceada. La hoja recién afilada lucía brillante, unida a un mango que se ajustaba firmemente entre sus dedos. —Benua, no sé cómo...

Benua Bariya ya había dado media vuelta y se alejaba, dándole la espalda. —Los caminos

son hijos, señor Tamer —dijo el caravanero, sin detenerse o voltear. —Los que cambian son los caminantes. Pero los senderos no existirían si los caminantes nos quedáramos quietos. Siga moviéndose, señor Tamer. Siga moviéndose.

Cuando dijo la última frase Liam ya había perdido de vista al caravanero entre la multitud.



Sentados a la orilla de una fuente, a mitad de una plaza pública, Liam y Vania dejaban pasar el tiempo viendo el ir y venir de la gente.

—¿Qué sigue ahora? —preguntó Vania.

—Debo seguir a Thunderstone —respondió Liam.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—¿Por qué insistes en acompañarme? —preguntó Liam, encarando a la elfa.

—Porque, en primer lugar, de seguro te matarán antes de que llegues a la ciudad por tu cuenta. Necesitas que alguien te cuide. Segundo, el seguirte ha resultado ser muy interesante. Nunca imaginé que un día estaría en una caravana naurana o en esta ciudad. Quisiera ver hasta dónde podemos llegar. Ya en Thunderstone podemos separarnos; tú te reencuentras con tu hijo y yo exploro un nuevo terreno para mí oficio. Finalmente, ¿cómo vas a conseguir dinero para el resto del viaje? —y diciendo lo último Vania sostuvo en alto un par de bolsillos de piel que evidentemente no le pertenecían.

—¿Con un demonio, Vania!

—¿Qué planeas? ¿Pagar el viaje lavando platos en alguna taberna? ¡Con un demonio, Liam!

Liam suspiró resignado antes de sujetar la funda de su espada nueva a la cintura y el morral a sus hombros. —Eso todavía no resuelve cómo vamos a llegar a Thunderstone.

—Necesitan abordar el transbordador —dijo una voz cercana de ellos. Al voltear reconocieron la robusta figura de Feder Fechtbuch junto a ellos, con sus dos espadas ceñidas a la cintura y cargando su enorme morral sobre los hombros. —El que atraviesa el Lago de las Tres Cuencas. Ahí se puede seguir hacia Thunderstone a través del camino real o bordeando las planicies de Gunthabar.

—Feder —dijo Liam, ligeramente sorprendido. —Pensaba que...

—El embarcadero está a medio día de camino, a pie —continuó explicando el naruano. — O tal vez podamos conseguir que alguien nos lleve.

—¿Nos lleve? —preguntó Vania, acentuando la ironía en su pregunta. —¿Por qué dejaríamos que fueras con nosotros?

—Tú misma lo dijiste —respondió Feder, específicamente a Vania. —Necesitan que alguien los defienda en el camino, que puede ser muy peligroso de aquí hasta Thunderstone. Especialmente si hay que atravesar parte de Gunthabar.

—¿Qué nos defienda? ¿Puedes creerlo, Liam? —se burló Vania. —¿Qué te has creído, naruano? ¿Acaso no nos viste pelear contra los hiemols esa noche en el desierto?

—Los vi. Por eso digo que necesitan ayuda. No todo se arregla a latigazos, elfa.

—¿Eso crees, pedazo de...?

—Vania, suficiente —intervino Liam, poniéndose de pie entre ambos antes de dirigirse al naruano. —Feder, agradezco tu oferta y créeme que me gustaría contar con alguien como tú en este viaje. Tu habilidad como guerrero es increíble, pero sé que vives de ella y yo no puedo pagarte de ninguna forma.

—No quiero dinero —respondió Feder con firmeza.

—¿Entonces? —preguntó Vania. Feder, sin prestarle atención, se acercó a Liam, mirándole fijamente a los ojos. —Escuché esa noche, en el campamento, que su hijo es un militar en el ejército de Thunderstone. Alguien importante.

—Es un capitán... Realmente no sé qué tan importante.

—Un capitán, muy bien —le interrumpió Feder, hablando más para si mismo que para Liam. —Entonces, como pago por mi brazo y espada, sólo pido hablar con su hijo a solas por unos minutos.

—¿Para qué querías...? —quiso preguntar Vania, siendo interrumpida por un gesto y la voz severa del guerrero: —Sin preguntas al respecto.

Liam estaba consternado por el ofrecimiento y las condiciones del mismo, tanto que no puso atención cuando Vania y Feder empezaron a discutir:

—Pues olvídale, el *León de Piores* es demasiado importante como para dedicarle tiempo a alguien como tú.

—Eso debe decidirlo él, o en su caso el señor Tamer.

—Mira, agradecemos tu oferta, pero no te necesitamos.

—¿Siempre respondes por otras personas, elfa?

—Mi nombre es Vania, naruano

—El mío Feder, elfa.

—Apuesto a que ni eres tan buen espadachín.

Visiblemente ofendido por aquel comentario, Feder llevó su mano a la empuñadura de una de sus espadas. —¿Quieres una prueba?! —En ese momento Liam reaccionó: —¡Espera, Feder, por favor! Déjame hablar con Vania por un momento. Espera aquí.

Sin darle a ninguno la oportunidad de discutirle Liam tomó a Vania y se alejó unos metros con ella, dejando a Feder de pie junto a la fuente.

—Hay que considerarlo, Vania.

—¿Hablas en serio?!

—Tú lo viste pelear esa noche. Puede ayudarnos mucho. Sí está dispuesto a acompañarnos hasta Thunderstone a cambio de una plática con Liamder, estoy abierto a permitirlo.

Feder, desde la fuente, veía a la elfa y al humano discutir, con Liam imponiéndose poco a poco hasta que, finalmente, vio a Vania bajar brazos y cabeza en un gesto de resignación, antes de que ambos regresaran. —Feder, acepto tu oferta y te lo agradezco desde ahora, pero, lo que quieras hablar o pedirle a mi hijo no puedo garantizar que te lo conceda.

—Sólo diez minutos con el *León de Piores* —recalcó el guerrero, soltando discretamente la empuñadura de una de sus espadas. —No pido más.



Emprendieron el viaje a la ribera del Lago de las Tres Cuencas luego de comprar algunas provisiones. Sin caballos y sin suficiente dinero para hacerse de otro medio de transporte, tuvieron que marchar a pie, en constante e incómodo silencio. Quien más sufrió el camino fue Liam pues le costaba mantener su paso ante la ligereza de Vania y la resistencia de Feder, pero siguió adelante, negándose a dar alguna razón para descansar y retrasar el viaje. Sin embargo alcanzaron la ribera del lago y la zona del embarcadero cuando el último transbordador del día ya había partido, viéndose obligados a acampar en las planicies cerca del embarcadero. Y mientras Feder encendía el fuego y Vania colocaba sus mantas para dormir lo más retiradas posibles de las

del naruano, Liam desenfundó la espada que le regalara Benua y la sostuvo entre sus manos, moviéndola torpe y lentamente de un lado al otro, simulando atacar con movimientos laterales.

—Necesitas cimentar tu postura —dijo Feder, acercándose a él. —Una pierna detrás de la otra. Así la de atrás sostiene el peso y la otra ayuda a avanzar. —Liam comenzó a obedecer las indicaciones mientras Feder lo rodeaba, analizando su pose. —La postura con la espada debe ser defensa y ataque a la vez y pasar de una a otra en un instante. Meta los codos. Ligeramente doblados, que estos sostengan la espada. —Feder desenfundó su propia espada y se colocó frente a Liam. —En guardia. Ataque, ¡ahora! ¿Siente como fluye mejor el movimiento? En guardia, ¡de nuevo!

Cuando Vania terminó de acomodar sus mantas, comer sus raciones y finalmente se acostó para descansar de aquel arduo día, Liam y Feder aún seguían practicando.

VII

A la siguiente mañana les despertó el movimiento de personas, carretas y animales de carga que, desde temprano, formaban largas filas en la zona del embarcadero para tomar alguna de las naves que cruzaban el Lago de las Tres Cuencas, que se mostraba sereno esa mañana. Botes, balsas pequeñas y transbordadores de gran tamaño se encontraban disponibles para quienes las necesitaran; granjeros, comerciantes o viajeros.

Liam se preocupó por un momento al escuchar los precios que algunos capitanes de las embarcaciones solicitaban para realizar un viaje, fuera en una nave privada o compartida. Contó mentalmente el dinero que quedaba en su bolsa, dándose cuenta que no sería suficiente, pero Vania sacó de sus bolsillos varias monedas de oro y plata, además de un par de anillos engarzados con piedras preciosas.

—Creo que esto será suficiente para el transbordador grande, ¿no les parece? —les dijo maliciosamente a Liam y Feder. El granjero vio aquellos anillos entre los dedos de Vania y a su mente volvieron las palabras de Foullet:

Nadie cambia en el fondo, Liam. Pero la malicia nos ajusta. Nos permite sobrevivir, a veces a costa de otros.

—Maldición, Vania —susurró Liam con pesar, tomando el dinero entre sus manos.

El transbordador principal era el vehículo más grande del embarcadero y que cruzaba el lago dos veces al día, en un viaje que duraba aproximadamente diez horas. Lo impulsaba una maquinaria similar a la de los carromatos de la caravana de Benua: gigantescas ruedas de paletas montadas en la zona de popa e inducidas mecánicamente para girar y desplazarse sobre el agua. Era una embarcación de tres niveles, capaz de transportar a varias decenas de pasajeros, con zonas para animales de carga y carretas y una cubierta lo bastante amplia para que la gente pudiera caminar a gusto durante el viaje o incluso, en caso de quienes viajaran en grupo, poder descansar unos de otros durante unas horas. Vania tomó esa oportunidad y, una vez a bordo, se perdió entre la multitud.

—Sabe que va a robarle a otras personas, ¿verdad? —le preguntó Feder a Liam mientras el transbordador se ponía en movimiento. Liam sólo acentuó en su rostro un gesto de resignación sabiendo que aceptaría, en silencio y con ligera vergüenza, lo que los dioses quisieran proporcionarle a través de Vania.

El viaje no tuvo contratiempos y sí muchos instantes de tranquilidad. Liam y Feder, quien parecía tener la intención de permanecer junto al viejo granjero en todo momento, se detuvieron un momento sobre la borda de babor, dándose tiempo para admirar la tranquilidad del lago y su superficie cristalina bajo el sol de media mañana, perturbada sólo por embarcaciones más pequeñas. En distintos puntos a la distancia podían distinguir las tres desembocaduras de los ríos que daban su nombre al lago.

—Nunca había estado tan lejos de Piores —comentó Liam, nostálgico. —Ni siquiera tengo idea de cómo se llaman esos ríos —volteó a ver a Feder, quien se encogió de hombros demostrando también su ignorancia. Una voz junto a ellos los distrajo:

—El que está a nuestra izquierda es el Usuma. Proviene de las cordilleras montañosas del oeste de Handor. Los que están al otro extremo son el Grijal y el Loapan. Ambos provienen de la cordillera del este.

La voz pertenecía a una mujer, una elfa que se acercaba a ellos, mirando también al horizonte. Vestía una larga túnica azul y cargaba un morral de manta a través de sus hombros, repleto de legajos de papel, pergaminos y algunos libros empastados. En su mano izquierda sostenía un bastón de madera, adornado en la parte superior con cristales brillantes. Su rostro terso y cabello oscuro resplandecían bajo los rayos del sol, dotándola de una belleza tan delicada que Liam y Feder temían alterarla si alguno se atrevía a hablar. Finalmente Liam tomó valor: —¿Usted conoce esos ríos?

—He leído sobre ellos y he visto grabados. Son lugares maravillosos. Espero poder visitarlos alguna vez.

—¿A dónde se dirige usted? —preguntó Feder.

—A la ciudad de Adat, al oeste de nuestro puerto de desembarco. Bueno, ese es un destino de paso. Realmente me dirijo al fuerte de Adat.

—He escuchado de ese lugar —dijo Feder. —Fue uno de los fuertes principales en Gunthabar durante la Guerra de la Coalición. Fue abandonado poco después. Una comunidad de nómadas lo tomaron como suyo y ahora sólo guardan un montón de... Bueno, de...

—Libros —interrumpió la elfa. —Actualmente el fuerte alberga la biblioteca Tolomaica, la más grande de Handor. Fue fundada por los Tolomeos, un pueblo elfo nómada que recopilaba tradiciones y conocimiento oral antes de asentarse en las provincias de Adat y la zona del fuerte, adoptando la palabra escrita para registrar todo su conocimiento. Se dice que la sabiduría documentada de los Tolomeos ha sobrevivido a tres de las Eras de Handor. Es algo que vale la pena ver.

—Suena increíble —comentó Liam viendo hacia el horizonte, donde el puerto de destino se divisaba en la lejanía. —¿Usted es alguna clase de sabia o maestra?

La elfa sonrió discretamente. —Podría decirse eso. Permítanme presentarme, mi nombre es Cerena Daru.

—Feder Fechtbuch, para servirle —respondió el guerrero haciendo un gesto de cortesía. Luego esperó a que Liam se presentara a sí mismo, pero el granjero permanecía en silencio, mirando fijamente a la elfa con una expresión que evidenciaba que intentaba recordar algo. Al final sólo hizo una pregunta: —Cerena Daru... ¿De Bramur?

—Así es —sonrió Cerena, inquieta por la expresión del viejo granjero. —¿Acaso nos conocemos?

—Usted vivió en Thunderstone, en la academia de magia de la ciudad, hace diez años —la expresión de Cerena ya era de total perplejidad.

—¡Hola! —interrumpió la voz de Vania, acercándose al grupo. —Bueno, no puedo decir que conseguí mucho. Tal vez suficiente para alquilar algunos caballos o... Oigan, ¿pasa algo?

Liam no respondió, pero de inmediato buscó en su morral hasta encontrar las cartas de Liamder. Tomó una y ansioso se la pasó a Cerena. —¿Reconoce la firma? ¿El nombre?

La elfa tomó el papel y lo revisó. Conforme la leía una sonrisa se dibujó en su rostro. —¿Acaso usted es...? —empezó a decir, antes de que Liam la interrumpiera con una expresión cargada de orgullo: —Es mi hijo.

Feder no entendía qué pasaba. En cambio Vania, mirando alternativamente a Liam y a Cerena, pudo imaginar lo que estaba ocurriendo, por lo que dijo efusivamente: —¿Es en serio?! ¡¿Acaso su hijo conoce a todos en Handor?! Oiga, ¿acaso usted conoce a Liamder Tamer?

Cerena sonrió nostálgicamente antes de dirigirse a Liam. —A su hijo le debo el rumbo de mi vida, señor Tamer.



CERENA DARU

Nací en los bosques de Bramur y la magia siempre ha estado presente en mi familia, especialmente porque es una disciplina que nos ha costado mucho trabajo desarrollar. Como saben, la magia no se da tan fácilmente en otras razas fuera de la humana. Para esta la magia es un acto de voluntad mientras que, para las otras, es un esfuerzo en conjunto de fortaleza y sabiduría. Así que realmente me estaba costando mucho trabajo dominarla. Por eso mismo tuve que tomar algunas decisiones complicadas. Estudiar varios años en la academia de magia de Thunderstone fue una de estas, pero las lecciones y el tiempo que les dedicábamos a su estudio me parecían insuficientes. Irrumpir en la biblioteca de la academia durante las noches fue otra de esas decisiones complicadas.

Liamder estaba comisionado a la guardia de la biblioteca en ese entonces. Nos conocimos en una situación incómoda; el descubriéndome durante una de mis invasiones nocturnas, rodeada de libros, pergaminos y legajos de papel. Por un momento temí que me entregara y que eso provocara mi expulsión de la academia, pero él fue muy comprensivo. Entendió las intenciones de lo que estaba haciendo y me permitió acceder a la biblioteca durante las noches, siempre y cuando fuera durante sus guardias y bajo su supervisión.

A veces en esas noches, mientras yo estudiaba, él practicaba algunos movimientos de combate del ejército de Thunderstone. Entonces vi la oportunidad de pagarle su cortesía y le busqué los mejores manuales y tratados de esgrima, indicándole cómo debía estudiarlos. En poco tiempo ya entrenábamos juntos en los pasillos de la biblioteca, atacando y defendiéndonos con golpes de espada y encantamientos.

En una ocasión le hablé de otras escuelas y estilos de magia que existen en Handor y no llegaban a Thunderstone: rituales de las comunidades desérticas de Narur; documentos olvidados en recintos como la biblioteca de Adat; tradiciones tribales de las tundras de Nobi; incluso conocimientos que sólo existen en la memoria de los dragones de las tierras de Jörmun.

—Entonces deberías viajar allá, si ese conocimiento no llega hasta aquí —me dijo esa vez.

—¿Aventurarme fuera de Thunderstone?

—Tuviste que aventurarte fuera de Bramur para llegar aquí. No le veo mayor diferencia.

—¿Qué obtendría haciendo eso, que fuera distinto a lo que hago aquí, en la academia?

—Es como saber que tienes que arar y preparar la tierra antes de plantar una semilla, regarla y abonarla para verla crecer. Podrás leer todo lo que quieras al respecto, pero no hay libro que explique la sensación de la tierra entre tus dedos, el sudor que conlleva el trabajo y la satisfacción de ver surgir los primeros brotes. Respeto mucho esto —me dijo señalando los manuales de esgrima que le había llevado —... Pero no me serviría de nada si no lo practicara o viera cómo mejorarlo. Y eso tengo que hacerlo fuera de aquí.

Unas semanas después me avisó que lo mandarían en una campaña al noroeste de Handor, por lo que ya no podría permitirme entrar en la biblioteca a deshoras. Eso no me inquietó porque me había dado cuenta de que Liamder estaba en lo cierto: tenía que buscar la

sabiduría fuera de la escuela. La última noche que pasamos en la biblioteca le regalé una transcripción resumida de varios manuales de esgrima y él me obsequió este bastón, hecho con la mejor madera de olivo que pudo conseguir en los jardines alrededor de su cuartel. Al final de las fiestas de Chij y el inicio de la Cogga, luego que Liamder se marchara, pedí autorización en la academia para proseguir mis estudios de una manera más dinámica. He estado viajando desde entonces, estudiando bajo el cielo nocturno o en lugares inhóspitos, con gente que me compartía con gusto conocimientos y experiencias que no se hallan registradas en ningún libro.



—Entendí que su hijo tenía razón, Liam —comentó Cerena mientras el grupo descendía del transbordador, en el embarcadero norte del Lago de la Tres Cuencas. Feder se había adelantado para averiguar si había alguna forma de proseguir el viaje a Thunderstone. —Sin la sabiduría que da la práctica y la vida misma, el conocimiento puede ser tan vacío como la ilusión del mago más mediocre. Alguien que pueda dominar y entender esas dos dimensiones puede lograr lo que se proponga.

—Yo pensaba que los elfos no podían hacer magia —comentó Vania, quien durante el viaje había escuchado atentamente toda la historia de Cerena.

—La magia es un don otorgado por Saphia, diosa de la sabiduría, a todas las criaturas y razas de Handor, pero con un alto costo —con un movimiento de su mano Cerena materializó una llama azul en la punta de sus dedos, para el asombro de Vania y Liam, antes de que ambos notaran el ligero esfuerzo y el sudor que empezó a brotar de la frente de la elfa. —La magia consume la energía vital de su practicante. Sólo los humanos, gracias a los dones otorgados por el dios Handor, tienen la facultad de crearla mediante fuerza de voluntad. Por eso la magia se da más fácilmente entre humanos, incluso a veces por accidente... Y luego está la magia negra. La prohibida.

—¿Es la que usan para ejecutar maldiciones, levantar muertos o cosas así? —preguntó Vania mientras Cerena deshacía el hechizo y normalizaba su respiración.

—No, esa es necromancia. No es del agrado de todos los encantadores, pero es parte del espectro de la magia misma. La magia negra se consigue a través de la energía de terceros. El mago no entrega nada de su fuerza vital porque la toma de otra fuente. Puede llegar a ser una magia muy fuerte porque no hay límites en la energía que un mago negro pueda robar. Y este lo sabe. Es una magia pagana, propia de algunas regiones donde aún se acostumbra la ejecución de algún sacrificio. Es una magia perversa.

El grupo guardó silencio mientras terminaban de bajar del transbordador. Entonces vieron a Feder volver apresuradamente con ellos. —He preguntado a comerciantes, viajeros y a gente del embarcadero: han cerrado todos los caminos a Thunderstone —les dijo. —No hay forma de utilizar los caminos. Hay puestos militares en varios puntos clave: puentes, pasos estrechos y pueblos del camino. Además, en el paso por la cordillera del este el cierre es total. No hay forma directa de llegar a Thunderstone.

—¿Qué podemos hacer entonces? —preguntó Liam. Feder, en silencio, volvió su mirada hacia el punto norte del embarcadero, más allá de las casas aledañas y los campos, donde se vislumbraba un horizonte ligeramente gris sobre una campiña que se extendía indefinidamente. —Podríamos alquilar unos caballos y rodear el camino, atravesando Gunthabar —sugirió el naruano.

—No es recomendable —dijo Cerena de manera determinante. —Gunthabar es terreno

peligroso.

—¿Por qué? —preguntó Liam, mirando también hacia el horizonte grisáceo.

—Gunthabar fue escenario de una cruenta batalla hace muchos siglos, cuando los dioses abandonaron Handor al principio del quinto ciclo, dejando a la humanidad a su suerte como su raza favorecida. Todas las fuerzas y razas de la oscuridad se organizaron para acabar con ella: orcos del oeste y las zonas áridas; goblins de las tierras del norte; elfos y enanos oscuros y magos negros que veían en los humanos a una especie enferma, una plaga en lugar de aliados o dignos herederos de la tierra de Handor. Todas estas fuerzas formaron un frente que marchó de los pantanos del oeste hacia Thunderstone, la principal ciudad humana de Handor.

»Pero Khornamus, rey de Thunderstone, ya estaba preparado y había formado una alianza entre su ciudad, el clan Regon, de Vinska, y la familia Tenderleaf, de Bramur, creando un ejército que enfrentó a estas fuerzas oscuras en el corazón del continente. En las praderas de Gunthabar. Fue una cruel batalla que cobró miles de vidas y donde la magia generada, pura o negra, dobló las fuerzas de la realidad misma. Se dicen que rastros de esa magia salvaje aún perduran en esa tierra y ni siquiera los dioses se dignan a mirar hacia Gunthabar. Por eso es muy peligroso atravesar esa campiña.

—Con el debido respeto, maestra Daru —comenzó a decir Feder. —Me preocupa un poco más los asaltantes de caminos. Gunthabar es una tierra sin vías de tránsito o vigilancia y con pocos pueblos habitados. La gente que lo cruza lo hace bajo su propio riesgo. Pero nosotros no cruzaríamos literalmente Gunthabar, sólo parte de la zona que corre paralela al camino que conduce a Thunderstone y que nos aleja de los puestos de vigilancia, rodeando el norte de la cordillera de Toben antes de llegar a Thunderstone. Con la ciudad a la vista, llegar a ella será más sencillo.

—¿Es la única forma de llegar a Thunderstone? —preguntó Liam, todavía viendo hacia el horizonte y a las planicies de Gunthabar, extendiéndose hasta donde su vista le permitía. Volteó hacia sus compañeros cuando no escuchó una respuesta. Feder asintió en silencio mientras Vania lucía perpleja, revolviendo su cabello, tan parecido al de Cerena si acaso lo dejara crecer y caer sobre sus hombros. Por su parte, Cerena lo miraba con una mezcla de deseo por que Liam detuviera su viaje y la certeza de que no había otro camino. Finalmente Liam suspiró profundamente.

—Si realmente es tan peligroso no voy a pedirles que me sigan. Podré llegar a Thunderstone por mi cuenta.

—Sabes que no lo lograrás —susurró Vania.

—Podré cuidarme sólo.

—Ni siquiera puede mantener su defensa con la espada —dijo Feder.

—Debo encontrar a mi hijo.

—Entonces tome esto —dijo Cerena, buscando en su morral hasta extraer una pequeña caja de madera que, al abrirla, reveló una cadena plateada con una llave de metal en miniatura, sujeta entre los eslabones. —Es un talismán creado por maestros herreros de Vinska y tratado con magia de Bramur. Sujételo firmemente al pomo de su espada. Le otorgará más destreza al blandirla.

—No puedo aceptar... —antes de seguir negándose, Cerena depositó el dije en el puño de Liam y lo cerró a la altura de su pecho. —Piense que es un regalo de agradecimiento para Liamder.

Liam, sin saber que decir, agradeció a Cerena con un gesto. Horas después, habiendo alquilado caballos y provisiones para dos semanas, el trío emprendió su viaje, abandonando la

zona del embarcadero y dejando atrás a la maga y académica Cerena Daru. Esta los despidió a la distancia con un vaivén de su mano, deseándoles todas las bendiciones que conocía mientras el grupo se enfilaba hacia el horizonte gris sobre la planicie de Gunthabar.

VIII

Fue hasta que Laidar llegó a Piores —luego de pasar la mayor parte de su vida de escribano pregonando en provincias cercanas las noticias de Handor, ya fuera a viva voz o a través de la palabra escrita— que Liam escuchó por vez primera sobre Gunthabar y la batalla del mismo nombre que se libró en esa región. Fue con los poemas épicos y cantares escritos sobre este evento que Laidar le enseñó a leer, para que Liam pudiera repasar por su cuenta las cartas de su hijo. Y Liam leyó sobre ejércitos de humanos y hordas de la oscuridad enfrentadas a mitad de esa pradera, durante las semanas que duró la batalla; leyó sobre la sangre que tiñó permanentemente la tierra con una mezcla de rojo y verde; sobre magos invocando fuegos y tormentas; clérigos bendiciendo hombres y armas por igual o descargando la fuerza del relámpago sobre la tierra hasta abrirla. Durante meses estas historias no sólo fueron su instrucción a la lectura. A veces fueron un deleite durante las noches, antes de dormir.

Lo que nunca describieron los poemas y cantares fue la soledad y el silencio que se respiraba en el aire de las planicies. Cuando el bullicio del embarcadero y los pocos viajeros que tomaron el camino principal quedaron atrás, Liam, Vania y Feder se apartaron de la ruta, internándose en la pradera tapizada de una ligera vegetación marrón que se mecía ante un aire frío que cambiaba de dirección continuamente, provocando que el pasto más crecido acariciara las patas de sus monturas mientras avanzaban.

—¿Cómo vamos a regresar los caballos, Feder? —preguntó Liam.

—Están entrenados para regresar con sus amos cuando los liberemos, tras concluir nuestro viaje —señaló el guerrero.

—Aww, ¿tenemos que hacerlo? —preguntó Vania. —Me estoy encariñando con el mío. Pensaba llamarle Feder.

—¡No puedes ponerle mi nombre a un caballo! —respondió el naruano, visiblemente molesto.

—¿Quién dice?! Yo le veo cara de Feder. ¿No les parece?

—¡Ladrona insolente!

—¡Así! ¡Justo así, con la quijada trabaja y el bigote mal cortado! Igualito.

Discusiones así eran constantes y Liam, de cierto modo, estaba agradecido por ellas. Brindaban voz a una atmósfera silenciosa que se extendía por todo el camino que tenían por delante. La primera noche se detuvieron a acampar antes de que oscureciera, cuando el frío aumentó hasta el grado que el calor del fuego se volvió indispensable. Tras sujetar los caballos a estacas de madera en el suelo, procedieron a montar las tiendas de campaña que habían comprado en el embarcadero. Entonces el entrenamiento de Liam continuó:

—La espada es una extensión de tu brazo y debe funcionar como tal —Liam ya había notado que, entrenando, era el único momento en que Feder le tuteaba. —Debes ser ágil y fuerte a la vez. Visualiza como alcanzar a tu oponente con ella. Descubre la mella en su defensa sin descuidar la tuya. ¡Ahora! ¡Ataque, defensa, estocada! ¡Vamos, de nuevo!

—¡Espera, Feder, espera! —pidió Liam, casi sin aliento. —No puedo... Necesito des...

Feder le interrumpió con un certero golpe en el hombro con el dorso de la espada y una patada a la rodilla, provocando que Liam perdiera el equilibrio y cayera al suelo, soltando su arma y terminando con la punta del acero de Feder acariciando su cuello. El naruano le miró con una mezcla de solemnidad y decepción.

—En un combate no te permitirán descansar. En un enfrentamiento que debe cobrar la vida de uno de los combatientes, no existe caballeridad o cortesía —el naruano golpeó con el dorso de su espada las costillas de Liam, quien se dobló sobre sí mismo por el dolor. —¡De pie! Ahora concéntrate. Absorbe ese dolor y redirígelo contra mi postura y defensa. Busca por dónde meter el brazo que es tu espada. ¡Vamos!

En entrenamientos posteriores durante los primeros días de viaje, Feder compartió con Liam uno de sus guanteletes de piel reforzados y le enseñó a sujetar la espada por la empuñadura y el filo, aprendiendo así nuevas formas de combate. —¡Ataca y salta! ¡Listo para conectar el siguiente golpe! No esperes ganar con una sola estocada, Liam, no eres tan fuerte. Debes ser más rápido. ¡Ahora! Entra y sal, entra y sal. ¡Más rápido!

Tomaron turnos para probar el dije que Cerena le obsequiara a Liam y si bien, al colocarlo en el pomo de su espada, el granjero sentía su arma más ligera, era en las manos de Feder donde se notaba realmente la diferencia. Cualquiera de sus espadas, al colocarle el dije, parecía flotar entre sus manos, haciéndola girar de un lado al otro con una velocidad que era difícil seguir con la mirada. La mayoría de las noches de entrenamiento fue con el dije en posesión de Feder.

—¿No crees que lo presionas mucho? —le preguntó Vania a Feder la tercera noche de viaje, luego de que Liam cayera extenuado sobre su manta de dormir.

—¿Acaso quieres que lo maten si nos topamos con problemas? —respondió el guerrero mientras destapaba una botella de vino de sus provisiones.

—No, pero el viejo tiene otros talentos —comentó Vania, recordando aquella noche en el río.

—Entonces tal vez tú debas entrenarlo —respondió Feder, irónicamente. Vania permaneció en silencio un momento, meditando esa idea. Al día siguiente se encargó de enseñarle a Liam los juegos de manos, prestidigitaciones y habilidades propias de su oficio, incluyendo sus técnicas con la daga, ayudándole a manejar su cuchillo de tallar madera con la mayor agilidad y rapidez posible. Feder los observaba en silencio fingiendo desinterés, mientras memorizaba en silencio algunos de esos movimientos.

El viaje sobre los linderos de Gunthabar empezó a tornarse agradable, aunque el horizonte gris parecía oscurecerse más con cada día que marchaban. Fue al atardecer del cuarto día cuando la tormenta cayó sobre ellos, de forma totalmente imprevista.



Los sorprendió primero un fuerte vendaval que casi derriba a Liam de su montura. Los tres intentaron mantener la marcha, pero los caballos empezaron a mostrarse inquietos conforme el viento arreciaba, por lo que tuvieron que desmontar y seguir a pie, sujetando las riendas firmemente a sus muñecas.

—¡Es imposible seguir, hay que parar! —gritó Vania entre el ulular del viento, que hacía imposible que pudieran escucharse entre ellos claramente.

—¡No hay donde parar! —gritó Liam. —¡No hay ningún lugar donde guarecernos, estamos totalmente al descubierto!

—¡No se detengan! ¡Vamos! —les apresuró Feder, justo cuando los truenos se escucharon

a corta distancia y la lluvia empezó a caer.

—¡Hay que volver! —gritó Vania.

—¿A dónde?! ¿Crees que la tormenta no nos seguirá si regresamos?! —respondió Feder.

El estruendo de un cañón se escuchó en el horizonte, obligando a que el grupo detuviera su marcha. —¿Qué fue eso?! —preguntó Vania.

—¡Un cañón! —gritó Feder.

—¡No, fue un trueno! —dijo Liam, no muy convencido de sus propias palabras. Intentaron seguir avanzando ignorando el sonido de los truenos, que cada vez se escuchaban más claramente como estruendos de cañones disparando. Entonces empezaron a surgir otros sonidos que, para Feder, fueron inconfundibles:

—¡Es una batalla! ¡Son gritos de guerra, choques de aceros, ¿no los oyen?! —ni Vania ni Liam respondieron, pero también los escuchaban. Y en el punto donde el horizonte de la campiña se confundía con el cielo distinguieron las siluetas de ejércitos combatiendo caóticamente, mientras el viento y la tormenta arreciaban y los caballos se tornaban cada vez más inquietos. Los sonidos descritos por Feder llegaban hasta ellos como un eco distorsionado por la distancia y el viento, y las sombras se perfilaban mejor cuando la luz de los relámpagos o de gigantescas bolas de fuego caían desde el cielo, o cuando la tierra se abría, devorando con lenguas de lava y fuego batallones completos. Y cuando una de estas sombras se convirtió en una gigantesca figura alada que extendió un par de alas majestuosas en el cielo, un relámpago cayó muy cerca del trío de viajeros. El trueno llegó con tal fuerza que los caballos se alebrestaron. Feder se plantó en el suelo con firmeza, sujetando las riendas de su caballo mientras escuchaba gritar a Vania y a Liam. Estiró su mano para sujetar lo primero que alcanzara y eso fue la túnica de la elfa, aferrándola con fuerza para evitar que el caballo la arrastrara. La rienda se liberó del brazo de Vania y el caballo salió galopando en la dirección opuesta a la que venían, junto al caballo de Liam. Este iba arrastrando al granjero quien, inútilmente, trataba de ponerse de pie y detener al animal.

—¡LIAAAM! —gritó Vania mientras la figura del caballo y el granjero se perdían en la tormenta. Liam se vio arrastrado sobre la pradera enlodada durante más de un minuto, antes de conseguir desembarazarse de las riendas en su muñeca, dejando que el caballo se internara en la tormenta mientras él permanecía tirado sobre la campiña, mirando en la distancia las sombras de sus amigos mezcladas con las de la batalla. Les escuchó gritar su nombre varias veces y trató de arrastrarse hacia ellos, hasta que la lluvia arreció con tal fuerza que opacó tanto sus voces como sus siluetas.

—¡Feder! ¡Vania! —gritó mientras se ponía de pie para andar a tropezones, sin poder distinguir nada más allá de una vara de distancia. —¡Feder! ¡Vania! ¿Me escuchan?! ¡Vaniaaaa!

El agua cayendo en su espalda empezó a pesar sobre sus hombros y el frío fue debilitando sus pasos hasta hacerle caer de rodillas. Se arrastró con las manos un par de metros más antes de caer inconsciente sobre el suelo húmedo de la pradera.



Vania y Feder regresaron su camino varios pasos más, gritando el nombre de Liam tan fuerte como les era posible entre la tormenta. Los músculos de Feder permanecían tensos sosteniendo las riendas de su caballo, hasta que estas se rompieron. Su montura escapó tan rápido como le fue posible, dejando caer la mochila de Feder en su carrera. El naruano rugió algunas maldiciones y se rindió ante lo inevitable. Sujetó a Vania antes de que se alejara más: —¡No podemos seguir caminando! —le dijo.

—¡Pero hay que encontrar a Liam!

—¡Si seguimos caminando podríamos perdernos aún más! ¡Hay que quedarnos aquí hasta que pase la tormenta, no tenemos otra opción!

—¿A la intemperie?! ¡¿Estás loco?!

Por respuesta Feder avanzó hasta alcanzar su mochila y extrajo del interior la manta que usaban para montar una de las tiendas de campaña que utilizaban por las noches.

—¿Vas a montar la tienda ahora?!

—¡Cállate y métete debajo! —rugió el guerrero y Vania, viendo el espacio que Feder formaba bajo la manta, se apresuró a entrar. En un momento ambos estaban empapados y cubiertos bajo la tela, rodando de un lado a otro para que el peso de sus propios cuerpos sujetara la manta, evitando que saliera volando con el viento. El agua seguía cayendo con fuerza sobre ellos, pero la tela evitaba que se filtrara. Un trueno-cañonazo se escuchó muy cerca, trayendo consigo varios sonidos de batalla. A pocos pasos de ellos.

—¿Qué fue eso?! —preguntó Vania cuando otro trueno se escuchó aún más cerca.

—Sólo es un trueno, ya cálmate —contestó Feder, tratando de sonar tranquilo.

Los golpes de espadas contra armaduras, los relinchos de caballos, gritos de batalla y huesos quebrándose se escuchaban prácticamente encima de ellos. —¿Eso te parece un trueno?! —exclamó Vania.

—¡Sí, es trueno! ¡Ahora cállate y deja de moverte!

—¡Es que algo me está jalando! —gritó Vania.

—¡Nadie te está jalando! —dijo el naruano, sujetándola con fuerza. —¡Yo te sostengo y no te voy a soltar! Ahora deja de gritarme a la cara y cálmate.

Vania, un poco más tranquila, asintió, sumergiendo su cabeza en el hombro del guerrero. —Liam ni siquiera tiene con que cubrirse. Se va a morir allá afuera —susurró, temblorosa.

—El viejo tiene otros talentos —respondió Feder, tratando de escucharse confiado mientras los sonidos de la batalla se convertían en ecos distorsionados y cada vez más distantes, mezclándose con los de la tormenta. —Tú misma lo dijiste. Mentecata.

Vania no respondió de inmediato. Se aferró con más fuerza al cuerpo de Feder antes de susurrarle: —Ya lo sé. Bruto.

Permanecieron en silencio hasta que los sonidos de batalla desaparecieron y la lluvia fue apaciguándose. Cuando esta se convirtió en un ligero chubasco Feder, exhausto, todavía sostenía el cuerpo inconsciente de Vania entre sus brazos. La elfa ya había perdido el sentido por el esfuerzo y la tensión. Viendo que no conseguía despertarla, Feder empezó a arrastrarse con ella fuera de la manta, que pesaba sobre sus hombros como si estuviera hecha de piedra. Respiró profundamente cuando logró sacar las cabezas de ambos y permaneció así un momento, ligeramente mareado y apenas dándose cuenta de los caballos que les rodeaban. Levantó la cabeza hacia el más cercano, distinguiendo la punta de una espada señalándole, perteneciente a un jinete que le dedicaba una cínica sonrisa a través de una barba desaliñada.

Aun sintiéndose aturdido y cansado, Feder intentó levantarse y desenvainar su espada, cuando un brutal golpe dio contra el costado de su cabeza, poniéndole de rodillas. Un segundo impacto finalmente lo derribó de bruces contra el suelo.



Lo primero que Liam vio al despertar fue un cielo nocturno despejado y las estrellas alineadas en una formación ligeramente distinta a la que se había acostumbrado a ver cada noche, desde que

saliera de Piores. De inmediato ese momento de tranquilidad dio paso al recuerdo de instantes anteriores y se levantó sobresaltado del piso de la campiña donde estaba recostado.

—Bienvenido, amigo. ¿Cómo se siente? —dijo una voz cerca de él. Liam volteó para ver a un hombre joven, de rostro cordial y gesto alborozado, sentado en una de tres piedras grandes dispuestas cerca de ellos y, al parecer, ocupado en apreciar el horizonte despejado de la noche.

—¿Qué sucedió? —susurró Liam. El hombre giró quedando frente a él, con las piernas cruzadas sobre la roca. A Liam le llamó la atención sus ropas; una casaca negra de aspecto elegante, unos sencillos pantalones de piel oscura, botas de montar que parecían nunca haber pisado el suelo, varias pulseras en un brazo y un guante largo en el otro, todo de color negro — ¿Dónde estamos?

—Aun en Gunthabar, amigo. Y lo que sucedió fue una *tormenta de guerra*, como los habitantes de esta región les gusta llamarlas. Un temporal que se desata inesperadamente, con truenos y relámpagos que suenan como una batalla campal, como la que se libró aquí hace varios siglos, ¿la recuerda? —Liam negó con la cabeza. —Es cierto, ¿cómo va a recordarla? Pero dicen que parte de la magia que se usó entonces dejó residuos en la tierra, manifestándose durante las tormentas como si fuera un espectáculo de luces artificiales. Algunos dicen que es maravilloso ver las *tormentas de guerra*. A una distancia segura, por supuesto.

—Yo... —empezó a decir Liam, antes de reaccionar: —¡Mis compañeros! ¡Vania, Feder! —y se levantó tan rápidamente como un repentino mareo se lo permitió. —¡Nos separamos en la tormenta! ¡Debo ir a buscarlos!

—Estoy seguro de que estarán bien —dijo el hombre también poniéndose de pie.

—¡Debo encontrarlos! —reafirmó Liam, mirando alrededor y dándose cuenta que no podía distinguir ningún punto en el horizonte; ninguna cordillera, árbol o rastro de camino. Estaba rodeado por una pradera donde lo único que sobresalía eran las tres rocas, dispuestas en una formación triangular. —¡Pueden estar perdidos!

—Tal vez. Pero ir corriendo a ciegas por la pradera nocturna puede separarlos aún más.

—¡No puedo quedarme sin hacer nada!

—Supongo que no —susurró el hombre, sentenciosamente. —Pero tendrá mejores posibilidades dejando que ellos lo encuentren.

—¿Cómo?

—Siguiendo el fuego, por supuesto —dijo el hombre, señalando la fogata que ardía en medio de las rocas. —Si ellos están buscándolo, será más fácil suponer que vendrán hacia el fuego, ¿no cree?

Liam no respondió porque trataba de recordar si había visto o sentido el fuego antes de que aquel hombre se lo señalara. Agitó la cabeza y se acercó para sentarse sobre una de las rocas mientras el hombre ocupaba otra, a su izquierda.

—¿Y qué lo trae a Gunthabar, mi amigo? —preguntó el hombre, acercando sus manos al fuego. Liam lo imitó, dándose cuenta que su propia ropa y en general toda su persona estaba completamente seca y limpia. Como si nunca hubiera estado bajo la *tormenta de guerra* que lo separara de sus compañeros. —¿Está de paso o viene a quedarse?

—Vamos a Thunderstone —respondió Liam, volviendo a preocuparse por sus amigos. Volteó a todos lados, esperando ver en cualquier momento las figuras de Feder y Vania acercándose.

—Hermoso lugar —comentó el hombre, atrayendo la atención de Liam. —Bueno, es lo que me han dicho. No es que lo conozca en persona, ¿me entiende? Y si no es mucha indiscreción de mi parte, ¿su viaje es de negocios o placer?

—¿Qué? No, no es... Estoy buscando a alguien... Mi hijo... Vive en Thunderstone.

—Buscando una reunión padre e hijo, qué bien. Ojalá lo vea pronto.

—Lo verá —dijo una tercera voz cerca de ellos y que sobresaltó a Liam. Provenía de otro hombre que iba acercándose a ellos con paso firme, aunque se apoyaba en un bastón que llegaba hasta sus hombros. Su apariencia era más madura y firme y su ropa no lucía muy diferente a la de cualquier viajero; una casaca ligera y cómoda, pantalones y botas de montar, pero se distinguía por su impecable color blanco. Como si nunca se hubiera ensuciado ni siquiera con el polvo del viento más ligero. Liam se preguntó cómo no lo vio acercándose. —¿Cómo se llama su hijo, mi amigo?

—Liamder —susurró el granjero.

—¡El *León de Piores*! —gritó el primer hombre lanzando su voz al aire, seguido por una mala imitación de un rugido de león.

—¿Lo conocen? —preguntó Liam mientras el segundo hombre tomaba asiento en la última de las rocas, a su derecha.

—No tengo el gusto —dijo el hombre de blanco. —Pero es capitán del ejército de Thunderstone, ¿no es así?

—Así es... ¿Han escuchado hablar de él?

—Podríamos decir que sí. A veces las hazañas de un hombre resuenan en las voces de sus semejantes.

—O en sus sueños —intervino el hombre de negro. —No creería lo que algunas personas sueñan con respecto al *León de Piores*. Hay gente que quiere ser como él, estudiar bajo su manto... O meterse bajo sus mantas, ¿sabe de qué hablo?

Liam ignoró ese comentario y la risa irónica que le siguió. —No le preste oídos —susurró el hombre de blanco. —Pero dígame, ¿para qué buscar a su hijo desde tan lejos? ¿Por qué ahora?

Las reservas que Liam guardaba para hablar de su hijo no parecían tener mucho sentido ahora. En cambio sentía una necesidad imperante de hablar con la verdad. Especialmente al hombre de blanco, quien le miraba con cordialidad y atención. —Sólo quiero llevarlo a casa.

—¿En medio de una situación de conflicto? ¿Con una guerra en puerta? —preguntó el hombre de blanco, sin que su voz sonara a reproche.

—¿Le pedirá a un soldado que falte a su juramento? Eso es osado —dijo el hombre de negro.

—¿Qué sucederá si él se niega a ir con usted?

—¡Eso! ¿Qué hará entonces?

Liam dudaba entre responder o esquivar las preguntas. El hombre de negro continuó: —Seamos honestos. Su hijo es un hombre adulto. No tiene porque obedecer lo que su papito le ordene.

—Tendrá que convencerlo de otra forma, ¿cómo piensa hacerlo? —preguntó el hombre de blanco.

—De la única forma en que hombres de su clase responden: por la fuerza —intervino el hombre de negro, encarando al recién llegado.

—¿Un padre levantando la mano contra su hijo con furia? ¡Inconcebible! —le respondió directamente el hombre de blanco.

—Te sorprendería lo seguido que pasa.

—¡BASTA! —gritó Liam, poniéndose de pie y silenciando a ambos. —¡No me interesan los propósitos o responsabilidades que mi hijo tenga, con Thunderstone o quien sea! ¡Sean tiempos de paz o de guerra, nada de eso me interesa! Yo sólo iré por mi hijo y voy a llevarlo de

regreso a casa. ¡No me importa cómo tenga que hacerlo! ¡No me importa si tengo que...!

Liam se detuvo cuando sintió su mano cerrarse alrededor de la empuñadura de su espada. Viendo eso el hombre de negro empezó a aplaudir con emoción: —¡Ese es un hombre con un propósito! —. El hombre de blanco simplemente asintió en silencio.

—Tengo que irme —dijo Liam, sin soltar la empuñadura de su arma. —Debo encontrar a mis amigos. Y a mi hijo —Ante esa declaración el hombre de negro lanzó una fuerte carcajada que silenció casi de inmediato, dando paso a un tono de voz más serio: —Lo siento, señor Tamer. No voy a permitirselo.

El hombre de negro se puso de pie y Liam retrocedió al ver como las sombras proyectadas por el fuego, bajo los pies del hombre, se movían caprichosamente, girando y acercándose rápidamente hacia el granjero antes de despegarse de la tierra y flotar en el aire, convirtiéndose en tentáculos negros que se arrojaron contra Liam. Este intentó defenderse desenvainando su espada con la precisión y rapidez que Feder le instruyera, pero aunque logró golpear un par de tentáculos estos no parecían sufrir algún daño. Solo giraron sobre si mismos para sujetar los brazos y piernas de Liam, manteniéndolos separados e inmóviles mientras otro tentáculo negro rodeaba su cuello, cortándole la respiración y levantándolo en el aire hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo. Liam se retorció desesperado, tratando de liberarse mientras sentía como el aliento le abandonaba. Intentó lanzar gritos de furia o auxilio, logrando solo gorgoteos incomprensibles mientras miraba, aterrado, como el hombre de negro le miraba, sonriente e imperturbable desde la fogata. El de blanco finalmente se puso de pie: —Suéltalo —dijo.

—Quieres esto tanto como yo. Sabes que es el camino más seguro.

—¿Desde cuando juegas a lo seguro?

La espada de Liam resbaló de sus manos conforme iba perdiendo fuerza. Ya no estaba respirando y su vista comenzaba a nublarse. Sólo dos nombres seguían presentes en su cabeza, intentando salir de sus labios con el poco aliento que le restaba: Liamder. Nayel.

—Suéltalo. Ahora —dijo el hombre de blanco con una voz que resonó en toda la campiña. El eco más fuerte jamás escuchado por un hombre, aunque Liam pareció oírlo desde un punto muy lejano. Sus brazos colgaban inertes y ya había dejado de retorcerse. La piel de su rostro comenzó a tornarse morada y su pecho daba sus últimos espasmos violentos, buscando aire.

El hombre de negro miró silenciosamente al de blanco y finalmente, con un gesto de su rostro, aflojó el tentáculo alrededor del cuello de Liam, permitiéndole respirar. Luego, con un movimiento de su mano, retrajo el resto de los tentáculos, dejando que Liam cayera inconsciente frente a la piedra donde había estado sentado. El hombre de blanco se acercó para recostarlo cómodamente sobre la hierba antes de regresar a sentarse en su piedra. El hombre de negro ya estaba en la suya y, por un momento, ambos se miraron fijamente por encima del fuego.

—Amur —dijo el hombre de negro.

—Vosait —dijo el de blanco. —Tenemos que hablar.

Bajo la oscuridad de esa noche en la planicie de Gunthabar, con los recuerdos de una *tormenta de guerra* alejándose, Vosait, dios de la malicia y la sombra, y Amur, dios de la virtud y la luz, empezaron a dialogar, junto al cuerpo inconsciente de Liam Tamer, humilde granjero de Piores.

INTERLUDIO:

AMUR Y VOSAIT, BAJO LA NOCHE DE GUNTHABAR

—Tenemos que decidir qué hacer.

—Ya estaba tomando acciones cuando me detuviste.

—No dejaré que mates al granjero.

—Bueno, evitar que se reúna con su hijo sería suficiente. Podríamos entregarlo a alguna comunidad de esclavistas, abundan por esta zona, y liberarlo luego de algunos años, cuando la situación se restablezca.

—¿Hacerlo sufrir innecesariamente durante años? ¿Esa es tu solución?

—Pues entonces arrójame algo de iluminación, oh, todopoderoso dios de la luz y la virtud.

—Podrías detenerte. Ceder en tus intenciones con los reyes de Thunderstone y Vinska. Dejar de influenciarlos de esa manera, arrastrándolos a un conflicto que no resolverá nada.

—Yo pongo las opciones sobre la mesa, Amur. Ellos deciden sus acciones. No es como si esta guerra la hubiéramos orquestado nosotros. Vinska, Bramur, Thunderstone, Narur, Nobi, Jörmun, Las Tres Hermanas, las granjas de Piores, los bosques del sur, los campesinos de las cordilleras de Toben, la gente del pantano, los vecinos, las familias, los hermanos, los padres, los hijos, todos en camino a destruirse mutuamente.

—Los conflictos son inevitables, inherente en todas las razas. Los hemos presenciado a lo largo de cuatro eras.

—Y nunca aprendemos al respecto. Siempre escogemos una, eliminamos otras y favorecemos a alguna, pero siempre llegamos al punto donde el conflicto es inevitable.

—Por eso esta vez decidimos mantenernos apartados. Verlos desarrollarse sin nuestra presencia que los amedrente.

—Pero no nos hemos quedado totalmente al margen, ¿cierto?

—Sé que ya tienes a tu peón en juego. Por eso vengo a pedirte que te detengas.

—Yo solo doy empujones, ellos son los que caminan. Podría decirse lo mismo de tu peón. No, espera, ¿cómo los llamas? Ah, sí, tu campeón. ¿Por qué no me das el ejemplo y te retiras primero?

—Tú actuaste primero al sembrar la discordia entre las naciones.

—Ellos las cosecharon.

—Hay que establecer un balance, Vosait. No retiraré a mi campeón mientras no retires a tu emisario. Y sé que no lo harás ahora que un fragmento tan grande del espejo del Demiurgo ha aparecido.

—¿Porque creen que busco controlarlo antes que cualquiera ustedes?

—No. Porque sé que ahora realmente ya no puedes controlar a tu peón. La influencia del espejo en él es más fuerte que la tuya.

—Puedes leerme como a un libro abierto, ¿verdad, hermano? Hemos aquí ahora, a punto de mandar todo de vuelta al caos y reestructurarlo de nuevo cuando los humanos nos decepcionen.

Porque sabemos que lo harán.

—Solo puedes afirmar eso por tu deseo de tener a tus orcos y goblins nuevamente en control de Handor durante una era nueva. Pero sabes que no puede ser así.

—¿Y porque, oh, gran dios de la iluminación?

—Todos hemos tenido nuestro ciclo y raza favorecida. Este es el ciclo del balance y la sabiduría, bendecido por Saphia y marcada por el sacrificio de Handor para la creación de los hombres. Así que si decidimos crear un sexto ciclo, el control no recaerá sobre ninguno de nosotros.

—¿Y crees que ese cristal tenga algo que ver al respecto?

—Es la primera vez que un fragmento tan grande del espejo original del Demiurgo aparece en Handor. No sabemos el por qué ni las consecuencias que pueda tener en esta tierra, especialmente con gente bajo tu influencia, Vosait, empleándolo para sembrar la discordancia entre los pueblos de los hombres.

—Como si tus campeones, clérigos y paladines pudieran hacer mejor uso de él. Pero eso no es lo único, que te inquieta, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—¿Podemos hablar de lo que realmente nos trae aquí, Amur? ¿Qué haremos con el granjero?

—¿Por qué sus acciones han de interesarnos?

—¡No me vengas con eso, sabes perfectamente porqué! Lo he visto dibujado en las sombras y de seguro Saphia te ha compartido sus visiones. ¿Has pensado que, tal vez, así como ambos tenemos a nuestros peones y campeones, este hombre podría representar al cristal que ahora flota sobre Vinsniger?

—Mentiría si dijera que no lo he considerado. Pero no presto atención a supuestos y rumores.

—Entonces te lo pondré en términos sencillos: este hombre y sus acciones podrían ser la ruina de todo lo que conocemos. Lo sabes tan bien como yo.

—Entiendo a lo que te refieres, Vosait...

—¡No, no lo entiendes! Las naciones entran en guerra, sus alianzas se tambalean, aparece el fragmento del espejo del Demiurgo y tú y yo entramos en conflicto junto con el resto de Handor. Todo eso lo hemos vislumbrado de cierta forma y ponemos nuestras piezas en juego. Entonces aparece este hombre, un insignificante granjero que toma una decisión y apenas pone un pie fuera de su granja el universo se altera hasta el punto que nos obliga a tener esta conversación.

—El hombre solo quiere que su hijo esté a salvo.

—¡Tú sabes tan bien como yo que este hombre, Liam Tamer, llegará a un punto donde deberá tomar una decisión! Y podría condenarnos a todos en el proceso.

—Vosait.

—Así que, ¿por qué no eliminar este elemento aleatorio desde ahora? Que siga siendo un juego justo entre tú y yo, por la preservación de la quinta era o el inicio de la sexta...

—Vosait.

—¿O por qué no traemos la sexta era ahora? Aquí mismo, tú y yo. ¡Hagamos que el cielo ruja y la tierra tiemble! ¡Que el sol se apague y la naturaleza sangre!

—¡Vosait!

—¿Qué?!

—¿Quieres que lo diga? No tengo problema en aceptarlo: estoy tan asustado como tú.

—... ¿Qué?

—Ni tú, ni yo, ni Toben, Fysy o Saphia, ninguno puede influir directamente en las acciones de este hombre. Su decisión es absoluta y su voluntad digna del mismo Handor. Y eso me tiene muy asustado.

—¿Entonces porque no matarlo ahora?

—Dos razones, una tuya y la otra mía. La mía es que destruir en aras del miedo sólo siembra más temor y oscuridad. Es un insulto a la virtud. La tuya es que, en medio del patrón caótico y malicioso que representas, en el fondo tienes curiosidad por saber hasta dónde puede llegar este hombre. Ha alcanzado la mitad de su camino y siento que, sin importar lo que hagamos, no se detendrá. Resumiendo; podemos intervenir motivados por el miedo o dejar que se manifieste la voluntad de Handor hacia su creación.

—Pues yo pienso que prefiero actuar por miedo. Pero tus palabras reflejan la verdad, hermano. Me intriga el resultado de esta situación.

—¿Que el granjero siga su camino, entonces?

—¿Qué me asegura que no intentarás influir en él más adelante?

—Bendice su espada. Yo también lo haré. Así, parte de nosotros permanecerá con él durante el resto de su viaje. Y sabremos si alguno intenta afectarle directamente.

—Me encanta la idea. Mira, aquí está. Vaya, es acero naruano, impresionante. Y tiene un amuleto con magia de los bosques de Bramur. Este hombre ya va bien protegido. Pero algo de malicia no le hará daño.

—Y algo de virtud también, no lo olvides. Acércame la espada, hermano. Posa tu mano sobre ella, así como yo. Bien. Ahora declama la bendición conmigo:

Desde las tierras frías de Nobi hasta los tibios boques del sur. Desde la isla de Jörmun hasta las Tres Hermanas. Que esta hoja otorgue luz u oscuridad, virtud o malicia, marcadas por el brazo de su portador y la voluntad de Handor.



Cuando Liam abrió los ojos sintió el húmedo frío en todo su cuerpo, empapado por la lluvia. Llevó su mano al cuello, sintiendo el recuerdo de aquellos tentáculos sofocándole. Volteó a todos lados, pero, a la luz de la mañana, no pudo encontrar las piedras o el resto de la fogata de la noche anterior. Sólo distinguió dos cosas que lo dejaron perplejo: su caballo, que trotaba lentamente hacia él, igualmente empapado por la tormenta, pero con toda su carga en su sitio. Se detuvo a pocos metros de él, como si esperara pacientemente a su jinete.

Lo segundo fue su espada, tirada sobre el lodo junto a él. Cuando la tomó y la revisó distinguió detalles grabados en la hoja que no había notado antes: un par de líneas subiendo en ondas y entrecruzándose en varios puntos del canto y la acanaladura de la hoja. Una de estas líneas parecía estar grabada en un ligero color dorado y la segunda en un tono más oscuro del acero.

Se puso de pie y enfundó la espada, aun preguntándose si todo aquello (los hombres de blanco y negro, los tentáculos de oscuridad, el fuego y las rocas) había sido un sueño. Desechó de inmediato esas dudas recordando lo que sí era real para él: Liamder. Su hijo. Pero antes también estaban sus compañeros: Feder y Vania, perdidos en la tormenta como él. Con seguridad, Liam Tamer montó su caballo y emprendió la marcha bajo el cielo de un amanecer aun gris, pero ahora más despejado en Gunthabar.

2ª PARTE

EL CRISTAL DEL LAGO VINSNIGER

I

—¡No, no, no, no! —recalcó Miller después de dar un profundo sorbo a su botella de vino. — Primero salimos de Gunthabar. No tenemos recursos para sobrevivir otra tormenta como la de anoche. Estamos a un par de horas del pueblo más cercano, llegamos, nos establecemos...

—... y esperamos a que pasen las caravanas de Bramur o Alabak. Cualquiera nos dará un buen precio- comentó Picardo, concluyendo la frase de su compañero. —¿Pero cuánto tiempo...

—... tendremos que esperar? —comentó Prosky, cruzando sus gigantescos brazos a la altura del pecho.

—Lo que tengamos que esperar. Ya les he dicho que la situación es muy complicada. Las caravanas...

—... no están cruzando tan seguido como antes —comentó Prosky, haciendo un gesto de hastío.

—Además- dijo Picardo —... no podemos siquiera pensar en vender esta mercancía cerca de los caminos a Thunderstone...

—... porque nos arrestarían al momento, lo sé —puntualizó Miller, revolviendo aún más su áspero cabello castaño. —Bueno, si no me equivoco, la caravana que va hacia los pantanos de Alabak cruzará el pueblo más cercano en un par de días...

—... podemos acampar cerca, esperarla ahí y vender la carga cuando pase —señaló Picardo, esgrimiendo una picaresca sonrisa.

—Entonces ya será su problema —aclaró Miller. —Que se las arreglen como puedan para atravesar Gunthabar...

—... y llegar hasta Alabak y sus mercados negros —finalizó Prosky, dando unos aplausos cortos y emocionados. —Me gusta la idea.

Miller sonrió y dio un último trago a su botella de vino, disfrutando cada gota en su garganta. Luego volteó hacia un extremo del campamento que habían improvisado para desayunar esa mañana. —¿Y ustedes? —preguntó. —¿Acaso ...

—... ¿tienen algo..? —añadió Prosky.

—... ¿qué decir? —finalizó Picardo.

Vania sólo desvió la mirada mientras Feder lanzaba unos rugidos ahogados a través de su mordaza, mientras se retorció intentando romper las cuerdas que le ataban. Amordazados y atados de pies y manos como estaban, ninguno pudo darles una respuesta.



Sin saber a dónde dirigirse, Liam soltó las riendas de su caballo y dejó que trotara libremente, esperando que su instinto o entrenamiento le guiara hacia sus amigos así como antes había dado con él. Bendijo su suerte y su decisión cuando escuchó voces a la distancia, tras una pequeña loma repuntada con unas rocas. Sin embargo, al acercarse y no reconocer las voces discutiendo entre sí, redujo la marcha de su caballo y avanzó con precaución, desmontando cerca de las piedras y

utilizándolas como cobertura para espiar el otro lado de la colina. Alrededor de un pequeño fuego distinguió a tres caballos y tres hombres; un individuo delgado, de aspecto huraño y cabello revuelto; uno más alto, sin cabello y de apariencia desgarbada; el tercero era un auténtico gigante, de barba y cabello blanco. Luego, a una distancia cercana, reconoció con angustia las figuras de Vania y Feder tendidos en el suelo, amarrados sólidamente de sus pies y las manos a la espalda y amordazados con gruesos trapos cubriendo sus bocas. Viendo de espaldas a Vania, Liam notó como las manos de la elfa se movían con agilidad, tratando de deshacer los nudos de sus muñecas sin llamar la atención. Por su parte, Feder intentaba liberarse tensando sus brazos con toda su fuerza, sin conseguir resultados gracias a la gruesa cuerda que habían empleado para atarle. Los otros tres individuos discutían escandalosamente y fue fácil para Liam escucharlos desde las rocas:

—¿Cuánto crees...? —comenzó a decir el gigante.

—¿... que nos paguen por ellos? —concluyó el calvo.

—¿Qué voy a saber! —contestó el tercero. —Aunque no creo que nos den mucho por la elfa; es muy baja, escuálida y no muy atractiva, incluso para su raza.

Vania lanzó un gruñido de enojo a través de la mordaza. Liam no supo distinguir si se quejaba por lo que planeaban hacerle o por los comentarios que decían sobre ella.

—Pero el naruano, jo, jo, jo, ese sí valdrá mucho —comentó el cabecilla del grupo mientras se acercaba a Feder y le empujaba la cabeza con el pie, hundiéndola en el lodo. —¿Vieron las espadas que traía? Este vale mucho más que cualquier esclavo...

—... guardia... —dijo el gigante.

—... o incluso gladiador de las arenas errantes de Alabak. —concluyó el calvo.

—No creo que alguien pague para verlo pelear —dijo el gigante. —Es muy bajito.

Feder se retorció furioso. Tal vez por escuchar los comentarios y la risa de Miller o por la sensación de ahogo que sufría mientras el pie del bandido lo mantenía hundido en el lodo. Vania gritaba a través de su mordaza para que se detuviera, lo que Miller finalmente hizo, sintiéndose satisfecho mientras regresaba con sus compañeros. Vania e incluso Liam, a la distancia, reconocieron la rabia e impotencia de Feder en sus puños tensos y dientes apretados.

Liam se agachó atrás de la piedra, pensando en cómo ayudar a sus amigos. Se golpeó la frente con el nudillo del pulgar, como hacía cuando quería generar una idea, pero nada se le ocurría.

—¡Maldición, maldición! —rugió entre dientes mientras desenvainaba su espada, pensando en cómo tendría que pelear si tuviera que hacerlo. Descartó la idea de inmediato. Si aquellos bandidos habían logrado someter a Feder y a Vania, al menos el gigante debía ser un guerrero formidable. Tenía que haber otro camino. Tal vez algo un poco más diestro. O malicioso.

Tomó de su cinturón el cuchillo para tallar madera. Y aun en contra de todo su sentido común, guardó nuevamente su espada y desató la funda de su cintura, antes de hundir sus manos en el lodo bajo sus pies y llevarlo a su cara.



Un grito en la distancia distrajo a los tres bandidos y llamó la atención de sus prisioneros: — ¡Bendito sean los dioses del camino que me han traído hasta ustedes, señores! ¡Benditos sean!

— ¡Benditos sean, de hecho! —dijo Miller a la figura andrajosa que se acercaba a ellos, caminando torpemente y estirando sus manos sucias hacia los bandidos mientras esbozaba una sonrisa que resaltaba grotescamente entre el lodo que cubría su cara. — ¡Por la gloria de

Thunderstone, ¿de dónde viene usted, anciano?!

—¡He estado perdido en esta pradera durante días! —comentó Liam, casi al borde de las lágrimas mientras arrastraba consigo las riendas de su caballo. —¡Días enteros sin comida y poca agua! La última tormenta nos arrastró en el aire como si fuéramos hojas secas —el granjero acompañaba cada palabra con ademanes exagerados, imitando las inclemencias del tiempo y la precaria situación que estaba inventando. Mientras, desde el suelo, Vania y Feder le miraban sorprendidos, tanto por el hecho de ver nuevamente a su compañero perdido como por la actuación que estaba montando. Tras esa impresión y aprovechando el desconcierto en los bandidos, intentaron liberarse de nuevo. Vania aún no lograba soltar el cabo de sus nudos, mejor realizados de lo que esperaba, y Feder no conseguía aflojar sus ataduras.

Liam llegó hasta los tres bandidos y cayó de rodillas junto a Miller, intentando tomar sus manos, que el bandido alejó visiblemente asqueado. —¡Pero Amur me ha puesto en su camino, benditos extraños! ¡Gracias, muchas gracias!

—Sí, sí, no agradezcas tanto... ¿De dónde dices que vienes?

—Del norte. Muy al norte, noble viajero... O tal vez de muy, muy al sur. Es que luego de esa tormenta el arriba me parece abajo y al revés —mientras hablaba Liam se adentraba al círculo de los tres bandidos, deteniéndose a oler la comida sobre el fuego. Al intentar tomar algo con sus manos, el hombre calvo se interpuso. —¿Es que acaso niega la comida a un necesitado, noble señor? —preguntó Liam con una tristeza hábilmente fingida.

—Claro, porque es...

—... mi comida —completó el gigante, aun sentado en su sitio. En cambio, Miller no dejaba de ver el caballo que el hombre traía consigo y cuyas riendas había soltado antes de acercarse a ellos. Le llamaba la atención una de las alforjas y la manta que colgaba de esta, arrastrándose sobre el suelo casi extendida y cubierta de lodo. Estuvo a punto de acercarse a levantarla —y de paso cuantificar con una mirada el contenido de las alforjas — cuando el grito de Liam lo distrajo.

—¡¡Blasfemia!! ¡¡Blasfemia contra Anco, dios de los caminos, contra Amur en los cielos y contra Toben en el relámpago!! ¿Acaso no respetan las reglas del camino, señores? Me cuesta creerlo, todos parecen ser nobles viajeros. De nuevo agradezco a todos los dioses por... Oh, ¿qué es esto?

Liam no había dejado de moverse, apartándose del hombre calvo y rodeando al gigante, quien no dejaba de mirarle despectivamente mientras se acercaba a los cuerpos amarrados de Vania y Feder. —¡Por mis noches de desfogue, una elfa! —dijo, acercándose emocionado hasta Vania. —¿Acaso es su propiedad, señores? ¿Su esclava? ¿Concubina?

Vania encontraba increíble el gesto y tono de perversión que Liam imprimía en sus preguntas mientras volteaba a ver a los bandidos. —Será una esclava pronto, eso podemos asegurárselo, viejo —respondió Miller, alejándose del caballo. —La traten como concubina, criada o comida para algo más grande, no nos importa. Lo mismo va para el naruano.

—¡Que Vosait surja de las sombras y me lleve con él! ¡Un naruano! —exclamó Liam, colocándose en medio de los prisioneros. —¡Sucios vagabundos del desierto! —y le propinó una patada en el costado a Feder, quien se dobló ante un impacto más fuerte de lo que esperaba. —¡Violadores de niños, mujeres y hasta hombres! ¡Estos animales no conocen saciedad! —le pateó de nuevo mientras elevaba un brazo en el aire. —¡Pero Toben es mi testigo si no ha puesto a esta porquería en mi camino para limpiarla con la punta de mi bota! —entonces, sin dejar de agitar su brazo en el aire, llamando la atención de los bandidos, dejó caer varios puntapiés en la espalda de Feder, quien se retorció de auténtica sorpresa y dolor.

—¡Bueno, suficiente! —dijo Miller. —¡No maltrate nuestra mercancía, viejo! Si quiere algo de beber para secarse los huesos podemos compartirle una taza de café, pero será todo.

—Señor, su magnificencia no conoce límites —dijo Liam, alejándose de los prisioneros y dirigiéndose a los bandidos. —Picardo —dijo Miller. —Sírvele una...

—... taza de café para el viejo —concluyó Picardo, llenando una taza de líquido oscuro y aromático que le acercó a Liam. Este la sujetó emocionado y le dio un profundo sorbo. —Qué la gloria de Saphia los cubra, señores. ¿Cómo podré pagarles?

—Tomando tu café... —comenzó Picardo.

—... y largándote —culminó Prosky.

—Pero debe haber algo más que pueda hacer por ustedes... —dijo Liam, fingiendo pensar por un momento. —¡Esperen, ya sé! —dijo, colocándose frente al trío de bandidos y obligándoles a que le prestaran atención, dándole la espalda a sus prisioneros. Vania aprovechó entonces para girar entre sus manos el cuchillo de tallar madera que Liam había dejado caer discretamente entre sus dedos mientras le propinaba aquella patiza a Feder y distraía a los bandidos con sus expresiones, gritos y agitando su brazo en el aire. —Déjenme contarles una historia, por favor. La gente dice que soy un estupendo narrador. Déjenme contarles la historia de tres héroes: un guerrero valiente, grande, fuerte, diestro con la espada como ningún otro —exclamó Liam mientras dirigía su mirada a Prosky, quien no pudo evitar sonreír mientras su rostro enrojecía de la pena. —Un ágil bandido, sagaz con sus manos y de un atractivo incomparable —comentó mirando a Picardo, quien se sentó en el suelo junto al gigante, con los brazos cruzados. —Y por supuesto su temerario líder, quien con su inteligencia y sabiduría los condujo a través de bosques, desiertos y praderas malditas para llegar a su destino: Jörmun, la tierra de los dragones.

—Me gusta esta historia —dijo Prosky, entusiasmado. —Especialmente...

—... la parte del guapo bandido... —comentó Picardo, sonriendo.

—... y la de su valiente líder —añadió Miller, inflando el pecho con orgullo.

Mientras contaba a los bandidos las peripecias de su propio viaje, cambiando personajes y añadiendo a los tres criminales, Liam desviaba ocasionalmente su mirada hacia Vania, viendo como empezaba a soltarse de sus ataduras. En un momento la vio gatear silenciosamente hacia Feder.

—¿Y qué pasó después del ataque de los hiemols del desierto? —preguntó Picardo.

—¿Te diste cuenta como los detuve a todos? —se ufano Prosky.

—Solo porque yo te señalé a su líder —puntualizó Miller, riendo mientras miraba de reojo al caballo de Liam, quien pasaba junto a una de las piedras del camino. Entonces, cuando la manta enlodada pasó sobre la roca, se escuchó un golpe metálico. El líder de los bandidos dejó de reír, atrayendo la atención de sus secuaces y la de Liam.

Miller siguió observando la manta, atento al golpeteo metálico que provenía debajo. De inmediato, antes que Liam pudiera seguir con su historia o detenerlo, se levantó del suelo y se acercó a la manta, retirándola bruscamente y revelando la funda de una espada arrastrándose por el suelo, sujeta con sus correas a un costado de la silla.

—¡¡Maldito hijo de...!! —comenzó a decir Miller mientras desenvainaba su espada, pero entonces Liam ya caía sobre él, derribándolo al suelo. Picardo y Prosky se levantaron de inmediato, pero se dieron cuenta en ese momento que sus prisioneros también estaban incorporándose, enteramente libres de ataduras y mordazas.

—¡¿Qué están esperando, hijos de la gran cerda?! —rugió Miller, intentando librarse del peso de Liam. —¡¡Mátenlos!!

Picardo enfrentó a Vania desenvainado un delgado florete, que hizo silbar en el aire

mientras se colocaba en guardia. Vania sostenía el cuchillo de Liam, moviéndolo ágilmente entre sus manos. Ambos bandidos se sonrieron mutuamente.

Prosky se puso de pie con lentitud, dándole tiempo a Feder de llegar hasta él y golpearlo con toda su fuerza en las costillas, resintiendo en sus nudillos la dureza de una armadura de piel y la misma constitución del bandido. Este le sujetó de los hombros para propinarle un fuerte cabezazo en la frente, obligando al naruano a tambalearse hacia atrás, aturdido, pero sin dejar de ver como aquel gigante desenvainaba una gigantesca espada bastarda, sosteniéndola con ambas manos.

Liam y Miller rodaron sobre el suelo y el lodo antes de separarse. Mientras el granjero tomaba la funda de su espada y la desenvainaba rápidamente, el bandido ya estaba armado y se arrojaba contra él, esgrimiendo un golpe que Liam apenas pudo bloquear. Los caballos atestiguaban en silencio aquellos combates, viendo como Vania bloqueaba hábilmente los embates de Picardo, quien no cedía terreno e incluso vislumbraba los ataques furtivos de la elfa, intentando tomarla por sorpresa. Feder aprovechaba la lentitud en los ataques de Prosky para esquivar su espada y golpearlo en distintos puntos de su cuerpo, buscando algún punto débil que parecía no existir en aquel gigante. Miller atacaba con habilidad a Liam, quien apenas lograba defenderse mientras repasaba mentalmente sus lecciones con Feder, tratando de identificar un punto donde contraatacar. Pudo bloquear un ataque y empujar la punta de su espada contra la costilla del bandido, hundiéndola ligeramente y haciéndole retroceder, sorprendido por aquel contraataque. — ¡Que narrador ni que el troncho de mi padre! —exclamó Miller, furioso, antes de atacar nuevamente.

Un vendaval comenzó a sentirse en el aire mientras una gigantesca sombra cubría al grupo. Picardo derribó a Vania con un puntapié y la elfa giró en el suelo grácilmente, esquivando las estocadas del bandido. Cerca de ellos se escuchaban los gruñidos de Feder y Prosky. Este, aun sosteniendo su espada entre sus manos, había rodeado el torso del naruano con sus brazos y comenzaba a apretarle. Feder, con un brazo libre de aquel agarre, intentaba incrustar sus dedos en los ojos de Prosky a través de los párpados, mientras sentía sus costillas a punto de quebrarse.

Fue cuando un trueno se escuchó sobre ellos. Por un momento Vania pensó que se avecinaba otra tormenta, hasta que una de las piedras del montículo donde Liam se había ocultado estalló en pedazos. Todas las peleas se detuvieron y Vania, Picardo, Prosky y Feder voltearon a su alrededor, buscando el origen del estruendo. Sólo Liam y Miller voltearon arriba.

A cinco cuerdas de altura, suspendida en el aire mediante gigantescas hélices montadas en gruesos mástiles de madera, la inconfundible figura de una nave de guerra proyectaba su sombra sobre todos. En una de sus amuras de estribor se vislumbraban varias portas cañoneras abiertas y sus correspondientes piezas de artillería asomándose por ellas. Sobre las barandillas de proa también podían verse varios hombres ataviados en idénticas y brillantes armaduras, apuntándoles con arcos y ballestas. De la misma amura, una plataforma con peso sujeta a una cuerda con poleas descendió rápidamente, cargando una figura que, cuando la plataforma tocó suelo, empezó a caminar hacia ellos. Era un hombre portando una armadura similar a la de los otros en la nave. Su arma iba enfundada a su cintura y toda su atención estaba centrada en escena frente a él; los personajes que la componían, las armas, el aspecto andrajoso de Liam y que Prosky y Feder, sin dejar de ver al recién llegado, seguían sujetos en su abrazo de combate. —Que alguien me explique ahora mismo qué está sucediendo aquí y por qué me vi obligado a detenerlos con un cañón —demandó saber el hombre de la armadura.

Hubo un profundo silencio mientras todos los presentes intercambiaban miradas, hasta que Miller susurró, con fingida inocencia y señalando a Vania, Feder y Liam: —Ellos empezaron.

Liam no prestaba atención a eso. Su mirada oscilaba en el escudo de armas que aparecía bordado en las banderas de la nave, que brillaban en el metal sobre los mástiles y en el peto de la armadura del caballero frente a ellos. Un martillo y un relámpago sujetos por un puño. Era un escudo que había visto recientemente en el símbolo religioso de Gyax Thunderstone, pero también, en varias ocasiones, en los sellos lacrados de las cartas que recibía ocasionalmente por el correo militar, las cuales llevaba consigo atadas en un paquete dentro de su morral. El escudo de armas de Thunderstone.



—Es claro para mí que usted, la elfa y el naruano fueron víctimas de este grupo de bandidos —comentó el hombre de la armadura. —Hay carteles de recompensas por ellos en todos los pueblos de la región y las autoridades locales se han visto en problemas para detenerlos. Son asaltantes de caminos, tratantes de esclavos, ladrones con todo un historial.

El hombre de la armadura se inclinó sobre la mesa frente a Liam, ambos iluminados tenuemente por las luces de cristal en aquella habitación, dentro de la nave de guerra. —Lo que quiero saber es qué estaban haciendo ustedes viajando a través de las praderas de Gunthabar luego de semejante tormenta.

—¿Están heridos? —preguntó Liam, ignorando cortésmente la pregunta de aquel hombre. —Mis amigos, ¿están bien? Esos bandidos los tenían prisioneros, pero no sé si los lastimaron. Por favor, señor, díganme si se encuentran bien.

—Mi nombre es Harrison Bowen, paladín de Amur y capitán de esta nave. Y sus amigos se encuentran bien. Incluso esos criminales están sanos y salvos pues llegamos antes de que se mataran entre ustedes. Ahora responda a mi pregunta, ¿qué estaban haciendo en Gunthabar?

—Vamos rumbo a Thunderstone.

—¿Sabe que las fronteras están cerradas?

—Sí, capitán.

—¿Y aun así querían llegar a Thunderstone? ¿Entiende lo arriesgado que era? Algunos puestos de vigilancia en el camino tienen órdenes de disparar y destruir a cualquier persona que tan solo se acerque.

—No lo sabía, capitán.

—Llámeme Harrison. ¿Eso los hubiera detenido?

—No, capit... Harrison.

—¿Qué es tan importante para ustedes como para arriesgarse de esta manera intentando llegar a Thunderstone?

—Mis amigos sólo me siguen, capitán. No tienen nada que ver. Si hemos violado una ley, todo ha sido mi culpa. Yo los traje hasta aquí.

—De nuevo; ¿por qué?

Liam no sabía si era por el cansancio de montar una farsa o la presencia que el capitán Bowen le imponía, junto con una sensación de cordialidad. Algo que le indicaba que si era honesto con aquel caballero rubio, de gallardo porte y gesto afable, el mundo le retribuiría de alguna forma: —Estoy buscando a mi hijo. Vive en Thunderstone. Es capitán del ejército de la ciudad, como usted.

—Yo no soy miembro del ejército. Soy un caballero y paladín de la orden de Amur.

—No entiendo qué significa eso...

—No importa ahora. Siga explicándome: su hijo, ¿cómo se llama?

—Liamder. Liamder Tamer —contestó Liam, con su mirada sobre la superficie de la mesa. La levantó al no escuchar otra pregunta del paladín y, al hacerlo, vio como el capitán Bowen le miraba inquisitivamente.

—¿Usted es Liam? —le preguntó. —¿Usted es el padre de Liamder?

Lo primero que pensó Liam fue lo mismo que le escuchó decir a Vania hace varios días, cuando conocieron a Cerena Daru en el transbordador: *¡¿Es en serio?!*



HARRISON BOWEN

¿Recuerda las leyendas de humanos y dragones? ¿Las guerras que enfrentaron al principio de la Quinta era de Handor, cuando todas las razas hicieron un frente común ante la nueva creación de los dioses? ¿Recuerda que cuando goblins, orcos, minotauros, criaturas de la muerte y otras abominaciones se apartaron del conflicto tras la batalla de Gunthabar, sólo quedaron los dragones y los humanos en pie de combate? La guerra terminó cuando Heren, rey de los dragones, se enamoró y desposó a la reina Nial, gobernante de los primeros reinos humanos. Las leyendas hablan entonces de una nueva raza nacida de ese sacramento. Una con sangre y mente de dragón en un cuerpo con la fuerza y voluntad del hombre. Algunos dicen que la descendencia de esa unión tiene algunos dones, como el poder hablar con los dragones. Yo puedo dar fe de eso.

Su hijo y yo fuimos compañeros en la academia militar de Thunderstone, años antes de que yo dirigiera mi camino hacia el servicio de Amur. Parte de nuestro entrenamiento consistía en estar acuartelados durante una estación en el fuerte que la Coalición de Naciones había establecido en los linderos de la isla de Jörmun, dominio de los dragones, bajo común acuerdo con esta raza. No éramos propiamente grandes amigos, pero le había contado en algunas ocasiones a su hijo de mis intenciones de convertirme en caballero y paladín de Amur. A veces nos tocaba hacer guardias juntos en los límites donde terminaba el terreno del fuerte y empezaban los bosques de Jörmun.

Usted no lo imagina, pero los dragones más jóvenes son los más curiosos y se acercan a esta frontera esperando ver a un humano. Lo que no imaginan es que aquel humano pueda saludarles en su mismo idioma, pero tienen la suficiente sabiduría para no mostrar su asombro.

Las personas, por otra parte... Bueno, cuando se corrió la voz de que yo podía hablar con dragones hubo muchas miradas de menosprecio, así como comidas y entrenamientos en soledad. Liamder fue el único que permaneció cerca, sin darle mucha importancia a eso. Una noche, cuando los dragones llegaron e intentaron comunicarse conmigo, yo me negué a responderles. Liamder se acercó, sorprendido por mi actitud y preguntándome qué estaba pasando. Le respondí que lo mejor sería no mostrar esa parte de mí a nadie.

—Harrison, ¿acaso no quieres ser paladín de Amur, dios de la virtud —me respondió. — Bueno, virtud también es verdad, mi amigo. No puedes representar y defender los ideales del dios de la verdad si vas a ocultar parte de ti mismo al mundo.

—¿Y por qué no?

—Porque podrías acostumbrarte a eso... Durante muchos años le oculté a mi padre lo que realmente quería ser: un soldado, como los que a veces marchaban a través de Piores. Me fascinaban sus historias, sus armas y armaduras. Sabía que quería ser como ellos al crecer, pero nunca se lo dije a mi padre. No hasta días antes de una temporada de cosecha

especialmente difícil. Le dije que no podía quedarme, que iba a alcanzar una caravana que se dirigía a Thunderstone para enlistarme. Peleamos. Al final me fui una mañana, sin despedirme. Pienso que si tal vez hubiera sido honesto y se lo hubiera dicho antes, él lo habría asimilado con tiempo y bendecido mi viaje. No puedes acostumbrarte a ocultar tu verdad al mundo, Harrison. Matas algo de ti cada vez que lo haces.

Pensé en esa respuesta entonces y sigo medítandola cada día, en cada momento donde aparecen las oportunidades para las mentiras de compasión o estratégicas que podrían ayudarme para avanzar en mi carrera, o cuando pienso lo cómodo que sería ocultar parte de mis creencias o de mi naturaleza para encajar. Esa noche, con los dragones a la espera de escucharme, le pedí a Liamder que me sugiriera algo para preguntarles. Él lo pensó unos momentos y finalmente me dijo: —Pregúntales qué se siente volar.



—¿Qué le respondieron? Los dragones —preguntó Liam, asomándose sobre la barandilla de babor de la nave para apreciar la vasta extensión de las praderas de Gunthabar bajo ellos, a más de veinte cuerdas de altura. El capitán Harrison Bowen, recargado también en la balastrada de madera, sonrió, fijando su mirada más allá del horizonte antes de responder: —Que era algo natural para ellos, con el viento en sus rostros y bajo sus alas; la vista más allá de la línea del horizonte; el frío a través de las nubes; la cercanía con el sol; el silencio del cielo y el ocasional silbido del aire que lo rompe. Por sensaciones así es que me gusta capitanear naves aéreas.

Ambos hombres guardaron silencio un momento, sintiendo el viento acariciar la nave y sus rostros. Al final Liam habló: —No peleamos esa vez. Le dije que si se iba a ir, lo hiciera antes de empezar la cosecha para darme tiempo de contratar ayuda. Se fue al día siguiente, sin despedirse. Tal vez él lo sintió como una pelea.

—¿Usted qué hizo?

—Desayuné y bajé al pueblo. Algunos me dijeron que habían visto a mi hijo cruzando Piores y que se había detenido un momento en la herrería de Angle, saliendo después con una espada entre sus manos. *¿Puedes creerlo Liam?!*, me decían. *¿Tu hijo, usando una espada!* *¿Qué no vas a hacer nada?!* Lo único que hice entonces fue avisar en la taberna que necesitaría ayuda para la temporada de cosecha.

—¿Pensaba que iba a regresar?

—Sabía que no iba a hacerlo. Pero sí, lo deseaba. Deseaba que regresara, llorando, con algunos golpes en la cara, la espada mellada o perdida, pero sabía que no iba a pasar.

—Liamder es una persona excepcional —dijo Harrison. —Ambos lo son. Veo mucho de él en usted. Ha sido un honor conocerlo, señor Tamer —y añadió, al ver que sus hombres se acercaban, escoltando a Vania y a Feder: —Y no creo ser el único que lo piense.

Cuando estuvo bastante cerca Vania se arrojó sobre Liam con un fuerte abrazo: — ¡Pensamos que te habías muerto en la tormenta, viejo estúpido! ¡No vuelvas a perderte así, ¿entiendes?!

Feder, en cambio, le miraba con un extraño gesto, mezcla de respeto, vergüenza y desconcierto, antes de lograr hablar: —Volvió a buscarnos... Arriesgó su vida ante esos bandidos por nosotros.

—Bueno, ¿cómo no hacerlo? —le respondió Liam. —Ustedes son mis amigos —y aquellas palabras parecieron acentuar la consternación en el guerrero.

—No tienen que preocuparse por esos hombres —les interrumpió Harrison. —Están

seguros en las celdas de esta nave y a ustedes les he asignado cuartos donde podrán descansar y asearse antes de que lleguemos al Vacío del Este.

—¿Al qué? —preguntó Vania.

—El Vacío del Este. Es uno de los dos fuertes principales construidos en los extremos este y oeste de Gunthabar. El Vacío del Oeste actualmente pertenece a los Tolomeos, que lo han renombrado como el Fuerte de Adat. Thunderstone, por su parte, ha habilitado el Vacío del Este como bastión de guerra.

—¿No vamos a Thunderstone? —preguntó Liam, ligeramente desconsolado.

—Nosotros partimos hace unos días de Ozur y con dirección a Jörmun, en una misión diplomática en la tierra de los dragones. Luego de la tormenta descendimos debajo de las nubes para ver si los pueblos o asentamientos cercanos habían sufrido daños. Fue cuando uno de nuestros vigías los descubrió y decidimos intervenir, fuera suerte o designio de Amur, como quieran verlo. Sin embargo no podemos regresar a Thunderstone, nos tomaría más de dos días de viaje. Nuestro punto seguro más cercano es el Vacío del Este. Ahí los dejaremos junto con los bandidos, que serán escoltados en alguna caravana que parta hacia Thunderstone. Tal vez puedan llevarlos entonces. Veré qué puedo arreglar, pero hasta ese momento descansen. Se lo merecen.



El viaje en la *Doragon*, la nave a cargo del capitán Bowen, fue en general placentero, a pesar de ser ocasionalmente agitado por el movimiento de los caballeros de Amur, fuera dando mantenimiento a las enormes hélices que sostenían la nave en el aire, limpiando la cubierta o realizando formaciones y ejercicios. Previo a la cena de su primera noche en la nave, luego que Liam, Vania y Feder se hubieron arreglado, lavado y cambiado de ropas, el propio capitán Bowen los escoltó en un recorrido a través de las partes principales de la embarcación; el puente de mando, la sala de cañones, los botes salvavidas o de desembarco (con similares capacidades de vuelo que la *Doragon*) y culminando en el cuarto de máquinas, con los enormes pistones que transmitían movimiento a las hélices a través de la energía generada en enormes calderas.

—La *Doragon* es una nave de tamaño normal en la flota de Thunderstone —les comentó a los visitantes uno de los oficiales a cargo del cuarto de máquinas. —La *Fafnir* y la *Trueno de Roca* son las más portentosas. Cinco veces el tamaño de esta. Les tomaría más de una hora cruzarlas de proa a popa. Pero la *Fafnir* es más un crucero real para el rey de Thunderstone, mientras que la *Trueno de Roca* es el mejor crucero de batalla que se ha construido. De hecho, en Thunderstone existe un dicho: si la *Fafnir* o la *Trueno de Roca* abandonan su puerto es porque el final de nuestros enemigos se acerca. Sea a través de la diplomacia o el fuego.

Aquel comentario, alegre en la voz del oficial, estremeció ligeramente a Liam y a sus compañeros.



—¿Por qué estás conteniéndote? —preguntó Liam.

—¿De qué está hablando? —dijo Feder, bajando la espada. Liam, de inmediato, conectó un golpe que normalmente el naruano habría bloqueado casi con el pensamiento. —De eso. Normalmente eres más despiadado conmigo. ¿Pasa algo?

El naruano respiró profundamente: —Volvió por nosotros. Por una ladrona y un mercenario. Arriesgó su vida, su propósito y su misión por una ladrona y un mercenario.

—La arriesgué por mis compañeros, ya deja de darle tanta importancia. Si quieres retribuirme de alguna forma, necesito que mi maestro de esgrima esté concentrado. Tuve suerte con ese bandido.

—Nada de suerte. Lo que pude alcanzar a ver estuvo bien ejecutado. Bien aprendido.

—Entonces ayúdame a mejorarlo —dijo Liam, retomando su pose de ataque.

La voz se corrió rápidamente en la *Doragon* de que el padre del *León de Piores* estaba a bordo y entrenando esgrima con un naurano en la cubierta. Antes de notarlo, Liam y Feder ya tenían un público alrededor, viéndoles practicar. Cuando el cuerpo de Liam cedió paulatinamente por el cansancio, un joven caballero se acercó a ellos, sosteniendo la espada cruzada frente al pecho y apuntando al suelo, señal de respeto entre gente de armas.

—Disculpe, maestro. He escuchado sobre el arte de esgrima de su tierra. Me preguntaba si podría entrenar con usted.

—No soy maestro —respondió Feder, pero Liam le dio una palmada en el hombro mientras se retiraba. —Sí, si lo eres. Y yo necesito aire.

La gruesa mano de Feder sujetó el brazo de Liam antes de que se alejara. —Liam —le dijo, mirándole firmemente a los ojos. —Estoy en deuda con usted. Mi vida es suya y podrá disponer de ella cuando lo necesite. ¿Entiende?

Liam asistió, ligeramente inquieto por el tono de voz de Feder. Este lo soltó y pasó las siguientes dos horas practicando y enseñando a varios caballeros de Amur movimientos básicos de esgrima naurana y algunas aplicaciones prácticas. Algunos de ellos, por los dolores que sufrieron al día siguiente, lamentaron mucho su interés.



Llegaron al Vacío del Este al alba del día siguiente. El sol de Handor brilló unos instantes sobre el gigantesco bastión y sus gruesas murallas, atalayas y torre central. Una gigantesca mole de piedra marrón que casi se mimetizaba con la tierra y rocas de los linderos de Gunthabar. Liam, Vania y Feder vieron como el fuerte bullía en actividad mientras se preparaban para descender. Los estandartes con el escudo de Thunderstone colgaban de varios muros y decenas de soldados, portando uniformes o armaduras de brillantes tonos blancos y grises, realizaban varias actividades en distintos puntos del bastión: cuidado de animales de carga, caballos y ganado, entrenamiento de tropas, conteo y preparación de armas y provisiones.

—¿Es normal todo este movimiento? —preguntó Vania a Harrison, quien no pudo disimular un gesto de desaliento antes de responder: —No. Normalmente el bastión opera con un mínimo de personal.

—Son preparativos de guerra —susurró Feder, sin dejar de atender todos los detalles desenvueltos ante sus ojos.

—Así es —señaló Harrison. —La situación con Vinska está empeorando. Sólo queda esperar que la diplomacia en los salones del palacio real de Thunderstone pueda resolverla, antes de desenvainar cualquier espada.

—¿Estamos cerca de Vinska? —preguntó Liam. Por respuesta, Harrison señaló un punto impreciso al noreste: —A una semana de camino se encuentra el lago Vinsniger y sus pueblos aledaños. Pasando el lago, a una semana más de camino, se encuentra Vinska.

—¿Vinsniger? —inquirió Vania. —¿Qué no es ahí donde..?

—Véanlo ustedes —le interrumpió Harrison, desplegando un catalejo que llevaba colgando de su cinturón. Fue pasándolo de uno a uno, indicándoles hacia dónde mirar. Y todos

vieron la misma imagen; una delgada línea plateada, propia de un lago en reposo acariciado por las luces del sol matinal y, sobre este, un punto oscuro e impreciso flotando en el aire. Cuando tocó el turno de Liam este permaneció con su atención fija en aquel punto negro, mientras el viento a su alrededor traía sonidos y voces que, repentinamente, pararon, dejando sólo una frase que escuchó directamente en su cabeza:

Deja de mirarme.

La voz del paladín lo distrajo: —Estamos listos para bajar. Acompañenme.

La *Doragon* descendió en la parte superior de la torre principal, al centro del bastión, donde varios hombres recibieron los cabos que ayudaron a centrarlo en el espacio designado. La nave desplegó sus soportes y se sostuvo sobre estos. Mientras tanto Liam y sus compañeros, junto con Harrison y sus oficiales cercanos, esperaban en la zona de desembarque. Cerca de ellos también esperaban los tres bandidos de Gunthabar; Miller, Picardo y Prosky, encadenados y vigilados. Vania les dirigió a los tres una sonrisa burlona, a la que respondieron con distintos gestos, incluyendo un beso seductor al aire por parte de Picardo.

Finalmente todos descendieron al bastión. Y mientras los bandidos eran escoltados a los calabozos, un grupo de soldados se acercaron, encabezados por un hombre a quien Harrison se acercó y saludó de manera marcial.

—Comandante Armitage —saludó Harrison, solemnemente.

—Capitán Bowen —respondió el aludido, devolviéndole el saludo. Y tras un segundo de silenciosa formalidad ambos sonrieron y se abrazaron fraternalmente. —¡Qué gusto verte de nuevo, Harrison! —dijo el comandante. —¿Vienes a integrarte a nuestro frente? Nos serviría mucho tener a un paladín de Amur tan diestro para la guerra como tú.

—Estoy en misión de paz a Jörmun, Cano, pero si Amur me presta sabiduría, tiempo y un clima favorable, trataré de alcanzarlos. Tengo algo más importante para ustedes ahora. Por cierto, ese grupo de bandidos que traemos en custodia están listos para ser enviados a Thunderstone, para ser procesados, pero no me refiero a eso. ¿Ves a este grupo de viajeros que me acompañan?

Cano le dedicó un saludo elegante y marcial a Vania y Feder, acentuando así su porte de militar experimentado, pero se detuvo un momento ante Liam, mirándole primero con la curiosidad natural de ver a alguien con evidente facha de pueblerino portando una espada y flanqueado por una elfa y un naruano. Pero su mirada se hizo más inquisitiva al detenerse en el rostro de Liam, en sus facciones y, finalmente, en sus ojos.

—Los encontramos en Gunthabar y gracias a ellos apresamos a esos bandidos. Están de camino hacia Thunderstone. Tal vez podamos ayudarles de alguna forma, comandante.

—Usted sabe, capitán, que todos los caminos rurales y carreteras a Thunderstone están cerrados —comentó Armitage, sin dejar de ver a Liam. —Sólo se permite el paso de algunas caravanas y viajeros autorizados.

—Lo sé, pero tal vez podamos proporcionarles un salvoconducto. Son un caso especial. El señor Liam es padre del capitán Liamder Tamer. Tengo entendido que usted lo conoce.

El comandante Armitage apartó su atención de Liam y la volcó sobre el paladín. —Ustedes vienen viajando desde Ozur, ¿cierto? ¿Han hecho escala en Thunderstone?

—Traemos suficiente provisiones para llegar a las fronteras con Jörmun, así que hemos decidido evitar la escala en la ciudad imperial. ¿Por qué lo pregunta?

—Entonces no se ha enterado.

Esa sensación de nuevo. La angustia naciendo en la boca de su estómago y subiendo rápidamente a su pecho. Tal como la había sentido en el Fúnez, pero ahora con tanta fuerza que su respiración se detuvo y sus rodillas estuvieron a punto de colapsar. —No... Por Amur, no. Por

favor —susurró tan suavemente que sólo los oídos de Vania le escucharon.

—¿De qué, comandante? —preguntó Harrison. Armitage habló con claridad y firmeza, mirando principalmente a Liam: —El capitán Liamder Tamer ha sido acusado de alta traición contra el imperio de Thunderstone. Desertó de su puesto antes de que pudieran presentársele cargos y se ha dado a la fuga, asesinando a dos de sus propios hombres en el proceso. Se piensa que podría estar colaborando con el reino de Vinska, por lo que se ha dado la orden de capturarlo y ejecutarlo al instante.

II

En la habitación había cómodos sillones, una mesa circular con material de escritura, así como viandas dispuestas al centro; frutas, carne recién cocinada y botellas con diversas bebidas. Había libreros en los muros, con gruesos volúmenes con los que Feder se entretuvo tras descubrir que eran manuales de caballería y esgrima de Thunderstone. Vania, en cambio, se distrajo viendo repisas con adornos, pequeñas esculturas y objetos pequeños e inocuos que pudo ocultar en sus ropas. Liam, en cambio, no dejaba de andar de un lado a otro en la habitación, la cual, a pesar de todas sus comodidades, no dejaba de sentirla menos que una prisión. Especialmente por los dos guardias postrados fuera de la entrada, con instrucciones de no dejar salir a nadie.

—Debe haber un error —susurró por enésima vez Liam. Feder le miró con un ligero gesto compasivo mientras Vania se le acercaba, asintiendo: —Por supuesto que debe haber un error. ¿El León de Piores, un traidor? ¡Imposible!

—No lo conoces, Vania. No puedes afirmar eso —dijo Feder, tratando de mitigar la crueldad inherente en sus palabras.

—¿Entonces hay que aceptar lo que dijo el tal Armitage? ¿Qué el hijo de Liam es un traidor?

—Debe haber un error —repitió Liam. —Tiene que ser un error.

—Son tiempos de guerra. Las acusaciones de traición llueven sobre mucha gente —susurró Vania, a lo que Feder asintió. —Tal vez sea un malentendido, pero...

—O pruebas circunstanciales.

—Es un error —susurró Liam.

—Armitage dice que mató a quienes intentaron arrestarlo.

—Eso no prueba nada.

—Prueba que huyó.

—¿Tú no lo harías?

—No, si no tuviera nada que...

—¡ES UN ERROR! —rugió Liam. —¡MI HIJO NO ES UN TRAIADOR! ¡NO HA ASESINADO A NADIE! ¡TODO LO QUE DICEN ES MENTIRA! ¡NADIE LO CONOCE Y NINGUNO TIENE DERECHO A JUZGARLE! ¡MUCHO MENOS USTEDES, ¿ENTIENDEN?! ¡ASÍ QUE YA CÁLENSE!

Vania y Feder guardaron silencio, viendo como Liam, aun emanando furia de su rostro y sus hombros tensos, se dirigía a la puerta, tal vez para pedir por enésima vez que le dejaran hablar con el comandante Armitage. Pero justo en ese momento el propio comandante entró, seguido por dos de sus hombres que montaron guardia junto a la entrada, el capitán Bowen y otras dos personas en atuendos civiles; un hombre encapuchado con una túnica de color borgoña que evidenciaba la elegancia y calidad de sus materiales y terminados, incluyendo el escudo de armas de Thunderstone bordado en hilos dorados en el pecho. Sus dedos los adornaban varios anillos y su cuello una gargantilla con brillante pedrería negra. Al descubrirse la cabeza resaltaron las facciones y belleza propia de los elfos, pero enmarcadas en una expresión tosca, una barba

cuidadosamente recortada y marcas de edad que revelaban naturaleza humana; la segunda y última persona que entró a la habitación era una mujer humana, joven y de apariencia frágil bajo su vestido formal, la claridad de su piel y su cabellera rubia finamente trenzada. En cambio su expresión y la seriedad en su mirada, labios rígidos y su firme andar demostraban un carácter superior, carente de timidez y recato.

—Siéntese, señor Tamer —pidió con firmeza Armitage. Vania notó entonces que, al oír mencionar el nombre de la casa familiar de Liam, la expresión de la mujer denotó sorpresa y un interés que mantuvo sobre el granjero mientras todos los presentes ocupaban un lugar en la mesa. —Les presentó al concejal Novak Nikavom —dijo Armitage. —Está supervisando los preparativos para nuestra incursión en Vinsniger y, por lo tanto, es la mayor autoridad política de Thunderstone presente actualmente en el bastión. La dama es Leah Trimah. Representa a los gremios de comerciantes que colaboran en la preparación de esta campaña. Ella solicitó estar presente en esta reunión.

—Y dicho con todo respeto... —comentó el concejal Nikavom, —... es algo que considero innecesario. Este es un asunto enteramente militar.

—Yo le concedí el derecho de estar aquí —comentó Armitage. —Tiene un interés particular en la situación —Nikavom asintió, cediendo a la autoridad marcial del comandante, mientras la doncella le dirigía a este un gesto de agradecimiento.

—Por favor —intervino Liam, llamando la atención de todos en la mesa. —Sé que tiene que haber un error, mi hijo no puede...

—¿No le han puesto en antecedentes, señor Tamer? —comentó el concejal Nikavom. —Su hijo mantuvo relaciones diplomáticas estrechas con el imperio de Vinska. Fue casi un confidente del rey Dante.

—Era parte de su labor como emisario de paz de Thunderstone, para evitar un conflicto mayor entre los reinos —intervino Harrison.

—Su labor también incluía informar al rey Korman sobre movimientos militares que apreciara en Vinska —retomó la palabra el concejal. —Incluyendo la movilización de sus fuerzas hacia Vinsniger y la colaboración que recibieron de Bramur.

—Liamder trató de convencer al rey Dante que dicho movimiento se vería mal ante los ojos del rey Korman y le pidió prudencia, pero este le ignoró —interrumpió la mujer con firmeza, capturando la atención de todos. —La llegada de elementos de apoyo por parte del reino de Bramur también le tomó por sorpresa, aunque estos eran, mayormente, grupos de asistencia para las comunidades establecidas alrededor del lago, que fueron desalojadas cuando se montaron los primeros campamentos militares de Vinska.

—A dichas comunidades se les invitó a ser reubicados en tierras de Thunderstone, mi dama.

—En calidad de refugiados dentro de una nación que es, prácticamente, su enemiga, concejal.

—El punto es, señores... —prosiguió Nikavom, dirigiéndose a toda la mesa. —, que el capitán Liamder Tamer no lo reportó de inmediato y ocultó información a sus superiores, incluyendo al rey Korman, lo que es calificado de alta traición. Su proceso de interrogación se adelantó cuando se descubrió que el capitán había hecho arreglos para salir de la ciudad y del imperio.

—¿Y por eso se le mandó a arrestar con hombres armados? ¿Sus propios hombres? —intervino Harrison, por primera vez enfadado ante los ojos de Liam.

—A quienes no tuvo la menor contemplación para asesinarlos.

—La única certeza que tenemos... —interrumpió Armitage, —... es que el capitán Tamer se resistió a un proceso de arresto e hirió a tres hombres.

—Entonces no los mató —señaló Vania.

—Dos de ellos murieron días después a consecuencia de sus heridas. Disculpe, ¿usted quién..? —preguntó Nikavom, siendo interrumpido de nuevo por Cano Armitage: —Y posteriormente abandonó la ciudad de Thunderstone. Eso fue hace poco más de un mes. Según lo que se ha averiguado después fue que Liamder se ocultó entre una caravana de refugiados del lago Vinsniger para cruzar los retenes en los caminos hacia Vinska. A partir de ese punto, dado que las caravanas tienden a dividirse, ignoramos si bordeó el lago Vinsniger por el lado este o atravesó los linderos de los bosques de Bramur. Por lo tanto, que Liamder Tamer se encuentre actualmente refugiado en el imperio de Vinska es sólo un supuesto.

—Comandante Armitage, ¿en realidad está dispuesto a dejar que Vinska tenga tiempo de reorganizar su ejército con el conocimiento táctico que pueda darles el capitán Tamer? —preguntó Nikavom.

—Esa es una cuestión completamente distinta. La organización de nuestras tropas continúa como se ha planeado y se les movilizará a tiempo.

—Si entiendo bien... —intervino Feder por primera vez. —... están hablando de invadir directamente Vinsniger, ¿cierto?

—No discutiremos eso con gente ajena al ejército —comentó Armitage.

—La gente de lago son en su mayoría pescadores, granjeros o comerciantes —intervino Leah, ligeramente molesta.

—Y a costa de ellos Vinska estableció puestos militares para evitar que Thunderstone tuviera acceso al cristal —dijo el concejal mientras a Liam la cabeza empezaba a darle vueltas y las sienes a palpitarle de un dolor intenso, que había empezado a sentir cuando todos entraron y aumentaba conforme la discusión crecía.

—¡Thunderstone quiso ingresar a Vinska para apoderarse del cristal! ¡Eso claramente establece un precedente de invasión! ¡Un acto de guerra! —exclamó Leah.

—La aparición del cristal sobre el lago Vinsniger es un evento que insta a honrar la alianza entre las tres principales naciones de Handor, lo que el rey Korman daba por hecho hasta que el rey Dante movilizó sus tropas para cerrar los accesos al lago. Y mientras hablamos Vinska obtiene una ventaja inmejorable por su cercanía con un cristal místico, cuyo poder desconocemos porque se encuentra a merced de una nación de salvajes.

—¡Vinska no es una nación de salvajes, concejal! ¡Es una de las principales naciones de Handor y de la Coalición, usted lo ha dicho!

—¡Por favor, señores, mi dama, serénense, se los ruego! —intervino Harrison. —Cano, tú conoces a Liamder tanto como yo. ¿Crees que sería capaz de una traición semejante?

—Lo que yo crea es irrelevante, Harrison. Lo que importa son los hechos y las órdenes recibidas.

—¿Hablas de asesinar a Liamder en el momento en que cualquier hombre de Thunderstone lo vea? ¡Por piedad de Amur, Cano! ¡Su padre está aquí!

—Por eso tengo otro plan —dijo el comandante, mirando a Liam con una mezcla de comprensión y firmeza. Si corremos la voz de que hemos retenido al padre del capitán Liamder Tamer, haremos que este se revele de donde sea que se esté ocultando.

—¿Hablas de usar a su padre como señuelo, Cano? —comentó Harrison, horrorizado ante la idea.

—Para obligarlo a entregarse al bastión, donde podré asegurarme de mantenerlo con vida

hasta que enfrente un juicio justo. En Thunderstone.

Hubo un momento de silencio en la mesa, antes que Leah susurrara algo, más para sí misma que para los demás: —Salvaríamos su vida.

—Y lo alejaríamos de Vinska —comentó Nikavom, poniéndose de pie. —Aplaudo su idea, comandante Armitage. Tiene mi aprobación y, por ende, la de nuestro rey para ejecutarla. Si me disculpan...

Pero antes de que alguien más se moviera, la voz de Liam se impuso en la habitación: — ¡No me quedaré aquí como señuelo para mi propio hijo y no pueden obligarme!

— ¡Se equivoca, señor Tamer! —exclamó Armitage, poniéndose de pie y acercándose a la puerta. —La situación que atraviesan nuestras naciones me autoriza a tomar las acciones que considere necesarias. Ni usted ni sus amigos serán maltratados, tendrán todas las comodidades, pero no podrán abandonar esta habitación sin vigilancia.

— ¡Oiga! —intervino Vania.

— ¡No puede hacer eso! —dijo Feder.

— ¡Y antes de dar cualquier clase de problema deberían considerar que esto podría salvar la vida de Liamder Tamer, por encima de cualquier interés que cualquiera de nosotros pudiera tener! ¡¿Entienden?!

Liam se sintió paralizado y fijo en el suelo, incapaz de dar un paso hacia la puerta, la ventana o cualquier punto que le permitiera salir de la habitación. La presencia de Cano Armitage era imponente; acentuada con un gesto severo, muy distinto al de Harrison, las cicatrices que marcaban su rostro y mentón, junto a su mirada firme. Y aunque Liam sostuvo la suya, no pudo hallar la fuerza para discutirle o imponerse. Por su parte, sabiendo que había ganado la discusión, el comandante Armitage salió del cuarto, seguido por sus soldados y el concejal Nikavom. — Hablaré con él, Liam, no se angustie —dijo Harrison antes de salir detrás de ellos. Leah, tras levantarse de la mesa, fijo su mirada en Liam antes de hablarle en un susurró que sonó inseguro, a diferencia de sus comentarios anteriores: —Podríamos traerlo con vida de esa forma. ¿No sería lo mejor?

— ¿Para verlo morir aquí? —comentó sardónicamente Vania mientras se cruzaba de brazos. La mujer, sin saber cómo responder, bajó su mirada antes de salir del cuarto. — ¡Genial! —dijo la elfa cuando los tres se quedaron solos. —Ahora somos cebo. Definitivamente vamos mejorando en este viaje. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Se les ocurre...?

Se detuvo cuando vio el gesto de Feder indicándole que guardara silencio, mientras señalaba a Liam, inclinado sobre la mesa y mordiéndose el dorso de su mano para ahogar un grito de coraje. Las lágrimas empezaron a fluir a través de sus párpados apretados cuando empezó a descargar su puño contra la mesa, una y otra vez y cada vez más fuerte, hasta que ambas manos empezaron a enrojecerse y a sangrar.



Las primeras horas fueron desesperantes. La búsqueda de una salida, un plan de escape o una solución al problema que enfrentaban fue infructuosa y, lentamente, la resignación fue apoderándose del trío. Vania se entretenía con los objetos que había robado, revisándolos sobre la mesa. Feder, luego de empujar algunos muebles para hacerse espacio y encender las lámparas que colgaban del techo de la habitación, practicaba lo que había visto en aquellos manuales de esgrima. Invitó a Liam para que lo acompañara, pero este permanecía sentado en silencio junto a la ventana enrejada de la torre, frotando sus nudillos enrojecidos y torpemente vendados con una

servilleta, mientras miraba a la oscuridad de la noche sobre el Vacío del Este, amenizada por el sonido del ejército de Thunderstone abajo, preparándose para marchar a la guerra.

—Lo siento —dijo Liam, tras varias horas de silencio. —Por enojarme. Por gritarles. Por arrastrarlos a esto. Perdónenme.

—No hay nada que perdonar, viejo —dijo Vania. —Ya saldremos de aquí.

—Y encontraremos a su hijo —añadió Feder. Liam, en silencio, les agradeció con un gesto que pretendía ser una sonrisa, antes de escuchar que la puerta de la habitación se abría. La doncella Leah entró, escoltada por un soldado. —Puedes marcharte —indicó al guardia. — Necesito hablar con estas personas. A solas.

El soldado obedeció y salió de la habitación. De inmediato Leah se dirigió a Liam. —Es con usted con quien realmente debo hablar. Le suplico que me responda directa y honestamente: ¿Usted cree que Liamder sería capaz de traicionar a Thunderstone?

—Por supuesto que no —respondió Liam con presteza, seguridad y sin ningún titubeo.

—¿Lo dice porque es su padre?

—Lo digo porque sé que sería incapaz de algo así. Si Liamder ama algo más que ninguna otra cosa en su vida, es su deber como soldado de Thunderstone. Incluso más que a mí —cuando vio duda en el rostro de Leah, añadió, señalando su morral en un rincón del cuarto: —Traigo conmigo quince años de cartas que lo demuestran.

—¿Entonces para qué lo está buscando con tanto empeño?

—Voy a llevarlo a casa.

—¿Realmente cree convencerlo de regresar con usted?

—No voy a convencerlo. Voy a llevarlo de vuelta. Y no a Thunderstone. A nuestra casa.

La mujer le miró directo a los ojos, esperando un titubeo, un parpadeo o desvío en su mirada. Algún gesto que le indicara inseguridad, pero no descubrió nada así en los ojos de aquel hombre. Al final lanzó un profundo suspiro y se acercó a la mesa.

—No hay mucho tiempo. Pásenme algo de comida y vino, con un par de copas. ¡Rápido!

Liam reaccionó, acercándole un cuenco con fruta mientras Vania tomaba una botella de vino de un estante cercano. Con todo reunido frente a ella, Leah sacó de entre las mangas de su vestido una pequeña botella azul, no más grande que media palma de su mano. La destapó y vertió el contenido en el fondo de las copas para luego llenarlas de vino. Roció un poco también sobre las frutas y acomodó todo sobre una charola que tomó en sus manos, antes de dirigirse a la puerta: —Preparen sus cosas. Vendré en un momento por ustedes —y sin esperar respuesta llamó a la puerta para que los guardias le permitieran salir. Se escucharon voces del otro lado y finalmente estas cesaron.

—Bueno, eso fue raro —comentó Vania antes de empezar a reunir sus cosas —propias o ajenas— dentro de su morral.

—¿Y solo vamos a hacer lo que nos diga? —dijo Feder. —No confío en nadie aquí. Excepto el capitán Harrison, y eso con reservas. Liam, ¿usted qué dice?

Liam siguió mirando hacia la puerta, recordando cómo aquella mujer lo había encarado tan desafiante, con toda la fuerza de sus ojos. —Es mejor que quedarnos a esperar —respondió tomando sus cosas. Apenas había terminado de ceñir su espada a la cintura cuando, al otro lado de la puerta, se escuchó el choque de cristal contra el suelo, seguido de un par de golpes secos. En un instante Vania y Feder se encontraban listos y con sus armas desenvainadas para saltar contra cualquier amenaza que entrara a la habitación. Se escucharon pasos acercarse apresurados antes que la puerta se abriera completamente. Leah Trimah, desde el marco de la entrada, les indicó que la siguieran, y los tres pasaron sobre los cuerpos caídos e inconscientes de los guardias, junto a

fragmentos del tazón de fruta, la botella de vino y las copas.

—Vamos rápido y con cuidado —susurró Leah. —Yo iré adelante y les indicaré cuándo seguirme o parar. Te llamas Vania, ¿cierto? ¿Puedes cuidar nuestra espalda?

—Supongo —dijo la elfa. Y así, alumbrados por la luz tenue de las antorchas montadas en los apliques de las paredes, el grupo avanzó por los pasillos del piso más alto de la torre central del bastión, antes de encontrar las escaleras que descendían a través de todos los niveles. Leah iba adelante, dando indicaciones para que la siguieran hasta alcanzar la salida a uno de los patios del bastión, justo frente a la entrada principal del fuerte.

—¿Cómo vamos a salir? Hay guardias por todos lados —susurró Feder, oculto junto con Liam y Vania tras una puerta.

—Ya me encargué de eso. Esperen —dijo Leah, volteando a su alrededor y atenta a los ocasionales guardias que pasaban frente a ellos, impidiéndoles salir sin llamar la atención. Entonces varios carruajes llegaron por un extremo del patio, alineándose uno tras otro frente al portón principal. Eran cinco carruajes cubiertos, cargados con varias cajas y bultos. A Liam le pareció una versión reducida de la caravana de Benua. Todos los conductores vestían el mismo atuendo de piel en tonos café y verde, adornado con un escudo de armas a la altura del pecho y una pañoleta anudada alrededor del cuello o cubriendo la parte baja de sus rostros. Uno de estos carruajes se ubicó al final de la fila, cerca de donde Liam y sus amigos se ocultaban. Era el único vehículo que llevaba sujetos a sus costados otros caballos, aparte de los que tiraban de la carreta.

—Cuando les diga suban a ese carruaje lo más pronto posible y sin llamar la atención —pidió Leah.

—¿Y si los conductores nos ven? —preguntó Vania. —Yo puedo ser bastante ágil, pero Feder, con lo torpe que es... —el naruano se tragó el coraje ante el comentario y siguió atento a la situación. Leah continuó: —Trabajan para mí y conseguí también algo de ayuda extra. Pero de una vez les advierto que no... —Leah se interrumpió cuando vio una oportunidad entre el paso de los guardias y señaló a los demás la parte trasera del carruaje. —¡Traten de no hacer escándalo o todo será en vano, ¿entendido?! ¡Ahora, vayan!

Liam tomó la iniciativa y saltó a la parte trasera del carruaje, seguido por Vania con un ágil movimiento. Una vez adentro, unas manos los tomaron y les ayudaron a subir y acomodarse en el centro del carruaje. Cuando los ojos de Vania, acostumbrados a la oscuridad, vieron antes que nadie la gigantesca figura de Prosky sujetándole la mano y sonriendo a través de su barba blanquecina, estuvo a punto de lanzar un grito, que supo ahogar mientras sus manos desenfundaban su espada.

—¡Oigan, oigan, cálmense! —pidió Miller, de pie junto a Prosky y alzando las manos en una actitud conciliadora mientras Vania, Feder y Liam trataban de asimilar la presencia de los bandidos ahí. Pudo reconocer también la calva de Picardo, sentado en el asiento del cochero. —No hay problema, señores... —dijo Miller.

—... créannos —añadió Prosky. —Esta vez...

—... estamos con ustedes —finalizó Picardo, guiando el carruaje hacia el final de la fila mientras cubría su rostro con la misma pañoleta que usaban los demás cocheros. Liam notó que Miller y Picardo usaban los mismos uniformes, pero para Prosky, al parecer, no habían encontrado algo suficientemente grande.

—¿Cómo escaparon del calabozo?! —exclamó Feder, conteniéndose tanto para no gritar como para no arrojar sobre Prosky, quien le miraba un poco inquieto.

—¿Porque confiaríamos en ustedes? —preguntó Liam.

Miller, sonriéndole a ambos, desplegó una gruesa manta dispuesta a un costado del

carruaje. —La respuesta a sus preguntas es la misma, amigos —y acto seguido la usó para cubrir a los tres viajeros y a Prosky en el espacio que había entre dos grandes cajas. —Su amiga, la dama Leah, es bastante influyente con los guardias y muy persuasiva con gente como nosotros —dijo Miller, sonriendo mientras jugaba con un trío de monedas de oro entre sus dedos.

—¿Dónde está? —pregunto Liam, dándose cuenta que Leah no había subido con ellos.

—Digamos que tiene que firmar su salida. Después de todo, son sus carruajes. Ahora calladitos, por favor. Ninguno quiere problemas antes de que salgamos de aquí, ¿verdad?



—Por supuesto que no deseo problemas, concejal —dijo Leah. —¿Por qué habría de tenerlos?

Novak Nikavom, cortésmente, le ofreció una mano para ayudarle a subir al carro que encabezaba la fila frente a la entrada del bastión. —No problemas, mi dama Leah. Sólo una ligera descortesía por retirarse sin despedirse, especialmente durante la noche.

—Todos los intereses de la comunidad de comerciantes ya están resueltos aquí. Se me necesita más en Thunderstone.

—Imaginaba que esperaría un par de días por novedades del capitán Tamer.

—La noticia de que su padre se halla bajo custodia del comandante Armitage debe empezar a difundirse. Nuestro gremio puede encargarse de ello en sus caravanas comerciales.

—Debo reconocer que la presencia del señor Tamer fue toda una sorpresa para todos, pero creo que el comandante Armitage tomó la mejor decisión al respecto.

—Honestamente lo dudo.

—Honestamente... —comentó Novak, cruzándose de brazos. —... pienso que lo mejor hubiera sido dejar que el padre hablara con su hijo. Tal vez le hubiera hecho entrar en razón sobre su posición en esta disputa.

—Dudo que algo lo haga cambiar de opinión. Liamder puede ser bastante terco.

Novak sonrió ante el comentario y la mirada vaga de Leah. —Bueno, realmente es una pena que no pueda hacerlo. No hay forma de llegar a Vinska, todos los caminos están cerrados. A menos que se atravesara el bosque de Bramur, pero esa puede ser una ruta bastante traicionera.

Leah miró inquisitivamente a Novak y tomó su tiempo antes de responderle: —Lo sé.

—A menos —añadió Novak —... que se cuente con la ayuda adecuada. Hay leyendas y rumores locales que hablan sobre una criatura. *El Diablo de Bramur*. Una bestia que, por el precio adecuado, ayuda a que los viajeros atraviesen a salvo los bosques.

—Interesante historia.

—Una pena que no podamos comprobarla. Con el padre del capitán Tamer bajo custodia... —dijo Novak, dando media vuelta para retirarse, deteniéndose sólo un momento para añadir: —Le deseo buen viaje, señora mía. Éxito en su empresa.

Leah esperó un poco mientras veía al concejal Nikavom pasar junto a la última carreta, donde se ocultaban Liam y sus compañeros. Se inquietó cuando se detuvo junto a esta y volteó a verla. Permaneció en esa posición casi por un minuto, mirando fijamente a la carreta, antes de proseguir su camino hacia la torre principal. —Vámonos, rápido —apuró al conductor del carruaje. No dejó de mirar hacia atrás hasta que el último carro hubiera atravesado la entrada y hasta que el Vacío del Este se convirtió en un pequeño punto a la distancia.



—No entiendo por qué liberaron a estos patanes —comentó Vania cuando la caravana se detuvo a un costado del camino y todos descendieron. Leah, tras haber cambiado su atuendo por ropas de viaje más cómodas, giraba algunas indicaciones a sus hombres. —Necesitamos distracciones —le respondió a la elfa. —En estos momentos Armitage ya debió haber notado la ausencia, tanto de Liam y sus compañeros como de ustedes —dijo, señalando a los bandidos. —No tardará en darse cuenta que han abandonado el bastión y mandará escuadrones de búsqueda. Ahí es donde entran Miller y sus hombres.

—Básicamente corremos en dirección contraria a ustedes —comentó el líder de los bandidos —, dejando huellas muy grandes...

—..., rompiendo muchas ramas y aplastando muchos arbustos... —añadió Prosky.

—... para que nuestro querido comandante esté bastante confundido —concluyó Picardo.

Habían parado a unos metros de la ribera del río Allo, en el punto donde la encrucijada dividía las rutas hacia Thunderstone, al este, y Bramur, al oeste. Cruzando el caudal del río se divisaban las sombras de los frondosos bosques de Bramur. Los hombres de Leah estaban desenganchando los caballos del último carruaje y cargándolos con provisiones, instrumentos y las pertenencias de Liam, Vania y Feder. Al final entregaron las riendas a Leah y fue cuando Liam contó siete caballos. Tres les fueron proporcionados a los bandidos.

—Bueno, no puedo decir que ha sido un placer conocerlos —dijo Miller, terminando y reuniendo a sus compañeros. —Excepto a usted, mi dama Trimah. Siempre es un placer hacer negocios con gente visionaria.

—Recuerden- indicó Leah —: aléjense de Vinska, pero no demasiado, para que Armitage no sospeche.

Miller asintió y realizó una caravana de despedida general para todos. —En caso de que no volvamos a vernos, les deseo buen viaje...

—... buena fortuna... —intervino Picardo.

—... y buenas noches —concluyó Prosky, esbozando una gruesa sonrisa a lo largo de su barba. Los tres bandidos arrearon sus monturas y se perdieron en la distancia, siguiendo la ribera del río en dirección este.

—Nosotros iremos al oeste, siguiendo el camino oficial hacia Bramur, lejos de las estaciones de vigilancia de Thunderstone. Después cruzaremos el río y nos desviaremos para atravesar el bosque y alcanzar territorio vinskiano, muy cerca del pueblo lagunero de Menicia. De ahí la fortuna nos guiará.

—¿Nos? —preguntó Liam, entendiendo el motivo del séptimo caballo.

—Yo voy con ustedes —comentó Leah, subiendo a su montura y volteando a ver a sus compañeros subir a las suyas, sin discutir. —¿Ninguna objeción al respecto? —les preguntó, ligeramente sorprendida. Feder y Vania negaron con un gesto y Liam sólo dijo: —Gracias a usted salimos del bastión y tenemos medios para llegar a Vinska. Me honra que nos acompañe. Además, me doy cuenta que sinceramente se preocupa por mi hijo.

—Pues sí, porque es su novia —dijo Vania, causando un profundo e inesperado silencio en el grupo. Liam y Feder voltearon a verse antes mirar a Leah, quien desvió la vista y carraspeó un poco antes de apurar a su caballo, tomando el frente de la marcha. Cuando Vania se dio cuenta de esas reacciones volteó a ver a Liam y a Feder, aún sorprendidos: —¿En serio no se habían dado cuenta? —les dijo.

El grupo se enfiló hacia el puente para cruzar el río, mientras el resto de la caravana de Leah Trimah retomaba su camino hacia Thunderstone.

III

La noche estaba muy avanzada luego de haber cruzado del río y entrado al bosque de Bramur, por lo que acampar se volvió necesario. El grupo encontró el claro más cómodo que pudieron y, mientras Feder trataba de encender la fogata, Vania se divertía molestandole: —¿Qué habrá pasado con Feder? Era una buena bestia de carga. Espero que haya regresado con sus dueños.

—No puedo creer que le hayas puesto mi nombre a ese animal.

—Yo no puedo creer que no le hayas podido ganar a ese bandido gigantón. ¿Es que sólo sabes pelear con la espada?

—¡Antes de tomar una espada a los naruanos se nos enseña a pelear sin ellas! Le hubiera vencido si el capitán Harrison no hubiera llegado.

—Bueno, nunca lo sabremos... ¿Acaso necesitas a Harrison para ayudarte a encender el fuego, también?

—¿¡Quieres callarte?!

Liam y Leah acomodaban el equipo y víveres de su campamento en un extremo, escuchando la discusión entre Feder y Vania. —Se nota que son una grata compañía —comentó Leah, un poco en broma, un tanto en serio.

—Cuando no están peleando lo son. Pero sin ellos no habría llegado hasta aquí —hubo un momento de silencio mientras Liam extraía las raciones que comerían esa noche, antes de atreverse a hablar: —Si no le molesta que pregunte; ¿cómo conoció a Liamder?

—Los gremios de comerciantes, a los que pertenece la familia Trimah, mi familia, a veces apoyan o abastecen al ejército en diversas empresas o campañas. En algunas ocasiones su hijo y yo cruzamos caminos, palabras e incluso disputas. Liamder puede ser muy empecinado sobre lo que le apasiona.

—Le creo... ¿Es cierto lo que dijo Vania? ¿Sobre usted y Liamder?

El primer gesto de Leah le indicó que su primer impulso fue evadir la pregunta, pero finalmente se encogió de hombros: —Con el tiempo y el trato frecuente, su hijo empezó a prodigarme un afecto más profundo que hacia otras damas. Y dicho afecto no me fue indiferente.

—¿Entonces? —preguntó Liam, con un poco de malicia. Leah esbozó una sonrisa apenas visible. —No hay nada formal, si es a lo que se refiere. Ambos parecemos estar casados con nuestras respectivas obligaciones. Pero no soportaría la idea de que le pasara algo. Algo de lo que yo no lograra entender el motivo, ¿me explico? Por eso vengo con ustedes; realmente quiero entender por qué Liamder abandonó Thunderstone. ¿Usted no?

—No me interesa mucho sus motivos. Sólo busco llevarlo a casa.

—¿Incluso si él no quiere hacerlo?

—Incluso si tengo que... —empezó a decir Liam, acariciando, nuevamente y sin percatarse, el pomo de su espada, cuando el grito de terror de Vania los hizo voltear.



—A ver, a ver, ¿qué es eso que decía Leah camino aquí, sobre el *Diablo de Bramur*? —preguntó Vania, luego de que Feder se rindiera en sus intentos por encender el fuego. El guerrero se inclinó sobre la leña acomodada entre ambos, acentuando la gravedad de su voz: —Dicen que estos bosques están resguardados por el *Diablo de Bramur*, un demonio que castiga a todos los invasores que traspasen su territorio.

—Estas bromeando —dijo Vania, tratando de restarle importancia.

—Dicen... —siguió Feder, con un tono de voz cada vez más macabro —... que nació de la misma tierra y que se mueve sigilosamente; que las bestias y los árboles obedecen sus órdenes y que nunca sabes si te está vigilando, incluso por encima de tu hombro.

—¡Ya cállate, Feder! —pidió Vania, desviando su mirada para que el guerrero no le viera cerrar sus ojos, asustada.

—Y cuando te das cuenta que está cerca de ti, ya es demasiado...

La última palabra nunca llegó. En cambio se escuchó un estruendoso golpe de ramas que hizo que Vania volteara. Y fue entonces cuando gritó porque, ante sus ojos, el bosque se estaba comiendo a Feder. Varias ramas, delgadas y negras, habían caído como un bulto sobre la espalda del guerrero, empezando a arrastrarle lejos del claro, aferrándose a su ropa y a sus miembros, evitando que el naruano pudiera tomar su espada o resistirse al arrastre.

Cuando Liam y Leah se acercaron vieron a la aterrorizada elfa desenfundar su espada mientras señalaba hacia donde las ramas arrastraban a Feder: —¡ES EL DIABLO! ¡EL DIABLO DE BRAMUR! —gritaba desesperada —¡SE LLEVA A FEDER! ¡SE ESTÁ LLEVANDO A...!

Otro bulto de ramas negras cayó directamente sobre Vania, empujándola al suelo y rodando sobre ella, envolviéndola en el proceso. Todavía sobresaltado por lo que veía, Liam empujó a Leah tras él mientras desenfundaba su espada. Apenas iluminados con las lámparas de aceite que habían tomado de los carruajes, podía ver lo que pasaba, dándose cuenta que Feder se encontraba en una situación similar, envuelto por la extraña esfera de ramas rodante que parecía moverse por su cuenta.

—¡Liam, cuidado! —gritó Leah, jalando al granjero para esquivar la embestida de otra esfera que venía rodando por el suelo. De repente esta se detuvo y se abrió como un capullo, apoyándose en los extremos de sus ramas para sostenerse y mostrar el rostro que tenía en su interior; una cara grotesca, parecida a la de un murciélago, pero compuesta de pequeñas ramas que simulaban ojos, hocico y profundos colmillos de los que goteaba una savia negra. La criatura lanzó un alarido agudo que heló la sangre de Liam, especialmente cuando escuchó después el grito de dolor de Vania, luego de que la criatura que la tenía envuelta le encajara dichos colmillos en el hombro. Vio de reojo que Feder luchaba para evitar que la planta que le atacaba hiciera lo mismo, gruñendo mientras sostenía aquel rostro y sus colmillos a pocos centímetros de su pecho.

Volteó a tiempo cuando sintió la proximidad y velocidad de otro objeto acercándose. Con un giro de su espada asestó un golpe a la cuarta esfera de ramas que pretendía caerles por sorpresa. Esta rodó, aullando de dolor hasta llegar junto a otras dos que se unían al ataque. Y tal como Feder le había enseñado, Liam evaluó la situación: seis atacantes desconocidos, dos aliados incapacitados, uno tal vez herido de gravedad. Vio de reojo como Leah desplegab una ballesta de mano que llevaba colgado bajo su túnica, *pero*, pensó Liam, *aunque sus disparos sean efectivos, no habrá mucha oportunidad estando dos contra cuatro*. Sintió de inmediato como Leah se colocaba atrás de él, apoyando su espalda contra la suya. —Liam... —susurró Leah, tratando de no sonar tan asustada como se sentía.

—Aquí estoy, Leah —respondió, tratando de calmarla. —Aquí estoy, no se aleje —y se preparó para recibir el primer ataque, viniera de donde viniera. Tanta era su concentración que

apenas pudo ver el destello de dos hojas de acero descender del cielo y contra una de las criaturas, destrozándola en dos partes que expulsaron un espeso líquido negro. La bestia lanzó un grotesco alarido que descendió lentamente hasta apagarse por completo. Cuando la criatura más cercana reaccionó a aquel asalto, ya recibía un certero tajo en su rostro.

Liam reaccionó para atacar a una de las criaturas, pero las ramas que esta usaba para cubrirse entorpecían sus ataques. Un disparo de Leah, dado con precisión en el hocico de esta criatura, le hizo lanzar un grito y abrir todo su cuerpo, permitiendo que Liam realizara una precisa estocada contra los ojos de la bestia, provocándole el mismo alarido lastimero y agudo que fue desvaneciéndose conforme dejaba de moverse.

De inmediato ambos voltearon para ver a quien había llegado a ayudarles; una sombra que apenas se perfilaba como una figura encapuchada, portando una espada en cada mano y un arco largo con su carcaj lleno de flechas colgando a su espalda. Se movía ágilmente, esquivando los ataques de las dos criaturas que aún quedaban en pie. Con un salto y apoyándose en los troncos de los árboles cercanos pudo rodearlas y caer atrás de ellas, golpeándolas al pasar y rematando a una con una estocada por atrás, atravesándole el rostro.

—¡Por Amur, Vania! —exclamó Liam, acercándose a la criatura que ya empezaba a arrastrar a la elfa hacia la oscuridad del bosque. Empezó a golpearla, teniendo cuidado de no lastimar a Vania, quien apenas lucía consciente entre las ramas. Feder, por su parte, había logrado anclar sus piernas entre unas raíces, evitando que la criatura le arrastrara más lejos. Leah se acercó para disparar directamente a la cara de la bestia, sostenida firmemente por las manos del naruano y quien terminó bañado por la sangre negra y pestilente de la criatura cuando el disparo de Leah la atravesó.

La sombra recibió con el borde de su capa el asalto de la segunda criatura con la que combatía, envolviéndola con un movimiento para luego arrojarla, con todo y su capucha, lejos de él. Fue cuando escuchó el grito desesperado de Liam: —¡Vania! ¡Por Toben, Vania! ¡Ayúdenme, por favor de Amur! ¡Ayúdenme!

El granjero había dejado caer su espada para sujetar con ambas manos el rostro de la criatura, evitando que mordiera nuevamente a Vania. La elfa ya estaba inconsciente entre las ramas de la bestia y Feder, con ayuda de Leah, apenas empezaba a liberarse de la que tenía encima. — ¡Resista, Liam, ya vamos! —le gritaba.

La sombra, con un movimiento rápido y continuo, dejó caer sus espadas al suelo y descolgó el arco que llevaba a su espalda, colocándolo horizontalmente frente a él. Tomó dos flechas de su carcaj y las posicionó a la vez sobre el cuerpo del arco y la cuerda, que tensó al máximo mientras apuntaba y ajustaba la posición de las flechas, todo en menos de un aliento.

—¡Espere, puede lastimarlos! —grito Leah, adivinando sus intenciones. —¡No dispa..!

La sombra ignoró la advertencia y disparó. Las flechas partieron en caminos diferentes, impactando al mismo tiempo y en sus respectivos rostros a las criaturas que faltaban; la que empezaba a salir del ovillo de su capa y la que estaba atacando a la elfa. Liam se estremeció cuando sintió la flecha golpear justo el espacio entre sus manos que aun sujetaban el rostro de la bestia. Los agudos gritos de las criaturas se elevaron y apagaron junto con sus vidas, quedando inertes en el piso.

Liam se apuró en liberar a Vania, angustiándose al sentir el cuerpo frío de la elfa entre sus manos. Trató de reanimarla llamándola por su nombre y golpeándola ligeramente en el rostro, sin obtener respuesta. Entonces se dio cuenta que Feder, ya libre de la criatura, se mantenía de pie junto a Leah, con su espada desenfundada mientras ella apuntaba con su ballesta a la sombra, que recogía su capucha del suelo en ese momento.

La escasa luz de las lámparas acentuaba el tamaño y grotesco aspecto de esta persona, ataviada con ropas de piel bastante maltratadas. Sus gruesos miembros, cubiertos de un áspero vello oscuro, mostraban una piel de color verde musgoso. La grotesca forma de su cráneo resaltaba aún más con sus orejas alargadas y puntiagudas, sus rasgos endurecidos y los colmillos que se asomaban entre las comisuras de sus labios, revelando la naturaleza de su raza.

—El *Diablo de Bramur* —susurró Feder, sujetando con más firmeza su espada.

—Es... Un orco —susurró Leah.

—Semiorco —señaló el aludido mientras volvía a colocarse la capa sobre sus gruesos hombros, con una voz profunda y gutural que encajaba bien con su grotesca imagen. La voz de Liam los distrajo a todos:

—¡Por favor de Amur! ¡Feder, Leah, ayúdenme! ¡Vania no despierta!

Mientras los tres viajeros revisaban la figura inconsciente de Vania, el semiorco se acercó a la fogata y la encendió con su yesca rápidamente. —Tráiganla aquí —ordenó.

Liam, de inmediato y a pesar de las negativas de Leah y Feder, tomó a Vania entre sus brazos y se acercó al fuego. El semiorco de inmediato empezó a examinar la herida con sus gruesos dedos. —Necesito agua —exclamó.

Con desesperación en su mirada, Liam obligó a Feder y Leah que atendieran las indicaciones del recién llegado, acomodando a Vania sobre su manta para dormir y limpiando su herida con un trapo húmedo, mientras el semiorco masticaba unas hojas que había sacado de la bolsa que colgaba de su cinturón, junto con unas bayas y un pequeño mortero donde empezó a molerlas. Luego las mezcló con las hojas masticadas hasta formar una pasta de aroma dulce que usó para cubrir la herida de Vania. Finalmente usó unos vendajes que le proporcionó Leah para proteger la herida y su curación. —Hay que esperar a ver cómo reacciona —dijo el semiorco, acomodándose en un rincón junto al fuego, ignorando las miradas inquietas de Feder y Leah. Liam, por su parte, dejando que el cansancio finalmente se asentara sobre sus hombros, se dejó caer junto a Vania y cerca del semiorco. —Muchas gracias.

—Lo primero que deben hacer cuando se detengan a acampar es encender fuego. Siempre —contestó el semiorco, colocándose de nuevo la capucha sobre la cabeza y sin apartar la mirada de la fogata. —Mantiene alejados a depredadores como estos.

—Gracias —dijo Liam. —¿Cuál es su nombre?

—Liam, es el *Diablo de Bramur* —le susurró Feder.

—Feder, por favor, nadie se llama así —dijo Liam, antes que el semiorco le interrumpiera: —La gente me llama de esa forma. Puede hacerlo usted también.

—No me parece correcto llamarle *diablo* a alguien que acaba de arriesgar su vida para salvar la nuestra, sin siquiera conocernos. ¿Cómo le puedo llamar, amigo?

El semiorco miró a Liam con suma atención, antes de responderle: —Azevrec. Azevrec Houndmight.

—¿Del Clan Houndmight? —preguntó Leah, visiblemente sorprendida. Cuando el semiorco asintió con la cabeza ella se acercó más y, cuando notó que Liam y Feder le miraban curiosos, añadió: —El Clan Houndmight son cazadores y guardabosques legendarios de Bramur. Se dice que ya vivían en los bosques antes de que se fundara la primera ciudad. Nunca pensé que conocería a uno de sus miembros, me siento honrada —finalizó con un gesto de cortesía, que Azevrec respondió con un ademán similar.

—¿Y todos son... Orcos? —preguntó Feder.

—Semiorcos —corrigió de nuevo Azevrec. —Ha habido miembros de todas las razas en el Clan Houndmight: elfos, hombres, enanos, semiorcos y otros mestizos. Ser parte del Clan es

más una cuestión de honor que de sangre. Mis ancestros ganaron su lugar hace muchos años.

—¿Usted podría ayudarnos a cruzar el bosque? —preguntó Liam.

—Puedo conducirles a un sendero que los llevará a la ciudad más cercana, donde se ha establecido un campamento de refugiados. Está a un día caminando al oeste.

—No somos refugiados. Nosotros vamos al este. A Vinska —aclaró Leah.

—Nadie va a Vinska actualmente —comentó el guardabosques con desdén. —La invasión por parte de Thunderstone es inminente. ¿Qué asunto pueden tener allá?

—Estamos buscando a alguien —dijo Leah. —Es un soldado desertor de Thunderstone. Creemos que viajó hacia Vinska.

—Se llama Liamder —añadió Liam. —Es mi hijo.

El gesto de atención que el semiorco le dirigiera a Liam antes se repitió, ahora convertido en una expresión de sorpresivo reconocimiento. —¿Usted es el padre de Liamder? —le preguntó con sincera sorpresa.

La risotada de Feder sorprendió a todos. —¡Ja, ja, ja, hasta yo debo reconocer que esto es una exageración! No se ofenda, señor *Hound*, pero déjeme adivinar: conoció a Liamder hace muchos años, cuando él era apenas un joven soldado, y de alguna forma le enseñó una importante lección de vida. ¿No es así?

El semiorco miró a Feder con cierta condescendencia por su comentario y luego se dirigió a Liam: —Conocí a su hijo hace poco menos de tres semanas. Lo ayudé a atravesar el bosque y le encaminé hacia la ciudad de Menicia, junto al lago Vinsniger.



AZEVREC HOUNDMIGHT

La gente piensa que, a diferencia de los hijos nacidos de la unión entre humanos con elfos, enanos o herederos de dragones, los semiorcos son el resultado de la guerra, la sangre o la violación. Pero no siempre es así. El linaje de mi padre, semiorco de las regiones montañosas del oeste, se pierde en la memoria, pero mi madre, cazadora de los bosques de Bramur, pudo ver a través de su apariencia tosca y monstruosa. Vio su entrega y su lealtad hacia el clan y hacia ella. Vio al hombre detrás de la bestia y, desde entonces, sus vidas han sido muy plenas. Yo crecí igualmente feliz entre ellos, en nuestra comunidad de cazadores donde no se apuntan defectos ni apariencias. No pude haber tenido o deseado una mejor crianza.

Pero afuera de nuestro clan el mundo es distinto. Es cruel si no tienes la belleza y el amor a flor de piel y si tu voz es mal actor de tus emociones. En mi caso la mayoría huye de mí. Los más osados me atacan sin razón e incluso los que tienen necesidad de mi ayuda y guía a través de estos bosques, se mantienen a cinco pasos atrás de mí. Al acampar duermen amontonados en el extremo opuesto donde yo me recueste y, cuando llegamos a nuestro destino, apenas susurran un agradecimiento y dejan caer mi pago al suelo, como si fuera un animal. Me acostumbré a no esperar más del mundo fuera de mi comunidad.

Hasta que encontré a su hijo, guiando a un grupo de refugiados de los lagos de Vinska a través del bosque. Estas peregrinaciones se han vuelto muy frecuentes con la aparición de ese maldito cristal y las incursiones militares, tanto de Thunderstone como de Vinska. Pero no había visto a un grupo de viajeros más lastimero que el que guiaba su hijo, así que, a pesar de mi recelo, me presenté ante ellos para que me demostraran su acostumbrado desprecio, miedo y enojo.

Excepto que su hijo se acercó a mí y me preguntó si yo era Azevrec Houndmight, al que llamaban El Diablo de Bramur. Me dijo también que necesitaba mi ayuda para llegar a Vinska, luego de asegurar el paso de los refugiados que le acompañaban. Me había llamado por mi nombre, algo que nadie fuera de mi clan había hecho nunca. Me extendió una bolsa con todo el dinero que tenía en ese momento, pero me negué a tomarla y les conduje hasta los caminos rurales de Bramur, donde sus acompañantes ya podían conducirse por su cuenta y sin problemas. Luego guié a su hijo en dirección a Menicia. Acampamos juntos un par de noches, y en la primera, ante el fuego, le pregunté por qué no me había tenido miedo.

—No se equivoque, guardabosques. Estaba aterrado.

—¿Por mi hermosa apariencia? —bromeé y ambos reímos bastante. Ya habíamos desarrollado esa clase de confianza.

—No. Temía que fuera un asaltante, un mercenario o un asesino.

—¿Y un monstruo no? — le pregunté, más en serio ahora. Él negó con un gesto: —La naturaleza de las cosas usualmente no está a la vista. Cuando era granjero aprendí a leer la naturaleza: la dirección del viento, las temporadas de lluvias, el aroma de la tierra, cosas que realmente no se pueden ver. A veces sólo se trata de un acto de fe, confiando en que la naturaleza no te dará la espalda.

Platicamos mucho esas noches. Sobre sus tribulaciones. Sobre las mías. Nos embriagamos un poco. Me confesó su situación en Thunderstone. Habló, con lágrimas en los ojos, sobre lo que estaba dejando atrás. Su trabajo. Su honor. Su vida y su gente. Habló de su padre como si fuera un lejano recuerdo y de una dama en particular como si fuera un futuro truncado. Al día siguiente lo guié hasta el lindero del bosque más cercano a Menicia. Nos despedimos como si fuéramos camaradas de toda la vida, un sentimiento que nunca había experimentado por alguien fuera de mi clan.



—Su hijo me demostró que la verdadera naturaleza, de las cosas y las personas, es invisible a los ojos. Alguien capaz de entender y vivir bajo ese precepto es una persona admirable.

Los tres oyentes le escuchaban con atención cuando un débil susurró surgió de Vania, señal de que comenzaba a despertar lentamente.

—Vania, ¿cómo te sientes? —le susurró Liam, acercándose a la elfa mientras esta abría sus ojos.

—Trata de no esforzarte —dijo Azevrec. Cuando Vania posó su mirada en el robusto semiorco, su boca esbozó una sonrisa muy aletargada. —¿Acaso estamos muertos? —preguntó.

—Por supuesto que no, Vania —dijo Leah. —El señor Houndmight nos salvó.

*—¿El *Diablo de Bramur*? —susurró Vania, levantando lentamente su mano para intentar alcanzar al semiorco, tal vez para confirmar que era real, acariciarlo, o darle una bofetada. —¿Nos salvó el *Diablo de Bramur*?*

—Sí, se llama Azevrec —comentó Feder. —¿Y qué crees? Conoce a Liamder.

—Por supuesto. Todos conocen a Liamder —balbuceó Vania, antes de reacomodarse bajo su manta. En menos de un minuto se le escuchaba dormir plácidamente. Azevrec se puso de pie y declaró que tomaría la primera guardia de la noche, para que todos descansaran.



Avanzaron durante todo el día siguiente a través del bosque de Bramur, con Azevrec conduciéndoles por las rutas menos arriesgadas, las más rápidas y asequibles para los caballos. Cuando Leah revisaba su mapa de los bosques, con el guardabosques ayudándole a identificar su posición actual, se sorprendía al ver la distancia que habían cubierto, aun marchando a un ritmo pausado por las heridas de Vania. Aun así fue necesario acampar una noche más. Y aun después de montado el campamento y con la fogata encendida, el frío recrudecía en el ambiente.

—Estamos acercándonos a la zona norte del continente. La cordillera principal del norte es la única que evita que el bosque se congele. Además Vinska es, por naturaleza, un reino frío. Tendremos que dormir en parejas para mantener el calor. Sugiero al naruano con la elfa y el señor Tamer con la dama Leah. Yo tolero más este clima, tomaré la primera guardia y revelaré a una pareja dentro de unas horas.

—¿Dormir junto a Vania? —dijo Feder, con fastidio.

—¿Otra vez? —comentó la elfa en el mismo tono.

¿Cómo que otra vez? se preguntó Liam mientras Leah preparaba las cosas y las mantas. En cuestión de minutos el campamento estaba en silencio. Dos tiendas de acampar cerca del fuego mientras el cazador vigilaba desde una rama alta del árbol más cercano.

Arrojados bajo las mismas mantas, Liam dudó un momento si debía rodear el cuerpo de Leah con sus brazos, hasta que ella le tomó de la muñeca y le obligó a hacerlo.

—Usted es más alto y grueso que yo, es mejor que usted me rodee —le dijo mientras se acomodaba junto al granjero, dándole la espalda. Pasaron un momento en silencio antes de que Liam susurrara: —Gracias por preocuparse por mi hijo.

Sintió en sus brazos como la mujer se estremecía ligeramente antes de responderle: — Realmente nunca me percaté de cuánto me preocupaba por Liamder hasta que lo conocí a usted, en el Vacío del Este. Al verlo lo primero que pensé fue que usted era Liamder, que lo habían capturado o había regresado por su cuenta. Como fuera, pero que estaba de vuelta.

—No me parezco en nada a Liamder.

—Es su viva imagen. El mismo rostro, la misma barba y cabello, aunque el suyo ya esté encaneciendo. Los mismos ojos cuando se fijan en los de alguien más para mantener su opinión con firmeza —Liam sintió las manos de Leah apretando las suyas. —Las mismas manos... Cuando sostiene una espada para defender a alguien o cuando carga en sus brazos a una persona, preocupado por ella... Por Amur, veo tanto de Liamder en usted. No quiero que eso se pierda... Ni para mí ni para Handor... No podemos perderlo... No puedo...

Liam, al sentir como el cuerpo de la mujer se estremecía, la estrechó con fuerza tratando de serenarla. Se perdió un momento entre el aroma de su cabello y la suavidad de sus hombros mientras Leah sujetaba sus manos con firmeza. Gesto que él correspondió con igual intensidad.

Bajo la luna plena y en su puesto de guardia sobre la rama del árbol, el cazador y guardabosques Azevrec Houndmight respiraba la tranquilidad que Fysy, diosa de la naturaleza, desplegaba sobre ellos esa noche, dejando que la vida tomara su verdadera forma. Y antes de darse cuenta de lo que hacía, su gruesa voz ya entonaba armoniosamente una canción tradicional de su clan:

Cuando todo en la tierra está bien, los muros se derrumban.

Cuando debía resolverse, la vida me devuelve

A la raíz del corazón.

Triste no estoy, ni voy huyendo. Solo observo.

¿Sabías que guardo todas tus cartas?

Ya sólo me queda apagar las estrellas.

*¿Recuerdas que te enseñé todo lo que yo sé?
Resultó ser demasiado.
Y vivía tu vida, aferrándote a mí para nunca verte caer.
Dejarte ir hoy es un sendero a cualquier lugar.
Con tiempo en mis manos, volver a empezar.
Mas no quiero quedarme a apagar las estrellas.*



Llegaron a los límites del bosque de Bramur a la mañana siguiente, tras cruzar el río Norden, uno de los que alimentan con su cauce al lago Vinsniger —como se los explicó Azevrec—. Cuando dejaron atrás la última hilera de árboles el grupo se vio en la cima de una serie de colinas que descendían hacia una vistosa ciudad portuaria, construida sobre el lindero de un enorme lago cuya extensión se perdía en la distancia. Su superficie cristalina resplandecía bajo el sol de la mañana, eclipsado sólo por el gigantesco monolito de cristal negro que flotaba sobre sus aguas.

Permanecieron algunos minutos en silencio, admirando —a pesar de la distancia— la oscura y brillante superficie del monolito y sus variados ángulos de reflexión mostrando, al mismo tiempo, varios puntos de la superficie del lago, de la ciudad cercana, de los árboles más altos del bosque de Bramur, incluso Liam habría jurado que vio el reflejo de sí mismo y sus compañeros en la cima de la colina más alta. Una visión fugaz porque entonces todos vieron cómo el monolito parecía adelgazar de forma progresiva, antes de darse cuenta que en realidad estaba girando sobre sí mismo, lentamente.

—Empezó a moverse de esa forma hace unos días —comentó el guardabosques. —Nadie sabe por qué.

Siguieron admirando el monolito en silencio hasta que se volvió tan delgado que apenas parecía ser una línea negra vertical dibujada en el cielo, antes de desaparecer por un par de segundos. Luego la línea volvió a aparecer y empezó a ensancharse lentamente.

—Es increíble —susurró Leah, admirando el fenómeno con mucho más detalle gracias a un catalejo que había sacado de sus alforjas.

—Extraño —comentó Vania.

—Es una locura —sentenció Feder.

Sólo Liam permanecía en silencio, mirando fijamente al monolito. De repente un dolor empezó a surgir en su cabeza, creciendo lentamente mientras el viento alrededor volvía a llevarle sonidos y voces que entonc...

¡DEJA DE MIRARMEEE!

La voz de Azevrec lo distrajo y el dolor desapareció tan rápido como llegó: —Yo llego hasta aquí. Debo regresar al bosque y ver que no haya más viajeros perdidos, como ustedes. Les tomará un par de horas llegar a Menicia, la ciudad junto al lago, pero les advierto: no los recibirán cordialmente. La situación con los extraños parece seguir muy tensa.

Liam se acercó al semiorco y le extendió la mano. —Le agradecemos mucho su ayuda, Azevrec. Y en particular le agradezco por haber ayudado a mi hijo.

—Cualquier persona que sea fiel a su propia naturaleza merece toda la ayuda posible —respondió el guardabosques, estrechando la mano del granjero. —No hay nada que agradecer.

Todos se despidieron de Azevrec con mucho respeto. Vania, en su momento, abrazó afectuosamente la gruesa cintura del semiorco. —Muchas gracias, *Diablo* —le dijo, ante la sonrisa comprensiva del cazador. Liam y sus compañeros permanecieron en su lugar viendo como

Azevrec entraba nuevamente al bosque y desaparecía de un salto, entre las ramas de los árboles. Después todos montaron sus caballos y descendieron por las colinas, hacia la ciudad de Menicia.

No tuvieron que avanzar mucho para reconocer a la distancia el estado actual de la ciudad; silencioso y sombrío. Incluso les hubiera parecido abandonada de no ser por los jinetes que venían acercándose a ellos. Portaban armaduras propias del ejército de Vinska; gruesas placas de acero y cuero unidas por correas, con pieles lanudas cubriéndoles hombros y espalda y cascos que ocultaban la mayor parte de sus rostros. Cinco portaban pesadas lanzas de caballería y fueron estos los que se adelantaron, dejando rezagados a otros dos jinetes.

—Déjenme hablar a mí —comentó Leah cuando los lanceros se acercaron más y empezaron a rodearlos. Feder llevó su mano a la empuñadura de su espada por reflejo, pero un gesto de Liam le invitó a contenerse. Vania, en cambio, mantenía su daga desenvainada y oculta bajo su capa, lista para usarla. —Los saludo, a nombre de mi familia y mis compañeros. Soy Leah Trimah, hija de Tamut Trimah. No venimos con malas intenciones, tenemos un asunto urgente que...

—¡Trimah trabaja con el rey Korman, de Thunderstone! —exclamó uno de los jinetes, con una voz que sonó más como un rugido.

—No portamos la bandera de Thunderstone y sólo yo soy originaria de esa ciudad. No vengo en representación de su rey ni del conflicto que ha surgido entre nuestras naciones. Mis compañeros son de Narur y Piores y estamos en búsqueda de una persona que tal vez llegó a esta ciudad.

Vania prestó atención a uno de los jinetes quien, tras escuchar las explicaciones de Leah, le susurró algo a su compañero más próximo, antes de alejarse galopando para alcanzar a quienes habían quedado rezagados.

—¡Les daremos sólo una oportunidad para retirarse! —exclamó el jinete que hablaba con Leah. —¡No son bienvenidos aquí!

—Por favor, señor, escúchenos por un segundo —suplicó Liam. —Estoy buscando...

—¡Si insisten serán considerados invasores y castigados como tales!

Feder, cuando vio que las lanzas empezaban a apuntarles, desenvainó su espada, más por instinto que por intención de usarla. —¿Acaso en Vinska no saben escuchar?

—¡Guarde su arma, ahora! —gritó otro jinete.

—Feder, guarda tu arma —pidió Liam.

—¡Que ellos bajen sus lanzas primero y nos escuchen!

—Feder, por favor —pidió Leah.

Vania, en medio del caos que se desarrollaba, sólo prestaba atención al jinete que se había emparejado para hablar con los que se habían quedado atrás. Un momento después los tres galopaban hacia ellos.

Feder alejó con un golpe de su espada la punta de una lanza que se había acercado mucho a él. —¡Bajen sus armas ahora o los ejecutaremos aquí mismo! —exclamó el líder de los jinetes.

—¡Por favor, escúchenos! —suplicó de nuevo Liam. —¡Estoy buscando a mi hijo, sabemos que pasó por aquí!

El líder de los jinetes hizo un gesto y todas las lanzas se alzaron a la vez, listas para ser descargadas. —¡Calma, por favor! —pidió Leah

Fue cuando los jinetes los alcanzaron. El que iba al frente, un hombre alto y corpulento, enfundado en una desgastada armadura y casco vinskiano, desmontó de un salto y se acercó al círculo, acallando con su presencia todos los ruidos y gritos, y bajando las lanzas elevadas de los otros jinetes.

—Liam —susurró Vania, señalando al recién llegado. Entonces Liam prestó atención al guerrero: su porte erguido y paso firme, deteniéndose para ver a los viajeros y prestándole especial atención a Leah y Liam, quien volvió a experimentar aquel sentimiento en la base de su estómago, subiendo hasta su pecho conforme el soldado se acercaba a ellos. La misma aprehensión abriéndose camino hasta su garganta, impidiéndole hablar.

El jinete se despojó de su casco, revelando un rostro de facciones duras y cuadradas, con una cicatriz en la base de su quijada, apenas cubierta por la barba de varios días. Sus ojos, oscuros y penetrantes, en ese momento reflejaban una profunda sorpresa. Fue entonces cuando todos los presentes, especialmente Vania, Feder y Leah, se encontraron viendo extremos opuestos de un mismo linaje separado por veinte años de historia y vida.

—¿Padre? —susurró aquel hombre mientras esbozaba una sonrisa, cargada de emociones y confusión. Entonces la sensación en la garganta de Liam se convirtió en un suspiro liberador mientras se acercaba. —¿Liamder? —susurró. Sus piernas temblaron y estuvo a punto de caer. El hombre se acercó para sostenerlo. Al sentir por primera vez las manos adultas de su hijo sosteniendo sus hombros, Liam se aferró a él, rodeándole con sus brazos mientras estallaba en llanto. Lo sujetó con tanta fuerza que, incluso a través de su armadura, Liamder Tamer pudo sentir aquella emoción. Finalmente le devolvió el abrazo con la misma intensidad y lágrimas más silenciosas, mientras su padre intentaba agradecer en voz alta a todos los dioses por haberlo encontrado, pero su voz era un sollozo ininteligible. Así que sólo lo abrazó con toda la fuerza que necesitaba para asegurarse de que era real, que estaba ahí. La suficiente para no dejarlo ir de nuevo sin una bendición o despedida. Para no arriesgarse a no saber de él durante años. Para no perderlo jamás.

IV

La ciudad de Menicia había sido construida tanto en la ribera del lago Vinsniger como dentro del mismo. Más de una cuarta parte de la ciudad —mayormente la zona portuaria— se sostenía sobre el agua mediante tarimas y muelles conectados por puentes de madera. El resto de la ciudad daba la impresión de crecer desde los muelles, convirtiéndose en construcciones de madera y piedra, formando callejones estrechos y empedrados, destacando sus torres de vigilancia montadas en cuatro extremos de la ciudad. También era evidente el estado de abandono de la misma: calles desiertas, basura acumulándose en sus callejones, puertas y ventanas tapiadas y siendo los batallones de soldados vinskianos la única presencia de vida en las calles, recibiendo instrucciones, realizando tareas o descansando bajo algunas cornisas, algunos tratando de dormir en las calles, en las posiciones más cómodas que podían encontrar. Todos portaban la misma clase de armadura de cuero y acero, complementada con pieles —probablemente de osos pardos de Bramur o blancos de las tundras de Vinska— sobre los hombros, espalda y pecho, donde se distinguía el broche que sujetaba dichas pieles a la armadura y que lucía el escudo de armas de Vinska: una espada sostenida por una mano, cayendo sobre una roca que arrojaba destellos brillantes.

—Han sido tiempos muy complicados para esta gente —comento Liamder avanzando al frente de la comitiva, flanqueado por Liam y Leah y seguidos de cerca por Feder, Vania y el resto de los jinetes. —Todos fueron evacuados de Menicia hacia las ciudades cercanas. A algunos se les envió directamente a Vinska. Otros prefirieron huir hacia Bramur por el temor que sienten tanto al cristal como a las represalias de Thunderstone.

—Conocimos a un miembro del clan Houndmight en el bosque —comentó Leah. —Nos confirmó que hay muchos refugiados viajando hacia Bramur últimamente.

—¿Conocieron a Azevrec? —preguntó Liamder, esbozando una sonrisa. —Me alegra que los haya guiado hasta aquí a salvo —añadió, dirigiéndole a Leah una mirada significativa, antes de dirigirse nuevamente al grupo: —A todos, por supuesto.

Llegaron frente al edificio que albergaba al consejo de la ciudad y desmontaron. En el interior los esperaba una mesa dispuesta con algunas viandas frugales. —Por favor, coman y descansen un poco —les invitó Liamder. —Necesito atender unos asuntos antes de reunirme con ustedes.

—Hijo, por favor —dijo Liam. —Necesitamos hablar.

—Lo sé, padre, y nadie quiere eso más que yo, pero es necesario que...

—¿Por qué abandonaste Thunderstone? —intervino Leah. —¿Es cierto lo que dicen, que mataste a dos de tus propios hombres?

—Todo tiene una explicación, lo juro, pero...

—¿Por qué huiste a Vinska? —preguntó Liam.

—Por favor, sólo...

—Creo que es tiempo de una buena comida y una plática todavía mejor —dijo una gruesa voz desde el otro extremo de la sala. Todos voltearon hacia ella, pero sólo Liamder adquirió una

actitud marcial. Vieron entrar entonces, por una puerta lateral del salón, a una persona sumamente robusta y más alta que Feder, ataviada con una armadura y pieles aún más vistosas de las que habían visto hasta ese momento. Su espesa barba negra apenas ocultaba las cadenas de collares y medallones que llevaba al cuello. De su cinturón colgaba una gruesa espada bastarda cuya punta casi tocaba el suelo y era tan ancha como sus propios brazos. El hombre portaba el escudo de armas de Vinska en el peto de su armadura y en la base de la corona que adornaba su cabeza.

—Padre. Mi dama Trimah. Mis amigos. Me honra presentarles al rey Dante, de Vinska.

Leah de inmediato efectuó un saludo protocolario que el rey devolvió cortésmente. Liam inclinó torpemente la cabeza. Feder se mostraba azorado y Vania sólo agitó su mano en un gesto de saludo. —Es un honor conocerles —dijo el rey Dante, con una voz que se imponía en todo el salón por su naturaleza profunda. —No hacen falta saludos formales, no estamos en una aburrida situación diplomática. Sólo siéntense, empiecen a comer y guárdenme un asiento.

Mientras todos tomaban un lugar, el rey siguió hablando: —Cuando escuché que el padre del *León de Piores* estaba aquí, sabía que debía verlo con mis propios ojos. ¿Realmente viajó desde Piores hasta aquí, señor Tamer? —Liam asintió antes de contestar: —Así es, majestad.

—¿Sólo para encontrarse con su hijo? —preguntó el rey, sentándose entre Liamder y Leah. —Capitán, ¿se da cuenta de lo que ha hecho su padre? Atravesó todo Handor, de sur a norte, para encontrarle. Si alguien hiciera eso por mí y me pidiera una explicación, definitivamente se la daría. Así que, por más que yo desee interrogar a la dama Trimah sobre la situación comercial de Thunderstone o el último movimiento de su demente monarca, y a pesar de que ya conozco su historia, capitán, creo que podemos hacer tiempo y escuchar sus razones para desertar del ejército de Thunderstone.

—Claro, majestad —dijo Liamder, volviendo su atención principalmente hacia su padre y Leah: —La situación entre Thunderstone y Vinska ha sido de tensión constante durante muchos años, fuera por abusos en tratados comerciales, limitaciones en las rutas de comercio e impuestos elevados por ambas partes. Pero con la aparición del monolito las cosas empeoraron. Dado que este no puede ser desplazado fuera del lago, las razones del rey Korman para apropiarse del cristal y la zona alrededor de Vinsniger han sido cada vez más desquiciadas. Los clérigos de Amur y toda organización religiosa en Thunderstone le han hecho creer que es su deber divino recuperar el cristal para la ciudad, arrebatándoselo a una comunidad de bárbaros, como ellos consideran que es Vinska. No hubo intentos de negociación con los embajadores de Vinska en Thunderstone y a todos los han puesto bajo arresto. A ciudadanos prominentes de Thunderstone, pero originarios de Vinska, también los han arrestado sólo para castigar su sangre vinskiana.

El golpe del rey Dante contra la superficie de la mesa espantó a todos los presentes: —Por más complicada que fuera la relación entre Vinska y Thunderstone en el pasado, nunca nos hemos desquitado con nuestra propia gente.

—La razón definitiva de mi deserción fueron las órdenes que recibí para reunirme con el comandante Armitage en el Vacío del Este y organizar una fuerza de invasión contra Menicia, con la intención de apoderarnos de la zona del lago y asegurar el cristal.

—¡Eso sería abiertamente una declaración de guerra! —exclamó Leah. —Las consecuencias serían terribles en todo aspecto: con la gente, el comercio y las naciones.

—Lo sabemos —dijo Liamder. —Incluso algunos de sus concejales en Thunderstone han intentado convencer al rey Korman de tomar otro camino. Yo mismo he tenido audiencias con él y he abogado a favor de la paz, pero ha sido inútil pues hay otros consejeros que están a favor de esta guerra. Tratar con ellos en nombre del rey ha sido muy difícil. Y yo no podía cumplir esas órdenes ni dejar que un ataque tan devastador cayera sobre una ciudad como esta: un pueblo de

pescadores, sin mayores defensas militares. Sería prácticamente una masacre. Por esa razón deserté.

—¿Y los soldados que quisieron..? —quiso preguntar Liam, pero se detuvo al ver como su hijo bajaba la mirada mientras la pena se acentuaba en sus hombros: —Alguien adivinó mis intenciones y trataron de arrestarme. Tuve que abrirme paso. Tuve que... Traté de detenerlos, de convencerles de rendirse y hacerse a un lado, pero... Soldados de Thunderstone, antes que nada. Su honor es primero... Yo mismo los había entrenado...

—Finalmente el capitán Tamer logró escapar y llegar hasta Menicia, atravesando los bosques de Bramur —interrumpió el rey Dante, notando la turbación en Liamder. —Obviamente no fue bien recibido. Siendo un capitán del ejército de Thunderstone en nuestro territorio fue inmediatamente arrestado y encarcelado aquí. Cuando me hicieron llegar las noticias de su aprehensión lo mandé traer a Vinska, nuestra capital, donde me expuso todo el asunto. Considerando que ya lo conocía personalmente por sus labores diplomáticas en nuestra tierra hace algunos años y tomando en cuenta el precedente que ya tenía de las acciones del rey Korman, no dudé en sus palabras. Procedimos a evacuar la ciudad y preparar sus fortificaciones para recibir el ataque. Su asistencia en este aspecto ha sido muy útil y bien recibida.

—¿Entonces planean enfrentar la invasión aquí? —preguntó Feder, a lo que el monarca asintió con un gesto. —Disculpe mi insolencia, majestad, pero hemos estado en el Vacío del Este. Conocimos al comandante Armitage y ellos ya están listos para emprender su marcha hacia acá.

—Les tomará más de una semana llegar —señaló el rey. —Tenemos tiempo para preparar nuestras defensas.

—No si usan la nave de Harrison —comentó Vania, mordiendo una manzana escandalosamente. —Con esa cosa podrían estar aquí mañana mismo.

—¿El capitán Bowen? —preguntó Liamder, sorprendido. —¿Está en el Vacío del Este? ¿Es parte de la invasión?

—Bueno, no exactamente. Iba en una misión con sus amigos dragones y nosotros hicimos que se desviara al fuerte. Supongo que, no sé, podrían obligarlo a integrarse al ataque viendo que nosotros nos hemos fugado y que la señorita Leah no regresó a Thunderstone con la caravana.

La expresión del rey Dante adquirió mucha seriedad conforme Vania hablaba. —Entonces hay que apresurar las defensas.

—La nave del capitán Bowen es fuerte, pero no lo suficiente para encabezar un ataque militar —señaló Leah.

—No tomaré ese riesgo.

—¿Por qué no solo se marchan? —la pregunta de Liam trajo silencio a la mesa y todos voltearon a verle. —¿Por qué no solo dejan la ciudad? Dejen que Thunderstone se quede con ese maldito cristal.

—Padre, no puedes... —quiso hablar Liamder, antes que el rey Dante lo interrumpiera: —¿Cree que esto es por el cristal, señor Tamer? ¿Cree que se trata de ver quién de nosotros toma control de un objeto que, puede o no, venir de los dioses para así convertirse en su heraldo en este mundo. No me interesa ese cristal en lo más mínimo. Podría hundirse en el lago, volar a los cielos o estallar en pedazos y no me importaría. Es el acto, señor Tamer. El acto de usar este fenómeno como excusa para apoderarse de nuestras tierras. Y si lo que dice su hijo es cierto, después de castigarnos a nosotros seguirá Bramur, por el simple acto de acoger refugiados de una guerra que ellos mismos han lanzado sobre nosotros. Así es que no, señor Tamer. No vamos a abandonar Menicia —diciendo esto el monarca se puso de pie. —Pueden descansar aquí el tiempo que deseen, pero les recomiendo marcharse lo más pronto posible o estén listos para hacerlo cuando

se dé el aviso de combate.

—Majestad... —empezó a decir Liamder mientras se levantaba, pero un gesto del rey lo detuvo. —¿Un padre atraviesa todo un continente al borde de la guerra para encontrar a su hijo y yo me lo llevo para preparar una batalla y defender una nación que ni siquiera es la suya? No soy esa clase de rey, capitán Tamer. Puedo tomar decisiones y organizar este combate por mi cuenta. Usted pase tiempo con su padre.

—Pero majestad...

—No soy su rey, Liamder. No me debe ninguna lealtad, aunque aprecio mucho su ayuda. Pero si tengo que ordenar u obligar que pase tiempo con su padre y sus amigos, lo haré. ¿Entiende?

Sin esperar respuesta, el rey Dante se despidió: —Sinceramente, desde mi corazón, fue un placer conocerlos y espero volver a verles —y con paso firme el robusto monarca salió de la sala, dejando a todos los presentes en un silencio profundo, roto finalmente por Liamder mientras relajaba sus hombros.

—Bueno, creo que eso nos da tiempo para ponernos al día.

—Creo que tal vez prefieras hablar con... —empezó a decir Liam cuando fue interrumpido por Leah. —Veo su intención, señor Tamer, pero tengo que revisar los caballos y preparar nuestras provisiones por si nos vemos en la necesidad de tomar la sugerencia del rey. Vania, Feder, ¿me ayudan, por favor?

—Claro —dijo Vania, poniéndose pie después de embolsarse un par de frutas y algunos cubiertos plateados en los bolsillos, antes de obligar a Feder a levantarse también. —Vamos, grandote, a atender a nuestros caballos. Creo que al mío le puedo llamar Feder Segundo, ¿qué opinas?

Discutiendo, elfa y naruano salieron del recinto, seguidos por Leah Trimah, dejando a padre e hijo solos en el salón. Liam se puso de pie mientras Liamder movía la cabeza, haciendo conciencia de cada palabra mientras la decía: —Quince años. Por Amur, padre, no nos hemos visto en quince años.

—Y tres meses —añadió Liam.

—¿Cómo dejamos pasar tanto tiempo?

—Dejamos que pasara, es todo. Ahora solo quisiera saber cuánto tiempo tendremos para tratar de compensarlo.

Su hijo se acercó y colocó ambas manos sobre sus hombros. —Lo que los dioses y este mundo en guerra nos quieran dar, padre.



El mundo y sus dioses les concedieron dos horas.

Habría sido casualidad, el momento de calma antes de la tormenta que se avecinaba o el rey Dante llamando la atención y dando órdenes a sus hombres. Tal vez fueron Feder, Vania y Leah manteniendo a la gente a la distancia, lejos de la sala del consejo. Quizá fue un favor de los dioses o algo más, pero el mundo les concedió dos horas en las que hablaron, recordando tiempos pasados y las constantes que nunca cambiaban:

—¿McBride sigue peleándose con su esposa?

—En cada oportunidad.

Hablaron del tiempo desconocido entre ambos. Los pormenores del viaje de Liamder hasta Ozur, sus primeros años de entrenamiento y de servicio en el ejército de Thunderstone. De su

consternación la primera vez que tuvo que tomar la vida de un hombre para salvar la propia. Hablaron de buenas y malas cosechas en Piores, de la llegada de Básiel y su familia al pueblo y la amistad naciente entre un granjero afable y un hombre esquivo.

Liam le mostró las cartas que había recibido durante los últimos quince años y le leyó algunos pasajes de la última, ante la mirada orgullosa de su hijo: —Laidier te enseñó a leer —le dijo.

—Como él te enseñó a ti —respondió su padre.

Hablaron de viajes. Liamder le describió las frías tierras del norte de Nobi, la zona fronteriza entre Handor y Jörmun, y las costas perladas de Las Tres Hermanas. Liam le describió la caravana de Benua, el lago de las Tres Cuencas, las planicies de Gunthabar y la tormenta que atravesaron en ella. Hablaron de amistades, viejas, nuevas o las que eran ambas a la vez:

—¿Conociste al maestro Thunderstone?

—Toda un alma serena al servicio de Toben.

—Sí, claro. Sin embargo, de haber sabido que cruzarías tu camino con ese rufián de Foullet, lo habría mandado a encerrar hace años.

—De no haber sido por él no había encontrado la caravana de Benua. Tal vez no estaría aquí ahora.

Presumieron armas. Liamder estaba maravillado por el acero naruano y los adornos de la hoja. Las probaron en amistoso combate, a mitad de la sala de consejo. Entre el continuo choque de aceros, Liamder estaba visiblemente impresionado por la agilidad y fuerza en los brazos de su padre. Su mente y corazón volvieron a los años cuando él era niño y, ante sus ojos, su padre era el ejemplo que deseaba seguir, su ideal a alcanzar. El que tenía una respuesta para todo y siempre sabía qué hacer. Quien daba el primer paso ante la incertidumbre y el desafío. El hombre más fuerte y valiente del mundo. Volvió a sentir que era su héroe.

Hablaron de Nayel. Sentados en el piso, a mitad del salón, recordaron a una esposa y una madre que los amaba por encima de todo. Que sufría en silencio cuando les veía discutir, pero que también tenía la fuerza de carácter para obligarlos a sentarse a la mesa y arreglar sus disputas. Casi siempre con pan y mermelada de tomate en medio. Recordaron el aroma a miel en su cabello, a pesar de lo gris que lucía; la suavidad de sus manos, aun castigadas por los quehaceres de la granja y el hogar. Hablaron de su sonrisa, la claridad de sus ojos y la suavidad de su voz. De su calidad presencia a través de la mesa, la que siempre dieron por sentada en sus vidas hasta la primera noche que ya no estuvo con ellos. Padre e hijo lloraron en silencio durante unos minutos. Aquel entonces y ahora.

—A veces creo que ella sabía que yo quería marcharme de Piores para ser soldado —susurró Liamder mientras su padre guardaba silencio.

El mundo les concedió dos horas. Tal vez habrían sido más si Liamder no le hubiera preguntado a su padre quién le había enseñado a manejar la espada. —Fue Feder, mi compañero de viaje, el naruano... ¡Por Amur, es cierto! —dijo Liam, dirigiéndose hacia a la puerta.

—¿Qué sucede, padre?

—No habría llegado hasta aquí sin su ayuda y como pago sólo me pidió hablar contigo, a solas, un par de minutos. ¿Puedes concederle esa gracia?

—Por supuesto. Cualquier cosa por el hombre que convirtió a mi padre en un formidable espadachín —ambos salieron en busca de Feder, encontrándole cerca, practicando movimientos de esgrima contra un par de postes, cerca de una taberna. —Siempre está practicando —comentó Liam a su hijo mientras se acercaban. —¡Feder!

El naruano interrumpió su entrenamiento y saludó a ambos; a Liamder en particular con un

saludo militar torpemente aprendido. —Capitán.

—Le dije a Liamder lo que me pediste a cambio de ayudarme y está listo para concedértelo ahora.

El rostro de Feder se ensombreció por un instante y volteó alternativamente de padre e hijo. —¿Ahora? ¿Está seguro, capitán? No es mi intención interrumpir.

—Escuchaste al rey Dante: tiempo de calidad con mi padre. Eso también significa conocer y agradecer a quienes le ayudaron a llegar hasta aquí. Y lo has entrenado bien, me ha costado trabajo ganarle.

—Con el debido respeto, capitán, con algo más de entrenamiento estoy seguro de que su padre podría ganarle sin problemas.

—No me avergüences, Feder, pero sí, eres un excelente maestro. Les dejo para que puedan hablar. Sirve que busco a Vania para que también la conozcas. Solo deja tus bolsillos bien cerrados, ¿de acuerdo?

Liamder sonrió y despidió a su padre, quien se alejó entre las calles de Menicia. —Bueno, creo que este es un buen lugar para platicar —dijo Liamder probando la puerta de la taberna, encontrándola abierta. —Tal vez hallemos algo de cerveza, ¿Qué le parece?

—Capitán, no se sienta obligado a hacer esto —dijo Feder, ligeramente perturbado. —Acompañar a su padre fue un honor.

—Tonterías, vamos —dijo Liamder, empujando ligeramente a Feder al interior de la taberna. El lugar se encontraba vacío, con sus mesas y sillas dispuestas en el orden habitual. Liamder se acercó a la zona detrás de la barra y donde reposaban algunos barriles de cerveza, mientras Feder cerraba la puerta tras de sí. Después lanzó un profundo suspiro mientras colocaba la viga de madera que servía de seguro.

Liamder golpeó ligeramente los barriles, esperando escuchar el singular sonido que indicara la existencia de líquido en su interior. —Creo saber qué es lo que quiere, Feder. Tal vez un favor, una clase de cargo o trabajo, o ingresar directamente al ejército de Thunderstone, pero se dará cuenta que ya no estoy en posición de conceder esa clase de favores.

Feder se acercó lentamente hacia el capitán, desenvainado su espada lentamente y en silencio. —Capitán Tamer...

—Pero me sentiré honrado de escribirle una carta recomendando sus habilidades. Aunque sea firmada por un capitán desertor, tal vez pueda ayudarle. Es lo menos que puedo hacer por la ayuda que le prestó a mi padre.

—Capitán Tamer. No haré esto de espaldas, a traición. Por favor, voltéese.

La seriedad en la voz de Feder alertó a Liamder y se dio vuelta para encarar al naruano, con su espada desenvainada y en posición de guardia. —Saque su espada.

—¿Qué significa esto, Feder? —preguntó Liamder, tratando de sonar tranquilo.

—Su espada, capitán. No lo pediré de nuevo.

En silencio, aun perturbado por la situación ante sus ojos, Liamder desenvaino su espada larga, de acero thunderiano, el mejor que podía forjarse en Handor. El propio Feder la admiró por un momento. —Es hermosa.

—¿Realmente quieres verla manchada con tu sangre? ¿Crees que por haber ayudado a mi padre no me defenderé?

Feder, de manera casi imperceptible, se relamió los labios. —Sinceramente espero que lo haga, capitán —y susurró en voz baja, casi para sí mismo, una oración: *Isa, señor de Narur, atestigüa mi obra*, antes de arrojarla contra Liamder.



Liam no encontró a Vania tan fácilmente como a Feder. Caminó entre las calles de Vinska, algunas desérticas, otras mostrando grupos de soldados preparando provisiones y armas. Vio a estos aumentar en cantidad conforme se acercaba a la zona de los puertos, donde algunos barcos de batalla vinskianianos estaban siendo alistados para zarpar cuando fuera necesario. Eran fragatas grandes y fuertes en su construcción, aunque toscas en apariencia. Liam caminó por los puertos sintiendo un ligero pesar por aquellos hombres, preparándose para un destino incierto. Se sintió avergonzado al darse cuenta de la discreta alegría que le daba el saber que su hijo no estaría entre ellos cuando llegara ese destino. Era un alivio saber que el propio rey Dante pensaba igual que él: esta no era su guerra. De ninguno de ellos; Feder, Vania, Leah, ni de cualquiera de los Tamer.

No se dio cuenta en que momento tuvo el cristal del lago Vinsniger a la vista. Había caminado hasta llegar a la zona de los embarcaderos, deteniéndose en uno de los puentes que conectaban esa zona con los muelles. Desde ese punto tenía una vista directa y clara del cristal, flotando a la mitad del lago y girando sobre su propio eje, sin perturbar sus aguas. El sol no se reflejaba en su oscura superficie, más bien parecía absorber la luz en su interior. Permaneció unos minutos apoyado en el puente, mirando fijamente hacia el cristal.

No eres nuestro problema, pensó Liam. Nunca lo has sido ni lo serás. No importan tus motivos ni tu existencia. Nosotros nos iremos y los demás se quedarán para derramar su sangre por ti. La sangre de hermanos, padres e hijos: La sangre de semejantes, cambiando el tono azul del lago por uno rojo, hasta que no quede nadie ni nada. Solo la opción de volver a empezar, esperando hacerlo mejor una sexta vez.

Pero no esta ocasión. No lo permitiré. Y tú vas a ayudarme, ¿cierto? Para eso viniste. Sólo baja la vista, toma a tu hijo y váyanse. Sin mirar atrás. Sin voltear a mirarme.

Liam se dio cuenta que no estaba respirando y que sostenía entre sus manos su espada desenvainada, brillando en resplandores grises y dorados sobre los adornos de la hoja. Intentó soltarla, pero su mano no parecía responderle. Levantó la vista hacia el cristal y cerró los ojos cuando, en su superficie y a pesar de la distancia, pudo reconocer una escena que lo llenó de horror. Pero al cerrar sus ojos, dicha imagen apareció con mayor claridad en su mente: El interior de una taberna. Solo dos personas dentro. Liamder, de rodillas en el suelo, y Feder, con su espada, atravesando el cuerpo de su hijo.

Liam sintió que gritaba con todas sus fuerzas, pero ningún sonido salió de su garganta, hasta que los adornos de su espada emitieron un intenso fulgor antes de desvanecerse. Fue cuando su grito se convirtió en el de Vania, llamándole desde una de las calles de la ciudad:

—¡Liam! ¡¡Liam!! ¡Son Feder y Liamder! ¡Están peleando! ¡Algo les está pasando!

De nuevo la misma sensación. En la base de su estómago.



Liamder no había exagerado cuando dijo que le había costado trabajo vencer a su padre. También se dio cuenta que Feder no había mentido cuando dijo que, con un poco más de entrenamiento, su padre podría derrotarlo. Feder tenía ese *poco más* de entrenamiento. En el pasado había leído sobre técnicas de esgrima naruana y las había practicado un poco: los estoques, las defensas firmes, la agilidad para convertir una defensa o un bloqueo en un ataque con sólo el giro de una muñeca y la correcta inclinación de la espada. Y se sentía orgulloso de haberlas entendido y asimilado en su momento.

Ahora, combatiendo a un espadachín que había crecido bajo esa escuela toda su vida, se daba cuenta que realmente no había aprendido nada. Seguía sorprendiéndole la agilidad de aquel guerrero; la rapidez con que movía su sólida corpulencia y con la que intercambiaba defensas y ataques mientras sostenía el filo de su propia espada con su mano enguantada; los intentos de sujetarlo con brazos y codos cuando se acercaba en sus lances, junto con las patadas que arrojaba a sus rodillas para desbalancearlo. Además estaba la fuerza que el naruano imprimía en cada golpe, resintiéndola a través de su espada y hasta sus hombros. La conclusión era clara para Liamder Tamer: no duraría mucho tiempo a ese ritmo.

Por su parte, a Feder le sorprendía la resistencia en el estilo de esgrima de Thunderstone. En el pasado lo había criticado cuando lo veía desde fuera, pero había aprendido a apreciarlo durante el tiempo que pasó entrenando junto con los hombres del capitán Bowen, a bordo de la *Doragon*. La rigidez y la fuerza eran características de ese estilo. Cada golpe buscaba ser fatal, cargado con la fuerza del espadachín en cada movimiento y perfectamente canalizada hacia la hoja, además de sus posturas firmes. Penetrar sus defensas era aún más difícil; golpear el acero de Liamder era como impactarse contra un poste de hierro. Y también pudo darse cuenta que el capitán Tamer conocía algunas técnicas de esgrima naruana, las suficientes para permitirle esquivar sus ataques más ágiles y sus intentos para desequilibrarlo. Entendió entonces que la pelea la ganaría quien se agotara primero o cometiera el primer error.

Liamder lo cometió al no considerar sus alrededores. Feder, manteniendo su defensa tras un ataque del capitán, empujó una silla de la taberna con su pierna, golpeando un costado de su oponente, quien se dobló lo suficiente para permitirle al naruano girar su muñeca y golpearle en la cabeza con el canto de la espada. Liamder intentó devolver el golpe, pero Feder ya se había acercado para rodearle el cuello con el brazo. Abrió el compás de sus piernas hacia atrás y giró la cadera para derribar a Liamder contra algunas sillas y la base de una mesa, terminando en el suelo. De inmediato el capitán se puso de rodillas para bloquear un golpe de Feder sobre su cabeza, pero aquello le dejó expuesto a una patada del naruano contra su pecho, derribándolo de espaldas al piso. Cuando intentó levantarse, la punta de la espada de Feder ya se apoyaba contra su cuello. Liamder trató de analizar rápidamente sus opciones; que tan rápido podría apartar la espada de Feder con un golpe de la suya, rodar hacia un lado o atacarle desde el suelo. Pero una mirada a los ojos de naruano le permitió saber que éste también estaba preparado para todas esas opciones.

—¿Por qué? —le preguntó a Feder, aprovechando para recuperar el aliento, pues al parecer el naruano no pretendía matarle aún. —¿Por qué, Feder?

De repente el rostro de Feder, sereno durante el combate, empezó a temblar, sin perder fuerza en su voz y en su mirada mientras hablaba: —No tiene idea de las fuerzas detrás de esto, capitán. Las noticias corren rápido en la comunidad de mercenarios, pero ésta prácticamente volaba. A pocos días de su desertión la recompensa por la cabeza del *León de Píares* ya había viajado desde Thunderstone hasta Narur. ¡Había atravesado todo el continente! —la voz de Feder comenzó a quebrarse, igual que su rostro, evidente por la tensión en sus labios y quijada. —¿Qué clase de maldad puede darle semejante impulso a una empresa tan oscura?!

—La avaricia suele ser suficiente —dijo Liamder, prestando atención a los golpes que se escuchaban tras la puerta de la taberna. Feder, al parecer, no los había escuchado.

—¿Usted no lo vio a los ojos! ¡No escuchó su voz, susurrando en su cabeza, recordándole lo que ya se había propuesto olvidar!

—¿De qué estás hablando?

—Su padre... Liam... Su padre salvó mi vida... En Gunthabar...

—¿Y así es como vas a pagarle? —Feder presionó la punta de su espada contra el cuello de Liamder y el capitán ahogó la sensación de dolor por la hoja empezando a penetrar su piel. — Tus dioses son testigos de tu obra, naruano —susurró. —Actúa.

Feder se estremeció tanto que la espada empezó a temblar en sus manos. La hizo a un lado antes de empezar a respirar agitadamente, cubriéndose un lado de la cabeza con una mano, como si tratara de acallar los golpes a la puerta de la taberna o tal vez algo más que nadie podía escuchar. Finalmente el naruano, sudando por todo su cuerpo, levantó su espada y la dejó caer con furia, lanzando un grito desesperado.

Cuando la puerta cedió y la guardia de Vinska pudo entrar —seguidos por Liam y Vania—, la escena dejó paralizado a todos. Incluso a Liamder, aun sobre el suelo y respirando pausadamente mientras Feder destrozaba, a golpes de su espada, la mesa más cercana.



—No estábamos haciendo mucho ruido en la carreta, ¿recuerdan? En el Vacío del Este. Estábamos amontados bajo las mantas y entre las cajas. Realmente callados y quietos, esperando a salir del bastión. Pero sí estábamos nerviosos. Yo estaba muy nervioso. Atento a todo a mi alrededor; a Vania, casi montada sobre mi espalda, el brazo de Liam cerca de mi costilla, el gigantón de Prosky atrás de nosotros y el peso general de todos y la manta que nos cubría casi empujándome contra el piso de la carreta. Desde ahí, levantando un poco la orilla de la manta, podía ver el costado del carromato y los agujeros formados entre los nudos de la madera, permitiéndome ver un poco del exterior y a las tropas yendo de un lado a otro, haciendo sus preparativos.

»Y entonces pasó aquella figura. Cubierta con una túnica color vino. Se detuvo justo en el espacio para bloquear mi vista a través del agujero. De repente volteó y... Les juro por toda el agua en los oasis de Narur que pudo verme a través de ese hoyo. Me vio, agazapado entre dos cajas y bajo una manta que no me atrevía a usar para ocultarme. Me vio directamente a los ojos y podría jurar que estaba sonriéndome. Yo permanecí en tensión, esperando que hablara, gritara, diera la voz de alarma o hiciera algo. Pero no. Sólo se quedó ahí. Mirándome.

»Y de repente recordé vívidamente lo que me había prometido olvidar. El plan que empecé a fraguar cuando supe, en la caravana de Benua, que Liam estaba buscándole, capitán. ¿Cuáles eran las posibilidades de que semejante oportunidad cayera en mis manos? El padre de un hombre buscado bajo una enorme recompensa también está en su búsqueda y no se detendría ante nada para localizarlo. Así que podría seguirlo. Unirme a su campaña. Asegurarme de que llegara a su destino y, cuando tuviera oportunidad de estar a solas con él... Solo diez minutos, más que suficiente para matarlo y escapar.

»Y entonces... Gunthabar... Un pobre granjero al que había empezado a enseñarle el uso de la espada. Que me respetaba más como guerrero que como mercenario. Ese humilde hombre salvó mi vida y evitó que me vendieran como esclavo. ¡Por Hala! Un espadachín naruano convertido en esclavo, hubiera preferido morir. Pero su padre, capitán Liamder, su padre, a quien Vania y yo en algún momento intentamos perjudicar, arriesgó su vida por nosotros. ¿Cómo podría retribuirle así a alguien que había hecho eso por mí? No. No podía hacerlo y me juré que no lo haría, bajo ningún motivo. Y nunca le contaría a nadie mis intenciones originales para unirme a su viaje, Liam.

»Hasta esa noche. En la carreta. Cuando miré esos ojos a través de la madera. ¡Esos malditos ojos!

Feder empezó a gritar en una grotesca mezcla de coraje, lamento y frustración, mientras inclinaba su cuerpo hasta donde lo permitían las cuerdas que lo sujetaban a una silla de la taberna. Los guardias que lo flanqueaban se pusieron en alerta, pensando que en cualquier momento el naruano se liberaría y empezaría a atacar. —Esos malditos ojos —repitió Feder, ahora en un tono de voz que para todos los presentes en la taberna —Liam, Vania, Liamder, Leah, el rey Dante y algunos guardias— les pareció más el de un animal herido.

Leah se alejó unos pasos y Liamder se acercó a ella. —¿Qué sucede? —le preguntó a la dama Trimah.

—Novak Nikavom. Justo antes de salir del bastión. Una túnica color vino. Su consejo de atravesar el bosque con ayuda de Azevrec. Todo encaja. Nikavom quería que llegáramos aquí para que Feder te matara. Él sabía que la intención de Liam era llegar hasta ti y que la de Feder sería acompañarlo.

—¿Eso justifica que intentara matarme?

—No, eso lo explica. Cómo logró influir en Feder, aún no lo imagino.

—Yo me explicó otras cosas ahora.

—¿De qué habla, capitán? —preguntó el rey Dante, acercándose a ellos.

—¿Hace cuánto Novak Nikavom es concejal del rey Korman? ¿No desde entonces se ha agravado la situación entre Vinska y Thunderstone? ¿No desde entonces las decisiones del rey Korman han sido más extremas? Leah, tú has estado en las reuniones de concejo, acompañando a tu padre. ¿Quién es el que nunca falta? ¿Quién es el que siempre está a lado del rey, susurrándole en el oído, literal y figurativamente? Él ha estado presente, hablando en nombre del rey, en todas las reuniones donde tratamos de convencerlo para no conducir esta situación a una guerra.

—¿Qué ganaría con eso y qué obtendría con hacerle asesinar, capitán? Suponiendo que él pusiera la recompensa sobre su cabeza.

—No tengo idea, majestad, pero...

El repentino sonido de un golpe interrumpió a todos. Cuando voltearon vieron a Vania tratando de evitar que Liam diera un segundo golpe en el rostro de Feder. —¡¡Confíe en ti, Feder!! ¡Confíe en ti y tú ibas a matar a mi hijo!

—¡Liam, detente, no fue su culpa! —suplicó Vania. —¡Alguien lo oblig..!

—¡¿Escuchaste porque nos abordó en Lital, Vania?! Tú tenías razón, no era confiable. Nunca lo fue. Desde el principio tuvo la intención de matar a mi hijo. Feder, si no hubiéramos aceptado tu oferta de acompañarnos, ¿nos habrías seguido hasta aquí?

—Lo siento, Liam —balbuceó Feder. —Lo siento...

—¡No me interesan tus disculpas, maldito embustero! ¡Debí dejarte en Gunthabar! ¡Debí dejar que esos bandidos te vendieran como esclavo! ¡Que te hundieran en el lodo como el animal que eres!

Vania se estremeció al escuchar esas palabras y soltó a Liam por reflejo, dejando que este cayera sobre Feder con una serie de golpes, interrumpidos cuando Liamder empleó toda su fuerza para apartarlo. —¡Ya basta, padre, basta! ¡Es suficiente!

—¡Suficiente, estoy de acuerdo! —exclamó Liam, librándose del abrazo de su hijo y volteando a verle con una expresión que asustó al propio capitán. —Quiero hablar contigo, Liamder. Ahora —y después se encaminó hacia uno de los almacenes, al fondo de la taberna, dejando a Liamder confundido durante unos segundos, hasta que el rey Dante le habló:

—Vaya con su padre, Liamder. Yo ordenaré que lleven a Feder a la cárcel de la ciudad. Tal vez podamos averiguar si sabe algo más de las intenciones de Nikavom.

Liamder asintió, pero espero unos minutos hasta que los soldados liberaron a Feder de la

silla y lo arrastraron fuera de la taberna, seguidos por una preocupada Vania mientras Leah y Dante salían tras ellos, discutiendo las acciones a tomar.

Liamder entró al pequeño almacén, saqueado ya hasta el último de sus cajones y barriles. Su padre lo esperaba en el centro de la habitación, con los brazos a los costados y mirándole fijamente.

—Padre, sé cómo te sientes, pero afortunadamente Feder se detuvo a sí mismo. Eso habla bien de él. Y yo me encuentro bien. Además este incidente nos ha arrojado luz sobre...

—Vine por ti, Liamder. Vine a llevarte a casa. A nuestra casa. No aceptaré tu negativa ni ninguna otra excusa. Nos vamos. Ahora.

V

—No hablas en serio.

—Esta no es tu guerra, Liamder. El propio rey Dante lo ha dicho. Esta nunca fue tu guerra.

—¡Tengo una responsabilidad, padre!

—¿Con Thunderstone? ¡Desertaste de su ejército, ya no perteneces a ellos! ¡Y aquí no te necesitan!

—¡Padre, no puedo irme así como así!

—¿Cómo, entonces? ¿Cómo quieres regresar a casa? ¿En una mortaja? ¿O quedarte aquí en una lápida sin nombre?

—Padre, escúchame: esto es más importante que cualquiera de nosotros.

—¿Qué puede ser más impórtate que tu familia, Liamder? ¿Qué tu propia vida?

—¡Handor, padre! ¡Handor es más importante!

—Handor no te llorará si algo te ocurre.

—¿De eso se trata todo? ¿De cómo te sentirías tú si algo me pasara?

—¡No voy a pasar por ese dolor de nuevo, Liamder! ¡Ya lo sufrí una vez!

—¿Y crees que yo no?! ¡Yo también atendí a mi madre en su enfermedad! Yo también la vi yacer muerta en su cama y sobre la pira funeraria. Pero a diferencia tuya, yo no me encerré en ese dolor. También por eso me fui. No sólo por mi deseo de ser un soldado, sino porque tu maldita expresión me la recordaba siempre, y no me refiero a recordar su vida, sino su muerte. No puedo recordar si alguna vez sonreíste después de que falleciera. No puedo recordar mucho de ti en los años antes de marcharme. ¡Por Amur, padre! Pasan quince años sin que sepa nada de ti y de repente apareces para pedirme., no, para exigirme que regrese contigo y vuelva a sumergirme en un dolor del que escapé porque te sentirías mal si algo me pasara. ¿Cómo crees que me siento yo, pensando en que algo me puede ocurrir y entonces sí te dejaría solo? ¿Cómo crees que me siento al verte aquí, recordándome esa idea constantemente? ¿Cómo puedo defender a Thunderstone y a Vinska, al rey Korman y al rey Dante, a mis compañeros del ejército de Thunderstone o a los nuevos que he hecho entre las tropas de Vinska, a Leah, Vania, incluso a Feder, si tu presencia sólo provoca que me preocupe por ti. ¡Maldición, padre, ¿para qué viniste?!

—Ya te lo dije. Voy a llevarte a casa —respondió Liam, desenvainando lentamente su espada. Liamder trató de mantenerse sereno viendo la expresión decidida de su padre, así como el ligero brillo que manaba su acero. Tal vez un reflejo de la luz que se filtraba por la ventanilla del almacén.

—¿Vas a terminar lo que empezó Feder?

—Haré lo que sea necesario, hijo —dijo Liam, sosteniendo su espada en posición de ataque. Liamder respiró profundamente y, con lentitud, desenvainó su propia espada, sosteniéndola en alto frente a su padre.

Y entonces la soltó, dejándola caer al suelo ante la mirada atónita de Liam. De inmediato el ex capitán del ejército de Thunderstone se puso de rodillas, con los brazos colgando libres a los costados y su mirada fija en la de su padre. —Entonces hazlo —le dijo. —Llévame a casa. Por

cualquier medio necesario, menos el de mi voluntad.

La espada de Liam empezó a temblar en sus manos, siguiéndole sus brazos y el resto de su cuerpo. Intentó levantarla un par de veces, pero el acero parecía pesarle el triple. —¡Levántate! —le gritó a su hijo. —¡Maldita sea, Liamder! ¡Levántate!

—Haz que me levante, padre. Haz que te siga hasta Piores, pero entiende que lo que lleves de regreso allá te perseguirá el resto de tu vida.

Liam, ahogando un rugido entre sus dientes, levantó su espada, sosteniéndola en el aire ante su hijo arrodillado, con sus ojos fijos en los de Liamder. Sus piernas lentamente cedieron y cayó de rodillas al piso. Su espada resbaló de sus manos hasta el suelo. Liam apretó sus manos contra la madera del piso mientras empezaba a llorar en silencio. Liamder, sin ocultar su propia tristeza, se puso de pie. Tomó su propia espada y se dirigió a la puerta de la bodega. —Mañana te marchas —le dijo a su padre. —Tú, Leah, Vania, incluso Feder, si acaso deseas desquitarte tu frustración con él de alguna forma. Mañana se van, antes de que todo empeore.

—Liamder, por favor —imploró Liam. —Regresa conmigo. Vámonos a casa. ¡Te lo ruego, hijo! ¡Por favor!

—Handor es primero, padre —respondió Liamder, con su voz empezando a quebrarse en su garganta. —No quiero volver a verte. Me hieres, padre. Tu sola existencia me hiere.

Sin decir más Liamder salió de la bodega, alejándose de la imagen de su padre suplicante, de los golpes que este empezó a dar sobre el suelo y el brutal llanto que le siguió. No se detuvo hasta salir de la taberna, donde finalmente sus fuerzas le abandonaron. Se recargó en la puerta, dejándose caer lentamente hasta quedar sentado en el piso, ocultando con el frío de la tarde el estremecimiento en sus hombros y las lágrimas en sus ojos.

No levantó la cabeza hasta que sintió la proximidad de Leah, mirándole con una compasión infinita mientras le extendía una mano para ayudarlo a incorporarse. Por un segundo Liamder trató de recordar si había existido algún momento en que ella lo hubiera visto tan vulnerable, o al menos de rodillas, preso de un dolor indescriptible. Finalmente dejó de preguntárselo y tomó la mano que Leah le extendía, poniéndose de pie sin soltarla antes de estrecharla entre sus brazos, sintiendo un profundo alivio cuando ella le devolvió el gesto. Permanecieron abrazados varios segundos antes de que el capitán desertor de Thunderstone se apartara un poco para revisar entre sus ropas, extrayendo una carta arrugada y maltratada, pero con el sello lacado aun intacto y el nombre de la dama Trimah escrito al frente. La depositó con solemne cuidado entre las manos de Leah.



La noche pasó fría y rápidamente en Menicia, y Vania permaneció en vela todo el tiempo, ocupando el puesto de vigía en una de las torres de la ciudad, después de convencer al guardia en turno de que ella haría su trabajo y él podría dormir sin problemas. Y lo hizo. La elfa permaneció sobre el techo de la torre, mirando hacia el lago; sus aguas tranquilas, las barcas de pescadores abandonadas, mezclándose con los navíos de guerra y el cristal, que mantenía su constante rotación. Contó en silencio el tiempo que le tomaba al monolito dar una vuelta completa —casi veintiún minutos— mientras su propia mente daba otros giros por su cuenta.

Podría tomar el camino más fácil y al que ya estaba acostumbrada; dar media vuelta y correr. Alejarse y desaparecer cuando las situaciones se complicaban. Pero, ¿a dónde? Por primera vez se realizaba esa pregunta: ¿A dónde huir? ¿De vuelta a Thunderstone? ¿A Lital, a Narur, a las tundras de Nobi, a los bosques de Bramur? ¿A Piores? En general deseaba huir a

cualquier lugar donde la sombra de una guerra entre naciones, la furia de Liam o la imagen lastimera de Feder no la persiguieran. ¿Existía acaso un lugar así?

Apretó su cabeza entre sus manos y cerró los ojos con fuerza, pensando en ello. Cuando los abrió vio el alba de un nuevo día surgir por el este de Handor, opacado por el cristal del lago Vinsniger en su rotación constante. Entonces, en un determinado punto de su movimiento, el cristal le mostró un reflejo que capturó su atención y le obligó a voltear hacia la fuente, para asegurarse que no imaginaba cosas.

Las nubes del sureste se movían de manera extraña, apartándose como si una fuerza superior e imponente las empujara, abriéndose paso hacia Menicia. Cuando dicha fuerza y su superficie de madera y metal se abrió paso a través de las últimas nubes, Vania ahogó un grito de angustia y saltó al interior de la torre de vigilancia para hacer sonar la campana con todas sus fuerzas, despertando violentamente al guardia que dormía bajo esta.

El sonido alertó a los soldados que realizaban sus rondas matinales por las calles; al rey Dante, quien había pasado la noche en vela trazando planes y esperando que la única sangre derramada en aquel conflicto fuera la suya; a Feder, encadenado a un muro en la cárcel de Menicia; a Leah y Liamder, descansando bajo las sábanas de una misma cama; y a Liam, sentado en silencio en la bodega de la taberna, con su espada apoyada sobre sus muslos.

Cuando todos los soldados voltearon hacia el punto que Vania señalaba al suroeste, la noticia corrió entre todos los seres vivos de Menicia: la nave aérea de combate *Trueno de Roca* se abría paso a través de los cielos de Vinska.



La ciudad cobró una vitalidad inesperada; las tropas se movieron, mayormente por tierra y algunas empezando a abordar las embarcaciones. Y con ese movimiento una idea general también empezaba a correr entre todos: ¿enfrentar a la nave de guerra más fuerte de Thunderstone con sólo infantería y algunos bergantines? Liamder trató de no pensar en eso mientras se alistaba tan rápido como podía, igual que Leah. —Quiero que tomes tus caballos y partan de aquí. Llévate a...

—No hasta saber qué sucede y haber hablado con Nikavom —le interrumpió Leah.

—No discutas ahora, esto es dema...

—No eres capitán aquí, Liamder, ni yo estoy a tus órdenes. Ahórrate la discusión y mejor pensemos qué hacer cuando estemos frente a Novak.

—¿Cómo estás tan segura de que él viene en la nave?

—La *Trueno de Roca* es la nave de guerra más poderosa en todo Handor y no se mueve sin que el rey de Thunderstone de la orden. Ahora la están usando para atacar una ciudad pesquera que tiene una nula capacidad de contraataque y sin obtener ningún otro beneficio más que estar cerca de ese maldito cristal. ¿Quién crees que convenció al rey Korman de que eso era buena idea?

Liamder no supo cómo rebatir esa idea y tomó una espada corta que reposaba en un rincón de su cuarto. —Al menos prepárate —le dijo a Leah mientras le extendía el arma.

Cuando ambos salieron de la casa que Liamder había adoptado para sus aposentos en Menicia, el propio rey Dante, ataviado con una gruesa armadura y cargando un pesado mandoble a su espalda, escoltado por un batallón de veinte soldados vinskianos, ya marchaban sobre la calle, dirigiéndose a la salida de la ciudad. En pocos minutos los alcanzaron en sus propios caballos.

—Recuerdo lo que le dije ayer, capitán —comentó el rey al verlos acercarse. —Y lo

sostengo. Esta no es su guerra.

—Handor es primero, su alteza —contestó Liamder, tratando de no pensar en la escena con su padre el día anterior. —Handor es primero.

El rey Dante no ocultó la satisfacción que sintió al escuchar esas palabras. —Vayamos a su encuentro entonces.

El grupo salió de Menicia, marchando en silencio hacia donde había aparecido la nave. Vania, en su propio caballo, se unió a ellos en un instante. —¿Y Liam? —le preguntó Leah en voz baja, tratando de que Liamder no las escuchara. Vania negó con la cabeza —No le he visto desde anoche.

El grupo, reforzado a su paso con más de una docena de soldados, avanzó hacia la gigantesca nave perfilada sobre el cielo y que se mantenía flotando a más de sesenta cuerdas de los límites de la ciudad. De sus escotillas de quilla se desprendían plataformas que iban descargando continuamente tropas de Thunderstone, comenzando a alinearse sobre las colinas. Alrededor de treinta hombres, oscurecidos bajo la sombra de la gigantesca nave, se desprendieron de dichas formaciones y avanzaron hacia la comitiva que se acercaba. Ambos grupos se encontraron bajo la sombra del cristal del lago Vinsniger, proyectada por el sol de la mañana elevándose sobre el horizonte. Siguiendo el protocolo para este tipo de situaciones, la mayoría de las tropas guardaron distancia mientras líderes y gente de confianza se acercaban en sus monturas a parlamentar. Del lado de Menicia se acercaron el rey Dante, Liamder, Leah y Vania. Del lado opuesto vieron aproximarse al rey Korman, de Thunderstone, una figura alta y desgarbada cuya tensión de regir el imperio más próspero de Handor se notaba en las marcas amarillas de su piel, en las líneas de su rostro, su cabello enmarañado bajo la corona y el peso de la armadura empujando sus hombros hacia el suelo. A su izquierda el comandante Cano Armitage acompañaba al monarca, luciendo atento a sus alrededores y ligeramente sorprendido cuando reconoció a Liamder Tamer a la derecha del rey Dante. Y a su derecha, ataviado con su infaltable túnica color borgoña, Novak Nikavom le dirigió al grupo un saludo formal y una sonrisa cargada de falsedad.

—Rey Korman, de Thunderstone, reconozco tu presencia —dijo el rey Dante, comenzando el parlamento.

—Rey Dante, de Vinska, reconozco tu presencia —respondió el aludido, con una voz que parecía arrastrase lastimeramente.

—Lo que no reconozco es tu falta de sentido común y tu exceso de confianza al esgrimir tu nave de guerra más poderosa sobre una humilde ciudad de pescadores.

—Menicia me es indiferente, Dante. El motivo de la presencia de la *Trueno de Roca*, así como la mía, es reclamar lo que pertenece a Thunderstone por derecho divino.

—A mí, en cambio, lo que me es indiferente es ese maldito cristal y su origen. Pueden llevárselo si quieren, pero dado que ninguna fuerza puede acercársele o desplazarlo fuera de su posición actual sobre nuestro lago Vinsniger, no hay nada que podamos hacer al respecto.

—¿Entonces debemos conservarlo aquí, en esta tierra de bárbaros? —la voz de Korman no ocultaba cada gesto de repudio y desprecio que su rostro reflejaba. —¿La bendición de los dioses en manos de una tierra de gente sucia e impura?

—¡Mide tus palabras, rey de Thunderstone! —rugió Dante. —¡No creo que tu consejero avale semejante comportamiento, si acaso aconsejarte es su genuino deber!

—Las peticiones de ceder el territorio del lago se hicieron por todos los canales adecuados y con todas las formalidades posibles —aclaró Nikavom, imperturbable.

—¿Debo ceder entonces parte de Vinska, sólo porque nos lo han pedido cortésmente?

—¡Y porque es la voluntad de los dioses! —aulló el rey Korman.

—¿Ni siquiera sabes si este objeto es producto de los dioses! Tú y tus sacerdotes, magos y académicos son bienvenidos para venir a estudiarlo.

—¿Bajo su ojo escudriñador, rey Dante? —intervino Nikavom. —¿Esperando descubrir sus secretos antes que nadie y ver como poder usarlos en nuestra contra o ante cualquier otra nación que se oponga a sus deseos?

—¿Por qué clase de persona me ha tomado, consejero?

—Ya ha logrado poner de su lado a dos figuras destacadas de nuestro imperio; un capitán de nuestro ejército y a la hija de uno de nuestros líderes comerciantes más prominentes. Probablemente mediante subterfugios, promesas falsas o artes más oscuras.

—No suponga sin fundamentos, consejero —dijo Liamder. —No hablo por la dama Trimah, pero mi decisión de desertar fue profunda y largamente razonada.

—¡¡¿Cómo te atreves a abrir tu infame hocico?!! —rugió Korman, escupiendo gruesas gotas de saliva oscura. —¡¡¿Cómo, después de haber huido como un cobarde en la noche, arrastrándote como un animal y asesinando a buenos hombres?!!

—Con el respeto que todavía me merece, rey Korman— dijo Liamder —, a esos hombres yo mismo los entrené. Conocía sus nombres y a sus familias. Sus fantasmas me acosaran en sueños el resto de mi vida.

—Probablemente no sea tanto —comentó Nikavom.

—¿Un comentario totalmente fuera de lugar, consejero! —intervino Leah.

—¿Usted es quien está fuera de lugar, mi señora! —rugió Nikavom, fijando su mirada en Leah, profunda y cargada de enojo, pero sin alterar la apariencia relajada de su fisonomía. —¿Tomando partido contra su nación motivada por el interés lujurioso que le provoca este hombre! —dijo señalando a Liamder. —Si sus padres pudieran verla ahora...

—No estamos aquí para arrojar insultos y agravios entre nosotros —intervino Cano Armitage. —Si logramos parlamentar con razón y control no habrá motivos para proceder con lo que, hasta ahora, nos parece inevitable.

—Cano —intervino Liamder, corrigiendo de inmediato sus palabras: —Comandante Armitage, me alegra mucho escuchar eso. Si alguien puede comprender la fragilidad en la que se encuentra ahora la Coalición de Naciones, es usted. Se lo ruego, detenga esta locura.

—¿Y todavía tiene la osadía de hablar como si el máximo regente de Thunderstone no estuviera aquí? —dijo Nikavom, fijando su mirada en Liamder, quien no pudo evitar un ligero estremecimiento en la base de su nuca. —¿No cree que si alguien puede detener esto sería el rey Korman? ¿Acaso pretende sembrar semillas de discordia en nuestro comandante más honorable?

—Yo... No era esa mi intención.

—Pude conocer a su padre, señor Tamer. Un hombre dedicado a una noble misión en beneficio de su hijo. Una pena que su sensatez no le fuera heredada.

—¿No se atreva a hablar de mi padre!

—¿Dónde se encuentra ahora? ¿Lo mandó lejos cuando supo a lo que venía? ¿Su ambición por convertirse en héroe, de Vinska o de Handor, lo cegó tanto que no pudo escuchar las sabias palabras de su padre? ¿Sus súplicas?

—Basta, consejero.

—Si todos tuviéramos una voz de conciencia como la del señor Liam Tamer... —continuó Nikavom, proyectando su voz alrededor y atrayendo la atención de todos los presentes; civiles, soldados, nobles y monarcas, aunque a todos les resultaba muy difícil mantener sus ojos sobre el consejero y esquivaban su mirada cuando Nikavom se centraba en ellos.

¡Esos malditos ojos!, pensó Vania, recordando las palabras demenciales de Feder.

Nikavom siguió hablando:

—... entenderíamos la importancia de esta situación. La presencia de este regalo que los dioses o tal vez una autoridad superior nos ha otorgado. Y lo que tenemos que hacer para beneficiarnos todos de este es ceder el paso a personas más preparadas para estudiarlo. Saber cuándo bajar la cabeza y apartarse.

—Basta —dijo Liamder, con su voz sonando más a una súplica que a una orden.

—Si todos los que lo conocimos hubiéramos entendido las razones de su misión — prosiguió el medio elfo —, no estaríamos en esta situación. Ustedes se harían a un lado y nos dejarían hacer lo necesario. Pero todavía estamos a tiempo de remediarlo. De que se haga a un lado, rey Dante. De que haga lo correcto por Vinska, por Thunderstone, por todo Handor. Sólo tiene que ceder.

Dante, rey guerrero de Vinska, se sorprendió a si mismo esquivando los ojos de aquel delgado medio elfo, sabiendo que no podría sostenerle la mirada si lo encaraba directamente. Liamder, Leah, incluso Cano Armitage, experimentaban la misma sensación y se aferraban a las riendas de sus caballos mientras el rey Korman sólo sonreía lánguidamente, fijando su mirada en el infinito.

La única que tenía su mirada fija en otro punto era Vania. Sus ojos se posaban sobre el cristal del lago que seguía girando lentamente. Y cada retorcido reflejo le traía de vuelta un recuerdo de la plática con Cerena Daru mientras cruzaban en el transbordador el Lago de las Tres Cuencas:

... se consigue a través de la energía de terceros... El mago no entrega nada de su fuerza vital porque la toma de otra fuente... Es una magia pagana, propia de algunas regiones donde aún se acostumbra la ejecución de algún sacrificio... Es una magia perversa.

Magia negra, pensó Vania, viendo claramente en el reflejo del cristal la imagen de Novak Nikavom al centro del grupo, alzando sus manos mientras hablaba con autoridad a un grupo de figuras cabizbajas.

Eso, y un ligero destello oscuro en la base de su cuello.

Vania volteó rápidamente hacia la real figura de Nikavom, aun junto al rey Korman y con sus brazos elevados, hablándole a todos los presentes. Ningún destello oscuro surgía de su cuello, pero cuando la voz de Novak empezó a resonar nuevamente en su cabeza, Vania reaccionó al instante desplegando su látigo para atacar directamente al cuello del consejero, aprovechando que este no le miraba.

El brazo del consejero se movió ágilmente, como si tuviera voluntad propia y estuviese esperando aquel ataque para interponerse, permitiendo que el látigo de piel se enrollara en su antebrazo. Todos alrededor guardaron silencio. Cano y Liamder, quienes lentamente ya estaban llevando sus manos a las empuñaduras de sus espadas, quedaron inmóviles viendo la reacción del consejero. Nikavom lentamente dirigió su mirada a la elfa: —¿Qué clase de afrenta es esta? ¿Qué crees que estas...?

Se interrumpió cuando Vania, aun sosteniendo el látigo y mirándole tan desafiante como podía, repetía, una y otra vez: —Magia. Magia Negra. Está utilizando magia negra.

La expresión de sorpresa en el rostro del consejero duró sólo un momento, antes de torcerse en una sonrisa maliciosa, acentuada por las líneas de expresión de su herencia humana. —Que elfa tan lista —susurró justo antes de que un resplandor oscuro se hiciera visible en la base de su cuello. Bajo la piel.



—No sé qué hacer ahora. No esperaba que fuera fácil, pero fui un verdadero estúpido si realmente creí que lo convencería, mediante la fuerza o la lástima. Esperaba su enojo hacia mí, pero no su desdén. No espera que se pusiera de rodillas y dejara su vida en mis manos y que con ese mismo gesto me desafiara. Mucho menos imaginé que yo no tendría la voluntad para imponerme. No esperaba llegar hasta aquí y quedarme a la deriva, esperando algo que aún no reconozco. Cuando desperté y salí de la taberna, con la cabeza y el cuello adoloridos, vi aquella gigantesca nave en el cielo y a los hombres apresurándose a preparar las defensas de la ciudad... Las defensas, ¡por Amur y Toben! ¿Qué defensas puede tener Menicia ante semejante máquina de guerra? Pero ahí estaban todos, corriendo para combatir una guerra que no pueden ganar. ¡Es lo que aún no puedo entender! Esa necedad. En fin, vi a todos salir para tomar sus posiciones. Incluyendo a los guardias de este lugar. Entonces tuve una idea para hacer algo que pudiera darle un poco de sentido a esto. Y ahora resulta que no encuentro la voluntad para hacerlo. ¿No te parece tonto?

Feder, encerrado en una celda de la prisión de Menicia, encadenado sólidamente a la pared con sus brazos por encima de su cabeza, miró a Liam al otro lado de la reja, caminando de un lado al otro y girando su espada entre sus manos, golpeando con ella ocasionalmente los barrotes de la celda. —¿Qué espera de mí, Liam?

—¡No lo sé, maldita sea! ¡No lo sé! ¡Algo que le ponga sentido a esto!

—A veces no lo hay. A veces sólo... ¡Por Toben, ¿con qué cara puedo aleccionarle ahora? Si cree que mi muerte puede traerle algo de paz, adelante. Se lo dije en la *Doragon*: mi vida es...

Lo interrumpió un fuerte golpe de la espada de Liam contra la reja. —¡No quiero tu vida, Feder! ¡No quiero...! —se sujetó al enrejado mientras su respiración se tranquilizaba. —Si no hubiera salvado tu vida en Gunthabar... Si no nos hubiéramos cruzado con esos ladrones... Si este viaje hubiera transcurrido sin mayores incidentes... Si no hubieras tenido ese encuentro con Novak Nikavom en el Vacío del Este, ¿habrías cumplido tu propósito? ¿Habrías matado a mi hijo?

—No —contestó Feder con firmeza.

—No mientas.

—No lo hago. Sé que no lo habría hecho.

—¿Por qué?

—Porque no lo hice cuando tuve la oportunidad. Porque en esos momentos, estando su hijo y yo solos en esa taberna, cuando yo no era totalmente dueño de mí, aun en medio de esa oscuridad pude imponer mi voluntad para no lastimar a nadie importante para usted, Liam.

—¿Pero por qué?

Feder suspiró profundamente. —Porque era lo correcto. Si no lo hubiera sabido en Gunthabar, lo habría sabido en la *Doragon*, cuando me llamó maestro. Lo habría sabido en los bosques de Bramur, cuando volvió a pelear para salvarnos a Vania y a mí. Lo habría sabido al verlo reencontrarse con su hijo. Habría sabido entonces que matarlo no solo hubiera sido incorrecto, sino un acto puramente perverso y maligno. Y me sobrepuse ante eso.

—¿Y cómo haces la distinción, Feder? —preguntó Liam, empujando la puerta de la reja y entrando con la espada en alto, apuntándola al pecho de Feder. El naruano no se inmutó. —¿Cómo puedo saber si hago lo correcto viniendo aquí, con la intención de realizar una idea que no he dejado de pensar desde ayer?

Feder miró a Liam a los ojos, aun cuando ya sentía el frío acero de la punta de espada tocándole el pecho: —Creo que ahora entiendo que hay una línea muy delgada entre la voluntad y la necedad. Ser necio nos obliga a golpearnos contra la pared esperando que esta se rompa para dejarnos pasar. O repetir las mismas acciones una y otra vez, rogando por resultados diferentes o

una victoria vacía, sin ningún mérito más allá del de nuestra absurda insistencia. La voluntad, en cambio, nos permite resistir cuando estamos en lo correcto, seamos conscientes de ello o no. Incluso nos permite rendirnos si entendemos que es necesario. Nos demuestra que el perder no es una derrota si con ello nos hemos mantenido firmes hasta el final. Si la voluntad de Handor está en usted, Liam, encajarme esa espada en el corazón será lo correcto. En cambio si le motiva la necedad y el enojo... Bueno, solo usted sabrá la diferencia.

La espada tembló ligeramente en manos de Liam, quien cerró sus puños con fuerza alrededor del pomo del arma y tomó aire, escuchando las palabras de Liamder repetidamente en su cabeza: *Por cualquier medio necesario, menos el de mi voluntad.*

El sonido de un trueno en la distancia llamó la atención de ambos. Liam apartó su acero. —¿Qué fue eso? —preguntó.

—Pareció un trueno —respondió Feder. —Viene una tormenta.

—La *Trueno de Roca* expulsó todas las nubes del cielo, no puede ser una tormenta.

—¿Dónde están todos? ¿Dónde está su hijo? ¿Y Vania? —preguntó Feder, ligeramente inquieto.

—Debieron ir a... —un segundo estruendo se escuchó en ese instante. —Ahí está de nuevo. Otro trueno.

Pero Feder reconoció aquel sonido, similar al que había escuchado en otros momentos de su vida. El más reciente hace unos días, en las planicies de Gunthabar. Su rostro palideció al entender su significado. —¡¡Cúbrase!! ¡¡Al suelo!! —gritó mientras usaba sus piernas aun libres para derribar a Liam sobre el piso de la celda, justo cuando los muros de la prisión colapsaron sobre ellos.



Cuando escuchó las palabras *magia negra* en la voz de Vania, Liamder sacudió su cabeza, despejando su mente de una neblina que no sabía que ya tenía cubriendo sus pensamientos. Volteó para ver a sus aliados hacer lo mismo. Excepto Vania, quien aún sostenía su látigo, enrollado alrededor del brazo de Nikavom. Este lo sujetaba con fuerza similar, mientras observaba a Vania irónicamente. Por un momento Liamder imaginó que todavía se encontraba aturdido pues, ante sus ojos, el cuello del consejero brillaba con un resplandor negro cada vez más intenso.

—No pensé que pudieras reconocer este tipo de arte, elfa —dijo Nikavom. —Esto demuestra que no puedo dejarme guiar por las apariencias.

Vania notó como el otro brazo y mano de Nikavom se movían en gesticulaciones extrañas, antes de emitir un resplandor azul y sujetar el látigo enrollado en su brazo. Aquel resplandor se convirtió en un relámpago que viajó sobre la línea del látigo extendido hasta impactar el cuerpo de Vania, arrojándola fuera de su montura. La elfa cayó al suelo donde se contrajo por el intenso dolor en su vientre, antes de quedar inmóvil.

Leah gritó el nombre de la elfa, pero su voz fue apagada por un trueno ensordecedor que surgió del cuerpo del propio Nikavom, extendiéndose por todo el espacio que les rodeaba y llegando hasta la ciudad. Y tras silenciarse en la distancia se escuchó luego el grito del rey Korman, un alarido agudo y desgarrador que resonó en la campiña mientras desenvainaba su espada y la esgrimía en lo alto, antes de dar la señal de ataque: —¡¡GLORIA DE THUNDERSTONE!! —Los hombres que esperaban metros atrás y los que todavía descendían de la *Trueno de Roca* repitieron aquel grito de guerra y cabalgaron velozmente hacia ellos, con las armas desenvainadas.

—¡¡POR VINSKA!! —aulló el rey Dante con una voz portentosa, repitiendo el mismo gesto con su propia espada, imitado por sus hombres a la distancia, antes de cabalgar con las armas en alto. Leah intentó controlar su montura mientras trataba de acercarse a Vania. Fue la única que pudo ver como el mango del látigo —que Vania había soltado tras recibir el golpe del relámpago azul— se movía cual serpiente hacia ella. El extremo más delgado seguía enrollado al brazo de Nikavom, quien no dejaba de mirar a la elfa, especialmente cuando el mango enredó las piernas de Vania y empezó a arrastrarla hacia él.

—¡¡Vania!! —gritó Leah, tratando de llamar la atención de sus aliados, pero el grito de combate de ambos ejércitos sofocó cualquier otro ruido. Lo único que alcanzó a escuchar fue la voz de Liamder junto a ella: —¡Vete, Leah! ¡Retírate!

—¡Pero Vania...!

—¡¡VETE!! ¡¡AHORA!! —volvió a ordenar el capitán, levantando su espada para enfrentar a los primeros soldados de Thunderstone que ya se aproximaban. Leah Trimah hizo conciencia de la situación y, viendo a Vania a pocos pasos del consejero, comprendió lo inútil de sus intenciones. Lanzó un grito de frustración y dio media vuelta a su caballo para galopar de regreso a la ciudad, abriéndose paso entre las tropas de Vinska.

Cano Armitage, tras escuchar los gritos de batalla de ambos monarcas, desenvainó su espada y se dispuso a combatir, centrando su mirada e intenciones en Liamder Tamer. Fue cuando la voz del consejero Nikavom le detuvo: —Olvidelo comandante. Lo necesito aquí.

La respuesta a aquella orden, dada con pretensión y un tono de voz que resonaba profundamente en sus oídos, le era obvia: ignorarla y cumplir con su deber. Proteger a su rey y castigar al traidor para restaurar el honor de Thunderstone. Sin embargo sus manos empezaron a temblar, al igual que el aire en su garganta.

—De la señal —ordenó Nikavom con la misma fuerza y tono en su voz. Antes de darse cuenta de qué estaba haciendo, Armitage ya daba la vuelta en su caballo para dirigir una señal, con su espada en alto, hacia la nave. Específicamente hacia la zona de los cañones. Y no pudo entender por qué lo estaba haciendo, incluso cuando la punta de su espada descendió en un rápido movimiento.

Un nuevo trueno, ahora de naturaleza artificial, se escuchó en todas partes; sobre los prados alrededor del lago Vinsniger; sobre las cabezas de los soldados, capitanes y reyes; sobre la cabeza de Leah Trimah, cabalgando hacia Menicia justo cuando una parte de sus edificios volaron en pedazos, bajo una intensa explosión de pólvora y fuego.

La batalla se detuvo por un segundo. Suficiente para que los hombres de Vinska atestiguaran la destrucción y procesaran la idea de que algunos de sus camaradas que aun estuvieran en la ciudad, tal vez ya estarían muertos. Esa idea alimentó su coraje y deseo de venganza para descargar con más fuerza sus espadas sobre los hombres de Thunderstone, quienes, por su parte, vieron aquella destrucción como una señal de la fuerza y la razón abriéndose paso entre bárbaros. Con esa idea se arrojaron con mayor ahínco sobre los hombres de Vinska.

Cano Armitage volteó para encarar aquella destrucción, las columnas de humo y fuego elevándose sobre el cielo de Menicia y la mirada asombrada y recriminatoria de Liamder Tamer sobre él, antes de que se enfrascara en combate con un soldado de Thunderstone. Por un momento el comandante deseó con todas sus fuerzas poder enfrentar a Liamder. Cruzar aceros con él y, tal vez, vencerlo. Derrotarlo por primera vez, dándole finalmente un significado a todo lo que estaba pasando. La voz de Nikavom lo distrajo:

—Ya he terminado aquí, comandante. Lo necesito ahora en la nave. Tomaremos uno de los botes de desembarco, será más rápido que desplazar la *Trueno de Roca* —Nikavom se acercaba a

él, montado en su caballo y llevando el cuerpo inconsciente de Vania sobre la grupa. Sin lograr resistirse o entender porque lo hacía, empezó a cabalgar junto a él.

—¿Para qué quiere a la elfa? —preguntó Cano, inquieto por la expresión imperturbable del medio elfo a pesar de la batalla que se libraba alrededor. —Necesito materiales —le respondió mientras se dirigían de regreso a la *Trueno de Roca*.

VI

Cuando al fin pudo levantarse y apartar los escombros sobre él, Liam apenas logró reconocer la estructura de la prisión de Menicia; el techo y paredes arrancadas y los escombros de roca y madera a su alrededor brindaban al lugar una apariencia aún más decadente de la que tenía hace apenas un momento. Un intenso fuego había empezado en un rincón de la zona de celdas y Feder intentaba alejarse de este mientras, al mismo tiempo, apoyaba sus pies en el muro a su espalda y trataba de bajar sus brazos, buscando arrancar las cadenas engarzadas en la pared. —¡Váyase, Liam! —le gritó al verlo ponerse de pie, apoyándose con su espada. —¡Váyase ahora! ¡Huya!

El fuego lo quemara vivo, pensó Liam, viendo como el naruano sudaba intensamente mientras los músculos de sus brazos se hinchaban por el esfuerzo. El fuego consumirá al maldito traidor. El hijo de cerda. Iba a matar a Liamder. ¡Iba a matar a tu hijo! ¡Déjalo morir! ¡Déjalo solo, para que se retuerza entre el fuego y la angustia!

Liam agitó la cabeza para desvanecer esos pensamientos y se acercó a Feder. Encajó la punta de su espada en la unión de una cadena con la pared y empezó a hacer palanca.

—¡Liam, es peligroso! —gritó Feder, viendo como las vigas del techo que aún quedaba sobre ellos empezaban a crujiir. —¡Tiene que...!

—¡Cállate y empuja, maldito naruano! ¡¡Empuja!! —ambos insistieron con todas sus fuerzas hasta que la piedra del muro empezó a ceder. Una cadena finalmente se desprendió y, con la ayuda de su brazo suelto, Feder pudo aplicar más fuerza para liberar el segundo. En un momento, tras deslizarse fuera de las cadenas, el naruano se encontraba libre, sin más vestigio de su encarcelamiento que los grilletes en sus muñecas. Ambos corrieron hacia la salida de la prisión, pasando frente al anaquel donde reposaban las armas confiscadas de Feder, quien las tomó al pasar mientras abandonaban el edificio, que ya empezaba a colapsarse. Tras detenerse un instante para recobrar el aliento, ambos voltearon a su alrededor para reconocer la destrucción que había dejado el primer ataque de la *Trueno de Roca*: varios edificios de Menicia estaban destrozados, envueltos en llamas y algunos totalmente destruidos. Varios soldados de Vinska corrían tratando de socorrer a los compañeros que habían recibido lo peor de aquel artero ataque.

—Por Isa, ¿qué han hecho? —preguntó Feder en un susurro, sin poder creer la destrucción que le rodeaba, mientras Liam admiraba la gigantesca nave de guerra que dominaba el cielo fuera de Menicia. Se distrajo de aquella visión cuando Feder le señaló que alguien se aproximaba, cabalgando sobre escombros y a través de los soldados. Leah se detuvo cuando llegó junto a ellos. —¡Gracias a los dioses ambos se encuentran bien!

—¿Qué está sucediendo?! —preguntó a gritos Feder.

—¿Dónde está Liamder?! —le imitó Liam.

—¡Thunderstone empezó el ataque con los cañones, pero parece que Novak está orquestándolo todo! Su voz, sus ojos, estaba provocándonos algo. Empezábamos a sentirnos agotados y sumisos sólo por escucharle hablar, pero Vania se dio cuenta y...

—¿Qué sucedió?! —quiso saber Feder, viendo la turbación en el rostro de la mujer. —
¿Dónde está Vania?!

—Nikavom se la llevó. Tal vez de vuelta a la *Trueno de Roca*, no creo que se haya quedado a combatir.

—¿Y Liamder?!

—Se quedó junto al rey Dante. Liam, el rey Korman... ¡Por gloria de Amur, parece un desquiciado! La influencia de Novak sobre él debe ser muy grande. Liamder prácticamente está solo.

—¡Hay que ir por Vania! —exclamó Feder, ajustando sus armas a la cintura apresuradamente. —¡Hay que ayudarla! No sabemos que pueda hacerle ese desgraciado. ¡Vamos!

—No podemos regresar al combate, mucho menos atravesarlo —dijo Leah.

—¿Entonces?!

—¡Por el lago! —dijo Liam, recordando el día anterior y su caminata por los puertos de la ciudad. —¡Rodeemos a través del lago!

Ninguno se opuso a esa idea, especialmente cuando Liam, sin esperar respuesta de ninguno, empezó a correr hacia los puertos.

Les tomó algunos minutos atravesar la ciudad, entre calles derruidas y escombros, pero finalmente llegaron a la zona de los puertos justo cuando un nuevo estruendo se escuchó desde la *Trueno de Roca*. —¡Todos abajo! —gritó Feder, empujando a Liam hacia el suelo mientras Leah desmontaba de un salto junto a ellos, sin soltar las riendas de su caballo. El impacto dio contra los bergantines de guerra vinskanianos que ya empezaban a desplazarse hacia la zona del conflicto. De los diez barcos que se conformaban dicha flota, uno había sufrido el impacto directo, quedando completamente destrozado mientras los otros a su alrededor se cimbraban ante los daños colaterales. —¡Maldición, tampoco podemos pasar por el lago! —rugió Feder, poniéndose de pie y ayudando a sus amigos a levantarse.

Al incorporarse, la mirada de Liam se fijó un momento sobre el cristal en la distancia, donde vio el pequeño reflejo de otra nave flotante. Una más pequeña, partiendo del estribor de la *Trueno de Roca*. Cuando dio la vuelta, la realidad encajaba con aquel reflejo: una nave voladora más pequeña —como los botes de desembarco o transborde que había visto en la *Doragon*— se dirigía al cristal. —¿Qué es eso? —preguntó Liam, señalando a la nave. Leah de inmediato desplegó su catalejo y lo apuntó en esa dirección. —Es... ¡Nikavom! ¡Nikavom y el comandante Armitage van en esa nave! Se dirigen al cristal.

—¿Vania está con ellos?! —preguntó Feder.

—Creo que puedo verla. Está sobre la cubierta. Parece que sigue inconsciente.

Un nuevo ataque sobre los barcos distrajo a Leah y Feder, pero Liam siguió con la mirada fija en la nave y su curso directo hacia el cristal, alejándose de la zona de conflicto en una trayectoria diagonal.

—¿Cómo vamos a ayudarla si no podemos acercarnos?! —exclamó Feder, desesperado. —¿Cómo?

—No lo sé —susurró Leah, quien no dejaba de pensar en Liamder, luchando relativamente solo en aquella batalla. Liam, en cambio, mantenía una expresión serena mientras desviaba su mirada hacia los muelles y los pequeños botes pesqueros que permanecían amarrados a estos. Distinguió algunos que contaban con maquinarias parecidas a las de los carromatos de Benua Bariya. El ruido de la batalla a lo lejos finalmente distrajo su atención, haciéndole imaginar a su hijo en medio de aquel combate. Si acaso no había ya...

Sacudió su cabeza para alejar aquel pensamiento y la sensación en su estómago y se concentró en resolver aquella situación: dos caminos distintos y dos vidas en peligro. Dos aliados a su disposición; una comerciante talentosa y un hábil espadachín. ¿Cómo ayudar a su amiga y a su

hijo? ¿Cómo?

—Leah, ¿sabe navegar esos botes pesqueros? —preguntó, llamando la atención de ambos.

—Sí, claro que puedo —respondió.

—Entonces tomaremos uno y trataremos de interceptar a Nikavom cerca del cristal. La *Trueno de Roca* no está atacando en esa dirección. Tal vez podamos hacer algo para detenerlo y ayudar a Vania.

—¡Entonces vamos! —dijo Feder, pero se detuvo ante el gesto firme de Liam: —Tú no, Feder. No irás con nosotros.

—¡Liam, es Vania! ¡Tengo que ayudarla! ¡¿Por qué no quieres que vaya?! —

—Porque tú iras a ayudar a mi hijo.

—¿Qué? —preguntó el naruano, consternado. Liam apoyó su mano sobre el hombro de Feder, acentuando sus palabras: —Quiero que vayas con Liamder y lo protejas. Que pelees junto a él. Quiero que protejas a mi hijo —antes de que el espadachín le discutiera, Liam lo detuvo de nuevo: —Ni Leah ni yo tenemos las habilidades de combate que tú tienes. Seríamos inútiles allá, así como tú lo serías con nosotros en ese bote, sin poder subir a la nave. Tal vez Leah pueda hacer algo con su ballesta, no lo sé, pero sí sé que tú eres más valioso allá. En combate. Y lo sabes.

—¡No voy a abandonarlos! —dijo Feder. —¡No los dejaré solos! ¡Vamos todos juntos por...!

—¡¡Tú vida es mía, Feder Fechtbuch!! —rugió Liam, sorprendiendo al naruano y a Leah con la fuerza de su voz y por como sujetaba al robusto espadachín por el hombro. —¡Me la otorgaste en la *Doragon*! ¡Tu vida es mía para disponer de ella a mi voluntad! Y yo dispongo que vayas a ayudar a mi hijo. A menos que tu promesa no valga nada.

Feder miró a Liam, tal vez por primera vez con una auténtica furia, pero finalmente soltó un profundo suspiro y relajó sus hombros. —¿Qué le hace confiarme la vida de su hijo? ¿Por qué cree que no lo atacaré por la espalda para terminar lo que empecé? ¿O que huya y lo deje a su suerte?

—Tus dioses son tus testigos, Feder. ¿Qué vas a mostrarles?

Feder, tras unos segundos, asintió en silencio y tomó las riendas del caballo de Leah. Montó de un salto y empezó a cabalgar rápidamente hacia el interior del pueblo, perdiéndose entre las calles y el humo del combate.

—Muy bien —comentó Leah. —Ahora, ¿cómo vamos a ayudar a Vania?

—No tengo idea. ¡Vamos! —dijo Liam, dirigiéndose a los muelles y donde encontraron un bote funcional que abordaron. Leah demostró su pericia en la operación y navegación del vehículo y, en menos de un minuto, el bote empezó a surcar las aguas del lago Vinsniger, que empezaban a agitarse conforme la barcaza voladora de Nikavom se aproximaba al cristal.



Vania despertó gracias a la sensación de una bofetada en su rostro y lo primero que distinguió fue la figura del consejero Nikavom ante ella. Intentó lanzarse contra él, pero sus piernas —sujetadas por grilletes, al igual que sus manos tras la espalda— se lo impidieron, obligándole a permanecer acostada sobre la cubierta del bote. Pudo sentir en ese momento el viento en su rostro y el aroma fresco del lago alrededor de ellos. Así como la fría sombra del monolito de cristal hacia el cual se dirigían.

—¿Qué está pasando? ¡¿Qué es lo que están haciendo?! —le gritó tanto al consejero como al comandante Armitage, al timón de la nave. Nikavom la sujetó del cabello bruscamente y la

obligó a verle de frente. —¡Poniendo orden en este mundo! ¡Eso estamos haciendo!

—¡¿De qué está hablando?! —gritó Vania, tratando de soltarse mientras el concejal la arrastraba con violencia hacia la proa de la nave, desde donde Vania podía ver el gigantesco cristal girando sobre sí mismo y ahora más rápido que antes. Podía sentir que el frío y el viento aumentaban su intensidad conforme la nave se acercaba.

—¡¿Crees que este es el único fragmento de espejo primordial que existe en Handor?! —le inquirió furioso el concejal. —Hay muchos dispersos en toda esta tierra, enterrados en las planicies de Gunthabar, en las cuevas más profundas del norte de Nobi o coronando las cúspides de las cordilleras del oeste. Han caído en tierra seca para crear desiertos, bosques, montañas, mares y ciudades cimentadas en piedra y sangre. Son fragmentos que adornan las coronas de los reyes, collares de princesas y las armas de los caballeros, convertidos en piedras inocuas que han perdido su esencia. Hay fragmentos en todas partes. ¡Todo Handor está hecho de cristales turbios, como este! —el medio elfo se descubrió el cuello, donde el resplandor oscuro seguía brillando intensamente e incluso parecía aumentar su tamaño. —Era parte de una vieja reliquia, recuerdo de mi familia humana que me entregaron como pago para mantenerme alejado de ellos y renunciar a mi apellido. Para que mi casta impura de mestizo no ensuciara su buen nombre.

A Vania, más que el resplandor en el cuello de Nikavom, le asustó su gesto enloquecido antes de que le sujetara la cabeza y le obligara a permanecer de rodillas frente al cristal. —¡No sabían lo que estaban haciendo! Especialmente luego de que pude extraer el cristal para integrarlo conmigo. Pero me encargué de que se arrepintieran de hacerlo.

Imágenes de fuego consumiendo carne humana aparecieron sobre el cristal, frente a Vania. A sus oídos llegaron también gritos de dolor y muerte de hombres, mujeres y niños. —¡¡Basta, por Amur!! ¡¡Ya basta!! ¡¡Por favor, deténgase!! —gritó al darse cuenta de que no podía cerrar sus ojos. Las lágrimas comenzaron a brotar mientras Novak reía cerca de sus oídos.

—Y siendo yo el único sobreviviente de tan prestigiosa familia, fue muy fácil llegar junto a un rey igualmente dado a las apariencias y preso de su necesidad. Sus continuos conflictos con otros monarcas igualmente obtusos eran el medio perfecto para conseguir un cambio lento, pero constante —el concejal se detuvo entonces para señalar el monolito. —Y cuando esta bendición apareció me di cuenta que no podía postergar lo inevitable: el mundo necesita ser reestructurado. Está retorcido y descompuesto. ¡Yo y este cristal somos el mazo y la forja para lograrlo! Y tú... —tomándola del cuello, Nikavom levantó a Vania en el aire. A la ladrona le sorprendió la fuerza que el delgado concejal estaba demostrándole. —Tú eres el fuego.

—No... No entiendo.

—Supongo que si sabes reconocer magia negra, también entiendes como funciona —relámpagos oscuros comenzaron a brotar del resplandor negro en el cuello de Nikavom, atacando el cuerpo de Vania. Novak la soltó, permitiendo que la misma fuerza oscura que manaba de él la sostuviera en el aire. La elfa empezó a retorcerse y a gritar ante un dolor que nunca había experimentado. Como si aquellos relámpagos negros penetraran su piel o ingresaran por los orificios de su boca, nariz y oídos, quemando el interior de su cuerpo.

—¡Fuerza vital de terceros! —exclamó Nikavom. —Pensaba poner en tu posición al infeliz de Liamder Tamer, encadenado y derrotado tras convencerlo de rendirse solo con mis palabras. Liamder, siempre objetando mis acciones y obstaculizando mis objetivos sin saber cuáles eran. Pero tú tenías que abrir la boca al darte cuenta de mi hechizo de persuasión. ¡¿Te agrada tu recompensa, elfa?!

Nikavom extendió sus brazos a los costados y nuevos relámpagos negros brotaron de sus manos, golpeando a Vania quien gritó con más fuerza al sentir sus órganos desgarrarse por dentro.

El cristal empezó a girar más rápido.



Estaba acostumbrado al combate. Al orden dentro del caos. A distinguir movimientos y sonidos específicos entre un océano de brazos y espadas en el aire, gritos y choques de aceros. Pero nunca había podido evitar el miedo. En cada ocasión el miedo se hacía presente y Liamder Tamer lograba dominarlo. Adormecerlo lo suficiente para permitirle sobrevivir un día más. *El enemigo, el verdadero enemigo, no es el que alza su espada contra ti. Es el miedo que te hace pensar en el daño que puede causarte ese acero enemigo*, instruía a sus reclutas cuando le tocaba entrenarlos. *Es pensar en la posibilidad de que no vuelvas a levantarte. Y si el miedo te hace pensar en cosas que pueden pasar por encima de las que están ocurriendo en ese momento, has perdido la pelea.*

Siempre había sentido y superado el miedo, pero ahora, viendo a los reyes de Vinska y Thunderstone cruzando espadas encarnizadamente, el miedo comenzó a dominarle a través de una idea que no lograba silenciar: *Si cualquiera mata al otro... Si cualquiera de ellos muere, la Coalición de Naciones estará condenada. Todos romperán sus alianzas: Bramur, Nobí, Lital, incluso Narur o los dragones de Jörmun, que siempre se han mantenido al margen de estos conflictos. Si cualquiera de ellos muere, Handor caerá con él.*

Dos soldados de Thunderstone se interponían en su camino a los monarcas y le estaba costando mucho trabajo librarse de ellos sin descuidar su defensa. Algunos golpes pasaban peligrosamente cerca de él. Uno en particular golpeó el costado izquierdo de su armadura, mellándola y casi al punto de penetrar su piel. Liamder trastabilló y, recordando instintivamente su pelea con Feder, levantó su espada sujetando el filo con su mano enguantada para bloquear un ataque. Al mismo tiempo lanzó una patada a su costado para evitar la entrada del segundo oponente, permitiéndose luego tomar distancia y recobrar aire. Fue cuando se dio cuenta de que el miedo le estaba venciendo porque no podía dejar de pensar en las últimas palabras que le había dicho a su padre —*Me hieres, padre. Tu sola existencia me hiere*— y en la posibilidad de que, por los ataques de la *Trueno de Roca* sobre Menicia, fueran las últimas que le diría en vida.

Un movimiento a la distancia capturó la atención de Liamder y de sus oponentes. Una figura que venía atravesando a galope la multitud de soldados enfrascados en la batalla. Un hombre de piel morena y sin más armadura que un chaleco de cuero tachonado. Se aproximaba a ellos con su espada desenvainada y librando con esta los obstáculos que hallaba en su carrera.

Ambos oponentes de Liamder voltearon para recibir el violento embate del jinete, permitiendo que Liamder atacara a uno por un flanco en lo que Feder ultimaba al segundo. Mientras el naruano desmontaba Liamder mantenía su guardia y su distancia. Feder se dio cuenta de eso: —Me ha enviado su padre.

—¿Mi padre? —preguntó el capitán, sin ocultar el alivio en su voz. —¿Dónde está?

—En el puerto. Intentarán salvar a Vania. Y detener a Nikavom.

—¿Detenerlo?! ¡¿Acaso está...?! —Liamder reaccionó con sorpresa cuando Feder se lanzó hacia él con la espada en alto y contra un soldado que el capitán no había visto a su izquierda. Feder desvió aquel ataque y, siguiendo el mismo movimiento, giró su muñeca para penetrar el costado del soldado con su espada. Dejó caer a su enemigo antes de encarar nuevamente a Liamder: —Sí, su padre está loco.

—¿Para qué te envió aquí?

—Para protegerlo.

—¿Mandó a la misma persona que quiso asesinarme? —preguntó Liamder con un gesto de incredulidad que, lentamente y ante la seriedad en el rostro de Feder, convirtió en una sonrisa. — Definitivamente está loco.

—¿Sus órdenes, capitán? —preguntó Feder y Liamder volvió a prestarle atención al combate entre los reyes: —Hay que evitar que se maten entre ellos. Reprimirlos sin lastimarlos, ¿entiendes?

Feder asintió y, en perfecta coordinación, ambos guerreros se interpusieron en la pelea de reyes. Liamder encarando a Korman y Feder enfrentando a Dante.

—¡Apártese! —rugió el rey de Vinska.

—¡Descastados que osan levantar sus armas contra reyes! —aulló Korman, lanzando un ataque que Liamder alcanzó a bloquear. Bastaron unos segundos para que Liamder reconociera las bases de esgrima militar que mostraba el rey de Thunderstone. Si bien no era ágil ni muy fuerte, sus movimientos estaban bien ejecutados y eran precisos. Liamder vio varias oportunidades para vencerlo, pero ninguna sin herir seriamente al monarca. Por su parte Feder resentía en sus brazos la fuerza de cada golpe del rey de Vinska. Eran golpes bárbaros y técnicas de fuerza que doblegarían a muchos hombres. Igualmente, siendo el rey Dante más lento de lo que esperaba, Feder tuvo varias oportunidades para aventajarlo en la pelea, pero cualquiera significaría dañar al rey. El naruano susurró una maldición entre dientes y siguió manteniéndose a la defensiva.



Las aguas del lago Vinsniger comenzaron a encresparse conforme se acercaban donde el cristal negro se elevaba en el aire. Leah se vio en problemas para mantener el curso y la embarcación estable entre las corrientes enfrentadas, golpeándoles en distintos puntos del bote. Liam, ayudándole tanto como podía sujetando con fuerza el timón, no dejaba de vigilar al mismo tiempo la barcaza voladora de Nikavom. —¡Vaniaaaa! —gritó cuando vio destellos de relámpagos negros atacando a su amiga. —¡De prisa! —apuró a Leah, quien tuvo que gritar por encima de los vientos que empezaban a soplar para que él la escuchara:

—¡¿Cómo vamos a llegar hasta ellos?! ¡No podremos subir a su barcaza y el viento no me dejará disparar con precisión, suponiendo que la ballesta alcance esa altura!

Un nuevo disparo de la *Trueno de Roca* alcanzó nuevamente a los barcos de batalla en Menicia, obligando a Liam y Leah a cubrirse los oídos ante el estruendo. —¡Liam! —gritó Leah. —¡Hay que regresar! ¡No podemos hacer..!

—¡NO! —le interrumpió Liam. —¡Siga adelante! ¡Casi estamos bajo ellos!

—¡Pero..!

—¡CONTINÚE! —volvió a gritar Liam. La mujer apretó sus labios y empezó a forzar la marcha de la maquinaria del bote.



Quiso callar los gritos de la elfa en su cabeza, pero dada su posición con sus manos al timón en todo momento, el comandante Cano Armitage se vio incapaz de hacer algo tan simple como cubrir sus oídos.

—¡Por favor! ¡Ya basta, por favor! ¡Duele mucho! ¡Por favooooor! —suplicaba Vania cuando los relámpagos oscuros provenientes de Nikavom le permitían hablar. La única respuesta que recibió fue Nikavom realizando unos movimientos con sus manos para vincular su flujo de

relámpagos entre el cuerpo de Vania y el cristal, al que se acercaban lentamente. El monolito lentamente redujo su velocidad de rotación y se detuvo en un punto donde su superficie daba justo frente a la barcaza voladora. Los vientos intensos y las aguas encrespadas del lago repentinamente cesaron su movimiento y recobraron una fría calma.

El grito de dolor de Vania fue tan intenso que Liam y Leah, a varias brazas debajo de ellos, pudieron escucharlo, pero el comandante Cano Armitage realmente se estremeció al oírlo. Sus manos se tensaron sobre el timón antes de soltarlo y empezar a moverse, alejándose de la toldilla de la nave y sin preocuparse en activar los mecanismos de suspensión. La barca, lentamente y de manera casi imperceptible, comenzó a descender en continuo avance hacia el cristal.

—Liam... Feder... —suplicó Vania, desesperada ante el dolor que sentía. —¡Feder, por favor, ayúdenmeee!

—¡¡Ya basta!! —gritó Cano Armitage, atrayendo la atención del consejero Nikavom. Este redujo la fuerza de su hechizo al ver al comandante acercándose a ellos, desenvainando su espada. —¡No sé lo que esté planeando por el bien de Thunderstone o de Handor! ¡Y no me interesa saber cómo me convenció de seguirlo hasta aquí! ¡Pero esto es un acto bárbarico! ¡Su tortura hacia esa mujer es demasiado cruel y no dejaré que continúe!

—Vuelva a su puesto, coman... —Novak se interrumpió cuando vio a Armitage levantar su espada contra él. Se volvió hacia el soldado levantando sus manos en un veloz gesto que generó un destello verde, proyectándose de inmediato contra el comandante, frenando su movimiento con su espada en el aire. Al hacer eso, el hechizo de transferencia de energía que venía realizando sobre Vania se interrumpió. La elfa cayó sobre la cubierta de la nave y rodó hacia la orilla de proa. Se permitió recuperar el aliento unos segundos mientras su vista se aclaraba, viendo hacia las aguas del lago Vinsniger y donde pudo distinguir la diminuta barcaza pesquera bajo ellos, con Leah al timón y Liam en la cabeza de proa.

Nikavom avanzó hacia la paralizada figura del comandante, sonriendo al ver las desesperadas muecas de Armitage en sus esfuerzos para mover sus brazos. —El honor de los caballeros de Thunderstone siempre se impone, ¿verdad, comandante? —Nikavom hizo un gesto con los dedos y las manos de Cano soltaron su espada. La mirada del comandante mostraba toda la sorpresa y frustración que sentía en ese momento. —O tal vez es esa maldita influencia que Liamder Tamer parece ejercer sobre la gente: Leah Trimah. El rey Dante. Usted. Algo que no puedo controlar tan fácilmente como al rey Korman o a la mayoría del consejo de Thunderstone y la orden de Amur. Esa maldita influencia, molestándome incluso ahora.

El concejal giró su muñeca y los brazos de Armitage bajaron violentamente a sus costados. Y con un nuevo gesto hizo que el brazo derecho del comandante se doblara hacia su espalda, hasta un punto donde el dolor le obligó a gritar.

—Molestándome. Estorbando. Incapaz de aceptarme como la razón definitiva en esta nueva era para Handor. Y no hablamos de una sexta era, sino de una absoluta y definitiva. Sin dioses, sin luz ni oscuridad. Moldeada completamente a nuestros deseos. ¿Por qué nadie puede concebir eso? ¿Por qué tengo que hacerles entender?

Con cada frase Nikavom giraba su muñeca en varias direcciones, obligando a que las extremidades del comandante Armitage —brazos, piernas, cintura y cuello— giraran en posiciones retorcidas, tensando al máximo sus articulaciones e incluso rompiendo algunas, provocando intensos dolores en el soldado.

Vania se incorporó sujetándose del borde de proa con tanta velocidad como se lo permitían sus grilletes en muñecas y tobillos. Volteó a todos lados tratando de encontrar alguna forma de ayudar o una salida de esa situación que no consistiera en arrojarse al lago, con el riesgo

de que el peso de las cadenas la arrastrara al fondo en un instante. Entonces, mirando hacia la borda, vio algo que le hizo sonreír a pesar del dolor que aun sentía. Un bulto informe sujeto a la cubierta y listo para ser arrojado por la borda con tan sólo deshacer un nudo. Una escala de cuerda.

Aun con las manos encadenadas a su espalda, Vania pudo sacar la daga oculta bajo su túnica. Luego dio un par de saltos que le permitieron acercarse al bulto mientras veía de reojo como el comandante Armitage, con un brazo colgando lánguidamente a un costado y apenas sosteniéndose con una pierna firme, intentaba acercarse a Nikavom para sujetarlo. El consejero reforzó el efecto de su hechizo y torció las muñecas del comandante hasta romperlas. Vania trató de ignorar los gritos de Cano Armitage y se concentró en soltar el nudo de la escala con su navaja y empujarla fuera de borda, desplegándose mientras caía.

—Acaso eso es... —empezó a decir Leah, viendo como la escala descendía sobre ellos a casi treinta brazas de altura. Antes de darse cuenta de algo más que estaba sucediendo.

—¡Eso es Vania, muy bien! —dijo Liam, sujetando el borde de la escala cuando estuvo a su alcance.

—Liam...

—¡Cúbranos con la ballesta si puede, pero debe mantenerse cerca para ayudarnos a subir al bote! ¡Vamos a saltar por la borda, no le daremos oportunidad de..!

—¡Liam!

—¡¿Qué?! ¡¿Qué sucede?!

—La nave no se detiene.

Liam volteó hacia la barcaza voladora y se dio cuenta de lo que Leah decía: la nave seguía un lento curso de descenso y colisión directa contra el cristal. Liam susurró una maldición antes de subir por la escalera tan rápido como podía. Poco antes de alcanzar la borda, desenvainó su espada.



—¡No podemos seguir así! —gritó Feder. —¡Hay que empezar a atacarles!

—¡NO! —demandó Liamder, frenando un ataque del rey Korman y empujándole lejos con su hombro, ganando espacio y aliento. —¡No hay que lastimarlos!

—¡¿Qué hacemos entonces?! —Feder bloqueó un ataque del rey Dante, cuya fuerza repercutió hasta sus hombros. Necesitaba ambos brazos sosteniendo una de sus espadas para contenerlo, no había tenido oportunidad de desenvainar su espada corta.

—¡¡Esta guerra no les incumbe!! —rugió Dante. —¡¡Pero sí se interponen no tendré más remedio que derribarlos!!

—¡¡Arrastraré sus intestinos por todo este campo hasta teñirlo de rojo!! —aulló el rey Korman, completamente enloquecido.

—¡Capitán, ¿qué hacemos?! —gritó Feder, empezando a sentir su propia desesperación.

—¡¡Resiste!! —ordenó Liamder. —¡¡Resiste, Feder!! ¡Handor no caerá mientras estemos aquí! ¡No lo vamos a permitir! —la batalla desenvolviéndose alrededor de ellos, los aceros chocando, los gritos, maldiciones y juramentos de triunfo y muerte, retumbaban en sus oídos. Aun así Liamder Tamer, el *León de Piores*, lanzó un grito apasionado desde el fondo de su pecho: —¡HANDOR ES PRIMERO! ¡POR HANDOR!

Feder Fechtbuch, mercenario naruano, se sorprendió a sí mismo con nuevas fuerzas y repitiendo aquel grito de batalla: —¡POR HANDOR!

Aquel grito se extendió entre todos los guerreros de aquella batalla; de Thunderstone y Vinska por igual. El eco de aquel juramento resonó en el aire y en la distancia, por toda la zona del lago.

Mas la sangre siguió derramándose igual.



Nunca, en todo el tiempo que mantuvo tratos con Novak Nikavom, le había visto armado. Por eso al comandante Armitage le sorprendió verlo desenvainar una daga plateada oculta bajo sus ropas, mientras se le acercaba. El comandante intentó alejarse, pero seguía estando paralizado y sostenido en pie por una fuerza ajena a la suya. Cada parte de su cuerpo le dolía intensamente, pero trató de ignorar el dolor y aferrarse al plan que había trazado en su cabeza:

Distráelo. Sólo distráelo. El mayor tiempo posible.

Porque, en medio de su suplicio, había visto como Vania saltaba hacia la escalera de cuerda enrollada, sujeta a la punta de proa. Luego la vio cortar su único amarre y dejarla caer por la borda. Después, mientras Nikavom le rompía los brazos con esa misma magia que también absorbía la fuerza del comandante a cada momento, la vio pasar sus manos esposadas por debajo de sus pies para tenerlas enfrente y maniobrar la punta de su navaja sobre la cerradura de los grilletes, sosteniendo el mango con su boca. Si no hubiera estado retorciéndose por la magia negra y el dolor, Cano Armitage habría alabado la astucia y agilidad de la elfa, pero cuando presintió que Novak se daría vuelta, sacó las últimas fuerzas de su cuerpo herido para gritarle al consejero: —¡Maldito hijo de cerda! ¡Mestizo de porquería! ¡El rey pondrá tu cabeza en una pica fuera de los muros de la ciudad cuando esto termine!

El siguiente golpe de dolor lo sufrió a lo largo de su columna, torciéndola de forma antinatural. Novak Nikavom le sonreía de manera irónica: —El rey Korman ni siquiera sabrá lo que es una pica o una cabeza cuando acabe de revolver la suya. Le seguirán Dante, en Vinska; Tenderleaf, en Bramur; Darksun, en Narur; les seguirán los hombres que presumen ser la voz de los dioses en Handor y los que se rigen por el dios más sincero del oro; después caerán los héroes militares, los maestros de magia, los mismos dioses y finalmente todo Handor regresará a la forma del espejo primordial para dejarme estructurarlos de la manera que mi voluntad decida. La correcta.

Solo distráelo un poco más. Un poco más, repetía en su cabeza el comandante Armitage. Casi se libera. Casi es libre. Cuando vio que Vania se soltaba finalmente de los grilletes lanzó un suave suspiro de tranquilidad, antes de sentir que su cuello empezara a girar contra su voluntad. *Al menos eso hiciste bien al final, Cano. Al menos...*

Entonces vio una mano aferrándose por la borda y de inmediato apareció otra, sosteniendo una espada mientras se impulsaba para subir. *¡Por los dioses!*, pensó Cano mientras la tensión en su cuello vencía sus músculos y empezaba a doblar sus huesos: —Liamder... —susurró lo bastante fuerte para que Nikavom escuchara. Al voltear, listo para enfrentar al capitán Tamer o el audaz escape de su prisionera y principal componente de su hechizo, su sorpresa fue mayor al ver a Liam Tamer, aquel viejo granjero de Piores, de pie sobre la cubierta de la nave e interponiéndose entre él y Vania, enfrentándolo armado solo con una espada en su diestra.

—¿Habla en serio, señor Tamer? —comentó socarronamente Nikavom, liberando de su hechizo al comandante Armitage, cuyo cuerpo destrozado cayó sobre la cubierta. —¿Realmente piensa que podrá detenerme? ¿Usted, de todas las personas que lo han intentado? Políticos, magos y hechiceros, hombres de fe, ciencia y guerra, reyes, héroes y ladrones como esa estúpida elfa,

este patético comandante o incluso su propio hijo —mientras hablaba Nikavom iba acercándose a Liam y Vania, proyectando los relámpagos negros de sus manos contra el mástil principal de aquella barca y varios puntos de la cubierta, el timón y las barandillas de babor y estribor. —¿Qué espera lograr usted?

Liam se hizo las mismas preguntas en su cabeza y su respuesta fue inmediata, absoluta y firme como su posición de defensa con la espada: —No soy un soldado ni un guerrero o un hombre de fe, nada de eso. Soy un granjero. Un campesino del otro lado del mundo. Soy Liam Tamer, padre de Liamder Tamer, el *León de Piores*, y voy a matarte por lo que has hecho, hijo de cerda.

Nikavom sonrió burlonamente y proyectó sus rayos contra Liam, quien levantó su espada e interpuso su cuerpo frente a Vania, preparándose para recibir el golpe. Los relámpagos chocaron contra la hoja y se dispersaron alrededor de ellos. Cuando Nikavom se detuvo pudo ver, al igual que todos, como los grabados en la hoja de la espada de Liam empezaban a brillar, igual que el dije que colgaba de su empuñadura. Un gesto de auténtica consternación apareció en el rostro del consejero.

—¿Qué clase de espada es esa?

Liam no se dio tiempo de pensar lo que estaba pasando y avanzó hacia Novak, manteniendo su espada enfrente. Nikavom volvió a atacarle con más fuerza, lanzando relámpagos negros que chocaban contra la espada y se dispersaban a su alrededor. Algunos impactaron en la superficie del cristal, estableciendo una conexión entre el monolito y Novak Nikavom. Con Liam Tamer atravesado en medio.



Podría haberlo derribado de muchas formas, pero viéndose en la imposibilidad de lastimar al rey Dante, Feder ya comenzaba a cansarse de los recios ataques del soberano. Finalmente el monarca consiguió hacerle bajar su espada y golpearlo en la cara con el dorso de su mandoble, haciéndole trastabillar. Antes de poder reaccionar, la gruesa mano del rey ya se cerraba sobre su cuello, levantándolo un segundo del suelo antes de impactarlo contra el piso, en un movimiento tan fuerte que lo dejó sin aire. No supo cuánto tiempo permaneció tendido, tratando de recuperar el aliento, hasta que Liamder se acercó a él para ayudarlo a sentarse, mientras los reyes volvían a su querrela.

—Es inútil —comentó Feder, visiblemente agotado y desesperado. —Solo quieren matarse entre ellos. No podremos detenerlos sin lastimarlos.

—¡Nunca hasta ese extremo, mi amigo! Podemos resolver esto.

—¡¿Cómo?! ¡No veo solución a esto! ¡No podemos ganar, ni detener a Nikavom o salvar a Vania! ¡No podemos hacer nada, capitán! ¡Nada!

—¡Maldición, Feder, no desesperes! ¡Hallaremos una forma!

Lo cierto es que Liamder Tamer ya había encontrado una. Mientras veía a los reyes y al futuro de Handor batiéndose en combate tomó una profunda respiración y ayudó a Feder a ponerse de pie, sujetando su brazo con firmeza para luego estrecharlo en un recio abrazo de camaradería. —Hoy luchaste con honor y fuerza, Feder. Si tus dioses no fueron testigos, ten la certeza de que yo sí.

—Capitán, ¿qué está...? —dijo el naruano antes de sentir como su segunda espada abandonaba su funda. Liamder Tamer, con ambos aceros en las manos, se dio media vuelta y corrió hacia los reyes de Thunderstone y Vinska, entrando justo a la mitad del combate

interponiendo ambas espadas para bloquear los ataques de cada uno.

—¡¡Liamder!! —gritó Feder y corrió para alcanzarlo, antes que dos soldados se interpusieran en su camino. Armaduras y emblemas no le importaron mientras se defendía. El naruano sólo prestaba atención a la figura del capitán protegiendo a cada rey del ataque del otro, agotando su propia fuerza con cada golpe que recibía, dado con furia y demencia. Resistía cada embate con toda la fortaleza que le permitían sus miembros, que ya empezaban a doblarse.

—¡LIAMDER! —gritó Feder, desesperado por no lograr abrirse paso entre sus enemigos.



La conexión de energía entre Novak y el cristal empezó a ser tan fuerte que ya no pudo detenerla. El consejero sintió como el monolito empezaba a estrechar el lazo entre ambos, creando un único canal de rayos oscuros que incluso atravesaban el cuerpo de Liam Tamer, pasando por encima de Vania mientras se arrastraba hacia un extremo. Liam, a pesar del dolor que empezó a sentir en todo su cuerpo, no dejó de sostener su espada en alto. Incluso cuando el cuerpo de Novak se elevó un palmo sobre la cubierta de la nave, antes de lanzarse hacia él en medio de un grito enloquecedor.



Liamder nunca lanzó un golpe ni devolvió un ataque. Sólo resistió cada embate con fortaleza. Cada impacto, cada alarido demencial de Korman y grito de batalla de Dante, estremecían a Feder, provocando que su desesperación aumentara:

—¡Liamder, por favor, ríndase! ¡Aléjese de ellos, capitán! ¡Por favor!

Su desesperación llegó al nivel en que su habilidad de combate empezó a acelerarse, logrando acabar con sus oponentes con una cadena de ataques que parecieron, a simple vista, como un solo golpe de su espada, haciéndolos a un lado en el proceso. Cuando el panorama se despejó, la visión ante sus ojos lo paralizó por completo.

Nunca supo quién había atacado primero: Korman o Dante, pero lo que sí pudo ver fue como Liamder Tamer, reuniendo toda su fuerza, con un giro de cada brazo y un rugido que furia y dolor surgiendo de su pecho, logró desarmar a ambos monarcas. Luego retrocedió unos pasos, con ambos aceros reales sujetos entre sus brazos y la punta de cada uno atravesando su cuerpo.



Leah Trimah, desde el bote pesquero y aun con su atención dividida entre los destellos negros sobre la nave voladora, la batalla encarnizada librándose en la pradera y una nave de guerra destrozando a una ciudad indefensa, fue la única que vio el momento preciso en que la proa de la barca voladora de Nikavom chochó contra el cristal del lago Vinsniger.

La fuerza del impacto mandó a Nikavom con más velocidad contra Liam. Este interpuso su espada, hiriendo el cuerpo del consejero al impactarse contra él. La inercia lanzó a ambos sobre la destrozada punta de proa y fuera de borda, aun rodeados por la energía oscura que conectaba a Nikavom con el cristal. Sus cuerpos se estrellaron contra la superficie del monolito. Y Vania —la única que podía ver claramente lo que estaba ocurriendo— vio como el cristal negro se rompía como si fuera el vitral más frágil, dejando caer los cuerpos de Nikavom y Liam en una oscuridad

profunda. De repente la abertura se selló de nuevo con los mismos fragmentos de cristal, que nunca cayeron al lago.

El ruido del cristal negro estrellándose contra la proa de la nave fue tan intenso, agudo y ensordecedor que la misma batalla se detuvo. Soldados de Thunderstone y Vinska en el campo, sobre los bergantines sobrevivientes en el lago y en la *Trueno de Roca*, dejaron de combatir y fijaron sus miradas en el cristal. Incluso los reyes de ambas naciones, desarmados y aturcidos por el sonido del choque, dejaron de atacarse y se miraron entre sí, como si trataran de reconocerse el uno en el otro. Solo los distrajo el sonido que hizo el cuerpo de Liamder Tamer al caer sobre la campiña de Menicia, aferrándose todavía a las espadas entre sus brazos y atravesando las placas de su armadura.

—¡¡Por Hala!! ¡¡Liamder!! ¡¡Por favor, no!! —exclamó Feder, asustado, mientras se acercaba hacia el cuerpo caído del *León de Piores*. —¡¡Resiste, Liamder!! ¡¡Maldita sea, por favor!! ¡RESISTE!

—Por la sabiduría de Saphia, ¿qué estamos haciendo? —susurró el rey Dante mientras el rey Korman resoplaba escandalosamente, llevando sus manos a su cabellera enmarañada y tirando su corona en el proceso. —¡¡Es la furia de Toben!! ¡¡Es la muerte del silencio y del quinto ciclo!! ¡¡La llegada del infinito!! ¡¡Oh, sangre de mi *León de Piores*!! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué nadie me mató si veían que no iba a detenerme?! ¡¿Por qué no pude dominarme?! ¡¿POR QUÉ NO ME MATASTE, DANTE?!

—¡Eso nos sabría destruido a todos! Y el *León de Piores* lo sabía. No hizo esto por ti o por mí, Korman. Lo hizo por Handor.

Sobre la cubierta de la nave, Vania no alcanzaba a entender como esta no había caído al lago luego del impacto. En cambio se sostenía en el aire inexplicablemente, sin mecanismos de suspensión y en una posición inclinada. Tras librarse de los grilletes en sus piernas se acercó al cuerpo destrozado de Cano Armitage, quien, con sus últimos respiros, trataba de susurrar una torpe disculpa por sus acciones y falta de voluntad. Sin saber cómo reconfortarle, Vania sujetó con cuidado ambas manos del comandante, lo que pareció tranquilizarle un poco.

Fue cuando el cristal negro empezó a emitir un fuerte zumbido, que fue intensificándose conforme un resplandor oscuro surgía de su interior, capturando la atención de todos los combatientes. Entonces Vania vio adentro del monolito la imagen de Liam Tamer y Novak Nikavom, tendidos e inconscientes sobre un piso de cristal.

VII

Cuando Liam Tamer abrió sus ojos sintió un frío cruel en su pecho y en sus mejillas, apoyadas contra una superficie que sólo pudo reconocer como un fino cristal que podría quebrarse en cualquier momento. Se puso de pie inmediatamente, tomando su espada que estaba junto a él. Entonces reconoció el cuerpo de Novak Nikavom a pocos pasos de él. Se alejó y caminó un poco, tratando de reconocer dónde se encontraba. Aquel lugar no parecía tener forma o paredes distinguibles, sólo líneas y dimensiones que reflejaban luces inexistentes. Era como si estuviera dentro de un diamante negro visto a contraluz. Cuando su atención volvió al consejero Nikavom, este se encontraba de pie ante él, con una profunda herida en su costado manando sangre en un flujo que llegaba hasta el suelo y de ahí expandiéndose en finos hilos, subiendo por muros y techos invisibles.

—¿De dónde viene esa espada? —volvió a preguntar el consejero, con una voz mucho más gutural y reverberante.

—Es un regalo —contestó Liam, sujetando su arma con fuerza. —De muchas personas. Con todas sus bendiciones.

—Posee una ambigüedad enfermiza —respondió Nikavom. —Luz y oscuridad. Virtud y malicia.

—¿Dónde estamos? —preguntó Liam, ignorando aquel comentario.

—Hasta un simple granjero como usted puede deducirlo. Dentro del fragmento del espejo. En medio del todo y la nada.

—¿Qué es lo que quiere con esta cosa maldita? —preguntó Liam, empezando a enfurecerse.

—Reestructurar el orden de las cosas. Es lo que todos quieren en algún momento. Poner orden.

—¿Y para eso tuvo que enfrentar a dos naciones? ¿Manipular a su gente y sus deseos? ¡¿Para eso tenía que lastimar a mi amiga?!

—Por supuesto. La estructura más firme necesita cimientos forjados en la destrucción. Es lo que creó a Handor en primer lugar: la destrucción del Espejo Primordial a través de la mirada del Demiurgo.

—Conozco la leyenda.

—¿Y acaso conoce las posibilidades presentes aquí? ¿El mayor bien que podríamos hacer con este cristal? Traer una nueva era, estructurada bajo nuestros deseos y en beneficio de Handor. Podríamos diseñar todo desde sus cimientos. Desde los dioses mismos. Con un simple gesto eliminamos a Amur, a Toben, a Vosait o quien sea, quedando nosotros como los nuevos señores, dioses y mortales, de Handor.

—No me interesa nada de eso. Sólo quiero que esto termine. Que mi hijo esté a salvo.

—Entonces le conviene escucharme.

—¿A qué se refiere? —preguntó Liam cuando, de repente, un reflejo apareció en un muro junto a él, mostrándole una imagen vista desde el cielo, sobre la batalla en las campiñas de

Menicia. Y en el centro de la escena reconoció a su hijo, tendido en el suelo y con dos espadas atravesadas en su cuerpo.

—Liamder... —susurró Liam angustiado, experimentando aquella sensación de nuevo en la base de su estómago. Se acercó al espejo, apoyando sus manos sobre el cristal antes de empezar a golpearlo desesperadamente. —¡¡Liamder!! ¡No, por favor! ¡Por piedad, Amur, nooo! ¡¡LIAMDER!!

—Los dioses no escuchan aquí —dijo Nikavom, con una voz todavía más profunda y gutural. —Su hijo va a morir a menos que usted haga algo al respecto.

—¡¿QUÉ ES LO QUE QUIERES?! —gritó Liam en una mezcla de desesperación y coraje, volteando a ver fijamente a Nikavom. Este se sobresaltó ante la mirada furiosa del hombre y la espada que sostenía en su mano. —¡¿QUÉ DEMONIOS QUIERES DE NOSOTROS? ¿QUÉ QUIERES DE MÍ?!

—Quiero... —mientras hablaba, la voz de Novak se convertía en algo que a Liam le parecía ser un profundo vacío, el cual podría devorarlo si apartaba su vista de él. —... Que deje... De mirarme —los hilos de sangre que desprendía la herida del concejal comenzaron a desaparecer, integrándose con el cristal en el suelo y las paredes. Liam, todavía mirando fijamente al concejal, inclinó su cabeza en una expresión inquisitiva. —Tú no eres Novak Nikavom —afirmó.

El aludido sonrió y señaló con su mirada una figura tendida a sus pies. Un bulto que hasta ese momento Liam se percató de su existencia. Novak Nikavom, medio elfo y consejero del rey Korman de Thunderstone, yacía sobre el suelo de cristal, con su mirada inexpresiva y fija en la nada. Sus manos aun sujetando el punto en su costado donde la espada de Liam le había herido de muerte. La luz oscura en la base de su cuello aún brillaba, pero empezaba a apagarse lentamente. —Ciertamente no lo soy —respondió la figura de Novak, de pie a lado de aquel cuerpo, tocando su propia sien con uno de sus índices: —Pero lo que tenía aquí era muy interesante y atractivo, dentro de su demencia maliciosa y caótica. Por eso el dios de la malicia lo había escogido como su peón para diseminar el caos. Estaba predestinado a eso. Y por eso también estábamos vinculados. Especialmente cuando se conectó con aquella pequeña parte de mí que su familia estúpidamente le entregó. Lentamente lo fui guiando aquí para que su voz ejecutara mi designio.

—Tú eres...

—Adelante. Dígalo.

—... Eres el Espejo Primordial. Lo que existía antes de los dioses. Antes de Handor.

—¡YO SOY HANDOR! ¡Yo soy los dioses! ¡Soy tu hijo moribundo! ¡Soy sus reyes desatinados con imperios erigidos sobre piedras ensangrentadas! ¡Soy la arena de Narur y el hielo de Nobí! ¡Soy los dragones de Jörmun y los elfos de Bramur! ¡Soy el sol del mediodía, el reflejo del atardecer y la oscuridad de la noche! ¡Soy todo lo que conoces en su estado más puro, sin definiciones o conceptos! Tal como debe ser. Tan sólo un reflejo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Liam, tratando de serenarse y sin apartar su mirada de la figura de Nikavom, cuya túnica color vino empezaba a tomar un tono más oscuro.

—No puedes pedirle un propósito a aquello que es, al mismo tiempo, naturaleza, virtud, sabiduría, furia y malicia. Mis intenciones no iban más allá de lo que Nikavom había concebido: colapsar los reinos de la Coalición para que los humanos destruyeran sus alianzas y los dioses vieran los defectos en la creación del dios Handor, decidiéndose a eliminarla para dar paso a la sexta era. Novak Nikavom tomaría esa oportunidad para moldearla a su antojo, utilizando mi poder para eliminar a los dioses y empezar de nuevo, bajo su percepción de una realidad perfecta. Pero ahora los reyes ya no pelean. Su hijo, en su rol como campeón de Amur, se ha encargado de

eso.

—¡Entonces ya no tienes nada que hacer aquí! ¡Lárgate!

La oscuridad invadía ahora toda la figura de Novak Nikavom, borrando cualquier rasgo identificable del medio elfo mientras se acercaba a Liam, lo suficiente para que su voz susurrante llegara hasta él: —No iré a ninguna parte. Me quedaré aquí, esperando a alguien que porte un fragmento de mí o tenga una inclinación desmedida hacia la malicia o la virtud, para atraerlo aquí y ver que la ejecute. Me quedaré aquí hasta que sus reyes vuelvan a sacar sus espadas para resolver sus diferencias. Me quedaré aquí hasta que un noble caballero, capaz de entenderse con dragones, encabece un ataque contra todo el continente; hasta que un hombre de fe mueva a sus seguidores a una guerra religiosa que nadie comprenda; hasta que un ladrón vea lo fácil que es hacerse con el control del mundo si no deja que sus escrúpulos se interpongan; hasta que un cazador se harte de que lo llamen monstruo y decida convertirse en uno; hasta que una sabia elfa entienda las maravillas que puede lograr cuando deja que la magia negra domine. Me quedaré hasta que los dioses se harten de sus juegos y pretendan borrarlo todo. Y yo seguiré aquí después de todo eso. A menos qué...

—¿A menos de qué? —Liam no dejaba de mirar a la figura que antes fuera Novak Nikavom—ahora casi convertida en una sombra— como si su vida dependiera de eso.

—De que impongas tus deseos ahora, sobre todo lo demás. Reestructurando el mundo con el poder que puedo otorgarte. La realidad es, Liam Tamer, de Piores, que tu hijo morirá hoy. Todo tu viaje y esfuerzo habrán sido en vano. Quedarás totalmente sólo al final de tus días, sin tener el consuelo de creer que pudiste hacer algo para evitarlo.

Las manos de Liam temblaban, al igual que sus labios y ojos. Estuvo a punto de dejar caer su espada, pero nunca apartó sus ojos de aquella sombra, que ya no tenía ningún parecido relacionado con el concejal Novak Nikavom y que ahora se extendía alrededor de él, transformándose y tomando la forma de un escenario que reconoció de inmediato. Y con el recuerdo de la imagen llegaron también los aromas del campo y de las cosechas recién levantadas, junto con la frescura del viento de verano en su rostro mientras observaba ese hermoso atardecer desde la cima de la colina más cercana a su granja. En Piores.

Y también llegó a sus oídos la voz de Nayel, entonando una melodía entre sus labios mientras descolgaba la ropa de los tendederos junto a la casa.

Pero si aceptas establecer tu orden, susurró la voz de la sombra, cerca de sus oídos, puedes obtener esto. ¿No es lo que siempre has deseado?

Su mujer volteó a verlo y le dirigió una sonrisa y un saludo con su mano. Aun a la distancia se le veía lozana y resplandeciente, tal como la recordaba y como siempre habría querido verla: siendo ella misma, joven y fresca. Viva. Un par de lágrimas brotaron de sus ojos en silencio. Entonces reconoció a un jinete acercándose a la granja, por la vereda.

Su deseo no tiene que estar peleado con los de otros. ¿Su hijo quiere ser un soldado? Que sea el mayor héroe de guerra que su mente pueda imaginar.

Lo era. Liamder se veía tan gallardo en su montura, con su armadura reluciente y la espada colgando de su cintura. No lucía ninguna cicatriz en su rostro, ninguna señal de sufrimiento en su cuerpo. Lo vio desmontar y saludar a su madre con un afectuoso abrazo antes de avanzar por la colina hacia donde su padre le esperaba. —¿Sabes? —dijo Liam cuando aquella noble y heroica imagen de su hijo estuvo lo bastante cerca. —He guardado todas tus cartas.

Liamder asintió mientras sonreía con afecto: —Lo sé, papá.



Viendo toda la situación en el suave reflejo dentro del monolito de cristal, Vania no dejaba de temblar sobre la cubierta de la destrozada nave voladora, sostenida aun en el aire por medios inexplicables. Temblaba sin control mientras abrazaba el cuerpo destrozado y sin vida del comandante Cano Armitage entre sus brazos.

—Por favor, Liam —susurró la ladrona. —Tu hijo no aceptaría eso. No lo traiciones así. Liam, por favor, no lo hagas.



Liamder podía verlo claramente, aunque su vista pareciera estar perdida en el cielo sobre su cabeza, mientras la sangre y su vida escapaban lentamente, escurriéndose entre los brazos de Feder. Los hombres alrededor trataban de abrirles espacio mientras los reyes de Thunderstone y Vinska gritaban por ayuda, la presencia de un clérigo o alguien que pudiera impedir lo que ya Liamder Tamer sabía inevitable. Con esfuerzo levantó su mano al aire, intentando alcanzar algo que sólo él podía ver en ese momento, mientras susurraba débilmente unas palabras: —Papá... Handor es primero, papá... Por favor...



—¿Recuerdas que te enseñé todo lo que yo sabía y resultó ser demasiado? —preguntó el granjero de Piores a su hijo, el *León*, quien asintió en silencio. —Quería aferrarte a mí para nunca verte caer. ¿Sabes, Liamder? He viajado mucho estos días y he aprendido algo muy importante.

—¿Qué es papá?

Las palabras de Liam Tamer, a través de la distancia, las dimensiones y el tiempo, estremecieron a Vania y Liamder: —Que Handor puede irse al demonio. Es un lugar enfermo, con gente podrida que se mantiene en el poder para envenenar a otras. Las ambiciones diluyen parentescos y lealtades. La guerra se cierne sobre nosotros siempre, como una tormenta que arrasará toda la tierra que has sembrado, sin que puedas hacer algo al respecto.

¿Entiendes la importancia de imponer tu orden, entonces?, susurró una voz surgida de la boca de su hijo, que sonó como una extraña mezcla de la de Feder, Nikavom, Armitage y otros.

—No, porque también hay buenas personas aquí. Gente que ayuda a otras en momentos de necesidad, obtengan o no un beneficio. Gente que resiste y sobrevive a todo lo que envenena este mundo, sin dejar que les afecte o los cambie. Eso tampoco puedo entenderlo. No entiendo a Handor, no entiendo a su gente y mi sincero deseo es que todo esto se vaya al infierno.

Liam se acercó a su hijo y, aunque parecía hablarle a él, su mirada iba más allá del reflejo del cristal en el que estaba inmerso. Acarició su rostro con su mano, pero su voz se dirigía al hombre que agonizaba en el campo de batalla de Menicia, quien pudo sentir el toque de la mano de su padre sobre su mejilla. Como su fuera el susurró de una caricia:

—Tú eres mi hijo, Liamder. Te amo y me preocupo por ti. Crucé el mundo para encontrarte, esperando poder llevarte a casa para aferrarte de nuevo a mí y protegerte, aun en contra de tu voluntad. Aun sabiendo que jamás podría imponerme ante ella. Pero aun así haría lo que fuera por ti —el reflejo de Liamder Tamer sonrió fríamente mientras extendía su mano lentamente hacia el hombro de su padre.

Entonces, antes de que lo tocara y con un solo movimiento, Liam Tamer levantó su espada y atravesó con ella el cuerpo de su hijo, penetrando la coyuntura de la armadura en la base del estómago. Luego sujetó el hombro de aquella visión y la atrajo hacia él, hasta que la punta de

acero naruano brotó a través de la espalda de Liamder, quien tenía una expresión de absoluta sorpresa en su mirada.

—Lo que fuera... —dijo Liam, estrechando con más fuerza aquel reflejo de su hijo, que ya empezaba a palidecer. —... Incluso defender esta porquería de mundo que tanto amas.

Los colores y formas desaparecieron a su alrededor. La imagen de Nayel se desvaneció y Liam volvió a derramar una lágrima cuando ya no la pudo distinguir entre la bruma negra en que se había convertido todo el escenario que le rodeaba. En cuerpo de su hijo también se disolvió en la oscuridad. Incluso el cuerpo de Nikavom había desaparecido, dejándolo sólo dentro del cristal, rodeado de una bruma que parecía mantenerse detrás de una superficie de cristal que lo rodeaba. Entonces escuchó un grotesco grito compuesto por cientos de voces, todas las que había escuchado alguna vez en sus cincuenta años de vida:

¡¡DEJA DE MIRARMEEEE!!!

No lo hizo. Sostuvo la espada en su posición de defensa y fijó su mirada en el cristal y la bruma que se movía enloquecidamente dentro, hasta que sus ojos se posaron en un punto a la altura de su rostro. Su propio reflejo apareció ante él, oscuro, etéreo y translucido, como si fuera a desaparecer en el instante en que desviara la mirada o parpadeara.



El cristal sobre el lago Vinsniger empezó a emitir pulsaciones de una energía oscura que se propagaba por todo el espacio, más allá de las colinas donde los ejércitos habían dejado de combatir. Más allá de los bosques de Bramur, las cordilleras del norte y del este y las tundras de Nobí, llegando hasta el desierto de Narur, las tierras de los dragones y las islas de las Tres Hermanas.

Leah Trimah sostuvo el timón con firmeza cuando las aguas empezaron a encresparse de nuevo, manteniendo su posición cerca de la nave estrellada contra el cristal, esperando lo que debiera suceder. *Liam cruzó el mundo para llegar hasta su hijo*, pensó, sujetando el timón con más fuerza. *Tú puedes sostener este maldito bote en su lugar*.

—¡Vamos, viejo! —gritó Vania en las alturas, sobre la cubierta de la nave. —¡Me engañaste, me ahogaste en ese río y aun así me convenciste para acompañarte hasta aquí! ¡Puedes vencer a esa maldita cosa! ¡¡Vamos!!



En la ciudad de Lital una tormenta de arena había caído sorpresivamente y todos sus habitantes buscaban refugio. El bandido Foullet seguía corriendo por las calles, buscando gente perdida para guiarla a un lugar seguro. Su camino se cruzó con la del comerciante Benua Bariya, recién regresado de un viaje.

—¿Qué está pasando?! —preguntó el bandido. —¿Qué demonios es esto?!

—Las consecuencias de tus acciones —dijo el caravanero, cubriéndose de la tormenta y encaminándose con Foullet hacia un refugio. —Sean estas buenas o malas, lo sabremos hasta el final.



Gyax Thunderstone, postrado de rodillas frente al altar de Toben, en la ciudad de Narur, elevó sus plegarias mientras un círculo de luz blanca le rodeaba. —Toben —rezaba —, dale fuerza a quien esté resistiéndose a esta maldad. Dale tu furia a quien la necesite, con la gracia para saber emplearla.



En el fuerte de Adat y la Biblioteca Tolomaica, Cerena Daru se asomó por una ventana para ver las nubes de tormenta arremolinándose en el horizonte y los relámpagos cayendo desde el cielo, arrancando fragmentos de la misma tierra y destrozando las construcciones que alcanzaban. Trazó unos movimientos sobre la gema que coronaba su bastón y pudo ver, en su reflejo, la imagen del dije que le había obsequiado a un granjero hace unos días, rodeado de una oscuridad amenazante. —Resista, Liam —susurró.



Desde la cúspide más elevada de la isla de Jörmun, Harrison Bowen veía como el mar que rodeaba la tierra de los dragones se agitaba violentamente. Los fuertes vientos derribaban a aquellos que se atrevían a surcar los cielos, contraviniendo las órdenes de su rey. El mismo monarca de los dragones permanecía en ese momento atento al horizonte, junto al paladín de Amur. Lentamente bajó su gigantesca cabeza para que el humano le escuchara: —No podemos intervenir. De cualquier forma, no llegaríamos a tiempo.

—Sea quien sea, resistirá esta prueba —comentó Harrison con seguridad. —La bendición de Amur está con él. Puedo sentirla.

—Pues que Amur y Handor guarde sus palabras, paladín —sentenció el rey de los dragones.



Los animales enloquecían atacando las ciudades, los pueblos y a la gente que atravesaba el bosque de Bramur. Azevrec Houndmight se veía en problemas para controlarlos y proteger a las personas. En un respiro escaló el árbol más alto que encontró para ver la situación sobre Vinsniger, reconociendo el cristal en la distancia y sus pulsaciones oscuras expandiéndose por toda la tierra. Como una señal que enloquecía todo lo que alcanzaba a tocar.

—Que Fysy nos proteja —susurró el guardabosques.



A mitad de la planicie de Gunthabar, con la tierra temblando bajo sus pies, dos figuras permanecían firmes, mirando al cielo.

—Es el momento —dijo Amur. —Ha tomado su decisión.

—Veremos si puede mantenerla —comentó Vosait. —De lo contrario...

—Ten fe, hermano. Lo que suceda ahora, para bien o para mal, será la voluntad de Handor.



—¡Liam! —gritó Feder, sosteniendo el cuerpo de Liamder Tamer entre sus brazos y sus manos entre las suyas, mientras los hombres que les rodeaban comenzaban a aullar en desesperación, sujetando sus cabezas, algunos cayendo de rodillas para orar y otros volviendo a combatir. —¡Tu hijo te necesita, maldición! ¡¿Dónde estás?! ¡¿Qué está pasando allá?!

—Nos ha salvado... A todos —dijo Liamder Tamer, casi en un suspiro. —Mi papá... Salvó a Handor... Es un héroe... Mi papá es un... Papá... Ya no tengo mie...

—¿Liamder? —preguntó Feder, quien no había escuchado las últimas palabras del capitán. —¡¿LIAMDER?! —volvió a preguntar, más desesperado al sentir las manos del *León de Piores* relajándose lentamente dentro de las suyas.



A nadie le interesas viejo, susurró la voz de su propia imagen dentro del espejo. Nadie se ocupará de ti. Nadie se detendrá para ver que sigas adelante. A nadie le importará que desaparezcas.

Entonces...

¿Por qué tendrías que preocuparte tú? ¿Por qué interesarte en otros y no pasar sobre ellos para llegar a dónde quieres? ¿Por qué enfermarte pensando en lo que otros quieren o necesitan? ¿Por qué no pensar en ti? En lo cansado y viejo que estás. En lo poco que te queda, arriesgándolo por algo en lo que ni siquiera crees.

¿Por qué no sólo miras hacia otro lado?

¿Por qué no solo bajas la mirada y descansas?

¿Por qué no sólo dejas de mirarme?

Déjame ayudarte. Vamos.

Sólo... ¡DEJA... YA... DE... MIRARME!

No lo hizo. Ni por un segundo desvió su mirada o parpadeó. Ni siquiera cuando las imágenes de múltiples posibilidades y recompensas se multiplicaron a su alrededor. Los gritos y risas de miles de personas resonaron en sus oídos.

¡¡¿POR QUÉ NO BAJAS LA CABEZA? ¿POR QUÉ NO DEJAS DE VERME?!!

—Es la voluntad de Handor —dijo Liam Tamer.

¡¡ YO SOY HANDOR !!

—Entonces es por mi voluntad —sentenció el hombre. Al decir esas palabras el reflejo se agrietó en el centro de su rostro y la cuarteadura se extendió por todo el cuerpo, mientras lanzaba un intenso alarido de dolor. Liam levantó su espada lentamente: —Y tú ya no tienes ningún poder aquí.

Con un movimiento de su espada golpeó el rostro de su propio reflejo, destrozándolo en cientos de fragmentos y silenciando su grito. El daño se extendió por todo el cristal negro que le rodeaba, dejando pasar la luz del sol de Handor. Sintió el piso resquebrajarse bajo sus pies, hasta que se sintió caer al vacío, sobre el lago Vinsniger.



Ninguno de los presentes en la zona del lago Vinsniger olvidaría aquel momento, cuando el gigantesco monolito de cristal negro dejó de emitir sus oscuras pulsaciones y, lentamente, empezó

a cuartearse hasta que finalmente se resquebrajó en un único estallido, dejando fragmentos de varios tamaños de cristal que empezaron a caer lentamente, fragmentos que también empezaron a cuartearse una y otra vez, hasta que aquel monolito se convirtió en una nube de polvo de cristal que desapareció con el viento.

Cuando el cristal estalló, la nave voladora de Nikavom recuperó su propia gravedad y se desplomó sobre el lago, cerca del bote que Leah Trimah intentaba mantener a flote. El oleaje que levantó la nave al caer la cubrió por completo, pero le permitió ver dos cosas importantes: Vania todavía permanecía sobre la cubierta, sujetando el cuerpo del comandante Armitage y arrastrándose con él hacia ella, aprovechando que la nave se hundía muy lentamente. Lo segundo era que el cuerpo de Liam Tamer había caído al agua, a varios metros de distancia.



El frío y la oscuridad, amigables ahora en cierto modo, le daban la bienvenida. Había dejado de respirar, más por cansancio que por el agua invadiendo sus pulmones. Relajó todos sus miembros y permitió que su cuerpo se sumergiera lentamente. A través del agua pudo distinguir el sol de Handor, emitiendo un resplandor dorado que parecía crecer ante sus ojos.

Lo harás bien, amor. La voz de Nayel resonaba en sus recuerdos de aquellos últimos días; suave, cansada y enferma. *Pero tendrás que dejarlo ir.*

—No puedo hacerlo, Nayel, lo siento... No quiero que se vaya...

Es la voluntad de nuestro hijo. Tan fuerte como la tuya. Pero tú tendrás que enfrentar lo más difícil.

—¿Qué cosa?

El día a día. La cotidianidad.

El resplandor creció hasta abrazarle por completo, arrastrándolo luego hacia la superficie del lago. Cuando sus pulmones volvieron a tomar aire distinguió la figura de Leah, sosteniéndole entre sus brazos. Sintió en su muñeca el peso de su espada, sujeta por el dije que Cerena le había obsequiado. Ambos subieron al bote pesquero donde Vania ya se encontraba, aun sosteniendo el cuerpo del comandante Armitage. La joven elfa, estallando en lágrimas, se aferró a Liam cuando lo tuvo cerca, agradeciéndole con balbuceos en distintos lenguajes el haberle salvado. Liam respondió torpemente esos gestos, pero su vista estaba fija en el lindero del lago, hacia donde Leah dirigía el bote y donde la batalla entre Vinska y Thunderstone se había detenido.

Liam saltó fuera del bote apenas llegaron al borde del lago y chapoteó fuera del agua, abriéndose paso entre los soldados quienes —en silencio y cabizbajos— le dejaban pasar. Corrió entre aquel solemne silencio hasta que reconoció la figura del rey Dante y a Feder, en el suelo y sujetando entre sus brazos el cuerpo de Liamder, con sus heridas abiertas y su mirada fija en el cielo, en medio de un gesto esperanzado y una tenue sonrisa.

La sensación volvió a surgir en la boca de su estómago, con tal fuerza que lo hizo caer de rodillas junto al cuerpo de su hijo. Feder susurraba repetidamente mil disculpas, pero, cuando Liam lo miró a los ojos por un segundo, el naruano supo que la única culpa que cargaría por la muerte de Liamder Tamer sería la que él mismo se impusiera. Depositó en silencio el cuerpo del hijo en los brazos de su padre y se apartó para reunirse con Leah y Vania.

Liam Tamer, humilde granjero de Piores, rompió en llanto mientras sostenía entre sus brazos el cuerpo de su hijo, Liamder Tamer, capitán del ejército de Thunderstone y, ahora, héroe de Handor, bajo la mirada silenciosa de soldados, mercenarios, ladrones, comerciantes y reyes.

VIII

Los siguientes días pasaron como si se trataran de un sueño. Liam casi no habló durante ese tiempo. Recibió las condolencias por parte de soldados de Vinska y Thunderstone por igual; los sentidos abrazos de Vania y Leah, tan destrozada emocionalmente como él e incapaz de contener sus lágrimas; las sentidas disculpas de Feder, con la vergüenza visible en sus ojos bajos y manos temblorosas. También recibió en privado, en la sala de consejo de Menicia, las disculpas de los reyes Dante y Korman, postrados de rodillas ante él y lamentando mucho la pérdida de tan noble guerrero, cuyo sacrificio sanó las heridas entre sus naciones. Liam agradeció cada uno de estos gestos en silencio, para luego retirarse lentamente.

El funeral de los soldados caídos durante el combate, incluyendo al comandante Cano Armitage y el homenaje al capitán Liam Tamer se realizaron al día siguiente, en la misma zona de la Batalla del Lago Vinsniger, punto que sería conocido de ahora en adelante, por decreto de los reyes de Vinska y Thunderstone, un símbolo de la unión entre las naciones de Handor, forjado con la sangre de hombres valientes y el sacrificio de un héroe que entregó su vida por un bien que él sabía era el mayor.

Ataviado con la mejor armadura disponible en la *Trueno de Roca* y luciendo las insignias de comandante de los ejércitos de ambas naciones —nombramiento que sus respectivos reyes le habían otorgado póstumamente—, el cuerpo de Liam Tamer lucía sereno sobre la pira funeraria, con su espada colocada ceremonialmente sobre su pecho, con sus manos sujetando la empuñadura. Le habían limpiado la suciedad y sangre de la batalla y lavado sus heridas. Daba la impresión de estar durmiendo y que en cualquier momento abriría sus ojos y se pondría de pie, para alegría de todos los presentes.

Leah Trimah dirigió unas palabras a los asistentes de la ceremonia acerca del hombre y su deber más allá de los contratos firmados. Habló hasta que su voz comenzó a quebrarse por la emoción y se retiró antes que su dignidad se viera comprometida. Los reyes Korman y Dante hablaron en sus respectivos dialectos y formas acerca del mismo hombre; un destacado militar que, con la misma fuerza y pasión, buscaba la paz y enfrentaba la guerra. Ambos aceptaron haber permitido que sus disputas se convirtieran en una fuerza que les hizo perder la cordura, pero agradecieron a los dioses la existencia de héroes y campeones como Liamder Tamer, quienes no se doblegaban ante esas fuerzas para traer orden y justicia a Handor.

Liam, junto a la pira funeraria donde descansaba el cuerpo de su hijo, rechazó la invitación para hablar ante la gente. Permaneció en silencio en su lugar, tratando de llenar su memoria con la majestuosa imagen de su hijo. Durante el transcurso de la noche varios oradores compartieron sus experiencias con el *León de Píares*; cercanas, vividas a la distancia o rumoradas, pero igualmente significativas. Y en el alba del nuevo día la *Doragon* apareció en el horizonte, a la vez que muchas personas surgían de los bosques de Bramur.

De la *Doragon* descendió el capitán Harrison Bowen, ataviado con sus mejores ropas, seguido por miembros de su tripulación y algunos civiles al fondo de la marcha. —Por parte de los paladines de la orden de Amur, venimos a presentar nuestro respeto a un héroe caído —dijo el

capitán, imprimiendo más respeto y emoción a la ceremonia. —También nos acompañan algunos civiles que Amur, en su sabiduría, puso en nuestro camino con el mismo destino.

Liam reconoció entre el grupo al caravanero Benua Bariya y a su asistente, Sadiq, a las figuras de Cerena Daru, Gyax Thunderstone e incluso al ladrón Foullet. Para entonces el grupo que surgía de los bosques —la mayoría refugiados de la ciudad de Menicia, regresando finalmente a su hogar— llegaban al cortejo, dirigidos por Azevrec Houndmight, acompañado también por el trío de bandidos de Gunthabar; Prosky, Picardo y Miller, los tres en un solemne silencio. Todos en su momento se inclinaron respetuosamente ante los monarcas de Vinska y Thunderstone, ante la pira funeraria del comandante Tamer y, especialmente, ante el padre del *León de Piores*, quien agradeció en silencio y con sinceridad todos los gestos dedicados a él y a su hijo.

—Lo lamento. En serio, lo siento —se disculpó Foullet cuando le tocó presentarse ante Liam. —Y sé que esto no significa nada ante esta situación, pero... —y entonces el ladrón le extendió un saco cargado de monedas. Liam sonrió ligeramente y rechazó aquel gesto cortésmente. —Está bien —dijo, dirigiéndose a todos los presentes: a los compañeros de viaje; a los enemigos de un día y aliados al siguiente; y a quienes le habían ayudado no sólo a llegar hasta su hijo, sino a conocerlo de una forma que ninguna carta podría expresarle. —Todo está bien.

La cremación se realizó cuando el sol de Handor empezaba a descender por el oeste, acariciando con sus últimos rayos la superficie del Lago Vinsniger, libre de la sombra del cristal negro. Liam portaba la antorcha con la que encendió la pira funeraria. Así, los soldados caídos y el nuevo héroe de Handor se consumieron entre las llamas mientras el viento esparcía sus cenizas. Y entre lo que el fuego le permitía observar, Liam siguió atento al rostro tranquilo de su hijo y la expresión pacífica en sus labios. Ya no intentó controlarse y dejó que el llanto brotara de sus ojos, hundiendo el rostro en su mano para ahogar sus sollozos. Mientras, la gruesa voz de Azevrec Houndmight recitaba parte de la canción que había entonado hace unas noches, en los bosques de Bramur:

*No temas por mí porque estoy inspirado.
Montando mis alas, ebrio en la posibilidad
Y los recuerdos rivalizar.
Sólo me queda apagar las estrellas.
No quiero quedarme a apagar las estrellas.*



—A simple vista cualquiera pensaría que son un grupo de aventureros que se conocen desde siempre —le comentó Miller a Liam mientras observaban como Harrison, Cerena, Gyax, Azevrec y Foullet platicaban animadamente, dentro de la sala de consejo de Menicia. —Honestamente, yo no podría trabajar con ninguno de ellos, pero las cosas se dan por un motivo. Tal vez sepamos más de ellos en el futuro.

—Quizá —susurró Liam, viendo como los cinco personajes parecían forjar en ese momento un círculo de amistad duradero.

—¿Y qué hará ahora, Liam? —preguntó el líder bandolero, apurando en un trago su copa de vino.

—Volver a casa. No tengo nada más que hacer aquí.

—He estado hablando con la dama Trimah y el rey Korman —les interrumpió Benua Bariya, acercándose a ellos acompañado por Leah. —Si usted insiste en no viajar a Thunderstone

para reclamar las pertenencias de Liamder, estaremos complacidos en enviárselas directamente hasta Piores.

—Oh, necesitarán guardias para ese viaje, ¿no es cierto? —intervino Miller. —Porque mis hermanos y yo...

—Venga conmigo y hablemos, amigo —dijo Benua, llevándose a Miller y dejando solos a Liam y Leah. —Sé que es una pregunta absurda —le preguntó la comerciante —, pero, ¿cómo se encuentra, Liam?

—Bien, dentro de lo que se espera. Supongo que nunca sanaré de esto y me dolerá el resto de mi vida. Solo me consuela un poco pensar que, tal vez, no sea mucho tiempo.

Adquiriendo una expresión seria, Leah sujetó la mano de Liam y lo condujo hasta un rincón del salón, oculto a la vista de todos. —Sé que no hay forma de comparar lo que ambos hemos perdido. Usted a un hijo, el legado de su vida. Yo, al futuro de la mía. Nunca podremos decidir quién de nosotros fue el que perdió más, pero sí le puedo decir que fue, en esencia, lo mismo: su valor, su fuerza, su voluntad para hacer lo correcto aunque le significara salir lastimado. Lo que más me dolería ahora sería perderlo a usted también, por lo que le dije esa noche, en el bosque. Lo mucho de él que veo en usted.

Leah Trimah se acercó rápidamente para besar los labios de Liam, quien reaccionó primero con sorpresa y luego, lentamente, la estrechó en sus brazos durante un momento, antes de separarse y descansar su frente en el hombro de la mujer. —No creo resistirlo. Todos los días. La cotidianidad.

—Tendremos que hacerlo —susurró Leah. —Es lo que Liamder hubiera querido.



Viajaron en la *Doragon* sin la presencia del capitán Bowen. Este, junto a los reyes de Vinska y Thunderstone, acordaron establecer el lago Vinsniger como una zona neutral para lograr un acuerdo en beneficio de ambas naciones. Harrison Bowen, Leah Trimah e incluso Benua Bariya acordaron participar en sus pláticas, como mediadores diplomáticos.

La nave, con instrucciones de dirigirse a Lital —punto que los tres pasajeros principales de aquel viaje acordaron como destino en común— sólo viajaban, además de la tripulación necesaria para hacerla funcionar, Liam Tamer, Feder Fectbuch y Vania. Los tres pasaban la mayor parte del tiempo en cubierta, contemplando los paisajes del lago, los bosques de Bramur y las planicies de Gunthabar, o viendo como Feder continuaba dando lecciones de esgrima naruana a los miembros de la orden de Amur que habían tenido la oportunidad de practicar con él en su primer viaje.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Vania a Liam una de esas tardes, mientras Feder entrenaba con los miembros de la tripulación. —Me refiero a después de regresar a Piores.

—Ya descuidé mi granja mucho tiempo.

—¿En serio? Después de lo que hemos pasado, ¿quieres volver a ser granjero?

—Es lo que soy. No me desagrada, si es lo que te inquieta. Nunca me ha disgustado.

—No digo eso, es que... Liam, tú eres un héroe. No minimizo lo que hizo tu hijo, pero yo vi lo que sucedió en el cristal. Tú fuiste quien...

—¿Tú que harás ahora? —interrumpió Liam, con suficiente firmeza para evitar que Vania insistiera en sus preguntas. La elfa pensó unos momentos y respondió: —Bueno, en Lital hay mucho de donde escoger y tomar.

—¿Entonces seguirás haciendo tus pillerías?

—Claro.

—¿Por qué?

—Porque es... Ah, ya te entiendo. Qué mañoso eres, viejo.

—Aun así podrías meterte en problemas —dijo Liam, antes de señalar a Feder quien daba por terminada las lecciones. —A menos que tengas a alguien que te cuide.

—¿Feder? ¡¿Estás loco?! ¡Yo tendría que estarle cuidando!

—Puede ser algo bueno para ambos.

—Además... —dijo Vania, sentándose en el borde de proa, dando su espalda al vacío. — ... No creo que quiera acompañarme.

Liam asintió en silencio, pero cuando Feder se acercó a ellos, sudando y respirando pesadamente por el entrenamiento, le preguntó: —Feder, ¿tu vida aún me pertenece?

—¿Qué? Ah, ya, quiero decir, sí, Liam. Así es. Mi vida le pertenece. Puede disponer de ella como quiera.

—Bien. Quiero que cuides a Vania durante un tiempo. Evita que se meta en problemas.

—¿¿Queéé?! —preguntaron elfa y naruano al mismo tiempo. —Liam, ¿cómo espera que cuide a esta elfa irresponsable? ¡Hará que nos maten por un par de monedas, o en el mejor de los casos, que nos encarcelen!

—¡Pues eso será culpa tuya, porque no podré robarlas contigo detrás de mí, haciendo ruido con tus enormes pasos, mastodonte!

—¡Soy mucho más ágil que tú y lo sabes! ¡Además de más fuerte y hábil con la espada!

—¡Es mucho más práctico abrir cerraduras que derribar puertas, naruano!

La discusión duró casi un minuto, hasta que Liam, tras asomarse un segundo por la borda, decidió ponerle fin. Tomó las piernas de Vania y las elevó bruscamente, provocando que la elfa perdiera equilibrio y cayera de espaldas hacia el vacío. Vania lanzó un grito, que se interrumpió al sentir que su caída se frenaba bruscamente. Levantó su mirada hacia Feder, inclinado sobre la barandilla de babor, con un gesto de auténtica preocupación en su rostro y sujetándola firmemente de uno de sus tobillos.

—¡Por Isa, Vania, ten cuidado! ¡Liam, ¿qué preten..?! —exclamo Feder, bastante preocupado y furioso antes de notar la plataforma de mantenimiento de las portas cañoneras, desplegada a menos de un metro de la cabeza de Vania. La elfa ladrona, retorciéndose y doblándose para tomar el brazo de Feder, se impulsó para sujetarse a los hombros del naruano, respirando agitadamente antes de voltear hacia dicha plataforma, sobre la cual habría caído si por casualidad Feder no la hubiera atajado.

—Supongo que... —empezó a decir Feder —... Tendré que vigilarte un tiempo. Sólo para estar seguros. No tengo problema con eso. ¿Y tú?

—Tal vez... Por un tiempo —respondió Vania.

Cuando ambos voltearon buscando a Liam, este ya se había alejado varios metros.



Con pocas palabras y más afecto, abrazos y algunas lágrimas, el trío se despidió en la ciudad de Lital, luego que la tripulación de la *Doragon* se encargara de proporcionarles caballos y provisiones para un par de semanas. Liam se encaminó hacia Pires, atravesando campos que le parecieron bastante tranquilos y serenos para disfrutarlos con una marcha relajada. Días después, con el inicio del alba, llegó hasta el río donde hace tiempo había intentado ahogar a Vania. Sonrió con aquel recuerdo y cruzó el río con precaución sobre el puente, apenas visible bajo el agua.

Desde ese punto del camino empezó a reconocer árboles y senderos, antes de distinguir a la distancia las primeras casas de Piores. Decidió atravesar el pueblo, que ya empezaba a despertar a esa hora, pero lo hizo con más prisa cuando el rumor de su regreso empezó a difundirse. Cuando el grupo que se reunió para recibirlo resultó ser muy grande, Liam se detuvo un momento en el centro del pueblo. Tras desmontar saludó al tabernero McBride y a su esposa —quien lo recibió con un sonoro beso en la mejilla—; Angle lo abrazó con tanta emoción que lo levantó en vilo; Laidier, en cambio, lucía muy solemne y con un brillo acuoso en sus ojos:

—Liam... Yo... No he dicho nada de lo que... Es que...

—Entiendo —dijo Liam, con tranquilidad, mientras volvía a montar. —Puedes contarle, Laidier, pero antes debo ir a mi granja. Los veré esta noche en el Fúnez, ¿de acuerdo? En serio, me da gusto regresar.

Lo despidieron con gritos de alegría mientras cabalgaba fuera del pueblo, antes de que Laidier le contara a todos lo que él ya sabía desde hace unos días, a través de comunicados reales. Liam siguió su camino por aquel familiar sendero hasta distinguir, a la distancia, su granja y a la persona que trabajaba afanosamente persiguiendo gallinas, intentando regresarlas a su corral. Desmontó del caballo y se acercó lentamente, en silencio.

—¡Malditas bestias, no las puedo descuidar ni un minuto porque se escapan!

—Hay que darles el grano desde afuera. Así estarán más ocupadas en comer que en salir del corral.

Básil levantó la mirada y por un momento el joven granjero no pudo reconocer a su amigo a través de la ropa nueva, la capa sobre sus hombros y la espada a la cintura, además de su porte más erguido, el peso perdido y la musculatura más definida en brazos y torso, junto con la barba de varios días. Finalmente el granjero sonrió y dejó lo que estaba haciendo para ir a abrazar a su amigo: —¡Por gracia de Handor, Liam! ¡¿Qué sucedió?! ¡Mira lo cambiado que estás! ¡¿Y esa ropa?! ¡¿Y esa espada?! Oye, te fuiste sin avisar y me he estado ocupando de tu granja desde entonces. ¿Sabes lo difícil que es hacerse cargo de dos granjas? ¡Especialmente con estas malditas gallinas, que Toben las maldiga!

Liam sonrió ante la emoción, alegría y el reclamo de su amigo, conteniendo las lágrimas en sus ojos y tratando de que su sonrisa fuera bastante firme: —Yo también te extrañé, Básil —pero finalmente empezó a sollozar sobre el hombro de su amigo, quien entendió en un segundo lo que estaba ocurriendo.



Días que pasaron como si se tratara de un sueño. Las lamentaciones, los silencios solemnes y los pésames que recibió en Fúnez esa misma noche, rápidamente se convirtieron en jolgorio, alegría y festejo para dos héroes legendarios (a pesar de la modestia que Liam demostraba pidiendo que no lo consideraran tal cosa), la celebración de una vida increíble como fue la de Liamder Tamer, *El León de Piores*, y de un viaje que el propio Liam tuvo que contar varias ocasiones, con lujo de detalles. Esa noche y muchas más que le siguieron.

Pero el sueño terminó dos semanas después, cuando un par de carromatos —con los sellos de Lital y del caravanero Benua Bariya en sus costados— llegaron transportando varias cajas enviadas desde Thunderstone, con todas las pertenencias de Liamder: ropa, armas, su armadura de capitán, libros, manuales de guerra, estrategia, combate y esgrima, objetos de arte que guardaba de las regiones que visitaba, mapas y otros elementos de cartografía, diarios, bitácoras y varios documentos personales. Entre estos, una única carta sin firmar.

Liam, solo en su hogar, rodeado de recuerdos y testimonios de una vida de la cual no quiso ser parte durante mucho tiempo, tomó aquel legajo de papel que sólo tenía escritas dos líneas; una fecha y una frase:

Padre... Tengo miedo....

Su corazón se estremeció al leer esa línea. Revisando la fecha y haciendo cálculos, se dio cuenta que el día que Liamder había escrito esa línea fue el mismo en que él había peleado con aquel soldado en la taberna. La misma noche en que Básil, luego de llevarlo a casa, le había preguntado qué podría hacer para ayudarlo. La noche en la que Liam había decidido ir a salvar a su hijo, sin importar lo que tuviera que hacer.

Padre... Tengo miedo...

Liam Tamer cayó de rodillas al piso, estrujando la carta entre sus manos mientras su corazón se desbordaba a través de sus ojos y lamentos.

EPÍLOGO:

COTIDIANIDAD

El día comienza cuando el sol se asoma por las cordilleras del este y los primeros rayos descienden sobre las laderas rocosas de las cordilleras de Toben, acariciándolas hasta llegar a los valles de Piores. Para entonces el granjero ya se ha levantado y refrescado el rostro con el agua fría de la palangana que ha dejado junto a su cama la noche anterior. Se despereza antes de vestirse y calzarse sus botas de trabajo. Luego sale de su cabaña, aspirando con fuerza el aire fresco de la madrugada y sintiendo los primeros rayos del sol sobre sus hombros y brazos desnudos.

Escucha los cacareos de las gallinas en el corral y emprende su primera responsabilidad del día: el desayuno. Las alimenta desde afuera del corral con la misma calma de todos los días, mientras las aves se amontonan a su alrededor. Ya viéndolas en silencio y satisfechas, regresa a la cabaña, tomando de la alacena una vasija metálica que todavía contiene leche fresca. Llena un cuenco para luego beberlo mientras come una pieza de pan tras untarla de mantequilla y lo último que restaba de la conserva de mermelada de tomate. Anota en su mente que tendrá que preparar más mañana.

Antes de que el sol alcance a despuntar sobre las cordilleras ya está junto a la huerta, listo para arar la sección de tierra correspondiente a la cosecha de temporada. En otras secciones del terreno las legumbres y verduras muestran distintos niveles de maduración. Luego de arar y sembrar pasa el resto de la mañana escogiendo y cosechando, preparando canastas con los frutos y vegetales más frescos, dejando fuera sólo lo indispensable para su propio consumo —y un poco más para Básiel y su familia—. Toma los huevos que han puesto las gallinas y los acomoda en otra canasta. Finalmente deja todo junto a la entrada de la cabaña y entra nuevamente para sacar de la alacena una botella con un líquido rojizo. Sale para sentarse a esperar en un banquillo, mientras el sol se acerca a su marca de media mañana.

Básiel llega poco después en su carreta, para llevarse todas las cosas. Liam le recuerda, de nuevo, que no necesita guardarle ninguna parte de las ganancias pues el dinero de Vinska y Thunderstone sigue llegando, por más que ha escrito cartas intentado rechazarlo. El joven granjero le hace prometer, entonces, que bajará por la noche al Fúnez, al menos por un rato. Liam asiente y le entrega la botella de vino rojizo, pidiéndole que le guarde un poco.

Cuando el sol empieza a descender las tardes ya son suyas. Regresa a la cabaña y sale de nuevo, llevando la espada naruana sujeta a su cintura. Camina unos minutos hasta llegar a la cima de una colina, coronada con un árbol y desde donde puede ver toda su granja, acariciada por la luz del atardecer que, lentamente, se va apagando. Respira profundamente un momento antes de desenvainar su espada y empezar a practicar los movimientos, estocadas y defensas que ha estudiado en los libros de su hijo, incluyendo sus propias teorías y anotaciones, poniéndolas en práctica contra sacos y maderos que ha colgado en algunas ramas del árbol; o contra Vanía y Feder cuando le han visitado, trayéndole noticias de todo Handor. Incluyendo el nombramiento de

Leah Trimah como dirigente de la asociación de comerciantes de Thunderstone. Liam solo sonrío ante la noticia.

Sigue practicando, a veces a solas, a veces con viajeros que buscan conocer al padre de la leyenda. Saber qué fue lo que le enseñó y tal vez aprender algo que no puede enseñarse en las academias y los campos de entrenamiento. Pero casi siempre entrena a solas, en silencio y por las tardes, hasta que el sol y las nubes se convierten en un pálido reflejo, similar a la bruma dentro del monolito de cristal, trayendo consigo la misma opresión, oscuridad y temor.

Entonces Liam Tamer, humilde granjero y padre del legendario *León de Piores*, héroe de Handor, serena su mente y encuentra el punto intermedio entre su furia, virtud, sabiduría, naturaleza y malicia; entre la alegría del recuerdo de su hijo y el dolor de su pérdida. Y en ese punto, con la espada entre sus manos, halla la fuerza de voluntad para seguir avanzando cada día. Con los ojos abiertos. Enfrentando a la oscuridad.

CANCIÓN DEL CLAN HOUNDMIGHT PARA LA LUNA PLENA Y EL ATARDECER DE HANDOR

Cuando todo en la tierra está bien, los muros se derrumban.

Cuando debía resolverse, la vida me devuelve
A la raíz del corazón.

Triste no estoy, ni voy huyendo. Solo observo.

¿Sabías que guardo todas tus cartas?
Ya sólo me queda apagar las estrellas.

¿Recuerdas que te enseñé todo lo que yo sé?

Resultó ser demasiado.

Y vivía tu vida, aferrándote a mí para nunca verte caer.

Dejarte ir hoy es un sendero a cualquier lugar.

Con tiempo en mis manos, volver a empezar.

Mas no quiero quedarme a apagar las estrellas.

No temas por mí porque estoy inspirado.

Montando mis alas, ebrio en la posibilidad,

Y los recuerdos rivalizar.

Sólo me queda apagar las estrellas.

No quiero quedarme a apagar las estrellas.

Acerca del autor

Ángel Zuare

(Cd. de México, 1978). Ha dedicado su vida a la literatura de géneros fantásticos, obteniendo reconocimientos por parte de Televisión UNAM y el Colegio de Ciencias y Humanidades. Su labor como periodista inició en la publicación Revista de Revistas, del periódico Excélsior, pasando luego por publicaciones especializadas en entretenimiento (Conexión Manga, Súper Comics, Súper Luchas). Ha publicado novela de ciencia ficción (Retorno) con Ediciones SM; libros infantiles (Cuentos de Castillos Para Niños) con Selector y su trabajo ha sido seleccionado para antologías publicadas en España (Visiones, Sueños Etéreos) y Perú (Horror Queer). También ha colaborado en publicaciones digitales (Cuando Algo Más Murió, La Muerte Chiquita y Teknochtitlán). Actualmente administra su espacio en la red, Middle Age Freak, y sus divisiones (Middle Age Freak MKT y Middle Age Freak Press) y se desempeña como generador de contenidos multimedia.

Libros de este autor

[Claro de Luna y otros cuentos para el fin del mundo.](#)